



U A N

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA GENERAL DE INVESTIGACIONES

ALONSO Y VILLA

RECUERDOS
DE
ULTRAMAR

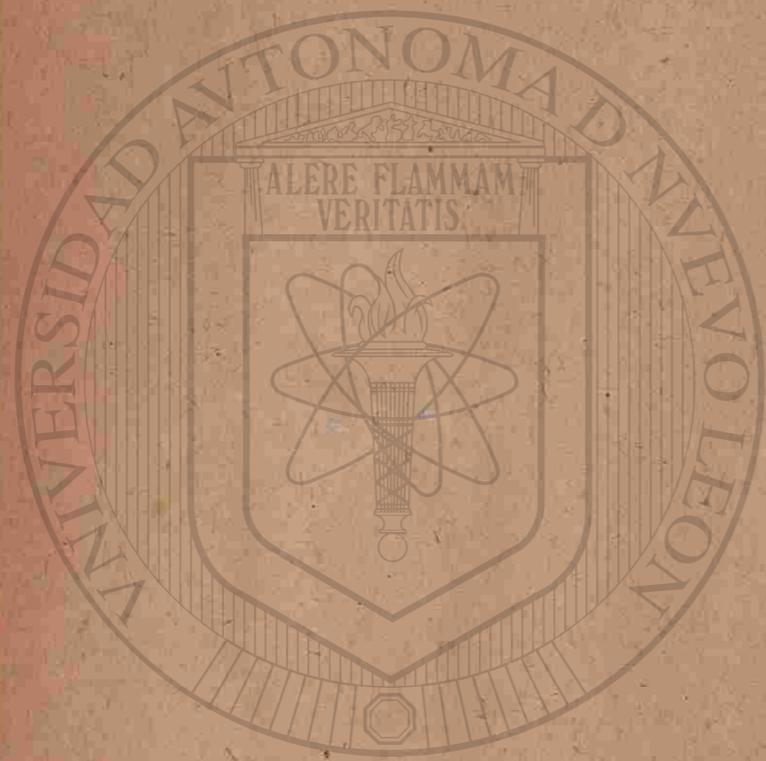
D919
G3
1894

R. C.



1080012252





RECUERDOS

DE

ULTRAMAR

—
APUNTES DE VIAJE

POR

JESUS GALINDO Y VILLA.

U A N L

SEGUNDA EDICION.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO

OFICINA TIP. DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO

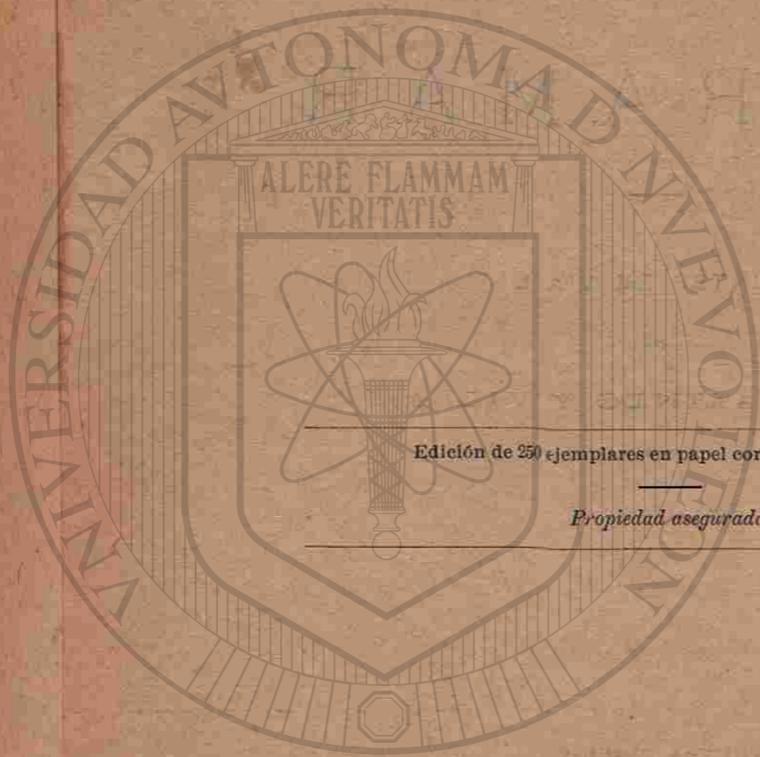
Calle de San Andrés núm. 15. (Avenida Oriente, 51.)

1894



COPIADO EN
LA BIBLIOTECA

D919
G3
1894



Edición de 250 ejemplares en papel corriente y 50 en fino.

Propiedad asegurada.

A LA TIERNA MEMORIA

DE MI AMADO PADRE.

A MI ADORADA MADRE.

A MI HERMANA.

J. G. V.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

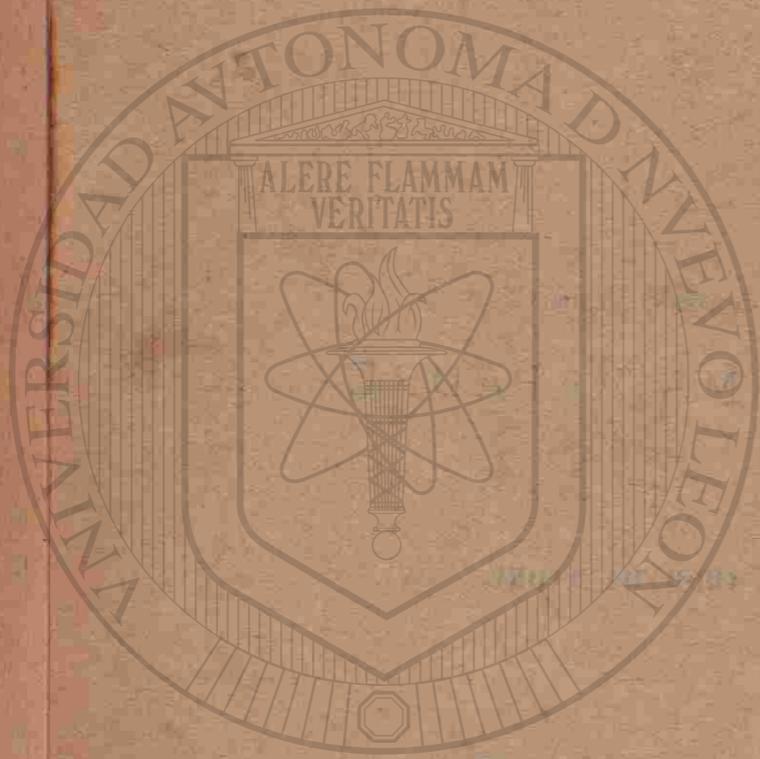


FONDO HISTÓRICO
RICARDO COVARRUBIAS

156475

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





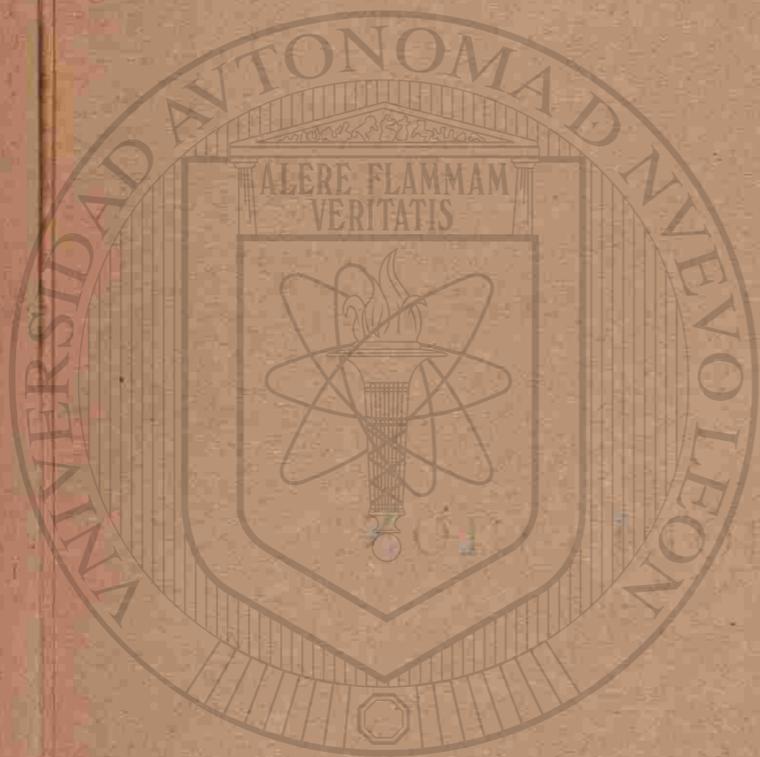
UANL

INTRODUCCIÓN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





AL LECTOR.

DURANTE un corto viaje por España, Italia, Suiza, Francia y algunas posesiones insulares españolas de la costa occidental de África, y de las Antillas, pude formar los ligerísimos apuntamientos que, honrados primeramente en el discurso de un año, en las columnas del periódico *El Nacional*, se reúnen ahora en este pequeño libro.

En Agosto de 1892 abandonaba yo las costas de mi Patria, con rumbo al Viejo Continente, palpando la realización de un grato sueño sentido casi desde los dulces días de mi venturosa infancia.

Entre las lágrimas y los sollozos de los seres del alma que dejaba en mi hogar, salí para las tierras trasatlánticas que me imaginaba siempre tan llenas de misterio y de atractivos. En medio de la ausencia; recordando á cada paso los lejanos lares; con todo el fuego de los veinticinco años de existencia; bajo gran-

des emociones; fresca la memoria de ciudades y monumentos que desde los bancos del Colegio había yo tantas veces estudiado, se hallan escritas estas pobres líneas, que ansiaba presentar á mi Patria como humildísima ofrenda de mi amor y mi cariño.

Mucho hay en ellas, del cercado ajeno; poco de cosecha propia: ligeras reflexiones, consideraciones muy generales, uno que otro dato nuevo, y nada más. Quien se imagine encontrar alguna novedad en las páginas de este volumen, que cierre presto el libro y renuncie á su lectura.

No pretendo, de consiguiente, haber escrito nada meritorio, ni mucho menos una obra clásica: el fin es más modesto, los medios muy sencillos: son rápidas notas de viaje, que aspiran á la benevolencia pública.

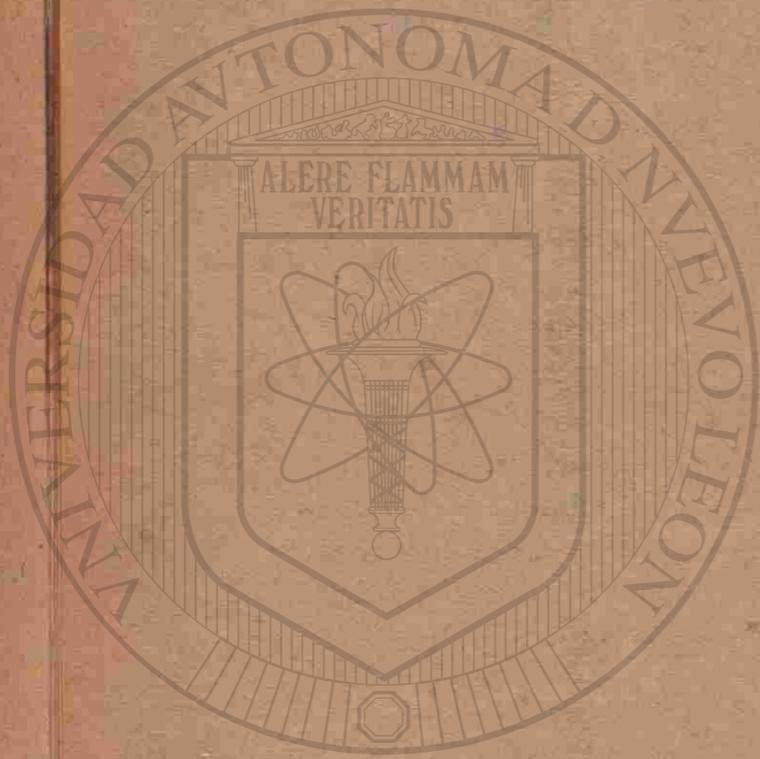
Desde mi regreso en Mayo de 93, á nuestras arenosas playas del Golfo, empecé á ordenar y á poner en limpio mis apuntes. Les he quitado fechas, por creer que ellas ni interesan ni vienen mucho menos al caso: prescindí también de dar á estos apuntes el carácter de un diario de viaje, en primer lugar por ser lo corriente, y en segundo, porque, en forma de capítulos, algunos asuntos se prestan más para ser tratados.

Debo esta segunda edición á la exquisita bondad del Señor Ministro de Fomento, Ingeniero D. Manuel Fernández Leal, á quien estoy profundamente agradecido, haciéndole público mi reconocimiento.

Reciba mi Patria estas brevísimas páginas como sencillo homenaje del más humilde de sus hijos que

tanto anhela por la felicidad del suelo que lo vió nacer: recíbanlas los seres muy amados de mi alma, que forman la delicia de mi vida, y el lector con benévola indulgencia.

México, Julio de 1894.

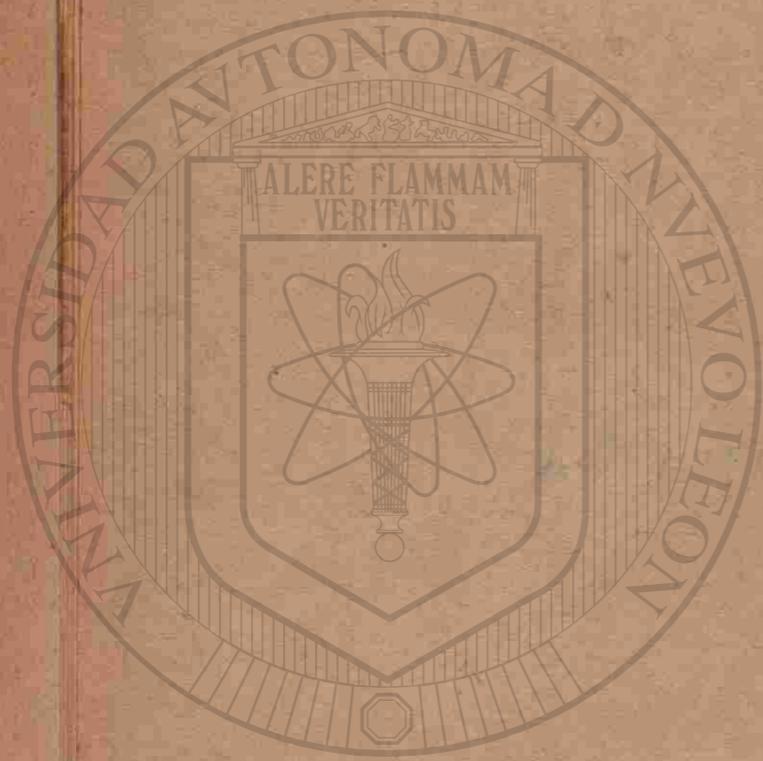


U A N L
ESPAÑA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





CAPÍTULO I.

MADRID.

MADRID tiene una fisonomía especial. Ofrece desde cualquier punto de vista el interés particular del México de los virreyes de la leyenda y de la tradición populares.

La Corte española tiene su Madrid viejo y su Madrid nuevo; pero la evolución se ha verificado más rápida en el orden material de la ciudad, que en el de los usos y costumbres de los bulliciosos moradores de la Villa del oso y del madroño.

Nosotros hemos sufrido, si se quiere, mayor serie de transformaciones. Arrancadas de cuajo y olvidadas las prácticas de la vida colonial, México ha ido adaptándose inconscientemente al modo de ser de la época moderna, tendiendo siempre á adquirir los hábitos franceses.

En Madrid, ni los resabios de pasada grandeza, ni aquellas encrucijadas de novela, ni aquel característico conjunto de los tiempos de Lope de Vega y de Cervantes, han desaparecido del todo. Mucho de aquello queda en pie, cual monumento eterno y conmemorativo de la brillante edad de oro de la España de Quevedo, de Garcilazo y de Moreto.

Por cualquiera parte que se vaya en Madrid, encontrarése alguna huella de la *Corte vieja*; algún paredón ennegrecido

que muestre una puerta de mochetas rotas, y cuya clave ostente en tosca escultura carcomido blasón.

Allí está el Madrid que nos recuerda el *México viejo* tradicional y romántico. Allí están los ruinosos palacios de Medinaceli ó Fernán Núñez trayéndonos á la memoria el de los Condes de Santiago ó el del marquesado del Valle de Oaxaca, más característicos, si se quiere, los de la Metrópoli mexicana, para la época en la cual alzáronse sus muros.

Si queréis apartaros ahora de los recuerdos y de las terribles leyendas que al calor del hogar y en rueda de familia se relatan, de aquellas en las que sólo se tiembla al casi palpar el silencioso desfile de frailes y de duendes, y se escucha el crujir de los huesos de los esqueletos ó el traje de seda de la muerta de la calle de Olmedo, vengamos á Madrid, seguidnos hacia su centro y corazón, y os hallaréis de improviso en la ciudad moderna que se agita y vive, palpitando á impulsos de sus festivos moradores, donde hallaremos á granel y á cada paso paladines de la palabra, reyes de las letras, de más ó menos noble prosapia, y avasalladores del pensamiento.

Empero, para conocer lo que es Madrid, hay que penetrar por todos sus rincones, codearse con el noble y el plebeyo, graduar las sensaciones, llenar de apuntes y de esbozos la cartera, ascender desde las célebres orillas del Manzanares y los *barrios bajos*, hasta la calle de Alcalá; penetrar á cierta hora en Fornos, y después confundirse en ese torbellino humano que hierve, que se estrecha, se dilata y zumba en esa gran caldera llamada Puerta del Sol.

Allí podremos estacionarnos al caer la tarde y ver desfilar á todo Madrid.

Haré antes notar á mis lectores que la capital de la Península ibérica tiene su época de calma y otra de estrépito y bullicio. Madrid entra en una especie de letargo cuando la Corte va á recrearse á las playas del Cantábrico huyendo del sofocante estío que se recrudece en Madrid. Llegado el Otoño, la Corte regresa de los baños de mar, y en Madrid vuel-

ve á renacer la alegría, y á henchirse las calles de carruajes y las aceras de gente que va y que viene y que se estruja.

Sin embargo, la ciudad tiene todavía sus horas que podemos llamar de inercia y sus horas de actividad; horas de somnolencia que á menudo prolongan en invierno la menuda lluvia ó la caída silenciosa de la nieve, que invitan y convidan á atizar el fuego de la chimenea, y á su calor, entablar sabrosa plática con el *Madrid Cómico*, y reir de buen grado con la chispeante sal de Luis Taboada.

Al caer de la tarde, en esa hora solemne en la cual se mezclan las tinieblas con la vacilante claridad de los últimos resplandores del sol, Madrid comienza á brotar por calles y callejas; los buenos moradores bajan unos de su tercero, de su quinto piso ó bien de su boardilla, y se encaminan, pero ¿á dónde? A la Puerta del Sol á formar corros, á la calle de Alcalá á confundirse con todos á tomar participación en el inmenso movimiento de que tal calle es presa de la oración en adelante.

Entonces, como serpiente gigantesca cuya cabeza fuera la Puerta del Sol, se agita la masa humana, heterogénea y compleja, en la que todas las clases sociales parecen como dispuestas á estrecharse en íntimo consorcio.

Los cafés empiezan á colmarse; los teatros á ver cubiertos sus palcos y butacas, y para cada café y cada teatro, el lector hallará una concurrencia especial y de todo punto invariable. Hay quien la noche entera permanezca en el Suizo ante una taza de café, y los hay de aquellos que noche á noche aplauden de buen grado las deliciosas notas de Chapí en Apolo ó en la Zarzuela, por más que *Las Campanadas* se repitan á diario durante todo un mes.

La gente de buen gusto, ó que se precia de tenerlo, la elegancia aristocrática de los que usan escudo de armas en la portezuela del carruaje, honra con su presencia á Mario en la Comedia, que da á la escena los dramas del eminente Eche-

garay, ó aplaude á Vico en el Español, ú ostenta su deslumbradora grandeza en la Corte cuando concurre al Real.

Y toda esa sociedad *sui generis*, síntesis de todas las costumbres y dialectos provinciales, vive dividida, por grupos, por regiones, si posible es asentar clasificación semejante, ya en el seno mismo de Madrid, ya por los especialísimos barrios característicos de la ciudad.

El Madrid *subterráneo*, ese Madrid que habita bajo el nivel de las calles; aquel que mora en entresuelo ó primero, y el de más allá que no tiene en qué vivir más que en estrecha bohardilla, ese es el Madrid que en México se conoce bien en las páginas de las novelas españolas.

¡Cuán digno de interés es ese pueblo que tantos puntos de contacto tiene con el nuestro!

Si el lector lleva al colmo su bondad, haremos juntos una breve excursión por el interior ó las afueras de Madrid; podré conducirle á admirar las sublimes bellezas que el Museo del Prado encierra; le llevaré á conocer las *chulas* y *manolas* de Lavapiés; podré tener la satisfacción muy grata de presentarle en el elegante y suntuoso hotel del Sr. Cánovas del Castillo y..... más todavía: sin ser vistos, le conduciré de la mano á la morada misma del monarca en algún día de solemne recepción, en la cual la Corte hace brillar espléndida sus galas y magnificencia; y de esta suerte, discurrir podremos, desde el regio salón del trono, hasta la sala fantástica de Gasparini, el saloncito chino ó la singular galería del Rey Carlos III.

La Corte toda á las más altas horas de la noche, y como fatigada de su grande agitación, entra en letargo profundísimo; las tinieblas envuelven con su majestuosa obscuridad las agujas de los templos y los altos edificios; y más tarde sólo se ve ir y venir la luz del farol del sereno, quien acude á la voz de algún vecino más trasnochador, para abrir la puerta de la casa.

A las tres de la mañana, puede decirse que ha comenzado el sueño de Madrid.....

CAPÍTULO II.

MÉXICO EN ESPAÑA.

EL General Riva Palacio no pierde su buen humor. Para todos tiene todavía alguna frase ingeniosa y chispeante, conversación sin fin que se resuelve siempre en simpatías para el viejo militar, conocido ya en la historia por los hechos de su espada, y en la literatura por lo que su pluma ha producido.

Íntimo amigo del egregio autor de *La Pesca* y del *Idilio*, no menos del insigne dramaturgo de cuyo estro han surgido el *Gran Galeoto* y *Mariana*, así como de los diplomáticos y literatos, políticos y personajes que en grado preeminente hoy figuran en España, el General Riva Palacio reúne en su mansión de la calle de Serrano, de vez en cuando, agradable y brillante concurrencia.

El General ocupa un primeroso hotel que forma esquina en las calles de Serrano y Recoletos. De allí al Retiro, ó á la Castellana, ó á la bulliciosa calle de Alcalá, no hay más que un paso.

Serrano es la calle de los hoteles elegantes, de las suntuosas moradas, de los palacios cuyas fachadas gozan el privilegio de poseer más ó menos ostentosas heráldicas labores.

La casa que nuestro General habita, tiene las gracias de la sencillez y de la elegancia adunadas.

garay, ó aplaude á Vico en el Español, ú ostenta su deslumbradora grandeza en la Corte cuando concurre al Real.

Y toda esa sociedad *sui generis*, síntesis de todas las costumbres y dialectos provinciales, vive dividida, por grupos, por regiones, si posible es asentar clasificación semejante, ya en el seno mismo de Madrid, ya por los especialísimos barrios característicos de la ciudad.

El Madrid *subterráneo*, ese Madrid que habita bajo el nivel de las calles; aquel que mora en entresuelo ó primero, y el de más allá que no tiene en qué vivir más que en estrecha bohardilla, ese es el Madrid que en México se conoce bien en las páginas de las novelas españolas.

¡Cuán digno de interés es ese pueblo que tantos puntos de contacto tiene con el nuestro!

Si el lector lleva al colmo su bondad, haremos juntos una breve excursión por el interior ó las afueras de Madrid; podré conducirle á admirar las sublimes bellezas que el Museo del Prado encierra; le llevaré á conocer las *chulas* y *manolas* de Lavapiés; podré tener la satisfacción muy grata de presentarle en el elegante y suntuoso hotel del Sr. Cánovas del Castillo y..... más todavía: sin ser vistos, le conduciré de la mano á la morada misma del monarca en algún día de solemne recepción, en la cual la Corte hace brillar espléndida sus galas y magnificencia; y de esta suerte, discurrir podremos, desde el regio salón del trono, hasta la sala fantástica de Gasparini, el saloncito chino ó la singular galería del Rey Carlos III.

La Corte toda á las más altas horas de la noche, y como fatigada de su grande agitación, entra en letargo profundísimo; las tinieblas envuelven con su majestuosa obscuridad las agujas de los templos y los altos edificios; y más tarde sólo se ve ir y venir la luz del farol del sereno, quien acude á la voz de algún vecino más trasnochador, para abrir la puerta de la casa.

A las tres de la mañana, puede decirse que ha comenzado el sueño de Madrid.....

CAPÍTULO II.

MÉXICO EN ESPAÑA.

EL General Riva Palacio no pierde su buen humor. Para todos tiene todavía alguna frase ingeniosa y chispeante, conversación sin fin que se resuelve siempre en simpatías para el viejo militar, conocido ya en la historia por los hechos de su espada, y en la literatura por lo que su pluma ha producido.

Íntimo amigo del egregio autor de *La Pesca* y del *Idilio*, no menos del insigne dramaturgo de cuyo estro han surgido el *Gran Galeoto* y *Mariana*, así como de los diplomáticos y literatos, políticos y personajes que en grado preeminente hoy figuran en España, el General Riva Palacio reúne en su mansión de la calle de Serrano, de vez en cuando, agradable y brillante concurrencia.

El General ocupa un primeroso hotel que forma esquina en las calles de Serrano y Recoletos. De allí al Retiro, ó á la Castellana, ó á la bulliciosa calle de Alcalá, no hay más que un paso.

Serrano es la calle de los hoteles elegantes, de las suntuosas moradas, de los palacios cuyas fachadas gozan el privilegio de poseer más ó menos ostentosas heráldicas labores.

La casa que nuestro General habita, tiene las gracias de la sencillez y de la elegancia adunadas.

El blasón que se mira en la fachada de Serrano, es el águila caudal de México, emblema de nuestra Nación independiente y libre.

Un pórtico sencillo cuyas arcadas sostienen un salón que sirve como de mirador amplio y hermoso, forma el vestíbulo al hotel, cerrado en ambas calles por una verja de hierro. La planta baja, ocúpala, del lado derecho, la Cancillería de la Legación, y del izquierdo el comedor y sus dependencias. Decoran esta última pieza varias pinturas, algunas de ellas producidas por el pincel del mismo General: en una pieza contigua, se ven cuadros con las láminas del Atlas Pintoresco del Sr. García Cubas.

En la planta alta se halla, después de una pequeña antesala ó pasillo, el despacho del General.

Imaginaos un salón de no muy grandes dimensiones, cubierto el pavimento con mullida alfombra: á la derecha, una puerta que da acceso á la alcoba del dueño de la casa; al frente de la puerta por donde hemos entrado, otras dos que conducen al mirador de que antes hablé, y por las cuales puertas penetra á torrentes la luz. A la izquierda, y frente á la alcoba, cerca del muro, la mesa de despacho, y la chimenea cuyo grato calor, en el invierno, convida sólo á entretener el tiempo en compañía de un buen libro. Las paredes cubiertas de sencilla estantería colmada de obras escogidas, todas de diverso género, pero bien clasificadas; completando el decorado un retrato fotográfico del Señor General Díaz, una colección de cuadros con tipos mexicanos, que representan cruzamientos étnicos, y sobre el mármol de la chimenea, arrimada al muro, una pintura de la noche, en que ésta desenvuelve su manto vaporoso, la luna que asoma tras la negra silueta de un trozo de edificio, y las estrellas que salpican el cielo y esparcen su débil claridad.

El mirador domina una buena parte de Serrano y la puerta de Alcalá: haced de cuenta que es una pieza cuadrangular forrada con cristales por el frente, á la derecha y la izquierda.

Entre las dos puertas de la entrada y sobre la chimenea, se ve un gran cuadro pintado al óleo por Beaucé, en el cual lienzo desarrolló el artista una fracción de la batalla de San Lorenzo. Del techo del mirador pende un araña artística, la que sostiene un casco cincelado de donde arrancan las guías de una planta trepadora que serpentean en los cordones que á la lámpara sostienen. Un ajuar de mimbre descuidadamente distribuido, llena el salón, cuyos muros, en la parte que dejan libres los cristales, el artista ha colocado ó paisajes de invierno, con la nieve cuajando en calles y praderas, ó mariposas juguetonas que liban el almíbar de las flores.

En esta casa que mirábamos como la nuestra propia, los mexicanos que residimos algún tiempo en Madrid, traté á Don Gaspar Núñez de Arce, conocí á Don José Echegaray, tuve oportunidad de estrechar en no pocas ocasiones la mano del ilustre doctor Menéndez y Pelayo.

¡Qué recuerdos tan gratos los de aquellos días!

No se borrarán, creo, jamás de mi memoria las emociones que sentimos en memorables horas.

Acababa de llegar á Madrid, procedente de México, nuestra banda del 8.º Regimiento, dirigida por el capitán Payén, y que iba á prestar su contingente, enviada por nuestra Patria, en las solemnes festividades del cuarto centenario del descubrimiento de América.

La banda iba precedida de renombre y fama. Para los buenos habitantes de Madrid, la llegada de la música mexicana fué un verdadero acontecimiento.

Siguiendo los deberes de la etiqueta, nuestra banda saludó primero á la Soberana de España, dándole una serenata en la Gran Plaza de la Armería, contigua al Palacio Real, y después, y en otra noche, los diarios de Madrid anunciaron que la banda tocaría en la Legación de México.

Aquello era de ver: á las nueve de la noche la calle de Serrano se hallaba intransitable; la multitud, aglomerada frente á la casa del General Riva Palacio, se dilataba y encogía con

ensordecedor murmullo, pretendiendo unos alcanzar lugar próximo á la verja, y otros salir ya de en medio de aquella formidable prensa humana. La Guardia Civil, apostada en las esquinas de la calle, trató de guardar el orden, y á duras penas pudo conseguirlo.

La Legación se hallaba como en día de gran fiesta. El exterior, iluminado con focos de gas, y nuestro escudo aparecía circuido de una auréola de fuego. El interior, verdaderamente espléndido: la luz incandescente de las lámparas eléctricas derramaba por todas partes su fulgor, y el aristocrático concurso de damas y caballeros, discurrendo por salas y salones, se dirigía, ávido de curiosidad, al mirador para disfrutar en breve de los acordes de la música que de tan remotas tierras se enviaba á España.

El General Riva Palacio hacía á maravilla los honores de la casa.

Cuando el General dió la orden de que, conforme al programa anunciado, comenzara la banda á dejarse oír, lo primero que escuchamos fueron los dulces, los sonoros, los gratísimos ecos del Himno Nacional. ¡Con cuánta alegría, con yo no sé qué extraña sensación, escuchamos aquella música marcial! El entusiasmo de cuantos mexicanos que allí nos encontrábamos, rayaba en delirio. Recordábamos la Patria ausente, su cielo y su calor; agolpábase en nuestro corazón un jamás sentido conjunto de raras, pero gratas emociones! ¡Imposible dar siquiera de ello una rápida idea! Sentíamos latir con fuerza el corazón y recrudecerse más y más el amor sin igual que se tiene al pedazo queridísimo de tierra donde se ha visto la primera luz!

Escuchar el Himno Nacional á dos mil leguas de distancia de la Patria, y oírlo por una banda militar de la propia tierra, ¿no es verdad que es indefinible y grato?

La muchedumbre aplaudió en la calle entusiasmada, y de algunos labios españoles se escaparon inconscientemente las exclamaciones de ¡Viva México!

¡Cuán orgullosos nos mostrábamos los mexicanos al ver culminar tan dignamente á nuestra México, en el concurso ibero-americano!

Como ésta, tuvimos no pocas agradables noches en la Legación.

El General fruncía el ceño cuando, en fuerza de nuestras ocupaciones, dejábamos de asistir á tan elegantes reuniones.

El General deseaba nuestro concurso para que, además de ayudarle á hacer los honores de la casa, no desmintiéramos, según él, "la caballerosidad, la finura y la galantería exquisita de los mexicanos."

El puesto de diplomático no ha agotado la fecundidad de la pluma de nuestro General, y ya mis lectores habrán constantemente leído la amena sección que, bajo el título de CUENTOS DEL GENERAL, aparece en los números de la excelente *Ilustración Española y Americana*.

Mi buen amigo el Sr. Don Francisco A. de Icaza, el inspiradísimo bardo creador de las *Efimeras*, preparó en elegante volumen, una edición de los versos del Sr. Riva Palacio, y la cual acaba de darse á luz en Madrid.

Cuando los asuntos de oficina ó la literatura le dejan horas libres, entretiénese en manejar el pincel, y á fe que el General desempeña con éxito su entretenida ocupación. Como testigos de este aserto, pueden verse varios cuadros, generalmente paisajes, que decoran las paredes de la casa.

Nuestro Ministro, que acostumbra pasar todos los veranos fuera de Madrid, es muy popular en la Nación donde se halla acreditado, y puede decirse que es uno de los miembros del Cuerpo Diplomático extranjero que reside en España, de los más estimados y queridos.

CAPÍTULO III.

Una noche de gala en el Palacio Real.

ES fama universal que la Corte de España es una de las más fastuosas de la vieja Europa, y la que en todos sus actos despliega pompa y majestad brillantes.

Todavía conserva ciertas sabrosas prácticas y las mismas tradiciones de los buenos tiempos de Carlos III.

Todavía para las grandes ceremonias el espadín de corte y el calzón corto están de uso, y en todos los actos oficiales obsérvase, puede decirse, sin variante, el propio ceremonial que há más de una centuria rige.

Nosotros los que habitamos en este Nuevo Mundo, bajo otro régimen é instituciones tan diversas de aquellas que posee la mayor parte de las naciones del otro lado del Atlántico, tenemos con justicia que sorprendernos ante espectáculos tantas y tantas veces leídos, pero nunca vistos. Hablo de los que, como el que esto escribe, ni por asomo alcanzamos á ver, por ejemplo, en nuestra Patria, los tiempos del desgraciado Príncipe que nos trajo la intervención francesa.

El Palacio Real de Madrid, en sus días solemnes, si me es permitido expresarme así, reproducíome varias páginas de nuestra historia virreinal; cuando aderezada la mansión de los gobernantes de México, henchida de gente de alta alcurnia, brillando los uniformes y las cruces, abría sus puer-

tas á todos los favorecidos de la suerte, para allí pasar un rato más ó menos de grata, elegante y magnífica reunión.

La Corte de México era un remedo de la Corte de Madrid.

El Virrey, la autoridad más encumbrada de la Colonia, era un soberano á quien rendían pleito homenaje todos los habitantes de la Nueva-España.

El aparato y lujo de que sabía rodearse, correspondían en todo al poder y representación de que venía investido; mas, sin embargo, ni con mucho podía acercarse en magnificencia el esplendor de la Colonia, al desplegado por la Corte en la histórica Villa del oso y del madroño.

Si el lector es afecto á narraciones un tanto cuanto fantásticas, si ha leído cabal descripción de grandes recepciones en las cortes europeas, ó bien ha sido por ventura testigo ocular de aquellos actos, le invito á penetrar conmigo en noche de solemne fiesta al Real Alcázar de Madrid, y de seguro que sin ser vistos, tendremos la facultad de ver cuanto en esos momentos acaezca; de penetrar por todas partes y hasta de codearnos, si queréis, y sin faltar se entiende al decoro y al respeto, con la más alta nobleza de prosapia ilustre y la de los más añejos pergaminos, con los más esclarecidos militares y las más hermosas damas, con lo más culminante, en fin, de la política, de la pluma y de la banca.

Así os lo prometí, carísimo lector, en anteriores páginas, y hoy con muy grato placer os cumplo lo ofrecido. Las promesas son deudas.

A orillas de Madrid y en sitio de los más pintorescos y amenos, se alza el Palacio Real, de elegante construcción, mandado edificar en 1735 por el Rey Don Felipe V, sobre el sitio del antiguo Alcázar que el fuego había completamente aniquilado.

La planta forma un vasto paralelógramo; la fachada principal da su frente á la Plaza de la Armería, rodeada de portales; en la parte á la cual cae la puerta llamada del Príncipe,

se extiende la gran plaza de Oriente, donde se halla también el Teatro Real; y, á la espalda, y en descenso rápido y continuo del terreno, se hallan los inmensos parques del Campo del Moro y de la Casa de Campo, sitios reales deliciosos que traen á la memoria, por su situación y aspecto general, nuestro Chapultepec.

Con justa razón se cuenta que la vez que Napoleón I estuvo en Madrid, al recorrer el Alcázar, dirigiéndose á su hermano José Bonaparte, díjole:—“Váis á estar mejor alojado aquí, que lo estoy yo en las Tullerías.”

Tal es la morada de los Reyes de España.

Suele el soberano dar recepciones en ciertos y muy escasos días, al menos que yo sepa. Entonces se reúne toda la Corte y luce su grandeza.

Mas para asistir á semejantes reuniones, se ha menester, como condición indispensable, estar presentado con el monarca; pero, para nosotros (que suponemos estarlo), no se presentará ningún inconveniente, y con la mayor tranquilidad podremos ataviarnos, para recorrer en seguida, á nuestra satisfacción, todo el Palacio si queremos, en noche de gran gala.

Magnífica oportunidad es ésta de conocer á maravilla, salvo ciertos departamentos, el Real Alcázar, si antes no se ha visitado.¹

Hémos ya á las puertas de aquel recinto que han ocupado, para mansión, tantos personajes celeberrimos, y que no pocos curiosos episodios guarda.

Un ugiere, con mazo, rinde á la entrada los honores á los miembros del Cuerpo Diplomático, á los Ministros de la Corona, á los grandes cruces y militares de alta graduación.

Nos hallamos frente á la soberbia escalera principal que nos recuerda por su acabada y bella arquitectura la de nues-

¹ Visítase solamente el edificio cuando la familia real no se encuentra en él; y, en efecto, si esto no es posible por cualquiera circunstancia, excelente oportunidad es conocerlo en día de recepción, aunque con menor comodidad.

tra Escuela de Ingenieros; amplia y hermosa, ricamente decorada y llena con profusión de luz.

El aspecto no puede ser más singular: en ambas extremidades de cada una de las gradas de aquella vasta escalera, y desde la primera á la última, rígidos, inmóviles como estatuas, miramos una serie ascendente de ugiere con traje de la época de Carlos III: blanca peluca con lazo posterior; gran casaca, corto el calzón, media blanca y calzado bajo con hebilla; descubierta la cabeza, y bajo el brazo izquierdo el tricorno asimismo de la época.

Tal parece, lector amable, que comenzamos á soñar. Tan singulares trajes, en aquel palacio y en aquella escalera, digno principio de tan espléndida morada, como por la mano nos traen, retrocediendo, al pasado siglo, y comenzamos á vivir en otra época y en otro medio.

Hay más todavía: en el descanso de la escalera, que tiene la misma disposición que la ya citada de Minería, la guardia de alabarderos, alabarda al hombro, custodia ese lugar, vistiendo también el brillante uniforme de la repetida época.

Al pisar el primer escalón de la gradería, tenemos que descubrirnos, y ascender entre la fila de los inmóviles ugiere.

Salvada la escalera, podemos entrar y discurrir por todas las habitaciones que encontremos abiertas.

Pero en estos instantes, la Reina recibe en un salón inmediato al trono, al Cuerpo Diplomático. Los gentiles hombres de servicio guardan las puertas. Los Embajadores y Ministros Plenipotenciarios, en riguroso orden colocados con sus familias y el personal de cada una de las Embajadas y Legaciones, están de gran uniforme. La soberana empieza por complimentar al decano y jefe del Cuerpo de Representantes de las naciones, y que en España en todo tiempo es el Nuncio de S. S. el Papa, que viste su traje prelaticio. Seguidamente á todos los demás personajes, en los que se distingue la variedad de uniformes, de categorías, hasta de individuos que ostentan desde los magníficos entorchados alemanes, ó rusos

ó franceses, hasta el singular uniforme chino cuajado de pedrerías y de sedas y figuras.

La reina se presenta casi siempre en estos actos con espléndido traje de color blanco, ó crema, ó color violado; en general de tinte claro. No sabré en verdad describiros la falda, ni el encaje, ni el corte, ni el tocado, porque nunca he aprendido, lo confieso, el tecnicismo de los vestidos femeniles; pero sí os diré que la augusta dama que rige en la actualidad los destinos de España, aparece deslumbradora, y su talle elegantísimo atrae la admiración de la Corte. Luce diadema de brillantes de subido precio que se destaca en su cabello rubio; y la majestad con que la reina, sin esfuerzo, realza sus galas, imprimen en todos los que ante ella se encuentran un sello de respeto, el que acrecienta la guirnalda de virtudes que la Providencia ha regalado á la excelente madre de Don Alfonso XIII.

Concluída la ceremonia de la recepción del Cuerpo diplomático, podemos ya examinar por todas partes. El vasto salón del trono está colmado de damas y de personajes: cerca de las gradas, con uniforme de Capitán General y ostentando al pecho el gran collar del *toison* de oro, habla con fuego un venerable anciano, alto, seco, de cabeza y barba nevadas por el estudio y por los años: es el respetable Conde de Chesse, Grande de España de primera clase y Director de la docta y Real Academia Española; por aquí de riguroso uniforme, está el señor Presidente del Consejo de Ministros; más allá el Jefe Superior de Palacio, de añejo título, el Duque de Medinasidonia; los Mayordomos de servicio, el Intendente de la Casa, los Ministros de la Corona, de rico uniforme ataviados. Aquellos caballeros de vistosísimas casacas blancas, espadín y sombrero montado, que lucen al pecho grandes cruces rojas, pertenecen á la orden de Calatrava; los de más allá son los de Santiago, éstos de Malta ó de San Juan. ¡Qué inmensa variedad de uniformes, de bandas y de cruces! Magnífico y soberbio conjunto que se mezcla con las frescas rosas

del elemento femenino que alienta y que da vida á la reunión, como pasa en todas partes del mundo.

Las palmadas del ugier nos indican el paso de los reyes por el salón: la concurrencia se abre, como por encanto, en dos filas para saludar con la caravana de etiqueta á los monarcas que á todos dirigen expresivos la palabra; y todos luego caminan al través de las suntuosas galerías y forman grupos, y conversan produciéndose un vago murmurio; aquel colosal enjambre se estrecha, se dilata, y los personajes se truecan como si todo aconteciese en otros tiempos, y la imaginación excitada y nerviosa cree mirar en cada concurrente un palaciego de hace un siglo, y en todo, surgir de nuevo escenas memorables de gloria ó de baldón, reproducidas mil y mil veces por los espejos venecianos que tapizan los muros de arriba á bajo.

Bajo aquellos mismos artesonados, la nobleza doblaba la cerviz ante Carlos III; aquí mismo estuvieron el Cuarto Carlos, Fernando VII, y el águila de Santa Elena. ¿Qué de recuerdos no puede encerrar el palacio de un monarca?

Las recepciones suelen durar un par de horas; concluyen cuando los reyes se despiden de la concurrencia, y con todo el ceremonial prescripto se retiran á sus habitaciones.

Comienza luego el desfile de la Corte; las salas poco á poco van quedándose solitarias, con sus tapices, sus estatuas de mármol y sus bustos de bronce. El estruendo de los carruajes se extiende por toda la ciudad; y horas después, tan sólo el tañido cadencioso y monótono de las campanas de los relojes, turba el silencio de la coronada Villa.

CAPÍTULO IV.

LOS TOROS EN MADRID.

COMIENZO por hacer mi profesión de fe.

Ni soy afecto á las corridas de toros, ni mucho menos me agrada la gente de coleta.

Creo que cada uno puede, en cierto género de cosas, pensar como mejor le plazca, y tener acerca de ello las ideas que más le sean de su agrado.

Por eso no tengo empacho en confesar la ninguna afición que por *liadores* y *lidias* poseo.

Tengo para mí que llegará una época, quizá no remota, en la cual se suprima por completo el tan poco grato espectáculo, dignísimo de los tiempos romanos, en que el pueblo vociferaba á más no poder, y silbaba produciendo un estruendo colosal, en esos circos donde las fieras luchaban con los hombres en combate formidable, sobre la arena ensangrentada.

Ya se vió cómo en Paris, por ejemplo, fracasaron las corridas, por más que se quisieron presentar con todos los atractivos y colores brillantes del mayor entusiasmo.

Nuestras corridas de toros son fiel reflejo de las corridas de España, al menos las de Madrid que ví, y de otros lugares de que tengo noticia.

El propio alboroto, el mismo regocijo, el movimiento inusitado y feérico de gente y de carruajes, animando las calles

y avenidas y paseos, á la ida y al regreso de la plaza; todo es idéntico, todo semejante, todo igual.

En Madrid, cuando hierva la coronada Villa (permítaseme la frase) al calor de las corridas de toros, donde los más afamados diestros se anuncian con tamañas letras en grandes cartelones, mírase México retratado de cuerpo entero.

En México, cuando aquel entusiasta período en que no sé cuántas plazas se alzaron, si se recuerda bien el ir y venir del público taurófilo, y la animación que imperaba en nuestras avenidas, podrá juzgarse de Madrid en esos días en que, desbordado como un río fuera de cauce, no tiene límites el entusiasmo popular.

Como que somos rama del mismo tronco.

Para conocer á fondo las costumbres de un pueblo, si quieren estudiarse, hay que meterse por todos los rincones, recorrer desde lo más encumbrado hasta lo más bajo, tomar al natural croquis de todo género y bosquejar después, con buena copia de datos, la fisonomía especial, característica, propia de aquel grupo de la humanidad, puesto en el campo de la más prolija observación.

Tal cosa, aunque no tan á fondo, quise hacer especialmente en Madrid.

Era pues, forzoso, necesario, indispensable, palpar una corrida de toros en la tierra clásica de las lides taurinas; necesitaba, sin excusa ni pretexto, dejar consignado en mi cartera de viaje ese otro dato de paralelismo entre aquel pueblo y nuestro pueblo; y echando á un lado profesiones de fe y escrúpulos y opiniones (puesto que para tener éstas hay que ver el pro y el contra), había que encaramarse en un ómnibus, caminar rumbo al teatro de la lid y tomar participación ¡qué remedio! en el desbordamiento del entusiasmo inevitable en esta clase de excitantes diversiones.

La oportunidad que se me presentó un día fué tan brillante, como que creo que pocas veces podrá, en el transecurso de no poco tiempo, repetirse.

Hallábanse á la sazón, en Madrid, por el mes de Noviembre del año 1892, los reyes de Portugal Don Carlos de Braganza y su joven consorte Doña Amelia de Orleans, y se trató de dar, con asistencia de ambas cortes, la hispánica y la lusitana, una verdadera corrida *regia*; tanto por quienes honraran con su asistencia el acto, como por lo renombrado de los espadas que desplegarían todo el brillo de su ingenio y su destreza, para el completo lucimiento de tan magnífica función.

Tres famosos capitanes se anunciaron para matar en esa tarde, uno de ellos ya conocido de nosotros: aquel Mazzantini, que conserva de México recuerdos gratos; el ya decrépito Lagartijo, hoy retirado del arte, y el célebre Guerrita, tan aventajado como sus compañeros en el manejo de todo el arsenal tauromáquico.

Los toros serían de la ganadería del Duque de Veraguas, grandes y valientes; nada, pues, quedaba por desearse. La corrida iba á ser soberbia, y de seguro haría eco en los anales taurinos de toda la Península.

Inútil es decir que Madrid entero prometíase colmar la plaza; y, como en todas partes cuecen habas, según dicho corriente, allá como aquí, los revendedores también *hicieron su agosto*.

La fama de hermosura y rasgos singulares de carácter de la reina Amelia, llevó á la plaza gran número de curiosos, ávidos de conocer á la jovial soberana.

Las calles se animaron de una manera extraordinaria; por sus aceras caminaba la gente en apretadas filas; por las avenidas que desembocan en la Puerta del Sol, hileras de ómnibus atestados de concurrentes al espectáculo, apercibíanse á reventar, si posible hubiera sido, á sus impacientes brutos bajo el látigo, á fin de llegar los primeros á las afueras de la plaza. Los tranvías de las "Ventas" ¡ni se diga! Y cuidado que en cada coche no se admite más que estricto y determinado número de pasajeros, según el número de asientos

y la amplitud del vehículo; amén de toda la gente que ni en carruaje, ni en tranvía ni en ómnibus dirigíase al teatro de la fiesta.

No cabía duda de que, además de lo atrayente de aquello, se adivinaba en el fondo cierta novedad que ponía al acontecimiento el sello de lo extraordinario é inusitado. No ví por cierto, en las calles de Madrid, mayor entusiasmo ni más gente, el día en que los mismos reyes de Portugal hicieron su brillante entrada á la ciudad en grandes carrozas y entre una valla de soldados que formaban desde la nueva estación del ferrocarril del Mediodía hasta el Palacio Real.

A buena hora, distinguimos á lo lejos la gran mole de la plaza, que á respetable distancia de la Villa se alza, en sus afueras, hecho el recinto todo de mampostería y de gracioso y acabado estilo mudéjar, tan propio para esta clase de edificios, y uno de tantos rasgos de la sin par arquitectura árabe. Es obra de muy reciente construcción la de la plaza, terminada y estrenada en 1874. El edificio se descubre enteramente aislado, amplio y airoso, y coronándolo todo, flotaba al viento aquella vez el pabellón de España.

A duras penas logramos la entrada, un tanto cuanto tumultuosa, y al fin nos instalamos en sitio donde todo se pudiese dominar.

El interior, espacioso y bello, tal como me lo imaginaba encontrábase literalmente colmado: el conjunto agradable y hermoso, y en los paleos las damas todas de la Corte con blancas mantillas cubriendo la cabeza, con ese donaire y especialísima gracia de las españolas, tan singular y celebrada.

A la hora señalada en el programa aparecieron, con notable exactitud, en el paleo regio, los reyes de Portugal, acompañados de la Reina Regente y de la Infanta de España Doña Isabel de Borbón, con la alta servidumbre de su casa.

La concurrencia toda, como un autómatas, se puso en pie y saludó con aplausos estruendosos á su Reina y á los augustos huéspedes; y desde aquel instante, las miradas todas se

dirigían al palco que en aquella ocasión se hallaba tan honrado.

La fiesta dió comienzo saliendo la cuadrilla á saludar, ostentando todos los que la formaban ricos trajes, y la lidia principió.

En los toros, y en cortísimo espacio de tiempo, se camina de sensación en sensación; ya es la salida del toro; ya es un desgraciado caballo en cuyo estómago hunde la bestia fiera el asta; ya, en suma, es un lidiador á quien hiere mortalmente el animal, que enfurecido tiende á defenderse contra el que lo ataca, y aquí la destreza y habilidad y ciencia y arte del diestro; y aquí también las mofas y burlas, y silbidos ó aplausos ó vítores de la multitud, que pierde, en realidad, la noción social, y quizá y sin quizá, hasta la de su propio ser, para vociferar á más y mejor, y en masa, durante todo el espectáculo.

En honor también de la verdad, diré que en la corrida en que me ocupó, el público todo, congregado en palcos y sobre los tendidos de pórfido, dió muestras de respeto y de cultura.

La Reina Amelia se atrajo las miradas del concurso por su gracia y su entusiasmo, y aplaudía al par de todos y sonreía satisfecha; como que nació bajo el espléndido cielo de Sevilla, la sultana á quien besa el agua mansa del Guadalquivir soñoliento, la de la "gentil Giralda," la Sevilla de lo torero y lo flamenco.

Aquel día el héroe de la jornada y el que con más suerte pudo ceñir el lauro de la más completa victoria, fué Mazzantini: Lagartijo estuvo desgraciado y Guerrita magnífico y soberbio.

En las corridas ordinarias, aunque la gran plaza no se ve colmada, por necesitar para ello la friolera de veinte mil almas, según se dice, pueden entonces palpase las propias escenas que en nuestros idénticos espectáculos se han visto.

Realmente, la verdadera animación consiste, como al prin-

cipio dije, ya en la ida á la plaza, ya al regreso de ella. Los ómnibus y los tranvías y los carruajes vuelven á henchirse de gente; el hormiguero humano zumba con ruido ensordecedor; la masa compacta que todo lo llena, va poco á poco disgregándose, pero para ser absorbida, y á las cuantas horas, por los teatros y por los cafés, donde se hace la vida de noche, y donde acaban los buenos ó malos comentarios acerca de la última corrida de toros.

CAPÍTULO V.

SAN FRANCISCO EL GRANDE.

PUEDE gloriarse España de contar entre sus templos, no pocos famosos por su estilo artístico, por sus años y por sus tradiciones.

En Burgos levanta sus agujas esbeltas de ojival florido, la soberbia Catedral, que parece hecha de azúcar cuando la nieve cuaja y cubre caprichosa el laberinto de labrados en torres y techos y fachadas.

En Toledo, la gran basílica, ojival, también de la época florida, sepulcro imponente de los primados del Reino, monumento misterioso poblado de estatuas, de leyendas, de imágenes venerandas y de tumbas añejas con inscripciones verdaderamente indescifrables, desde el siglo XIII allí esculpidas.

En Córdoba, la célebre mezquita, la gran aljama, prodigio admirable de la fantástica imaginación musulmana; bosque encantado de columnas sin cuento, convertido en catedral cristiana á raíz de la conquista sobre los árabes.

En Sevilla, muestra también de la arquitectura impropia-mente llamada gótica, la no menos renombrada basílica levantada en los mejores tiempos del arte, ornato y gala de la perla del Guadalquivir.

En suma, templos de valor artístico ó de perdurables tra-

diciones, ó santuarios como el de Nuestra Señora del Pilar en Zaragoza, universalmente venerados, por todas partes surgen en España, para unción del piadoso visitante y alabanza y prez de quienes tan preciadas joyas guardan, cuidándolas de la destructora mano del tiempo ó de la no menos perjudicial del hombre.

Sin embargo, no es por cierto en la capital de España en donde hallaremos el mayor número de templos, como en otras ciudades del mundo pasa, ni mucho menos tan famosos como los que apenas he apuntado.

Tiene Madrid, es verdad, iglesias que llaman la atención del curioso caminante, por esta ó la otra circunstancia, mas no por el conjunto de la fábrica ó por su excepcional construcción. Por ejemplo, las Salesas Reales, por la tumba riquísima de Fernando VI,¹ mandada erigir por Carlos III, y el sepulcro del bravo General O'Donell, primer Duque de Tetuán; la arruinada basílica de Atocha, por las huesas de Castaños, de Palafox, de Prim, y por selecta colección de históricos pabellones; las Trinitarias, donde yacen las cenizas del inmortal autor de *Don Quijote* y de la *Ilustre Fregona*; y otras varias como las aristocráticas iglesias de San José y las Calatravas, que son como las nuestras de Santa Brígida ó la Profesa, á las cuales los domingos asiste á misa la nata y flor de la sociedad madrileña. La catedral de San Isidro en la calle de Toledo, amplia y vasta, carece de todo mérito artístico.

Sólo San Francisco el Grande, aunque retirado del centro, es el único santuario que merece especial mención y visita detenida.

¹ Felipe V y Fernando VI son los únicos reyes que desde Carlos V hasta Don Alfonso XII no yacen en el Panteón del Escorial. El sepulcro del Rey Don Fernando, fundador del edificio, es una obra de arte, hecha de mármoles y bronce. Cubre la urna funeraria un manto de mármol recogido; encima, sobre un cojín, se muestran los atributos de la monarquía, y distribuidas á ambos lados, se ven la *Justicia* y la *Abundancia* y arriba el *Tiempo*, todo de mármol, y otras piezas bellísimas.

Es el templo más renombrado de la Corte, el más suntuoso, el más bien acabado y bello de cuantos en Madrid existen.

Lo recorreremos brevemente, para lo cual nos encaminaremos á él por la Plaza de Oriente ó calle Mayor, para poder recrear nuestra vista en el viaducto de la calle de Segovia.

Situado Madrid en terreno desigual, tiene pendientes rapidísimas, que en cierto modo hacen agradable la perspectiva general de sus calles. Pasado el Palacio Real, existe, pues, una gran depresión del terreno, formándose en el fondo la calle de Segovia, que en línea recta se prolonga, atravesando el Manzanares, hasta la carretera de Extremadura.

Difícil se hacía, por consiguiente, el paso directo desde Palacio (por la Plaza de Oriente) á San Francisco, y para ello era menester andar el doble del camino.

Pero hé aquí que todo queda subsanado mediante un gran puente de hierro perpendicular á la calle de Segovia, de tal manera, que es como otra calle encima de la ya citada, y que, en efecto, es la continuación de la de Bailén.

El viaducto es de excelente y sólida construcción, sostenido por dos armaduras metálicas sobre zoclos de mampostería, y las cuales pueden estudiarse bien bajo el puente. Éste tiene 130 metros de longitud por 13 de ancho y 23 de altura sobre el eje de la calle; suficientemente amplio, con aceras para la circulación de la gente de á pie y buen tramo para el paso de carruajes. La obra, que lleva de acabada unos treinta años, importó suma respetable.

Protegido el puente por rejas de hierro, puede impunemente pasearse por él; aunque siempre veréis una pareja de Orden público, que os mira al soslayo pronta á acudir á vuestro lado al menor movimiento de curiosidad hacia abajo. Debéis estar en que por tal viaducto suelen los desesperados y los que por este valle de amarguras caminan sin esperanzas ni fe, arrojarse para romperse el bautismo en lo más profundo

del lugar. De suerte que la pareja cumple á las mil maravillas su cometido, examinando de arriba abajo á todo hijo de vecino que pasa por el puente, y de seguro que la pareja será la sombra constante, en aquel trayecto, del desgraciado que tenga ó parezca tener cara de suicida.

Recuerdo que el chispeante Luis Taboada ha escrito algo acerca de esto y los héroes de su capítulo son, como debe suponerse, los *tronados* y míseros á quienes la suerte ha dado con el pie.

A la hora en que cae el sol, magnífico es el paisaje desde el puente, propio para una acuarela de esas borroneadas con sepia por mano maestra. Las casas bajo el viaducto, amontonándose unas junto á otras; el hormiguero humano en el fondo, dispersándose ó aglomerándose, y más allá los campos dilatados y azuleando las lomas más y más por la distancia. En noche de luna la vista es fantástica: las tejas negras de las casas dibujan siluetas caprichosas por las cuales de repente se destacan las torres de las iglesias cercanas; la calle con sus filas de luces, bajo los pies del observador, que aparece como en inmenso balcón suspendido en el espacio.

Para llegar todavía á San Francisco hay que pasar por varios callejones, y más tarde se ampliará aquello, derribando varias casas que obstruyen el paso.

Nos encontramos ya en una plazoleta y frente al templo.

Su fachada, modernísima, es de gusto clásico y de dos cuerpos, estilo Renacimiento. El inferior tiene tres puertas arcadas; sobre él descansa el otro con tres grandes ventanas que corresponden á cada una de las puertas, rematando la central por un frontón que lleva la cruz de los caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalén.

Echó los cimientos del primitivo templo en los comienzos de la centuria décima tercera, el mismo San Francisco de Asís, fundando primeramente una ermita, y á su lado humilde choza donde el santo vivía. Corriendo el tiempo, aumentó con él la devoción del pueblo á aquel venerable sitio, y la ermita

se trocó luego en verdadero templo y en convento; fundáronse capillas, el culto adquirió cierto desarrollo, y así transcurrieron los años, sufriendo la iglesia una renovación en 1617. El tiempo deterioró, como natural era, templo y convento; además, éste parecía estrecho, y entonces se convino en demoler la vetusta fábrica y en su lugar hacer otra más sólida, amplia y hermosa. Hizose, en efecto, así, y en 1761 aquello comenzó á derribarse, terminándose la obra siete años más tarde. Aun cuando el Rey Carlos III tuvo el propósito de hacer de San Francisco la principal iglesia de la corte, la idea no tuvo cabida por varias y poderosas causas. Se cuenta también, entre los muchos proyectos que se han tenido para cambiar de uso el templo, el de hacerlo panteón nacional, y aun allí se transportaron en 1869 los restos de muchas glorias españolas, entre otros los de Juan de Mena, el célebre vate contemporáneo del no menos célebre Marqués de Santillana; de Quevedo, de Calderón, de Ercilla y de otros muchos. Finalmente, se pensó en 1880 restaurar por completo el templo: púsose manos á la obra con verdadero entusiasmo, y en 1888 se vió del todo restaurado tal y como ahora se admira y se contempla.

Por el pórtico puede juzgarse de la magnificencia del interior. Un mosaico romano, primorosamente hecho, decora el pavimento del vestíbulo, que tiene tres puertas que dan acceso al templo, y otras cuatro laterales, dos para cada uno de los lados que cierran, con la fachada, aquel pórtico. No hay palabras para alabar el buen gusto y la riqueza de las puertas, divinamente talladas en madera con rara perfección. Quien las haya visto podrá dar fe de mi dicho. Cada figura es una esculturita acabada; en una de las puertas hay un San Francisco de poco menos de media vara, que habla, por decirlo así. ¡Qué expresión! ¡Qué actitud! Calada la capucha, mira al cielo en éxtasis; las manos dentro de las mangas del hábito; en suma, una maravilla. Por todas partes, y combinadas, se ven las llagas, las *Conformidades* y la cruz de los ca-

balleros de San Juan, cuya es esta iglesia para la celebración de sus cultos.¹

El interior, aunque un poco obscuro, causa á primera vista buena impresión. Es imponente, grandioso, pero recargado de adornos. Ahora que recuerdo bien, tiene el aspecto severo y de majestad de algunas iglesias de Roma que ví más tarde en la Ciudad Eterna, y donde llevaré, Dios mediante, al lector en el transcurso de estos capítulos.

La planta es circular, y en una nave concéntrica que corre á ambos lados de las puertas de entrada y de la capilla principal ó altar mayor, se distribuyen seis capillas, cada una de las cuales, rica en pinturas, en decorado, en mármoles, es digna de la mayor atención.

El pavimento general es de mosaico de mármol, y sobre sendos pedestales de la misma materia, arrimados á doce pilstras de la rotonda, se alzan las grandes figuras de los apóstoles, esculpidas en blanco mármol de Carrara por artistas residentes en Italia; cubriéndolo todo airosa cúpula decorada profusamente, como todo el templo, y en donde se destacan las figuras de los profetas.

¿Qué decir ahora del altar principal y de cada una de las capillas? Nuevos capítulos podían consagrarseles, sobre todo para el lector que ame lo bello, lo artístico y lo grande. Para tal cosa no se necesita ser artista sino sentir; como no hay que ser músico para gozar con los dulces sonidos del arpa ó con una voz sonora y armoniosa; como tampoco hay que ser poeta para soñar ante paisajes hermosos que la naturaleza presenta á manos llenas en la faz inmensa del planeta.

El altar mayor, aunque contrasta con el orden adoptado para el templo, por ser aquel ojival, es acabado: sobre cuatro grandes pedestales álzanse las estatuas en bronce de los evan-

¹ Estas puertas son una prueba de que en los tiempos actuales pueden hacerse tantas maravillas como antes se hacían. Las puertas tienen grabado el nombre de su autor, nombre que no sé cómo se me pasó apuntar.

gelistas; abundan en todo el presbiterio las pinturas de distinguidos maestros, circundando ese recinto espléndida sillería de madera tallada, estilo Renacimiento.

Las capillas tienen su advocación especial, y según es ésta en todo se corresponde el decorado.

Las seis capillas se hallan dedicadas respectivamente, las tres del lado de la Epístola, á la *Concepción*; á las *Mercedes*, capilla de estilo Renacimiento; y á la *Pasión del Señor* la tercera, con su altar bizantino. Las del Evangelio, á la *Orden de Carlos III*, á las *Órdenes militares* y, finalmente, á *San Francisco*, capilla esta última de gusto plateresco.

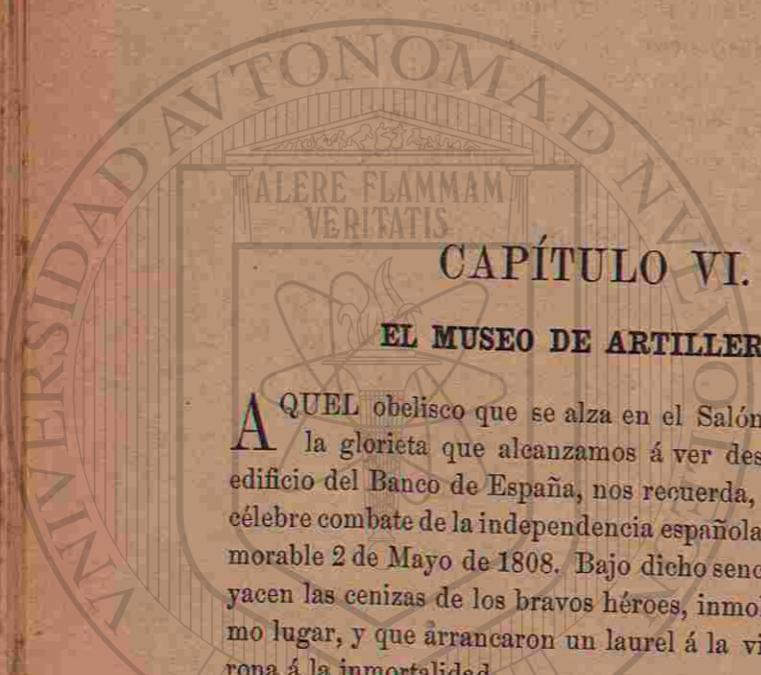
Todas las capillas son hermosas, cada una en su estilo, en sus detalles, en su conjunto. Pero de todas ellas hay una que encanta: la de la institución de la Orden de Carlos III. Cuando se mira desde el templo la capilla, el efecto es superior: imaginaos la vaga claridad del santuario, mezcla de tinieblas y de luz: he dicho antes que la iglesia es un poco oscura, contribuyendo también á ello los mármoles parduscos que forran las paredes: se abre en seguida en el muro la arcada de la capilla, iluminada ésta con mayor intensidad que el templo, por una ventana practicada en la pequeña bóveda que á la capilla cubre; de esta suerte, la ilusión es completa: el observador no ve la ventana, sino la luz suave y apacible que parece proceder del mismo cielo, y que ilumina á maravilla un conjunto de figuras que en el fondo se destacan de bulto: la Virgen aparece entre nubes cogiendo el gran collar de la Orden que el mismo Rey Carlos III le ofrece de rodillas. La figura del monarca es magnífica. Plasencia, que es el artista á quien tan bello lienzo se debe, le representó de espaldas, sosteniendo en sus hombros el manto vistoso de la orden. Difícil es realizar la feliz concepción de Plasencia, pintando á una persona de espaldas, y cuyas facciones se adivinen. Sólo viendo esta capilla, puede juzgarse del efecto que he indicado.

El coro tiene una sillería ojival inapreciable, procedente

de un monasterio, y un soberbio órgano alemán. Llenan el espacio cuadros y bajos relieves, todo notable.

En resumen: la iglesia de San Francisco el Grande es un conjunto de joyas artísticas, cuyo valor aumenta con la riqueza del material y en donde nada se ha escaseado. El golpe de vista de todo el santuario es de buen efecto, aunque un poco recargada la fábrica, como dije antes. El todo, magnífico, imponente y bello.

Es un templo que debe estudiarse y visitarse varias veces.



CAPÍTULO VI.

EL MUSEO DE ARTILLERÍA.

AQUEL obelisco que se alza en el Salón del Prado y en la glorieta que alcanzamos á ver desde el magnífico edificio del Banco de España, nos recuerda, lector amigo, el célebre combate de la independencia española, acaecido el memorable 2 de Mayo de 1808. Bajo dicho sencillo monumento yacen las cenizas de los bravos héroes, inmolados en ese mismo lugar, y que arrancaron un laurel á la victoria y una corona á la inmortalidad.

Allí están los despojos de caudillos y de patriotas muy gloriosos, cuyas vidas las sacrificaron como mártires en aras de su patria, sucumbiendo á la fuerza física de las águilas francesas, que en vano pretendieron despedazar, en lucha formidable, el pabellón rojo y gualda de la madre patria.

En uno de los frentes que sirven de base al obelisco, y la cual es la parte principal del monumento, podemos leer esta sentida inscripción:

LAS CENIZAS
DE LAS VÍCTIMAS DEL DOS DE MAYO DE 1808,
DESCANSAN EN ESTE CAMPO
DE LEALTAD

REGADO CON SU SANGRE.
¡HONOR ETERNO AL PATRIOTISMO!

Y en el tablero opuesto:



Á LOS MÁRTIRES
DE LA
INDEPENDENCIA ESPAÑOLA. LA NACIÓN
AGRADECIDA.
CONCLUIDO POR LA M. H. VILLA
DE MADRID,
EN EL AÑO DE 1848.

Impresionados hondamente con tamaños recuerdos históricos y por semejantes epitafios, emprenderemos el lector y yo camino hacia el Museo de Artillería, que á unos cuantos pasos del obelisco se halla, en parte de lo que queda del antiguo palacio del Buen Retiro; y juntos recorreremos las interesantes galerías de tal Museo.

Lo vamos á hacer, sin embargo, de prisa, porque reservo á mi bondadoso acompañante grata sorpresa; quiero que nos detengamos un poco ante venerables objetos, y que acerca de ellos hagamos á la postre algunas reflexiones que nos sugiere nuestro carácter de verdaderos mexicanos.

Entremos ya al Museo.

¡Cuán encantadora es su organización admirable! Abramos la cartera y comencemos nuestros apuntes, por si acaso y para los establecimientos de este género en México, pueden importar.

El afecto á la ciencia de la guerra, además de encontrar en las plantas baja y superior del edificio, en bien clasificadas colecciones cuya serie cronológica empieza en el siglo décimotercio, la historia de todas las armas conocidas, desde la primitiva de fuego hasta el espléndido modelo de cañón obsequiado por Krupp á Don Alfonso XII, allí puede cosechar frutos muy ricos de literatura histórica.

Hay un salón de glorias españolas: los pendones de Lepanto, tiendas de campaña, arreos militares de caudillos, tesoros

inestimables encerrados en arcas cuya sola apertura parecería profanación. En otra sala los ataúdes en que los cuerpos fríos de Daoiz y de Velarde, héroes del 2 de Mayo, fueron primeramente depositados, y las mortajas que á los venerandos cadáveres envolvieron, encerradas dentro de esas cajas mortuorias, allí se conservan en medio de trofeos; la levita ensangrentada y rota por las balas homicidas, que el General Prim llevaba puesta cuando el drama de la calle del Turco en Madrid; el *ros* del vencedor de África y muchas de sus prendas, y otra serie innumerable de recuerdos de este género que pertenecieron á varios héroes españoles, allí bajo cristales herméticamente ajustados, en primorosos estuches de ricas maderas ó en escaparates artísticos, evitándose que el polvo más ligero ose manchar tan venerables reliquias, que se miran con yo no sé qué imponente respeto; está todo á la vista del pueblo para que ante ello desfile y se inflame siempre de amor patrio el corazón.

Cerremos ahora los ojos ante tanto modelo primoroso de fortificaciones y de diminutos trenes de artillería, que la impaciencia me obliga, lector carísimo, á conducirnos á una pieza de no muy grandes dimensiones: cerca de la puerta de entrada y en el fondo de la derecha, junto al rincón más próximo á la puerta, se ve una alacena ó escaparate embutido en el muro: lo cierra una vidriera, y dentro se ven varios objetos; al exterior y arriba de la alacena, descúbrese un retrato de militar de medio cuerpo, hecho por pincel de principios del siglo y al óleo.

¿Conocéis objetos y retrato? Aquí ni hay cristales en bisel, ni escaparates en cuyas paredes interiores brille el raso, ni retratos y objetos, finalmente, se ostentan como aquellos que nuestra vista contempló en otros salones.

El retrato es el del benemérito Cura DON JOSÉ MARÍA MORELOS Y PAVÓN, en el cual retrato se le ve ataviado con el uniforme de Capitán General, empuñando el bastón de mando, y bajo el brazo izquierdo el sombrero montado que luce

los colores azul y blanco de los insurgentes de Nueva España.

Los objetos que dentro de ese mismo escaparate existen, son del propio caudillo mexicano, auténticos y originales, pero arrinconados y como de más en tal lugar. Allí miramos el traje de capitán general, que es exactamente el propio que el retrato lleva; el pectoral de amatista que tiene la figura al óleo; una chaquetilla bordada, una montura, un par de pistolas y algo más. Entre este hacinamiento de objetos, aparecen los pliegues de un pequeño y raído pabellón con la efigie de la Virgen de Guadalupe.

¿Quién llevó á España todo esto y cómo fué á parar al Museo que visitamos?

El lector me permitirá algunas explicaciones acerca de un asunto que tantísimo nos interesa.

Mas quien va á darnos cabal idea del retrato y noticia de los objetos aludidos, es Don Lucas Alamán, en el tomo III de su *Historia de México*; una copia del retrato la publicó al frente de la página 327 del citado tomo.

Oigámosle:

“DON JOSÉ MARÍA MORELOS, cura de Carácuaro en el obispado de Michoacán. Nombrado por el Congreso de Chilpancingo generalísimo y depositario del poder ejecutivo. Está representado tal como asistió á la jura de Fernando VII y en nombre de la junta de Zitácuaro en Oaxaca, en el mes de Diciembre de 1812. Este uniforme, que es igual al de los capitanes generales españoles, no se lo puso Morelos más que esta sola vez, y habiendo sido cogido por el Coronel Armijo en Tlacotepec, con todos los papeles y demás de Morelos, en Marzo de 1814, fué remitido á España y se conserva ahora en el Museo de Artillería de Madrid. Lleva Morelos un gorro negro en la cabeza, que nunca traía descubierta por padecer dolores en ella cuando no la traía abrigada con gorro ó pañuelo, y al cuello tiene el pectoral que se le remitía al Obispo de Puebla Campillo, en el convoy que conducía de Veracruz Olazábal,

y fué tomado por los insurgentes en Nopalucan en Abril de 1812. El cura Sánchez que cogió esta alhaja, la regaló á Morelos, quien agregó á la extremidad de la cruz una medalla de oro de la Virgen de Guadalupe. Tiene, además, un cordón de oro de que está suspendido el sable, y en el sombrero montado que lleva bajo el brazo, se ve la cucarda azul celeste y blanca adoptada por los insurgentes. Este retrato de medio cuerpo, del tamaño natural, pintado al óleo en Oaxaca, con todos los bordados dorados y varios jeroglíficos en la orla del cuadro, existió en poder del General Almonte, y la copia que ahora se publica, se ha sacado del original. Don Carlos Bustamante lo publicó al frente del tercer tomo de la Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España por el P. Alegre, impresa en México en 1842, pero mal dibujado, pues no pudiéndose distinguir si es gorro ó pelo lo que tiene en la cabeza, ésta aparece de una forma monstruosa.”

Hasta aquí el Sr. Alamán. Por lo que hace á los objetos remitidos á España cuando el suceso de Tlacotepec, fueron á dar al Ministerio de la Guerra, “en cuya Secretaría se conservaron, hasta que por disposición del Regente del Reino (que á la sazón lo era el General Espartero, Duque de la Victoria) en Real orden de 15 de Junio de 1841, fueron depositados en el Museo de Artillería de Madrid,” según lo expresa así una nota del catálogo de ese Establecimiento. En el Ministerio de la Guerra español, debe, pues, obrar alguna constancia acerca de dichos objetos.

En cuanto al retrato, ignoro en qué época fué á dar á Madrid, y si el mismo Almonte lo remitió. Todo ello puede averiguarse bien.¹

¹ Mi sabio amigo el Sr. Don Francisco del Paso y Troncoso, Director de nuestro Museo Nacional, y con quien visité el Museo de Artillería de Madrid, tomó mucho empeño por conseguir los objetos de Morelos, y aun se hicieron algunas gestiones, interesándose en el asunto varias personas. Ignoro el resultado de esas gestiones por haber tenido yo que salir definitivamente de Madrid para Italia y ya de regreso para México, sin haber dejado ultimado tan interesante negocio.

De dicho retrato existe una copia en México, del mismo tamaño y al óleo, hecha por una señorita. Puede verse la copia en la Secretaría de la Cámara de Diputados; únicamente que á Morelos se le ve sin gorro ó montera. Al pie del cuadro se lee:

“Retrato del Exmo. Sor. Dn. José María Morelos, Capitán general de los ejércitos de América, vocal de su suprema junta, conquistador del rumbo del sud. Y copiado por Trinidad Carreño. Madrid, Marzo 20. 1875.”

De esta copia sacaron otra los artistas Sres. Vargas, y la cual se halla, según mis noticias, en nuestro Ministerio de Hacienda.

Tenemos, pues, por lo que se sabe, dos retratos auténticos de Morelos: uno, que es el de Madrid, y otro, del que asimismo nos habla Alamán, hecho en cera, de perfil, por un Sr. Rodríguez, tal como el héroe de Cuautla estaba en la prisión de la Ciudadela. Publícalo Alamán en el tomo IV de su *Historia de México*, frente á la página 329; se hallaba en poder de la familia Almonte.

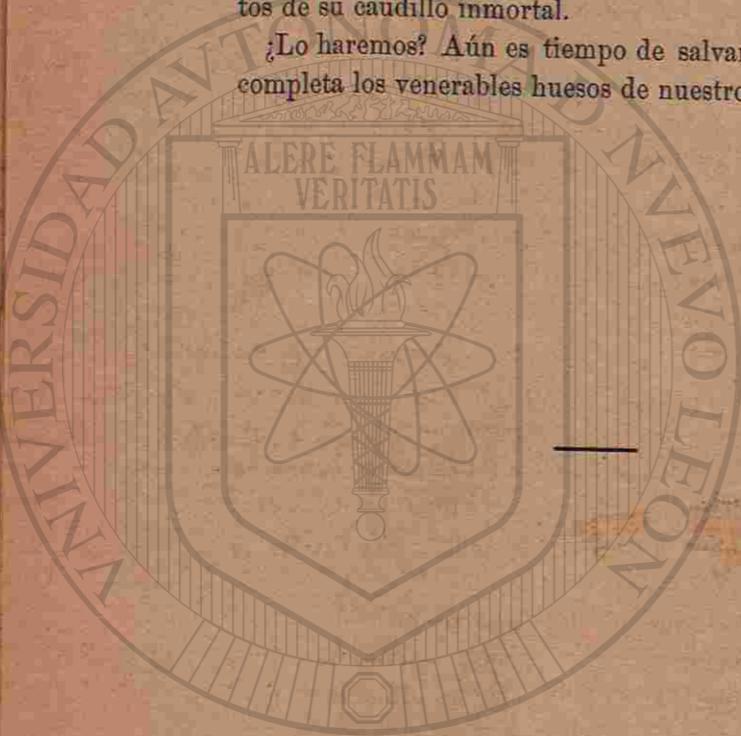
Tales son los datos, aunque ligeros, que puedo daros, lector bondadosísimo, referentes á lo que acabamos de ver en este Museo, y que pertenecieron al gran caudillo de nuestra Independencia nacional.

Y ¿cómo es que todo lo nuestro vuela disperso en los museos de Europa, y nosotros ni siquiera nos preocupamos de que en ellos existen tesoros mexicanos? ¿Cómo es que las reliquias de nuestros héroes las exponemos á la destrucción y al abandono? ¿No es verdaderamente sensible que el mismo cráneo de Morelos y algunos restos más, los dejemos pulverizar en manos del tiempo, en sitio húmedo y tan mal acondicionado para la conservación, como lo es la cripta de la Catedral?

Nosotros no tenemos monumento al 2 de Mayo, como lo tiene Madrid, en el cual se halla el sarcófago que encierra las cenizas de sus mártires; pero podemos levantar otro obelisco

en honor del héroe del 2 de Mayo de 1812, en que se perpetúen sus glorias y su fama; en donde el pueblo mexicano sepa que allí están, ya no olvidados, sino resguardados los restos de su caudillo inmortal.

¿Lo haremos? Aún es tiempo de salvar de la destrucción completa los venerables huesos de nuestros insurgentes.



CAPÍTULO VII.

EL MUSEO PICTÓRICO DEL PRADO.

ESPAÑA es una nación muy poco conocida. La prueba de ello es que contadísimos son quienes nos dan cuenta cabal de las curiosidades maravillosas que encierra, y de su importancia histórica y artística.

Los que de América, digo de México, van á Europa, contentanse á menudo con hablarnos de ese Paris que tanto atrae, y cuántas veces se quedan tales viajeros sin penetrar al fondo de las positivas bellezas de la gran ciudad del Sena!

España, no porque hoy se halle decadente y abatida, ha dejado de cubrirse en días felices con el ropaje brillante de la gloria. España tuvo sus siglos de auge, su edad dorada, como pudo haberla tenido Grecia con Pericles ó el Imperio Romano en los años floridos del augusto Octavio.

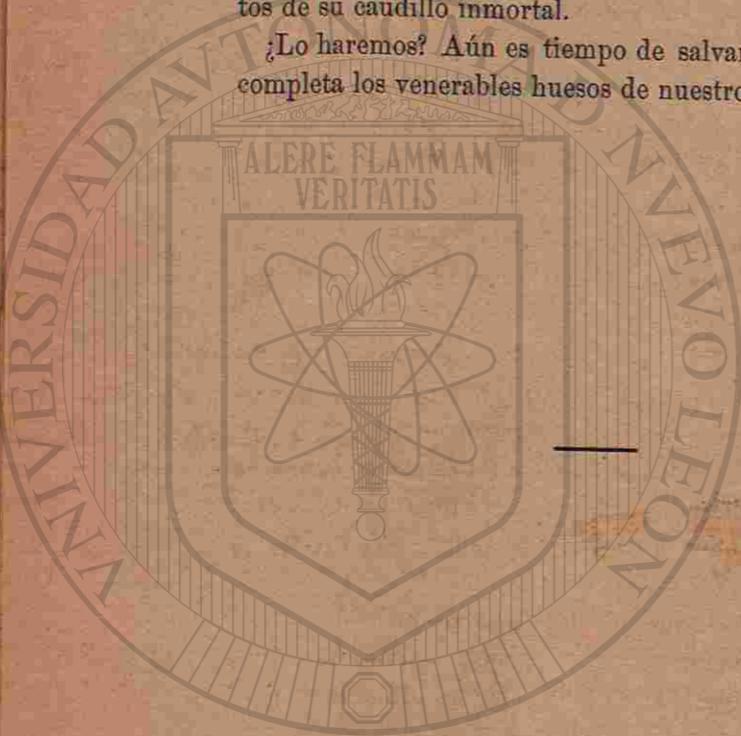
Del suelo español han surgido en épocas distintas, como surgen á diario los rayos de la aurora vigorosos y dulces, genios que tuvieron su zenit y en el cual ataviáronse con los resplandores del sol de la inmortalidad.

Cuando en las naciones de Europa verificábase esa evolución inconsciente de la cual brotó lo que se llamó el *Renacimiento*, España, en la época á que voy á contraerme, prestaba, como todos los países, su contingente poderoso.

Esa época era la de las transformaciones gigantescas: ella

en honor del héroe del 2 de Mayo de 1812, en que se perpetúen sus glorias y su fama; en donde el pueblo mexicano sepa que allí están, ya no olvidados, sino resguardados los restos de su caudillo inmortal.

¿Lo haremos? Aún es tiempo de salvar de la destrucción completa los venerables huesos de nuestros insurgentes.



CAPÍTULO VII.

EL MUSEO PICTÓRICO DEL PRADO.

ESPAÑA es una nación muy poco conocida. La prueba de ello es que contadísimos son quienes nos dan cuenta cabal de las curiosidades maravillosas que encierra, y de su importancia histórica y artística.

Los que de América, digo de México, van á Europa, contentanse á menudo con hablarnos de ese Paris que tanto atrae, y cuántas veces se quedan tales viajeros sin penetrar al fondo de las positivas bellezas de la gran ciudad del Sena!

España, no porque hoy se halle decadente y abatida, ha dejado de cubrirse en días felices con el ropaje brillante de la gloria. España tuvo sus siglos de auge, su edad dorada, como pudo haberla tenido Grecia con Pericles ó el Imperio Romano en los años floridos del augusto Octavio.

Del suelo español han surgido en épocas distintas, como surgen á diario los rayos de la aurora vigorosos y dulces, genios que tuvieron su zenit y en el cual ataviáronse con los resplandores del sol de la inmortalidad.

Cuando en las naciones de Europa verificábase esa evolución inconsciente de la cual brotó lo que se llamó el *Renacimiento*, España, en la época á que voy á contraerme, prestaba, como todos los países, su contingente poderoso.

Esa época era la de las transformaciones gigantescas: ella

levantaba una barrera entre la edad naciente y la de los castillos feudales: decaía el género gótico y las catedrales ojivales quedaban nada más como muestra de uno de tantos y tan variados caprichos del arte arquitectónico.

Los siglos XV y XVI fueron, especialmente el último, los siglos de la evolución. Bramante trazaba los planos de la colosal Basílica de San Pedro y pensaba el modo de dar cima á su maravillosa cúpula. Reemplazábale Miguel Angel y llenaba de borrones la bóveda de la capilla Sixtina, y de cada manchón hacía salir una figura de musculación hercúlea, formidable, titánica, como su autor, y como el pincel del cual surgiera el gran *Juicio Final*, terrible, poderosa y sublime. Rafael Sanzio colocaba en su paleta los colores apacibles, como el alma del pintor, y que tan sólo producirían dulzura, delicadeza y sentimiento; y vaciaba en su *Transfiguración*, y en sus vírgenes, y en las logias del Vaticano, todo su espíritu y sus encantos todos; como el Correggio al par hacía con sus vírgenes, y su Santa Familia y sus concepciones prodigiosas. Ya Leonardo de Vinci acababa de sentar su fama inmortal en las figuras de su famosa *Cena*, llena de corrección y de limpieza en el dibujo, como caracteres esenciales; además de su inimitable y alabado claroscuro. Y el Tiziano, y Tintoretto después, y un centenar de artistas más, dejaban por doquiera regueros de luz, inundando el mundo con sus tablas y sus lienzos: las escuelas se creaban, y atraían numeroso concurso de prosélitos, y el arte llegaba al lugar más encumbrado de poder y de grandeza.

Las figuras representadas sobre una superficie plana, no eran ya aquellas á las cuales faltaban movimiento y vida, sin perspectiva que las separara, y que habían menester de previa explicación para comprenderse, como las pinturas primitivas de mosaicos y de miniaturas y de frescos pálidos: eran ya figuras que se destacaban unas de otras y que aparecían hermosas. El Giotto había operado este cambio repentino desde fines del siglo XIII y principios del XIV en que vivió,

preparando así el renacimiento y el apogeo del arte pictórico. Bajo la protección de este notable impulso, la pintura comenzó á vigorizarse mediante los genios que en Italia esencialmente se formaban; por lo cual á aquel siglo décimosexto tan fecundo, con justicia se le llama el siglo de los italianos. La evolución extendíase por todos lados y en todas direcciones, como las raíces de una planta, y fecundizábase con la savia bendita de la inteligencia. A la sazón, el teatro, las letras, las ciencias, todo adquiría vida en este período de los siglos XV, en sus postrimerías, XVI en su curso todo y XVII en sus comienzos venturosos. Las musas parecían establecer como sucursales del Parnaso en Inglaterra y en Alemania, en Francia y en Italia, en España y en Portugal mismo. De esos templos de las hijas de Júpiter salía Shakespeare, sobre el tablado de los teatros ingleses, dando á la escena su *Otello*, el *Rey Lear*, el *Hamlet* y *Romeo y Julieta*. Erasmo, algo anterior al dramaturgo inglés, pero de este período á que hago referencia, era el holandés más sabio de los de su patria. Camoëns se conquistaba las palmas de la gloria con sus *Lusiadas*; Juan Goujon, en Francia, imitaba las esculturas griegas, y legaba como prendas de su ingenio las cariátides del Louvre; y, en llegando á España, hervía en inteligencias, como las mismas naciones precitadas: Cervantes, el ingenio sin segundo, el modelo de galanura y elegancia en el idioma, daba su paternidad al celebrado y universalmente conocido *Don Quijote*; Lope de Vega, como Shakespeare, daba al teatro las bellezas de su numen; Ercilla tañía la lira, y de sus dulces ecos íbase elaborando *La Araucana*; y los pinceles hacían prodigios en los lienzos con Navarrete, Pantoja, Rivera, Zurbarán, Velázquez y Alonso Cano. Murillo, el gran pintor sevillano, cerraba en el siglo XVII, con su venida al mundo, todo ese cortejo luminoso é inmortal de genios y lumbreras, que paseaban las glorias artísticas de España por ambos hemisferios.

¡Qué siglos de titanes! ¡Qué evolución grandiosa, cuyas colosales huellas han quedado en todo el mundo perdurables!

La historia del Arte en esta época es, si se quiere, abrumadora: los grandes maestros forman escuelas; sus discípulos, unos imitan á los maestros, y otros crean á su vez nuevos estilos; y el arte se ramifica, por decirlo así, se ensancha, se multiplica con prodigio, y aun muchas de sus ramas, procedentes del propio tronco, suelen confundirse: de aquí que el génesis y desarrollo y vida y progreso ó decadencia de la pintura, requiera tan prolijos y detenidos estudios, que pueden hacerse con paciencia y con holgura en los museos de Europa.

El de Pinturas del Prado de Madrid, uno de los mejores y más notables del mundo, por la cantidad de originales que encierra, me recordó las varias veces que en él estuve, toda la historia del Renacimiento, y de bulto se me presentaron á mis ojos las reproducciones pictóricas de los autores más renombrados de esos siglos de evolución.

No voy, por supuesto, á describir el Museo del Prado, porque ni sería yo tan atrevido ni mucho menos me sería posible hacerlo ni en un libro. Así, á grandes rasgos, como un boceto nada más de lo que es aquel templo que atesora tantas reliquias de la pintura clásica, trazaré líneas generales y comunicaré algunos datos.

El Museo es de creación modernísima: el edificio que mandó construir el Rey Carlos III, está situado en el paseo llamado Salón del Prado: después de la guerra franco-hispánica de 1808, Fernando VII restauró el edificio inaugurándolo en 1819 como Real Museo de Pintura y Escultura. La planta figura un vasto paralelogramo lleno de salas, salones, galerías y rotondas colmados de valiosos cuadros, que decoraron antes los Palacios de la Corona y sitios reales de España, en su mayor parte.

Siguiéndose una clasificación sistemática y razonada, las galerías del Museo se dividen por escuelas, y éstas por autores. De dichas escuelas, contamos á la Italiana, Española, Alemana, Flamenca y Holandesa, estas tres últimas compren-

didias bajo la denominación de Escuelas germánicas, y finalmente, la Escuela francesa. En una sala especial se encuentran los célebres tapices de Goya, y en otra el departamento de dibujos.

Imposible que intentara yo hablar de los cuadros que llenan las paredes de las extensas galerías: entre originales firmados, anónimos, dudosos y copias, el Museo cuenta cerca de tres mil ejemplares de las escuelas mencionadas, y una buena parte debida á los grandes maestros, como he dicho antes.

Recorriendo las salas durante varios días, puede uno hacerse cargo de las obras, estudiar sucintamente el estilo peculiar de cada autor, y grabar en la memoria detalles que rara vez se olvidan: la composición, el colorido, las formas, el vigor ó la delicadeza, que son tan característicos de cada una de las grandes escuelas.

Si he de proceder con algún método para dar una ojeada rápida á las galerías, diré, comenzando por la escuela Italiana, que el Museo del Prado tiene originales: una bella tabla de la Asunción, debida á Fra Angélico, artista florentino distinguido (1387-1455); del Correggio pude ver cuatro lienzos, todos con asuntos místicos; del Dominiquino un San Jerónimo admirable; del napolitano Luca Giordano, que señaló la decadencia del arte, hay más de cuarenta producciones, siendo los asuntos retratos, alegorías, batallas é imágenes de santos.

Del Greco, á quien en el Hospital de San Juan de Dios, de Toledo, nos le hallaremos, hay también muchos y buenos cuadros de su escuela veneciana; de Guido Reni, boloñés en su estilo, míranse bustos, estudios de cabezas y santos; de Salvador Rosa, el pintor y poeta naturalista, pude contemplar una hermosa marina: es el Golfo de Salerno, animado con figuras que aparecen bañándose en la playa arenosa. Rafael Sanzio se nos presenta luego, con toda la idealidad que antes de conocer sus producciones yo había soñado: de este príncipe de

la pintura conserva el Museo la Sacra Familia, retratos, vírgenes y asuntos místicos, en buen número y todo escogido; del gran pintor naturalista veneciano Tintoretto, hay más de treinta originales con asuntos místicos, retratos, batallas y alegorías; del Tiziano, autor también veneciano, que marca el apogeo del bello colorido, en alto grado floreciente en su época (1477-1576), pueden admirarse más de cuarenta cuadros primorosos, encantadores todos; y de Pablo el Veronés como unos veinte. Otros muchos pudiéranse citar de la escuela Italiana, que tanto floreció en sus diversas ramas florentina, umbria, veneciana, lombarda, boloñesa y napolitana, y por no cansar más al lector, rápidamente veremos la escuela brillantísima Española.

Culminan en ésta, como de primera magnitud, Rivera, con más de sesenta originales; Pantoja con retratos esencialmente; de Zurbarán, del cual en nuestra Escuela de Bellas Artes de México poseemos un original, descuellan una docena de preciosos lienzos; lo mismo de Alonso Cano, de Juan de Juanes y de otros notabilísimos. Y ¿qué podré decir de Velázquez y de Murillo, representantes natos, en esta grande exposición, de la más pura escuela sevillana? Velázquez tiene aquí una de sus más famosas obras de arte: el *Cristo* inimitable, reproducido á millares en fotografías y en cromos y en grabados: ese Cristo fué obsequiado, como es bien sabido, para este Museo, por el Duque de San Fernando en 1829. Además, cuéntanse del inmortal autor de tan soberbia imagen, más de sesenta lienzos.

De Murillo puede decirse otro tanto, en cuanto al número de originales. La creación que se ha considerado como la obra maestra del pintor sevillano, la inmaculada Concepción, la posee el Museo del Louvre, que la adquirió por compra en 1858, en la friolera de 615,000 francos.

Representan á las escuelas germánicas en el Museo del Prado, el flamenco Van *Æyck*, discípulo de Rubens; Brueghel de Velours, del cual existen aquí más de cincuenta cua-

dros de diversos asuntos, bailes, bodas, alegorías y figuras de santos; Alberto Durero, insigne pintor, excelente grabador y célebre ingeniero alemán; Van Dyck, floreciente en la escuela flamenca en el más alto grado de belleza, admirándose de él multitud de cuadros con retratos, estudios diversos y santos, también, como hicieron todos los pintores de esa época; Rembrandt, el príncipe de la escuela holandesa, cuyo colorido es tan característico y tan poderoso; Rubens, de la escuela flamenca en su apogeo. Es increíble tanto como pintó este artista extraordinario: asombra el número de sus cuadros, repartidos en casi todos los museos de Europa: he visto originales de Rubens, cerca de setenta solamente en este Museo, y en una inmensa galería en el Louvre, consagrada á las obras de aquel célebre artista; los dos Teniers, Abraham y David, hermanos nacidos ambos en Amberes en el siglo XVI: el primero fué imitador del segundo; de este último hay en el Prado una colección abundante de originales, mucho más de cincuenta.

La escuela francesa no descuella como las ya citadas, y no tuve ocasión de detenerme en su examen.

Respecto de la sala de los tapices de Goya, con toda imparcialidad digo que no tiene lucimiento: se ve falta de vida á causa de la mala colocación de los cuadros y de los raquícos marcos que poseen. Sin embargo, los cuarenta y seis originales son dignos bajo todos conceptos de la mayor atención. Don Francisco Goya y Lucientes, nativo de la provincia de Aragón, vino al mundo en 1746 y murió en Francia en 1828: considérasele como el restaurador de la escuela naturalista española, y lo que en sus obras llama ante todo la atención, es un colorido tan especial, un tanto pálido, característico, peculiar, que nadie ha podido imitar. Todos los cuadros tienen la misma entonación y los temas de ellos son generalmente escenas rústicas, juegos de muchachos y otros asuntos por el estilo.

Queda, pues, demostrada, por lo que brevemente he ex-

puesto, la importancia de este notabilísimo Museo, uno de los mejores del mundo, vuelvo á repetir.

Allí puede verse cuanto el hombre ha realizado en el divino arte de la pintura, consiguiendo transportar al lienzo la naturaleza entera, con sus valles, con sus mares, con sus cielos caprichosos, con su belleza y sus encantos. La pintura es, como ha dicho eminente crítico, "un lenguaje mudo" que todo lo descubre por medio de la mágica expresión de los colores.

De aquella época de gloria á la fecha, el arte ha decaído de una manera asombrosa: la escuela francesa, si escuela puede llamársele, es la que ahora parece prevalecer sobre todas sus hermanas; empero, nunca como aquellas que dieron vida y frescura á sus figuras y poder sublime á los lienzos.

Poco es lo que en México podemos hacer por el arte de Rafael. Sin embargo, no faltan maestros que inicien un renacimiento en nuestra pintura, y si algo pudiésemos lograr acerca de esto, sería para la gloria y el bien de nuestra México.

CAPÍTULO VIII.

EL ESCORIAL.

NO hay persona que viaje por España, y sobre todo cuando se encuentra en la Corte de aquella nación interesante, que deje de visitar el grandioso monumento considerado como una maravilla, tanto por el arte, que ha desplegado allí todo su ingenio y su poder, cuanto por lo que el soberbio monasterio encierra.

Tumba colosal de reyes, nido de recuerdos y de sensaciones sin cuento, en el que parece flotar por todas partes la sombra majestuosa de su regio fundador, muéstrase ante los ojos absortos del viajero, por cualquier parte que se le mire, imponente, solemne y grande.

Sus muros de piedra berroqueña y sus techos de pizarra le dan el aspecto de inmenso túmulo, de raro y gigantesco mausoleo.

Fué uno de los monumentos que primero visité en España, tanto por el interés que presenta, como por ser de los más cercanos á Madrid.

Dista unas tres horas de la capital. Salimos por el ferrocarril de Ávila, en un día triste y nebuloso de Diciembre. La estación se encuentra como á media hora escasa del monasterio y hay carruajes destinados á conducir á los viajeros hasta él.

puesto, la importancia de este notabilísimo Museo, uno de los mejores del mundo, vuelvo á repetir.

Allí puede verse cuanto el hombre ha realizado en el divino arte de la pintura, consiguiendo transportar al lienzo la naturaleza entera, con sus valles, con sus mares, con sus cielos caprichosos, con su belleza y sus encantos. La pintura es, como ha dicho eminente crítico, "un lenguaje mudo" que todo lo descubre por medio de la mágica expresión de los colores.

De aquella época de gloria á la fecha, el arte ha decaído de una manera asombrosa: la escuela francesa, si escuela puede llamársele, es la que ahora parece prevalecer sobre todas sus hermanas; empero, nunca como aquellas que dieron vida y frescura á sus figuras y poder sublime á los lienzos.

Poco es lo que en México podemos hacer por el arte de Rafael. Sin embargo, no faltan maestros que inicien un renacimiento en nuestra pintura, y si algo pudiésemos lograr acerca de esto, sería para la gloria y el bien de nuestra México.

CAPÍTULO VIII.

EL ESCORIAL.

NO hay persona que viaje por España, y sobre todo cuando se encuentra en la Corte de aquella nación interesante, que deje de visitar el grandioso monumento considerado como una maravilla, tanto por el arte, que ha desplegado allí todo su ingenio y su poder, cuanto por lo que el soberbio monasterio encierra.

Tumba colosal de reyes, nido de recuerdos y de sensaciones sin cuento, en el que parece flotar por todas partes la sombra majestuosa de su regio fundador, muéstrase ante los ojos absortos del viajero, por cualquier parte que se le mire, imponente, solemne y grande.

Sus muros de piedra berroqueña y sus techos de pizarra le dan el aspecto de inmenso túmulo, de raro y gigantesco mausoleo.

Fué uno de los monumentos que primero visité en España, tanto por el interés que presenta, como por ser de los más cercanos á Madrid.

Dista unas tres horas de la capital. Salimos por el ferrocarril de Ávila, en un día triste y nebuloso de Diciembre. La estación se encuentra como á media hora escasa del monasterio y hay carruajes destinados á conducir á los viajeros hasta él.

Confieso que me hallaba presa de extraña inquietud: había soñado en no pocas ocasiones mirarme al frente de los ataúdes de mármol que guardan las cenizas de los reyes de España, desde las del Emperador Carlos V hasta las del predecesor inmediato, en el trono, del actual soberano.

Allí estábamos frente al Escorial, frente á la mole semien-vuelta en la espesa niebla que nos la ocultaba como vaporoso velo; allí frente á esa gran caja de piedra con sus torres, con sus ventanas á millares, con su cúpula descollando en medio de la fábrica, pretendiendo rasgar el denso velo, como si la niebla misma, como si la melancolía de la naturaleza contribuyeran en tan solemnes instantes á preparar nuestro ánimo á fin de que éste fuera depositario de jamás sentidas sensaciones.

El gigante de granito se alza en medio de un terreno desigual y frío, en la ladera meridional del Guadarrama, que divide ambas Castillas.

Su planta, como es bien sabido, tiene la forma de una parrilla, por ser éste el objeto sobre el cual se martirizó á San Lorenzo, á quien el monumento se dedicó, y en memoria asimismo, de la batalla de San Quintín, ganada sobre los franceses¹ el mismo día en que se celebra al mártir diácono.

Felipe II, á quien su padre había dejado el encargo de erigirle su sepulcro, dió la encomienda de la obra al arquitecto Juan Bautista, de Toledo, el cual principió la fábrica el 23 de Abril de 1563, día en que se puso la primera piedra, siguiendo la construcción bajo su cuidado, hasta su muerte, acaecida el año 1567, en que pasó á cargo del célebre arquitecto Juan de Herrera, quien la prosiguió hasta su fin, lográndose colocar la última piedra en 13 de Septiembre de 1584.

Los períodos históricos de las naciones se encuentran en cierto modo definidos por la naturaleza de sus monumentos,

¹ 10 de Agosto de 1557.

por el estilo arquitectónico que éstos tienen impreso, por las evoluciones más ó menos considerables del arte, unas veces adquiriendo su más brillante desarrollo, otras iniciando su decadencia y muerte. La Edad Media, que levantó castillos feudales, construcciones ciclópeas y muros y torres de defensa, lo mismo que desarrolló, aunque en Italia no pudo enteramente lograrlo, el estilo ojival en claustros y catedrales espléndidas, preparó la venida al mundo artístico del estilo greco-romano que caracterizó á la época del Renacimiento. De tal estilo, en el cual los autores coetáneos tendían á imitar las bellezas artísticas de Grecia, uniéndolas con las exuberantes en adornos de Roma antigua, surgieron monumentos como la colosal Basílica de San Pedro, y cincuenta años más tarde el monasterio que nos ocupa.

Con todo y sus defectos capitales, con todo y ser un estilo que pronto se vió caduco y lleno de propagadores de mal gusto, en el Escorial aparece hermoso, grande, severo y propio de la majestad de tan admirable fábrica.

Empero es tiempo ya de que nos ocupemos con cierta detención en la visita al monasterio que tanto nos va á decir, en cuyas paredes tanto vamos á leer, en cuyo recinto aprenderemos algo de lo mucho que encierra su curiosa é interesante historia.

Nada ofrece, á la vista, de particular el exterior. Cuatro inmensas fachadas, llenas de innumerables puertas y ventanas, no precisamente colocadas enfrente de cada uno de los cuatro vientos cardinales, cierran todo el edificio, cuya principal entrada y por donde penetraremos á la fábrica, mira al Poniente.

La fachada de este rumbo, que mide unos 200 metros de longitud, con sus dos torres en ambas extremidades, ofrece una portada, en su centro, de dos cuerpos: el primero, que es dórico, consta de ocho columnas, cuatro á cada lado de la puerta, que es rectangular, completándose el orden con su correspondiente arquivado, friso y cornisa. Arriba de la puer-

ta y sobre una imposta que corre á lo largo de toda la fachada, podemos ver esculpidas dos parrillas que nos traen á la memoria el martirio de San Lorenzo, cuya estatua, colocada en elevado nicho, la miramos en el segundo cuerpo, sobre las armas reales de la monarquía, que asimismo se ostentan circuidas por el *Toisón* de oro. El citado cuerpo, más reducido que el anterior, pues sólo consta de cuatro columnas jónicas, termina por un frontón de piedra. Esta es la portada principal, existiendo en la fachada otras dos de menor importancia.

Penetremos ahora al monasterio.

¡Qué extraña impresión! Un patio inmenso, y en el fondo la gran fachada de un templo. Tal parece una catedral dentro de los muros de un palacio.

Estamos en el patio de los Reyes, llamado así por las estatuas de los monarcas bíblicos que en seguida citaré. El resto del patio, que nada nuevo nos presenta, lo abandonaremos para llevar nuestra vista á la portada del templo, que parece ocultarnos un no sé qué de extraordinario y de maravilloso.

El pórtico es dórico: tiene seis columnas y tres puertas arcaadas, como principales, elevándose sobre este cuerpo otro con balconería, una gran ventana sobre el balcón central, y un frontis triangular. Sobre sendos pedestales de piedra, cuyo eje coincide respectivamente con el de cada una de las columnas, se hallan los seis reyes, también de piedra, mudos, fríos, obra de Juan Monnegro, y los cuales representan á Josafat, Ezequías, David, Salomón, Josías y Manasés, según las leyendas que en los pedestales miranse esculpidas.

Es fama que todos estos reyes y el San Lorenzo que acabamos de ver al exterior, fueron á parar á manos del artista, procedentes todos de un mismo trozo de piedra, y aun se dice que en la cantera existente todavía puede leerse este reme-
do de versos:

“Seis reyes y un santo
salieron de este canto,
y sobró para otro tanto.”

Precede á toda la fachada de la iglesia, á manera de atrio, una amplia escalinata corrida hasta los dos muros laterales del patio; y para complemento, de uno y otro lado se levantan dos torres, cuyas airosas agujas rematan por cruces y veletas.

Se cuenta que para los reyes de España, sólo dos ocasiones ábrese la puerta principal del templo: cuando aquellos asisten por primera vez como monarcas, y cuando ya cadáveres, son conducidos á su morada funeraria.

Impresionados nosotros ya con un cúmulo extraordinario de pensamientos vagos, ya con la vista de semejante mole de piedra, apartémonos del vasto patio en que nos encontramos para penetrar al templo; pero tenemos que hacerlo por una puerta que nos conduce primero á un claustro amplísimo que nos llevará hasta la antesacristía.

¡Qué gran templo! Solo, con la soledad imponente y respetuosa del Santuario, con sus altas bóvedas que al reflejar el sonido de nuestros pasos lo multiplica por todas partes dejándose escuchar un eco lúgubre que se pierde lento en los confines de la iglesia. Allí, en ella, los frailes jerónimos balbucían sus oraciones en el coro, Felipe II rezaba ante el ara del altar, y bajo su alta cúpula se han levantado catafalcos suntuosos para depositar en ellos, por el momento, las cenizas de los sucesores del Emperador de Alemania y Rey de las Españas.

¡Oh! ¡Qué de recuerdos surgen, qué de hechos, qué de figuras históricas desfilan bajo las bóvedas, unas grandes, otras pequeñas, unas inmortales coronadas por eterna fama, otras execrables y cubiertas de ignominia perdurable!

Tres puntos principales, dignos de llamar nuestra atención, nos ofrece esta iglesia: su conjunto general, su altar mayor y su admirable coro.

Con la brevedad posible, tocaremos dichos tres puntos, á cual más interesante.

El orden dórico es el empleado por el arquitecto, en el interior del santuario, cuya planta es cuadrangular, y en la que

se distribuyen tres naves por cualquier parte que se mire el templo. Cuatro inmensos pilares sostienen la cúpula, y de éstos arrancan los arcos que reciben las otras bóvedas. Sirve como de vestíbulo al templo una pequeña construcción, cuya planta es exactamente igual á la de la iglesia, y dícese que el arquitecto fabricó primeramente esta parte para servir de modelo á la obra del templo; solamente que los pequeños pilares del vestíbulo, el cual estaba reservado al pueblo, no sostienen cúpula, sino una magnífica bóveda plana de atrevida ejecución, y acerca de la que pronto hablaré al tratar del coro.

Se cuenta como una anécdota verídica que, al acabarse de cerrar la bóveda, el arquitecto, que lo era ya Don Juan de Herrera, mandó colocar bajo la clave una columna de madera, fingiendo sostenerse de esta suerte aquella bóveda. Invitado el Rey para ver la obra, celebró el conjunto, excepción hecha, como era natural, de la columna que tanto desvirtuaba la vista del vestíbulo; entonces, y para que el efecto que produjera la bóveda fuese completo, Herrera dió con el pié á la débil columna, que rodó por el suelo, dejando la bóveda libre y espaciosa, admirándola el Rey, como todos la admiran y contemplan hasta el día.

Una serie de muy pequeñas capillas corre de un lado y otro de las naves procesionales, perpendiculares al altar mayor. En una de estas capillas, la que se halla más próxima al altar, del lado del Evangelio, y si mal no recuerdo, se llama de San Juan, existe á la izquierda del observador el monumento sepulcral de la Reina Doña Mercedes, primera esposa de Don Alfonso XII. En el ángulo cercano á la tumba, se ve una pequeña puerta que comunica con el interior del palacio: por allí entraba á diario Don Alfonso, á oír la misa y á orar ante el sepulcro, durante el tiempo que pasó en el Escorial, á la muerte de su noble consorte.

Al coro podemos llegar por una especie de corredor, desde el cual se goza de la magnífica perspectiva del templo. La

sillería del coro, de finísimas y admirablemente bien talladas maderas, se extiende por el fondo y á los dos lados de éste, y se compone, como todas las sillerías de coros de esta especie, de dos cuerpos, sumamente sencillos.

Colocado el observador frente al fondo, descubre en el rincón de la izquierda una puerta. Por ella aparecía, cuando los frailes jerónimos estaban en el coro, la figura de Felipe II, y tomaba asiento en el sillón cercano á la puerta, que corresponde al fondo: allí, en ese lugar, se dice que el monarca recibió con fría impassibilidad la noticia de la victoria de Lepanto, ganada por su hermano bastardo Don Juan de Austria.

El coro carga el peso formidable de un gran facistol, cuyos libros no sé cuántas arrobas tienen. El pavimento lo forma la bóveda á que he hecho referencia al hablar del vestíbulo del templo; y cuando el visitante se sitúa en el centro de ella, con el esfuerzo del cuerpo puede hacerla cimbrar. Dos soberbios órganos, obra de Gil Flamenco y de sus hijos, se encuentran en medio de los muros de los lados, que decoran bien acabados cuadros de conocidos autores.

Al extremo opuesto por donde hemos visto el sillón de Felipe II, existe otra puerta, que nos conducirá al trascoro, que corresponde al segundo cuerpo que ya vimos en la fachada del templo, con balconería. Notable, bajo todos conceptos, es la visita á este lugar, donde existe, y en un pequeño altar provisional colocado frente al balcón principal, el celeberrimo Cristo hecho en mármol blanco y colocado en cruz de mármol negro de Carrara, por Benvenuto Cellini. En la parte inferior de la figura, y donde se asientan los pies, puede leerse

BENVENUTUS ZELINUS
CIVIS FLORENTIANUS
FACIEBAT MDLXII.

Tan magna obra de arte se dice que fué obsequiada á Felipe II por el Duque de Toscana.

Preciso es ya, por haberse prolongado bastante esta reseña, que bajemos á visitar por último el altar mayor del templo, que con toda intención dejamos para el fin.

En la parte de la iglesia que puede considerarse como el ábside, y que en la planta constituye una porción del mango de la parrilla que dicha planta representa, se alza el altar mayor precedido de una docena de escalones que dan acceso á una vasta plataforma. El bronce dorado á fuego y los jaspes se han distribuído artísticamente y empleado á granel en este altar. Cuatro cuerpos lo forman, superponiéndose otros tantos órdenes de arquitectura, comenzando por el dórico, y concluyendo por el compuesto empleado tantas veces por los autores del Renacimiento. Los dos primeros cuerpos se corresponden exactamente, formando á cada uno seis columnas estriadas, coronadas por sus entablamentos respectivos; el tercer cuerpo, sólo consta de cuatro esbeltas columnas, y el cuarto de dos. Completan el decorado general quince estatuas de bronce dorado á fuego, representando á doctores insignes de la iglesia, á los evangelistas y apóstoles; más ocho cuadros originales con asuntos bíblicos, terminando el todo, y en el último cuerpo, con la figura de Cristo crucificado, á cuyos lados se encuentra la Virgen y San Juan, asimismo de bronce dorado á fuego.

Bajo sendas arcadas dóricas, que limitan la plataforma á diestra y siniestra del altar, se destacan dos grupos en bronce, á los cuales han llamado los *enterramientos reales*. En un cuerpo de poco más de tres metros de altura, se hallan practicadas, en cada lado, tres puertas que conducen respectivamente: las del evangelio al oratorio de infantes, y las de la epístola al oratorio real y á las piezas adonde murió Felipe II, y que visitaremos adelante. Sobre el cuerpo ó zócalo, levántanse para cada uno de los enterramientos dos columnas estriadas, dos pilastras á los lados de ellas dejando tres claros, rematando el todo por un cuerpo jónico; de dos columnas sosteniendo un frontón, apareciendo en el intercolumnio,

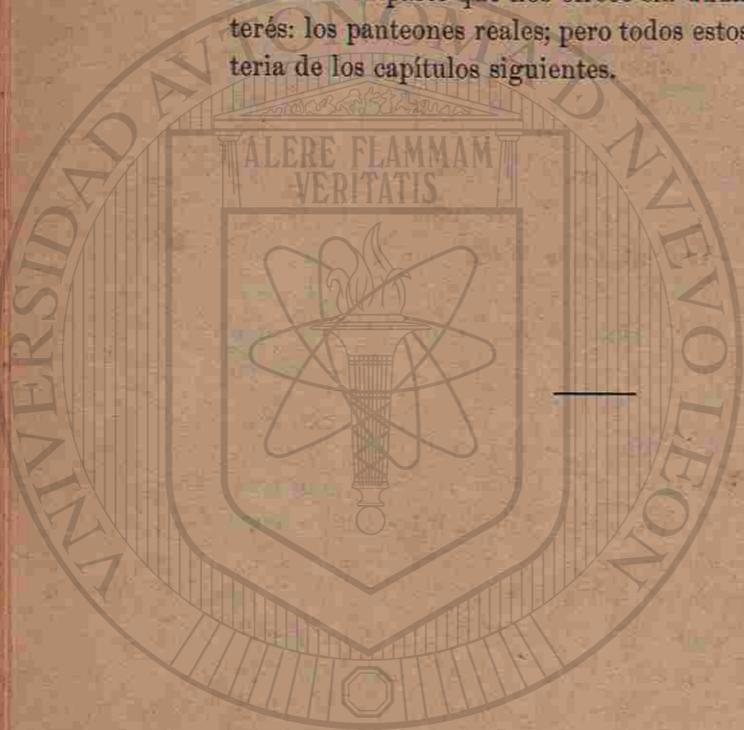
un escudo de armas que se ostenta en el pecho del águila bicéfala. Descansando sobre los primeros cuerpos, y en los intercolumnios de los segundos, están los dos grupos de figuras ya citadas, y que representan: el del lado del evangelio, al Emperador Carlos V, arrodillado, vuelto hacia el altar, armado y pendiente de sus hombros el manto imperial. Ante esta figura se ve un reclinatorio en el que se asienta un cojín con borlas, todo de bronce.

A la derecha se observa la figura de la Emperatriz Doña Isabel, madre de Felipe II, en la misma posición que el Emperador; detrás se ve á su hija Doña María, también con manto imperial, y seguidamente y á espaldas del monarca, á sus hermanas Doña Leonor y Doña María; las figuras todas aparecen en imponente actitud, y con las manos juntas como en oración.

A semejanza de este grupo, y en todo á él idéntico, podemos ver el del lado de la epístola: Felipe II, con manto real, luciendo al pecho el toisón, armado, de rodillas, vuelto hacia el altar y con las manos juntas, y ante su figura el reclinatorio y cojín; á su diestra la Reina Doña Ana, su cuarta y última esposa y madre de Felipe III; detrás la Reina Doña Isabel, su tercera consorte; á la derecha de ésta la Reina Doña María, Princesa de Portugal, su primera mujer y madre del célebre príncipe Don Carlos, y éste, finalmente, detrás de su madre. Las estatuas fueron hechas en una dimensión mayor que la natural, por el artista Pompeyo Leoni. Inscripciones latinas en ambas partes, que no transcribo por haberse hecho estas líneas demasiado extensas, sirven de epitafios á los enterramientos.

Las bóvedas del templo y algunos de sus muros están decorados primorosamente, y existen asimismo cuadros de no escaso mérito. Cuéntanse, por lo tanto, obras acabadas y originales de los pinceles de Ferrández, de Navarrete (el Mudo), de Luqueto, de Peregrino Tibaldi, de Juan de Urbina, de Velázquez y otros celebrados artistas.

Preciso es ya abandonar el templo, aun cuando mucho es lo que se queda en el tintero, y encaminarnos hacia los claustros para visitar el convento, la biblioteca, el palacio, y especialmente la parte que nos ofrece sin duda el más grande interés: los panteones reales; pero todos estos puntos serán materia de los capítulos siguientes.



CAPÍTULO IX.

EL ESCORIAL.

(Prosigue.)

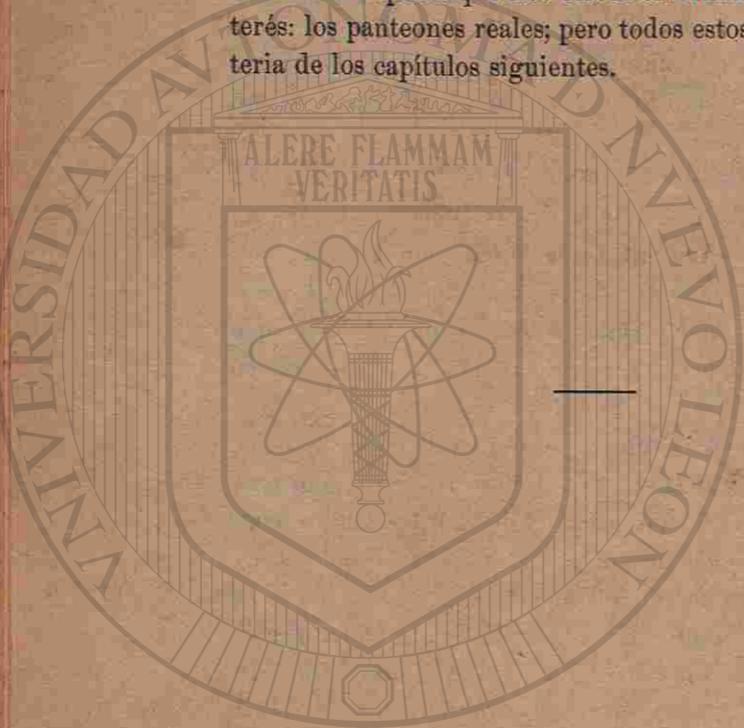
HA podido ya el apreciable lector admirar el conjunto general del monasterio y extasiarse ante el aspecto imponente y grande que presenta el edificio con sus muros de piedra berroqueña y sus techos de pizarra, y juzgar asimismo del patio de los Reyes y de lo más culminante del santuario que encierra la gigante fábrica.

Con la misma brevedad visitaremos hoy, y hasta donde las dimensiones de estas líneas lo permitan, la parte más próxima á nuestra salida del templo para los claustros del convento, dejando para después el resto del Escorial.

Penetremos á la tumba donde descansan los reyes de España, al mausoleo que guarda las cenizas de los vástagos de las casas de Austria y de Borbón, á las cámaras mortuorias donde se abre el gran libro de la Historia para proclamar la majestad inmaculada de aquellos regios varones, ó señalarlos en el libro verde de las ignominias.

Delante de cada monumento podrá leerse toda una historia de gloria y de recuerdos victoriosos ó toda una época de miseria y delincuencia.

Preciso es ya abandonar el templo, aun cuando mucho es lo que se queda en el tintero, y encaminarnos hacia los claustros para visitar el convento, la biblioteca, el palacio, y especialmente la parte que nos ofrece sin duda el más grande interés: los panteones reales; pero todos estos puntos serán materia de los capítulos siguientes.



CAPÍTULO IX.

EL ESCORIAL.

(Prosigue.)

HA podido ya el apreciable lector admirar el conjunto general del monasterio y extasiarse ante el aspecto imponente y grande que presenta el edificio con sus muros de piedra berroqueña y sus techos de pizarra, y juzgar asimismo del patio de los Reyes y de lo más culminante del santuario que encierra la gigante fábrica.

Con la misma brevedad visitaremos hoy, y hasta donde las dimensiones de estas líneas lo permitan, la parte más próxima á nuestra salida del templo para los claustros del convento, dejando para después el resto del Escorial.

Penetremos á la tumba donde descansan los reyes de España, al mausoleo que guarda las cenizas de los vástagos de las casas de Austria y de Borbón, á las cámaras mortuorias donde se abre el gran libro de la Historia para proclamar la majestad inmaculada de aquellos regios varones, ó señalarlos en el libro verde de las ignominias.

Delante de cada monumento podrá leerse toda una historia de gloria y de recuerdos victoriosos ó toda una época de miseria y delincuencia.

Allí, la Historia se encargará de cubrir con el glorioso pabellón de España los sepulcros de los reyes que merecen ser cobijados por los colores patrios, ó no concederá merecimiento igual á quienes en vida mancharon en el cieno de la perfidia sus coronas.

Empero, antes de llamar con mano atrevida y temeraria á las puertas de la mansión de la muerte, permítame el lector que recordemos con rapidez la historia de la fábrica del panteón regio, que se halla precisamente colocado bajo el altar mayor ó capilla de la iglesia, ya descrito en el artículo anterior; de suerte que, cuando el sacerdote se halla ofreciendo en medio del altar, pone precisamente los pies sobre la clave de la bóveda del panteón.

Se ha dicho ya que el Emperador Carlos V dejó encomendada la obra y erección de su sepulcro á Felipe II. Nada más digno halló este monarca para llenar del todo los deseos de su augusto padre, que edificar un monumento que colmara de asombro no sólo á los hombres de su época, sino también á las generaciones que se sucedieran por los siglos de los siglos. Tal parece ser indestructible fábrica, que pasará sin comoverse veinte siglos, como pasan hasta el día las tumbas de la Vía Appia, ó los muros del panteón de Agrippa, ó la soberbia mole Adriana, orgullo de Roma y fiel reflejo de espléndida grandeza.

Felipe II puso, pues, manos á la obra, aun cuando parece que estuvo indeciso por el sitio que el panteón debía ocupar. Primero se hizo una especie de capilla, á la cual se bajaba por dos caracoles secretos, y aún antes de acabarse la obra, eran tales los deseos que tenía de que las cenizas del Emperador reposasen en el monumento que á la sazón el Rey labraba, que en 1574 mandó conducir los restos desde el monasterio de Yuste, juntos con los de la Emperatriz Doña Isabel, que se hallaban en Granada.

Cambió después de parecer, emprendiendo nueva fábrica para el panteón, por hallarse el primitivo obscuro y bastan-

temente mal acondicionado, y una vez concluída la segunda traza, los restos se condujeron á ella en 1586.

Mas no quedaron aquí en definitiva las cenizas: Felipe II ansiaba depositarlas juntas con las de sus sucesores, en lugar más digno, amplio y hermoso, y por tercera vez ensayó emprender la construcción, que no vió concluir por no haberle alcanzado la vida. Entonces su hijo, el Rey Don Felipe III, una vez elegido ya el sitio, que lo es el actual, con verdadero entusiasmo llamó en su torno á los artífices más ameritados, encargando la obra á Juan Bautista Crescencio, hermano del Cardenal de ese apellido.

Tampoco el hilo de la vida se mantuvo firme para Felipe III; pero su hijo, el Rey Felipe IV, deseoso á su vez de dar completa cima á los trabajos comenzados por su padre y por su abuelo, propúsose á toda costa acabar las obras del panteón.

Grandes dificultades habíanse primeramente presentado; pero surgía una imprevista, verdadera calamidad que echaba por tierra todo lo ya pensado y resuelto: brotaba, sin saberse de dónde, un manantial cuya agua invadió el panteón y que comenzó á arruinarlo. En vano hubiéronse colocado en sus paredes los mármoles; en vano habíanse practicado los nichos que se disponían á recibir los regios despojos: ni nadie sabía el origen de aquella malhadada fuente, ni ninguno, asimismo, pudo detener el curso de sus aguas, que parecían inagotables.

En lance tan apurado, un religioso jerónimo de esta casa, cuyo nombre se recuerda allí con particular veneración, reconoce el terreno, estudia con interés el asunto, y tiene la fortuna de hallar los orígenes del manantial; lo agota, desvía su corriente, deseca el suelo, el mal desaparece: el panteón puede erigirse ya en ese sitio, y lo que al principio habíase creído imposible conseguir, queda resuelto con facilidad: Fray Nicolás Madrid, cuyo era el nombre de tan benemérito fraile,

había salvado todas las dificultades. La obra del panteón iba, pues, á ser un hecho y á concluirse del todo.

Felipe IV tuvo la suerte de darle cima, como en efecto se propuso, y en su tiempo, el año 1654, acabó de ataviarse la fúnebre morada.

Visitémosla ahora.

En el pasillo por donde hemos entrado á la Iglesia, viniendo del claustro grande á nuestra derecha, hay una puerta de ricas maderas: es la entrada á los panteones de reyes é infantes. Llamamos á ella; un guía ó guardián cuyos pasos escuchamos en el interior, y que acude á nuestro llamamiento, nos franquea el paso, mediante un indispensable permiso que hay de antemano precisión de conseguir en la Intendencia general de la Real Casa y Patrimonio.

Lo primero que se nos presenta es una escalera de granito suficientemente amplia, por donde debemos de bajar; recibe buena luz por una ventana colocada en un primer descanso. Al descender contamos doce gradas hasta la meseta. A nuestra derecha se ve el retrato del Padre Madrid, ya citado, y á la izquierda aparece otro tramo que en seguida bajaremos; ahora contamos trece gradas, también de granito, hasta un descanso de mármol donde nos detiene una portada, á la que cierra artística reja de bronce, y una inscripción con caracteres de oro. La portada defiende la escalera principal del panteón. El orden empleado por el arquitecto es el compuesto, todo de mármol y bronce dorado á fuego. Fórmase el conjunto de un par de columnas con sus bases respectivas, y entablamento ricamente decorado. Sobre este cuerpo descansa un ático rectangular terminado por un frontón curvo, cuyo arco, fraccionado en su centro, deja espacio para que hasta su tímpano penetre el escudo de armas de España, á cuyos lados se encuentran dos tenantes ó estatuas que descansan sobre el frontón.

En el centro de una tarjeta, que es una lámina de mármol negro italiano, y que se encuentra bajo la cornisa del frontis

ocupando todo este cuerpo, aparece la inscripción á que se ha hecho referencia. Aquí se hace más indispensable el auxilio de la cartera, nuestra compañera inseparable, para consignar lo que la leyenda encierra. Es la historia sucinta del sitio que pisamos, y la leyenda á la letra dice:

D. O. M.

LOCVS. SACER. MORTALITATIS. EXVVIIS

CATHOLICORVM. REGVM

A. RESTAVRATORE. VITÆ. CIVIS. ARÆ. MAX

AVSTRIACA. AD. HVC. PIETATE. SVBIACENT

OBTATAM. DIEM. EXPECIANTIVM

QVAM. POSTVVMAM. SEDEM. SIBI. ET. SVIS

CAROLVS. CÆSARVM. MAX. IN. VOTIS. HABVIT

PHILIPPVS. II. REGVM. PRVDENTISS. ELEGIT

PHILIPPVS. III. VERE. PIVS. INCOHABIT

PHILIPPVS. IIII

CLEMENTIA. CONSTANTIA. RELIGIONE. MAGNVS

AVXIT. ORNAVIT. ABSOLVIT

ANNO. DOM. M. DC. LIIII.

Abierta la reja de bronce, empieza la decoración á cambiar de aspecto: ni los mármoles que tapizan las paredes, ni la exquisita elegancia que reviste el conjunto que se nos presenta, son capaces de alegrar aquel espacio lúgubre, obscuro, silencioso, imponente. Nuestro guía se apercibe á encender una luz para alumbrar nuestros pasos; y mudos, sin atreverse los labios á entreabrirse, comenzamos nuevamente á descender por otra escalera de mármol encerrada dentro de magnífica bóveda de cañón, asimismo revestida de mármol. Seguimos contando escalones: hemos bajado trece, hasta encontrarnos otro descanso que, debido á la intersección de dos bóvedas de cañón, semeja una pequeñísima capilla con cuatro pilastras de mármoles y jaspes, simulándose á derecha é izquierda dos puertas de maderas finas. Prosiguiendo, aún hay que ba-

jar otras trece gradas, en cuyo descanso y en todo idéntica á la anterior, fórmase otra capilla: la puerta que queda á nuestra izquierda conduce al panteón de los Infantes, que visitaremos á continuación; y la de la derecha, si mal no recuerdo, conduce á un lugar que no se visita por hallarse tapiado, y que se llama el *pudridero*, en el cual están cierto tiempo los cadáveres, hasta que se trasladan al panteón: existe hoy allí, próximo á ser exhumado, el cadáver del Rey Don Alfonso XII.

De aquí, ¡aún nos queda que bajar! Siete escalones más, y tocamos la puerta del recinto fúnebre; con otra grada que bajemos pisamos ya el panteón. Total: hemos descendido cincuenta y nueve gradas, nos hallamos bajo la capilla mayor del templo, en medio de la muerte, en un lugar tétrico, majestuoso, lóbrego, donde se respira humedad, y en donde el aire parece saturado de cenizas, de *detritus* de mantos reales, de pavesas cuyas antorchas dieron luz á los despojos yertos de los que allí duermen el sueño de la muerte.

Una vaga claridad, la luz moribunda del sol Poniente pretendiendo introducirse por unas pequeñísimas ventanas ó remedo de ellas, es lo único que nos alumbra de luz natural; las tinieblas reinan casi en lo absoluto en aquel espacio, pero basta esa débil claridad para dejarnos ver cuanto nos rodea.

Nos hallamos en un espacio de forma octogonal: un mosaico en cuyo centro se ve dibujarse un florón cubre el pavimento. Sobre un estilobato de corta altura se alzan diez y seis pilastras compuestas, de jaspes de colores, estriadas, con bases y capiteles de bronce, formando de dos en dos los ángulos del polígono; rematando el orden con su entablamento, rico en adornos, y sobre el cual arrancan los gajos de la bóveda revestida de jaspe, bronce y mármol negro; resaltando en la clave un florón del cual pende una araña de bronce. Frente á la puerta hay un altar artístico, en todo sujeto al orden empleado en la cripta, con un bajo relieve en bronce, hecho en el frontal por dos religiosos del convento, y que figura el

entierro de Cristo; y sobre la mesa del altar y en el fondo se alza un crucifijo, también de bronce, en cruz de mármol negro. Otros adornos de menor importancia completan el decorado general.

En los intercolumnios, á derecha é izquierda del altar, se distribuyen los nichos que contienen las urnas de mármol gris, cuatro por cada lado del octágono, menos en el que ocupa el altar, quedando sólo dos urnas sobre la puerta, haciendo un total de veintiseis. Cada una de estas cajas, suficientemente grandes para contener el cuerpo de un hombre, asienta sobre cuatro garras de león, y en su frente hay una tarjeta de bronce en donde se inscribe el nombre de la persona cuyo cuerpo allí se encierra.

De las cenizas que hasta hoy la cripta guarda, tomemos rápida nota.

El primer nombre que se lee en la urna superior, inmedia al altar y á su derecha, es el de CAROLVS V IMP. REX. El cadáver se conserva perfectamente momificado, como puede verse por la fotografía que se sacó el año 1870 al abrirse el ataúd, fotografía que venden á la salida del monasterio. Los restos se trasladaron al Escorial, como se ha dicho, en 1574, 4 de Febrero.

Inmediatamente abajo se ve la urna que ocupan las cenizas de Felipe II, muerto en este convento en 13 de Septiembre de 1598, y cuyas habitaciones aún nos quedan por ver.

En la urna que le sigue encuéntrase el cadáver de Felipe III, trasladado desde Madrid en 3 de Abril de 1621.

El último ataúd de esta serie, ocúpalo Felipe IV, cuyo cadáver vino aquí desde la Corte, en 20 de Septiembre de 1665.

En la serie inmediata, ocupan respectivamente las otras cuatro urnas Carlos II, que se condujo también desde Madrid en 6 de Noviembre de 1700; Luis I, traído en 4 de Septiembre de 1724; Carlos III, trasladado en 17 de Diciembre de 1788, y Carlos IV, cuyos despojos se condujeron desde Nápoles en 18 de Septiembre de 1819.

Solamente ocupa un cadáver la siguiente serie: el de Fernando VII, el cual vino al Escorial desde Madrid, en 3 de Octubre de 1833.

Los otros sepulcros del lado que nos ocupa, están vacíos, pero ya reservados: el primero para la reina Doña Isabel II, que habita ahora en París, como se sabe; el segundo para las cenizas de Alfonso XII, actualmente en el *pudridero*, y el último para Don Alfonso XIII.

Del lado de la epístola se hallan las urnas, en la misma disposición que las que acabamos de ver, ocupadas, respectivamente, la primera de todas por el cuerpo de la Emperatriz Doña Isabel. Siguele el de la Reina Doña Ana, y en esta proporción los de las soberanas que han dejado sucesión, hasta la consorte de Fernando VII, á la que seguirá, en la urna destinada al efecto, la actual Reina Regente de España Doña María Cristina. Los ataúdes colocados encima de la puerta están vacíos.

Únicamente se hallan depositados en esta cripta los cuerpos de los reyes coronados ó de las reinas que, como acaba de decirse, han tenido descendencia; pues las demás cenizas reales de soberanos, príncipes é infantes, se encuentran en el otro panteón por cuya puerta pasamos para éste.

¡Cuántas reflexiones pueden hacerse en el sitio en que nos encontramos! ¡Qué de recuerdos surgen á la vista de las urnas frías, de aquella enorme huesa donde manifiesta se halla la miseria humana! ¡Cenizas, polvo nada más, que en vano guardan admirables jaspes y valiosos broncees!

Pero todavía nos aguarda la Historia con su libro abierto, en otro sitio cercano, también morada de la muerte, aunque menos rica, pero más cargada de cenizas. Abandonemos tan fúnebre lugar; dejemos que el eco de ferviente *requiem* se dilate y pierda en los ámbitos de la regia cripta; no sigamos turbando el sueño eterno de los soberanos de España, y encaminemos nuestros pasos hacia el panteón de los Infantes.

Será el tema de las siguientes líneas.

CAPÍTULO X.

EL ESCORIAL.

(Prosigue.)

CONSERVASE en los archivos del Real Monasterio una carta autógrafa del Rey Don Felipe IV, fecha en Madrid á 12 de Marzo de 1654, en la cual dispone el soberano que, una vez acabada del todo y aderezada con la magnificencia fastuosa correspondiente á su objeto, la obra del panteón, se trasladen los despojos de sus antepasados á aquella bóveda y en este orden: los del Emperador Carlos V, los de su esposa la Emperatriz Doña Isabel, los de Felipe II, los de la Reina Doña Ana, cuarta mujer de este monarca; los de Felipe III y de la Reina Doña Margarita, su única esposa, y finalmente, los de la Reina Doña Isabel de Borbón, primera consorte de Felipe IV. En esta misma carta manda también que desde tal fecha en adelante, "por haberlo oído decir así á su padre," cuando empezó la obra, que sólo han de ser inhumados en la real cripta "los reyes propietarios de esta Corona, y de las Reynas de quienes huviessen quedado sucesores: y con los que adelante fueren entrando desta calidad, se guardará la misma (sic) orden y distribución en los otros Nichos."

Por tanto, y á fin de que tuviese efecto la disposición de

Solamente ocupa un cadáver la siguiente serie: el de Fernando VII, el cual vino al Escorial desde Madrid, en 3 de Octubre de 1833.

Los otros sepulcros del lado que nos ocupa, están vacíos, pero ya reservados: el primero para la reina Doña Isabel II, que habita ahora en París, como se sabe; el segundo para las cenizas de Alfonso XII, actualmente en el *pudridero*, y el último para Don Alfonso XIII.

Del lado de la epístola se hallan las urnas, en la misma disposición que las que acabamos de ver, ocupadas, respectivamente, la primera de todas por el cuerpo de la Emperatriz Doña Isabel. Siguele el de la Reina Doña Ana, y en esta proporción los de las soberanas que han dejado sucesión, hasta la consorte de Fernando VII, á la que seguirá, en la urna destinada al efecto, la actual Reina Regente de España Doña María Cristina. Los ataúdes colocados encima de la puerta están vacíos.

Únicamente se hallan depositados en esta cripta los cuerpos de los reyes coronados ó de las reinas que, como acaba de decirse, han tenido descendencia; pues las demás cenizas reales de soberanos, príncipes é infantes, se encuentran en el otro panteón por cuya puerta pasamos para éste.

¡Cuántas reflexiones pueden hacerse en el sitio en que nos encontramos! ¡Qué de recuerdos surgen á la vista de las urnas frías, de aquella enorme huesa donde manifiesta se halla la miseria humana! ¡Cenizas, polvo nada más, que en vano guardan admirables jaspes y valiosos broncees!

Pero todavía nos aguarda la Historia con su libro abierto, en otro sitio cercano, también morada de la muerte, aunque menos rica, pero más cargada de cenizas. Abandonemos tan fúnebre lugar; dejemos que el eco de ferviente *requiem* se dilate y pierda en los ámbitos de la regia cripta; no sigamos turbando el sueño eterno de los soberanos de España, y encaminemos nuestros pasos hacia el panteón de los Infantes.

Será el tema de las siguientes líneas.

CAPÍTULO X.

EL ESCORIAL.

(Prosigue.)

CONSERVASE en los archivos del Real Monasterio una carta autógrafa del Rey Don Felipe IV, fecha en Madrid á 12 de Marzo de 1654, en la cual dispone el soberano que, una vez acabada del todo y aderezada con la magnificencia fastuosa correspondiente á su objeto, la obra del panteón, se trasladen los despojos de sus antepasados á aquella bóveda y en este orden: los del Emperador Carlos V, los de su esposa la Emperatriz Doña Isabel, los de Felipe II, los de la Reina Doña Ana, cuarta mujer de este monarca; los de Felipe III y de la Reina Doña Margarita, su única esposa, y finalmente, los de la Reina Doña Isabel de Borbón, primera consorte de Felipe IV. En esta misma carta manda también que desde tal fecha en adelante, "por haberlo oído decir así á su padre," cuando empezó la obra, que sólo han de ser inhumados en la real cripta "los reyes propietarios de esta Corona, y de las Reynas de quienes huviessen quedado sucesores: y con los que adelante fueren entrando desta calidad, se guardará la misma (sic) orden y distribución en los otros Nichos."

Por tanto, y á fin de que tuviese efecto la disposición de

los autores de este insigne monumento, fabricóse una gran galería, también subterránea y guardada por la reja de bronce que hemos conocido, y en la cual galería, llamada "el panteón de los Infantes," tendrían cabida las cenizas de todos los que no hubiesen tenido la suerte de tomar asiento en el trono, de las soberanas que de sí mismas no dejasen pósteros, y en general, de los miembros de la real familia.

Sin duda por la considerable extensión que tiene la tumba muda de los Infantes, y porque hubo necesidad, por medio de grandes ventanas, de dotarla de no poca luz, este lugar es menos pavoroso que aquel que visitamos ya; parece entrarse con menos temor, si es que nunca puede dejar de infundirle la morada de la muerte, no obstante que nos hallamos entre cajas sepulcrales; entre estatuas yacentes que parecen levantarse de sus tumbas de mármol para increpar á los mortales que osan turbar el reposo funerario de los que allí duermen para siempre.

¡Singular contraste el de ambos panteones! Se sale de las tinieblas que pueblan la cripta de los reyes, encogido el corazón, cargada la cabeza con el peso de recuerdos mil, conurbado el espíritu ante la sola imagen de la muerte, y éntrase después al de los otros silenciosos moradores, en donde siquiera se respira, en donde más amplitud existe para que se dilate el corazón y el alma se despierte un tanto del letargo en que entra por la influencia del medio que la envuelve.

Abandonemos, pues, carísimo lector, la obscura y marmórea bóveda que oculta los momificados restos del Emperador Carlos V, y los de sus regios descendientes, que tiempo nos falta para acabar de recorrer lugares importantes del admirable monumento que en vuestra grata compañía visito.

Sin separarnos mucho del sitio que ha poco fué objeto de nuestra curiosidad y nuestro asombro, ascenderemos ocho gradas, desde el pavimento de la cripta; ya se recuerda que ahora nos encontramos pisando uno de los descansos pavimentados de magnífico mosaico de mármol, y que, á mano

derecha, se nos franqueará, por una puerta de maderas finas, la entrada al panteón de los Infantes, al que vamos á llegar, después que atravesemos una pequeña pieza y subamos nuevamente por una escalera en abanico, hecha de piedra berroqueña.

Preséntase desde luego á nuestra vista, decoración absolutamente distinta á la del panteón de los reyes; su decorado espléndido es modernísimo: data apenas de la época del magnífico Rey Don Alfonso XII.

El panteón consta de una inmensa galería, dividida á tramos, en varias piezas todas rectangulares y con techo de magnífica bóveda plana.

En el centro de la primera pieza se alza, labrada en mármol, una construcción circular, en cuya superficie convexa tiene practicada una serie de pequeños nichos. En este monumento, ataviado con lujo y sencillez, se guardan los restos de los párvulos de la familia real. En todas las demás piezas levántanse sobre el suelo y arrimados á los muros, los sarcófagos de mármol blanco, verdaderos ataúdes formados de un zócalo de poca altura, sobre el cual descansa un paralelepípedo cuya cara superior remata en otro cuerpo trapezoidal. Arriba de cada uno de estos singulares y sencillos nichos en la pared, se realza el nombre de la persona abajo sepultada, y el blasón de las armas de su casa.

Nuestro guía nos hace observar que debemos recorrer en orden aquellas tumbas, y atravesando primeramente todas las piezas, damos principio á nuestro examen por la última de todas, fijándose nuestra atención en el primer sepulcro que queda entrando á nuestra derecha y en el rincón del fondo. Las armas que allí se muestran son las de España, pero rematan en corona de Príncipe; el epitafio, consistente en las palabras: CARLOS, HIJO DE FELIPE II, y que se halla en latín, nos recuerda toda una tragedia histórica acerca de la vida de este Príncipe celeberrimo en los anales de España. Éste fué aquel turbulento infante incapaz de toda nobleza de corazón,

de "indole aviesa"—según la frase de un historiador— de "genio impetuoso y violento" y que se complacía en degollar por su mano los gazapos que le traían vivos de la caza, por el placer de verlos palpar y morir ante su vista; éste fué aquel que, mano armada y como un criminal vulgar, lanzóse un día y en plena calle sobre el Duque de Alba para atravesarle con un puñal el corazón; él mismo fué aquel Príncipe que pretendió, por frívolas causas, hacer otro tanto con el Presidente del Consejo de Castilla, Don Diego de Espinosa, llamándole *curilla*; hasta que, cansado el Rey su padre, de tanto escándalo y tanta desvergüenza, le encerró, cual prisionero, en una pieza de sus habitaciones, donde el Príncipe se entregó á todo género de locuras, por cuya consecuencia sucumbió, para bien de la humanidad, en 24 de Julio de 1568.

No ha faltado quien haga responsable al mismo Felipe II de la muerte de su hijo: alguien añadió, por el misterio en que quedó envuelta la prisión del príncipe, que éste, sin saberse cómo y cuándo, había desaparecido de repente, ignorándose su fin. Sin embargo de todo, el cadáver de Don Carlos, que había sido sepultado con toda pompa en el convento de Religiosas de Santo Domingo el Real, de Madrid, al cabo de los cinco años, y viviendo aún Felipe II, exhumóse de allí para ser solemnemente trasladado al Escorial, como en efecto se verificó en 8 de Junio de 1573, trayéndose al monasterio en ese mismo día las cenizas de la Reina Doña Isabel, hija de Enrique II y de Catalina de Médicis, reyes de Francia, tercera esposa de Felipe II, y cuyo cadáver se encuentra cerca del de el Príncipe Don Carlos. El sepulcro de éste abre, pues, la serie de los nichos murales que, en número de cincuenta y uno, distribúyense en las piezas de la manera ya indicada.

De esta suerte, es para nosotros más cómodo seguir recorriendo los sepulcros; ¡pero son tantas las cenizas y tantos los acontecimientos que en nuestra mente se agolpan! Por aquí apuntamos un nombre conocido en todos los fastos españo-

les, por allá distinguimos otro interesante; por todas partes vense surgir personajes, protagonistas de hechos inmortales, caudillos victoriosos ó princesas ejemplares. Sobre la tumba de nuestra izquierda se lee el nombre de la Reina de Francia Doña Leonor, hermana de Carlos V, traída al Real sitio el año 1574; más allá el del Infante Don Fernando, hijo de Felipe III, Cardenal y administrador perpetuo del Arzobispado de Toledo; seguidamente el del Archiduque Wenceslao, Gran Prior de San Juan, hijo del Emperador Maximiliano, sobrino de Felipe II; después el del Infante de España, Baltasar Carlos, hijo del IV Felipe y de Isabel de Borbón, y..... cuarenta nombres más.

Esa tumba, que en medio de un cuarto no muy grande sostiene, hecha en blanco mármol, la estatua yacente de un guerrero cubierto de armadura y con larga tizona, es la del insigne Don Juan de Austria, el hijo natural de Carlos I de España, de quien heredó, como en breve frase se ha dicho, "la grandeza de su alma," ya que no la de su corona; allí duerme, allí reposa. Los restos mortales del vencedor de Lepanto, el cual había muerto en Flandes, cerca de Namur, el 1º de Octubre de 1578, se condujeron al Escorial en 24 de Mayo de 1579.

Hay otros sepulcros, fábricas muy posteriores más ó menos suntuosas, y que, separándose del estilo general, poseen primorosas estatuas en diversas actitudes, ya de rodillas, ya tendidas sobre los lechos mortuorios. Largo y cansado sería referimos á todo lo que el recinto que nos ocupa encierra. La imaginación pronto se fatiga y otro tanto le pasa al cuerpo: básteme decir que se hallan cerca de setenta cadáveres, quizá algunos más, reposando en este sitio de perpetua soledad; y hay número suficiente de nichos, en su mayor parte destinados ya, á los miembros de la actual familia real de España y á los que le sucedan.

Este panteón tiene, como el anterior, su *pudridero*, y en él

se hallan actualmente, según se nos dijo, el cadáver del Duque de Montpensier.

Pero, ¡basta ya de cenizas y de muertos! Mucho se ha prolongado, aunque necesariamente, si se quiere tener una vaga idea de estos lugares, nuestra visita á los panteones. Salgamos de ellos á respirar el ambiente libre y purísimo de los claustros y de los jardines, y para distraer un poco el espíritu y dejar del todo concluída esta parte, no discurremos por otros sitios sin habernos detenido un instante en la sacristía del templo, por cuya puerta tenemos indispensablemente que pasar.

Verificada nuestra salida de la mansión de la muerte, nos hallamos á la izquierda con la antesacristía, que ya conocemos, é inmediatamente con una puerta frontera á aquella que nos sirvió para penetrar al templo. Abierta, preséntanos una vastísima galería como de treinta metros de longitud por nueve de latitud: es la sacristía mayor que se extiende de Norte á Sur.

Creo que el lector gozará, á no dudarlo, con todo lo artístico y hermoso; la sacristía guarda primorosas reliquias del arte, valiosísimos tesoros que se conservan como joyas de indisputable mérito.

El Escorial no sólo es interesante desde el punto de vista histórico ó de los recuerdos; es un rico museo, como veremos, que posee objetos tan raros, que puede decirse que son únicos, quizá, en el mundo. Ya veremos salas todas atestadas de relojes, otras de tapices, en los cuales se representan ya victorias de los reyes de España, ya cuadros colosales con diversas é interesantes escenas históricas. La sacristía mayor nos ofrece ahora á nuestra contemplación, bellezas de las que sólo en Europa puede saborearse el gusto, recrearse ampliamente la vista y aprender lecciones de aquellas que jamás se olvidan, porque se gravan en el corazón.

¿Y cuánto no se elevará el espíritu artista, si contempla en lienzos inmutables los originales mismos de Rafael, del Tin-

toreto, de Ticiano y de los más universalmente renombrados maestros?

Pero divago: á su tiempo vendrán tales consideraciones, y ahora ocupémonos someramente en la descripción general de la sacristía. Cubren su pavimento baldosas de mármol pardas y blancas; sus muros se ven tapizados de cuadros con diversos asuntos; á lo largo de la pared, frente á las ventanas, hay una suntuosa cajonería de caoba, cedro, terebinto, acana, boj y nogal. Los muros terminan á ambos lados de la puerta de entrada por una cornisa, de donde arranca soberbia bóveda de cañón, pintada al descuido, pero con arte; en esta bóveda están practicadas las ventanas que dan luz á la sacristía.

Decoraron las paredes obras de Leonardo de Vinci, de Rubens, de Murillo, de Andrea del Sarto, de José Rivera (el Españolito), de Ticiano, de Rafael, de Tintoreto, de Fray Sebastián del Piombo, de Sánchez Coello, del Greco; en resumen, de los príncipes de la pintura.

En el fondo de la sacristía, y como cosa notabilísima, descátase lo que llaman el Retablo de la Santa Forma, en un altar, el cual, cuajado de mármoles, jaspes y bronce, á no dudarlo es una verdadera maravilla. El orden arquitectónico empleado es el compuesto; el frontal del altar, de bronce dorado á fuego, tiene hermosos bajos relieves con las vidas de varios santos; y encima de la mesa álzase un gran cuadro al óleo, obra del inimitable Claudio Coello, y que es la representación de esta misma sacristía, en los momentos de hacerse la procesión, verificada al colocarse aquí la Santa Forma; se ven retratados cuantos personajes asistieron á la mencionada ceremonia.

De uno y otro lado de tan bello altar, cuya sola descripción buena parte de estas líneas nos ocuparía, existen dos puertas riquísimas, de maderas incrustadas de concha y bronce, correspondiéndose todo el conjunto en arte y en magnificencia. Ambas puertas conducen á un cuarto primoroso, dispuesto á espaldas del altar, que es el Camarín, forrado todo de már-

mol, y desde el cual puede verse otro altar que corresponde al primero, así como el templete de la Forma, que ve el público desde la sacristía dos veces al año, bajándose el lienzo del altar, y que pintó, como se ha dicho, Claudio Coello.

Valioso, rico, elegante, artístico es, pues, cuanto encierra la interesante sacristía que nos ocupa, y para que realce más el mérito que tan acabada obra pudiese para nosotros tener, agregaré que, al hacerse la visita de este lugar, muéstranse al viajero ornamentos soberbios, vasos sagrados de exquisita forma y otros muchos objetos de este género, hechos con el primer oro y la primera plata que los bajeles españoles transportaron de América á la Península.

Sigamos admirando en otras partes nuevas joyas: discurremos fuera de la sacristía, carísimo lector, pues quedanos por ver el convento, el palacio y algo de notorio interés y de curiosidad suma: las habitaciones en que vivió y murió el regio autor del Escorial.

CAPÍTULO XI.

EL ESCORIAL.

(Concluye.)

VAMOS á dar hoy cima á nuestra larga visita, recorriendo con la necesaria brevedad lo que aún nos falta por ver de tan famoso monasterio.

Al salir de la sacristía mayor, donde nos quedamos anteriormente, pasaremos al vastísimo claustro principal que forma un cuadro, pudiéndolo recorrer en todas sus cuatro partes. Lo cubren grandes vidrieras que le dan el aspecto de galerías, decoradas al fresco por varios autores, con pasajes del Nuevo Testamento. Por desgracia nos es imposible penetrar al patio de los Evangelistas, resguardado por los cristales que circundan los claustros, por estar vedada la entrada á todo aquel que no pertenezca á la comunidad de los religiosos agustinos, moradores actuales del convento que tienen ahora bajo su custodia y vigilancia.

Contentémonos, sin embargo, con admirar la magnífica escalera que da acceso al claustro superior, y que es la principal de todo el edificio.

Hase dicho ya que el Escorial es acabada obra arquitectónica, en donde además del arte encerrado dentro de las cua-

mol, y desde el cual puede verse otro altar que corresponde al primero, así como el templete de la Forma, que ve el público desde la sacristía dos veces al año, bajándose el lienzo del altar, y que pintó, como se ha dicho, Claudio Coello.

Valioso, rico, elegante, artístico es, pues, cuanto encierra la interesante sacristía que nos ocupa, y para que realce más el mérito que tan acabada obra pudiese para nosotros tener, agregaré que, al hacerse la visita de este lugar, muéstranse al viajero ornamentos soberbios, vasos sagrados de exquisita forma y otros muchos objetos de este género, hechos con el primer oro y la primera plata que los bajeles españoles transportaron de América á la Península.

Sigamos admirando en otras partes nuevas joyas: discurremos fuera de la sacristía, carísimo lector, pues quedanos por ver el convento, el palacio y algo de notorio interés y de curiosidad suma: las habitaciones en que vivió y murió el regio autor del Escorial.

CAPÍTULO XI.

EL ESCORIAL.

(Concluye.)

VAMOS á dar hoy cima á nuestra larga visita, recorriendo con la necesaria brevedad lo que aún nos falta por ver de tan famoso monasterio.

Al salir de la sacristía mayor, donde nos quedamos anteriormente, pasaremos al vastísimo claustro principal que forma un cuadro, pudiéndolo recorrer en todas sus cuatro partes. Lo cubren grandes vidrieras que le dan el aspecto de galerías, decoradas al fresco por varios autores, con pasajes del Nuevo Testamento. Por desgracia nos es imposible penetrar al patio de los Evangelistas, resguardado por los cristales que circundan los claustros, por estar vedada la entrada á todo aquel que no pertenezca á la comunidad de los religiosos agustinos, moradores actuales del convento que tienen ahora bajo su custodia y vigilancia.

Contentémonos, sin embargo, con admirar la magnífica escalera que da acceso al claustro superior, y que es la principal de todo el edificio.

Hase dicho ya que el Escorial es acabada obra arquitectónica, en donde además del arte encerrado dentro de las cua-

tro principales é inmensas paredes de granito, hay que aplaudir y alabar las escaleras y bóvedas, arcos y columnas de atrevida ejecuci3n, y en donde hállanse resueltos los más intrincados problemas de estereotomía, con que á menudo se tropieza en construcciones semejantes.

Tiene, pues, la escalera, cuyas gradas son todas monolíticas, un primer tramo de trece escalones que remata en un descanso, pasado el cual se cuentan otras trece gradas hasta una gran meseta, de donde arrancan, y en sentido contrario al del anterior tramo, otros dos ascendentes á diestra y siniestra de la rama principal, terminando en el claustro alto ó superior.

El cubo, que corresponde en majestad al conjunto de la fábrica, se halla cubierto por una gran bóveda decorada al fresco por Jordán, quien representó una gloria en cuyo centro descuella en primer término la Santísima Trinidad. Como cosa notable, en un gran lienzo aparece representada la fundación del Escorial. Esto es lo único que de tales claustros podemos ver, y si somos más afortunados, llegaremos á la hora en que un ruido acompasado y monótono anúncian el desfile de los frailes que pasan de dos en dos por el claustro superior, con su negro hábito de largas mangas, y calada la capucha.

No hay tiempo para quedarnos más en este sitio, y aprovechémosle ahora encaminándonos hácia la biblioteca principal, que allí veremos no pocas reliquias, verdaderos tesoros bibliográficos. Aquí va á conducirnos venerable fraile agustino, deteniéndose ante la puerta para leer la excomuni3n que se fulmina contra todo el que se apodere de alguna obra de esta biblioteca. Hállase sobre el zaguán por el cual entramos al patio de los Reyes, mirando hácia la parte principal. Es también una gran galería con pavimento de mármol y bóveda de cañ3n, decorada ésta espléndidamente con frescos estilo Renacimiento.

La rica estantería de maderas preciosas que á lo largo de

los muros se extiende, fué proyecto de Juan de Herrera y ejecutada por un artista italiano. Llama singularmente la atención que todos los libros se hallen colocados con el lomo hácia dentro y el canto opuesto para fuera, de suerte que el curioso no puede ni siquiera entretenerse en leer los títulos de las obras.¹ Esto no obstante, al viajero siempre le muestran algunas notables ediciones, ya por su rareza, ya por el autor de donde han emanado. Misales, devocionarios, miniaturas medioevales de que tanto abundan los manuales piadosos de la época, biblias curiosísimas; todo asombra y encanta.

Existe por ejemplo un volumen primoroso, guardado bajo cristales, en donde con letras realzadas, de oro, consta el texto de los cuatro evangelios, cánones y epístolas; varios devocionarios del Emperador Carlos V;² un soberbio Alcorán, que se conserva como despojo de la batalla de Lepanto; y en otro departamento se encuentran innumerables manuscritos, autógrafos, obras en griego, latín, árabe, hebreo y otras lenguas, todo de indisputable mérito y de valioso precio. Y como ninguna de estas obras pudimos hojear ni aun tener en nuestras manos por hallarse rigurosamente bajo llave, saldremos, lector amable, de la biblioteca, no sin dar antes las gracias más cumplidas al Reverendo Padre que, en recorrer lo visible de esta galería, con tanta bondad se ha servido acompañarnos.

Sin duda, y así lo adivino, que tenéis curiosidad grandísima en que hagamos ahora una visita ligera, como todas las nuestras, á la famosa habitación donde vivió y murió el segundo de los Felipes de España, tan extraordinario y misterioso, como juzgaremos ahora por lo que veamos. ¡Y á fe que

1 Para consultar en esta biblioteca, como es privada del Rey, se ha menester un permiso especial de la Intendencia de la Real Casa y Patrimonio.

2 Varias de estas obras se presentaron en la Exposición de Madrid de 1892, ya en la sección Histórico-Americana, ya en la Histórico-Europea y en los departamentos de España.

os sobra razón lector carísimo! Ya vais notando que la mole de piedra en cuyo seno estamos, es digno monumento, no de estas pobres y humildísimas líneas, sino de obra inmortal que surja vigorosa y grande bajo gallarda y erudita pluma.

Pasaremos antes por la galería que llaman *sala de batallas*, que contiene pormenores curiosos de diversos hechos de armas, figurados al fresco en los muros por dos artistas italianos, y que, para recreo, mandó pintar Felipe II.

¡Qué inmensa cantidad de figuras, de armas de todas clases, de embarcaciones, de panoramas y de bien acabadas perspectivas!

Por un lado y en colosal cuadro, contemplamos la célebre batalla de Higuera, y el triunfo que sobre los árabes alcanzaron Don Juan II de Castilla y su Condestable Don Álvaro de Luna, cuya vida de éste terminó en el cadalso de Valladolid, para ejemplo de los ambiciosos y de los grandes, y ante cuyo sepulcro asimismo estaremos cuando hagamos nuestra visita á la Catedral de Toledo. Por otro lado muéstranos en vivo conjunto la acción de San Quintín; y por todos los huecos libres, ya en la bóveda, ya en los muros, observamos cortinajes que se arrollan, flores que se mezclan con frutas, con aves y animales fantásticos y cuanto pudo producir la imaginación del artista al descuidado caer del pincel por lienzos y bóvedas y rincones. El conjunto general, cuyo golpe de vista es admirable, puede juzgarse armonioso y singular.

Por una puerta pequeñita practicada cerca de un ángulo de la sala, bajaremos ya á la habitación citada.

Nuestro guía nos dice que nos encontramos en el Salón de Embajadores, que precede á la cámara del monarca.

Empero ¿este es el lugar donde los grandes señores y los favoritos venían á rendir pleito homenaje al poderoso Rey, en cuyos dominios jamás tuvo ocaso el Sol? ¿Estas son, pobres y desnudas, las paredes que tantas y tantas históricas escenas presenciaron en los célebres tiempos del vástago de

Carlos V? ¡Oh! ¡Cuán misterioso es el corazón humano! Felipe II, que hacía labrar en mármol y granito un palacio en cuya construcción se recreaba; Felipe II, en cuyos hombros descansaba “el peso terrible de dos mundos,” y que era, á la sazón, el monarca más grande de su tiempo, busca para su morada el último rincón del monumento que edifica, y exhala el postrimer suspiro en el sitio más lóbrego y más triste de toda aquella melancólica mansión.

Un cuarto de regulares dimensiones, con honores de sala, de paredes blanqueadas, de pavimento de ladrillo, con otros dos pequeños é inmediatos aposentos, húmedos y oscuros, y algunos cuantos muebles de uso; tal es en resumen el lugar mismo que el Rey se destinó. Todo se conserva intacto, tal y como estaba en los momentos de la muerte del extravagante soberano.

Así pues, en el llamado salón de embajadores vemos aún el sillón, los taburetes sobre los cuales apoyaba Felipe II la pierna gotosa y ulcerada, unas cuantas sillas de la época, una grande esfera y algo más de escaso mérito artístico; en la alcoba se mira un catre de campaña, varios libros, y el escritorio del célebre Antonio Pérez, Secretario del Rey, y cuyo nombre ha corrido tantas veces impreso en dramas y en novelas. Lo más singular de tan extraña habitación es que la alcoba tiene unas ventanas que caen para el altar mayor del templo, como se recordará, del lado de la epístola; de suerte que, tendido el Rey en su lecho y abiertas las ventanas, podía sin molestarse oír la misa que en el altar se celebraba. Allí pues, en tan pequeñísimo espacio, en celda tan miserable, Felipe II sucumbió en medio de los terribles dolores de su enfermedad, el 13 de Septiembre de 1598. Ya sabemos donde descansan sus cenizas.

Arriba de la puerta de entrada á la histórica alcoba, mírase una tablilla (que dicho sea de paso, y en honor de la verdad, no corresponde, por lo mezquina, á la severa majestad de este lugar), en la cual se leen estos versos:

“En este estrecho recinto
Murió Felipe segundo,
Cuando era pequeño el mundo
Al hijo de Carlos quinto.
Fué tan alto su vivir,
Que sola el alma vivía,
Pues aun cuerpo no tenía
Cuando acabó de morir.”

Felipe II había, pues, muerto lo mismo que su ilustre padre: en un convento; en una celda que, por su sencillez y pobreza, contrastaba con el poder y la magnificencia de aquel hombre que llenó un siglo con su nombre y con sus hechos.

Pasemos ahora á el ala septentrional del monasterio, que es donde se encuentra el palacio, ó sean las habitaciones reales; subamos por la escalera que nos condujo á los aposentos del fundador, y atravesando patios, bajando ó subiendo nuevamente graderías, recorreremos piezas á granel, todas llenas de innumerables cuadros, de incontables tapices, de objetos de arte y caprichosos muebles de diferentes épocas y estilos.

Propiamente ocupa el palacio todo el mango de la parrilla, que es la figura que tiene la planta del edificio, y buena parte del Escorial, de aquella que, como acaba de indicarse, mira al septentrión.

En verdad que en este lugar es imposible detenerse el tiempo necesario para hacer siquiera ligerísimo examen de todo lo que encierra. Es aquel un laberinto de cuartos, ya grandes, ya pequeños, que la imaginación vaga y se trastorna, como la vista ante un hacinamiento de objetos heterogéneos, sin orden y confusos.

Por aquí contemplamos un cuarto, forradas sus paredes con tapices hechos según modelo de los cartones por Teniers ó Goya; más allá, las habitaciones mandadas decorar por Carlos IV; la inmediata es la pieza donde vino al mundo Fernando VII; la otra cúbrela espléndida tapicería flamenca; en suma, galerías, salas, despachos, tocadores, alcobas, cuanto

puede poseer un soberano en tal lugar, reunido con su real familia, tanto se halla en este vastísimo recinto que han ido aderezando con lujo y esplendor los sucesores todos de Felipe II. Puede decirse, sin exagerar, que tales aposentos son verdaderos museos, dignos de la visita del viajero, al par que de alabanza y de justa admiración.

El resto de la fábrica se encuentra consagrado á seminario, cuyos alumnos visten uniforme; y, generalmente, cuando se comienza la visita, como nosotros lo hemos hecho, por el patio de los reyes, se sale del edificio por la puerta que cae al Norte.

Por la sencilla narración que se ha hecho en este y en los precedentes capítulos, debe comprenderse que un día entero no basta para darse cabal cuenta de la fábrica; pero si se dispone de escaso tiempo, en cinco ó seis horas se tendrá idea, aunque vaga, de aquella construcción y de lo más notable que encierra. Según los más curiosos autores y que con toda prolijidad hanse ocupado en estudiar tan magna obra, ésta contiene más de diez mil puertas y ventanas, nueve torres que levantan sus agujas á buena altura, quince zaguanes, diez y seis patios, trece oratorios, doce claustros; más de cuarenta fuentes, ochenta y tantas escaleras y otros pormenores no menos singulares.

Todo es innumerable, todo es grande, todo colosal. En su torno y en las afueras del edificio, existen otras construcciones, y el pintoresco pueblo de San Lorenzo, que el viajero puede en un instante visitar, como complemento de la excursión al real sitio.

¡Cuán grandes memorables huellas deja! ¡Cuán profundas impresiones, que no se borran, antes se acrecientan más y más, graban en el alma aquellas piedras, aquellos techos de pizarra, esos panteones cuajados de mármoles y bronces, y aquellos solitarios claustros!

No puede en verdad definirse lo que siente el corazón bajo las bóvedas del porfírico gigante; y ni la lengua, ni la plu-

ma pueden dar idea remota del sinnúmero de sensaciones que, en cortísimo espacio de tiempo, se reciben.

Grandeza y mezquindad, magnificencia y sencillez, bronces y cenizas: tal parece que el Escorial, con su mezcla singular y su conjunto extraño, es la representación viva de la majestad y la miseria humanas.

El Escorial abrió sus puertas solemnemente el mes de Noviembre del año 1892, cuando la regia visita de los soberanos de Portugal Don Carlos de Braganza y Doña Amelia de Orleans, acompañados de la Infanta de España Doña Isabel de Borbón y de su alta y noble servidumbre. Es la última y más reciente solemne visita que hasta la fecha se cuenta en el real sitio.

Le abandonaremos ya; saldremos de sus claustros, porque nos falta el aire libre y purísimo del campo; necesita dilatarse el corazón, descargarse la mente del peso que la abrumba con las sucesivas emociones, con los repetidos recuerdos de la Historia, con tanto que la vista asombrada ha contemplado. Salgamos de una vez, y alejémonos, con sentimiento, con verdadero pesar, de aquel coloso, y dejemos envuelta en la bruma del recuerdo, con sus cenizas, con sus tumbas, con su templo y con sus claustros, aquella inmensa mole de granito.

CAPÍTULO XII.

TOLEDO.

CONSIDERACIONES GENERALES.

CON qué palabras ó por qué medios podré comunicar á mis lectores las emociones que se sienten á la vista de aquella mole tantas veces secular, mitad en pie, mitad desmoronándose, en cuyo seno todo es tradicional y misterioso, y que se llama Toledo?

¿Cómo delinear siquiera débilmente la fisonomía impresa por los años, en sus indestructibles baluartes y amarillentos torreones, en su conjunto todo, á la ciudad imperial, “la segunda Roma—como elegante escritor ha dicho—la codiciada de los romanos, perla de los godos, encanto de los sarracenos, premio de los cristianos reconquistadores y orgullo del César Carlos V, del compendio y suma, en fin —añade— en que se encierran en maravilloso modo las glorias históricas y artísticas de España?”

Es imposible, en verdad, imaginarse Toledo.

Es uno de esos puntos del globo que necesitan palpase á fin de tener idea completa acerca de ellos.

Forjaos en la mente una ciudad construída en las escarpas de elevadas rocas, como nido colosal de águilas, ceñida por

1 El Vizconde de Palazuelos.

ma pueden dar idea remota del sinnúmero de sensaciones que, en cortísimo espacio de tiempo, se reciben.

Grandeza y mezquindad, magnificencia y sencillez, bronce y cenizas: tal parece que el Escorial, con su mezcla singular y su conjunto extraño, es la representación viva de la majestad y la miseria humanas.

El Escorial abrió sus puertas solemnemente el mes de Noviembre del año 1892, cuando la regia visita de los soberanos de Portugal Don Carlos de Braganza y Doña Amelia de Orleans, acompañados de la Infanta de España Doña Isabel de Borbón y de su alta y noble servidumbre. Es la última y más reciente solemne visita que hasta la fecha se cuenta en el real sitio.

Le abandonaremos ya; saldremos de sus claustros, porque nos falta el aire libre y purísimo del campo; necesita dilatarse el corazón, descargarse la mente del peso que la abrumba con las sucesivas emociones, con los repetidos recuerdos de la Historia, con tanto que la vista asombrada ha contemplado. Salgamos de una vez, y alejémonos, con sentimiento, con verdadero pesar, de aquel coloso, y dejemos envuelta en la bruma del recuerdo, con sus cenizas, con sus tumbas, con su templo y con sus claustros, aquella inmensa mole de granito.

CAPÍTULO XII.

TOLEDO.

CONSIDERACIONES GENERALES.

CON qué palabras ó por qué medios podré comunicar á mis lectores las emociones que se sienten á la vista de aquella mole tantas veces secular, mitad en pie, mitad desmoronándose, en cuyo seno todo es tradicional y misterioso, y que se llama Toledo?

¿Cómo delinear siquiera débilmente la fisonomía impresa por los años, en sus indestructibles baluartes y amarillentos torreones, en su conjunto todo, á la ciudad imperial, “la segunda Roma—como elegante escritor ha dicho—la codiciada de los romanos, perla de los godos, encanto de los sarracenos, premio de los cristianos reconquistadores y orgullo del César Carlos V, del compendio y suma, en fin —añade— en que se encierran en maravilloso modo las glorias históricas y artísticas de España?”

Es imposible, en verdad, imaginarse Toledo.

Es uno de esos puntos del globo que necesitan palpase á fin de tener idea completa acerca de ellos.

Forjaos en la mente una ciudad construída en las escarpas de elevadas rocas, como nido colosal de águilas, ceñida por

1 El Vizconde de Palazuelos.

el ancho cauce del Tajo, que le sirve admirablemente de foso; amurallado su recinto, cual si la sujetase inmenso anillo de piedra, de paredes negras y agrietadas, imponentes, majestuosas; dadle siglos y siglos de existencia; pobladla de leyendas, de dramas, de misterios, de recuerdos, de historias sin cuento, y tendréis una silueta de lo que es Toledo.

Hállase situada sensiblemente en el centro de la Península Ibérica, y es tan antigua, como antigua es la historia de los pueblos fundadores de las naciones de Europa. Y tanto, que el génesis de Toledo, por más vueltas y revueltas de sagaces investigadores y eruditos diligentes, aún se encuentra en el seno de un caos profundo é impenetrable.

Sábase que sus primitivos habitantes iberos y celtas, que habían hecho de Toledo la metrópoli de la Carpetania, sostuvieron crudo embate contra los cartagineses, que poseyeron tan pintoresca región.

Siglos más tarde, las águilas romanas se detuvieron ante los muros de la ciudad, y después de grandes esfuerzos, lograron su entrada al cabo de los años. En aquella sazón, Toledo siguió la corriente de progreso de la vieja Roma: levantó monumentos, erigió templos y estatuas, hizo obras magníficas, cuyos vestigios se advierten todavía; y como la capital del mundo antiguo, tuvo sus circos, sus oradores y poetas.

Introducido allí el Cristianismo, celebróse el año 400 el primer concilio toledano; empero, caída la ciudad un siglo más tarde en poder de los godos, cambió sus creencias por las arrianas, aunque momentáneamente, por haberlas abjurado en el tercer concilio reunido en el último tercio del siglo VI.¹

El mundo continuaba transformándose: las invasiones y guerras y conquistas se sucedían por todas partes; y en el siglo VIII vió Toledo aparecer ante sus puertas á Tarik-ben-Zeyad, el vencedor del Guadalete, que con su ejército de

1 El segundo concilio se verificó en 527.

árabes entró en la codiciada señora del Tajo, echando los cimientos de una dominación de cerca de cuatro centurias.

Bajo aquel largo período, alzáronse, como en los tiempos romanos, arcos y puentes, y mezquitas y murallas, mucho de lo cual queda aún en pie, inmutable, firme, respetado hasta por el mismo tiempo, y que ya contemplaremos más adelante.

Conquistada Toledo en 1085 por Don Alfonso VI, volvió á ser el centro de la unidad católica de España, asentando con firmeza la sede arquiepiscopal y obteniendo para ésta el título de Primada del Reino.

Cierto grado de esplendor adquirió entonces la ciudad del Tajo, y cansado sería enumerar la serie de peripecias, de revueltas y disturbios y agitaciones y asonadas que desde entonces sufrió Toledo: en su recinto nació el preclaro monarca Don Alfonso X, apellidado en su siglo el *Sabio*; en su recinto acontecieron los amores famosísimos de Don Pedro el Cruel con la Padilla, contemplándose entonces tantas y tantas suertes de crueldades. Viene en seguida breve período de transición de Enrique II al III; pero surge en Castilla el tristemente célebre y largo reinado de Don Juan II: su favorito, Don Álvaro de Luna, se ve atacado por las facciones que el mismo Príncipe de Asturias acaudillaba: el coloso, estruendosamente es derribado en el cadalso de Valladolid; muere Don Juan el II, le sucede Enrique IV; los desastres no terminan, y Toledo proclama Rey á Don Alfonso, hermano de aquel monarca inepto y degradado. La era feliz, aunque ligera, va á inaugurarse para nuestra Capital: los Reyes Católicos eligenla para morada: Carlos V hace otro tanto después, aun cuando ni los disturbios ni rebeliones dejan un momento tranquila á la imperial ciudad.

Más tarde, convertida Madrid en residencia oficial de la Corona, pierde Toledo su importancia política, y desde entonces deja de culminar en la historia de España.

En este siglo, sólo diré, para no alargar demasiado esta rá-

pida nota, que Toledo sufrió inmensos y graves daños cuando las huestes de Napoleón I entraron en la península.

¡Cuánto habría que decir aún de tan gloriosa capital!

Empero, dejemos al historiador semejante y gratísima tarea, y enderecemos nuestros pasos rumbo á la secular ciudad de ennegrecidos muros y amarillentos torreones.

La hora más adecuada para llegar á Toledo, por el ferrocarril, es la de las nueve de la noche.¹ Así lo hicimos mis compañeros y yo cuando visitamos la Primada de España.

Era el mes de Diciembre: hacía un frío glacial, y en Toledo el invierno es crudísimo. La estación del ferrocarril se halla bastante retirada de la ciudad, de suerte que para subir á ésta hay que tomar un ómnibus.

Debo confesar que me encontraba sumamente inquieto, casi agitado: ansiaba llegar pronto á la vieja Capital y contemplarla tal como lo deseaba: creo que mis compañeros de excursión, y que tampoco conocían Toledo, se hallaban en igualdad de circunstancias: todos íbamos en silencio, sin decirnos palabra alguna ni comunicarnos impresiones. Caminamos largo trecho á orillas del río. Una masa informe, una mole negra, indefinible, tosca, cual gigante inmenso, se alzaba á nuestra diestra, y por el otro lado distinguíamos multitud de luces, como una fosforescencia fantástica, en la profunda depresión del terreno: era el ensanche de la ciudad, fuera de las murallas. De repente el vehículo volteó á la derecha: declaro también que mi corazón latía con fuerza, todo se cambiaba ante mis ojos, creía yo retroceder lo menos siete siglos: parecíanos entrar en el período de otra vida, de una nueva existencia extraña. No había duda: estábamos en plenos siglos XIII ó XIV. Cruzamos el Tajo sobre ancho puente de mampostería, llamado de Alcántara, cuyos detalles apenas alcanzamos á ver, y entramos por una maciza puerta,

¹ Toledo dista doce leguas de Madrid: puede salirse de esta ciudad á las seis de la tarde.

coronada toda ella de almenas que semejaban mudos centinelas. Una luz moribunda alumbró nuestro paso; de un lado y otro de la puerta corren lienzos de muralla: en frente, paredones inmensos, negros, revistiendo la roca sobre la cual se alza la ciudad; había, pues, que volver nuevamente á la derecha por la otra orilla del río, teniendo ahora hacia nuestra izquierda á Toledo.

Me pareció todo aquello tan raro, tan singular, que me imaginaba que estábamos en el rastrillo de alguna gran fortaleza ó ciudadela medioeval; y mucho más, cuando, en los momentos de atravesar el puente, distinguimos sobre rocas aisladas, fuera de la ciudad y á nuestra izquierda, cómo se alzaban mudas, cual un espectro, imponentes, solitarias, las ruinas del castillo feudal de San Servando, hoy nido de las aves nocturnas, que fatídicas revolotean en su torno.

La subida á la ciudad se hace rodeando ésta por su parte oriental y nordeste para llegar á la plaza del Zocodóver, único punto hasta donde, en verdad, pueden ascender los coches, con excepción de una que otra calle.

Estamos en pleno Toledo. ¡Qué ciudad más extraordinaria y rara! De la plaza citada parten callejones en todas direcciones, en verdadero laberinto: estrechos, tortuosos, empinados ó pendientes los más, oscuros, lóbregos.

Como á la hora en que llegamos nada teníamos que ver, después de instalarnos en un buen hotel, la emprendimos por los vericuetos y callejas sin cuento. El plano de Toledo, como he dicho antes, es un verdadero laberinto. No hay una sola calle tirada á cordel; todas son tan irregulares que no hallo otras, de ciudades europeas, con quienes compararlas.

Me faltan palabras para comunicar por medio de la torpe pluma, lo que en medio de aquella silenciosa población se siente, especialmente por la noche.

Allá la negra masa del Alcázar; más lejos la aguja de la imponente Catedral; por todas partes casas de apariencia señorial, sin arte, con pesadas puertas, llenas de labrados de ma-

carrónico gusto, unas altas, otras bajas. Tentado estuve, en un momento de ilusión, de preguntar si andaban á esa hora á caza de galantes aventuras los señores feudales dueños de aquellas mansiones de blasones carcomidos.

En no pocas esquinas podéis ver en su vetusto nicho las imágenes de santos, ante las cuales arde en un farol semipolvoroso, agonizante luz.

Mientras más nos internábamos, la ilusión era más completa: por aquellos callejones, en los cuales de una á la otra acerca dos personas pueden darse sin esfuerzo las manos, veía salir á los caballeros románticos, de negra capa, subido el embozo hasta los ojos, flotando al viento la blanca pluma del sombrero de anchas alas, y arrastrando la tizona luenga. Escuchaba el recio son de las espuelas, y en el silencio de la noche algún rumor así como el eco de sentida trova, de los buenos tiempos del donoso Juan de Mena y del Marqués de Santillana.

Y aquí de las leyendas de Bécquer y de los dramas caballerescos de Zorrilla, y de los cantos magníficos del ilustre Duque de Rivas. ¡Cuántos bardos y qué sinnúmero de esclarecidas plumas hanse inspirado en los misterios y en la imponente majestad de la ciudad del Tajo! Su admirable posición estratégica, su tesoro de tantos recuerdos y de historias tantas, la hacen ser una de las principales y más interesantes ciudades de España.

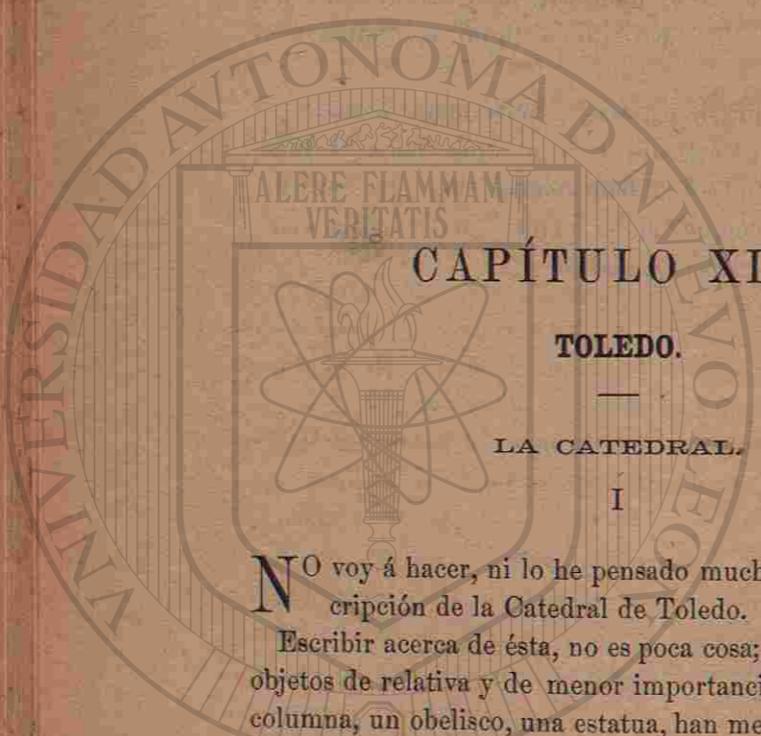
Cansaría al lector si continuara refiriéndole mis impresiones de Toledo; pero si gusta acompañarme á visitar con alguna detención notables monumentos de tan singular ciudad, más grata y más fructuosa me será esta nueva excursión.

Desde el punto de vista artístico, Toledo merece todas nuestras consideraciones y vigiliass; y tendremos oportunidad de recrear nuestra vista en no pocos lugares.

Iremos á la Catedral, en primer término; estaremos en el gran Alcázar, hoy en reposición, mejor dicho, en reconstrucción; admiraremos primores como la sinagoga del Tránsito,

la pequeña iglesia de estilo árabe, á la sazón monumento nacional de Santa María la Blanca; nos detendremos en el magnífico templo de San Juan de los Reyes y en otros muchos puntos más; que de Toledo todo es digno de admiración y de alabanza.

Es, pues, abundante la materia: iremos desarrollándola poco á poco, aunque en artículos breves, como todos los de este género; y contando con la benevolencia del lector, me complazco en anunciarle que vamos á emprender luego la visita á la famosa y renombrada Catedral.



CAPÍTULO XIII.

TOLEDO.

LA CATEDRAL.

I

NO voy á hacer, ni lo he pensado mucho menos, una descripción de la Catedral de Toledo.

Escribir acerca de ésta, no es poca cosa; y si las más veces, objetos de relativa y de menor importancia, un cuadro, una columna, un obelisco, una estatua, han menester toda una disertación, con cuánta mayor razón no merecerá vigiliias prolongadas un monumento de tal naturaleza, como el ya citado. Cada uno de sus menores detalles, cada uno de los materiales que lo forman, merece un estudio muy prolijo de parte del artista, del constructor, de todo el que sienta latir su corazón bajo la influencia poderosa de las maravillas realizadas en el transcurso de los siglos por el genio del hombre.

Fijaré, en consecuencia, algunos puntos que sirvan para trazar después líneas generales que formen un ligero contorno que pueda darnos breve idea del Santuario Primado de España.

Aparecieron los albores del gallardo estilo ojival en Alemania, corriendo la décimatercera centuria de nuestra Era, y

aun cuando se aplicó á casi toda suerte de edificios, comenzó en aquel mismo siglo como á ser la genuina representación del arte cristiano. Sencillo en un principio, esbelto y elegante, fué insensiblemente desarrollando sus columnas, sus ojivas, sus agujas puntiagudas, como si se quisiese expresar por este medio y con piadoso simbolismo, la mayor proximidad del hombre con el Sér Supremo, la tendencia del espíritu humano hacia la Divinidad; ó bien como si efluvio divino las oraciones fuesen, más fácilmente podrían escaparse por aquellas puntas y llegar al cielo presto, como la llama que tiende siempre á levantarse á allá.

El estilo fué enteramente propio en todos sus detalles y en todo su conjunto. Purificado de cualquier elemento extraño, surgió lo delicado y bello de sus cresterías, combinándose en magnífica armonía el olivo y el laurel y el cardo espinoso; multiplicáronse los haces de columnas que se alzaron cilíndricas en todo su fuste, á cualquier altura á que se hallase el arranque de la ojiva; y el todo apareció completamente original y nuevo.

No tenía, por cierto, la severa y clásica belleza griega, ni la poderosa fuerza de las líneas romanas; pero ni carecía del sentimiento de la primera, ni dejaba tampoco de poseer la virilidad de la segunda. Adaptábase, además, á un medio en el cual, aunque no se desconociera el primor ni el encanto producido por el Partenón ó por los más famosos templos de la idólatra Roma, se trataba, ante todo, de borrar toda idea de paganismo y de culto á las falsas divinidades; pues entendíase que por más que la Minerva de Fidias fuese de marfil y de oro y una de las obras más perfectas de estatuaria, la diosa misma no dejaba de ser mera creación de una fantasía del todo delirante y poética.

En efecto, creado el estilo, como he dicho antes, en el siglo XIII, parece que todos los cristianos de aquella época de unión se trocaron en artistas. Cual más cual menos contribuía con insólito entusiasmo á levantar templos al Dios de Abra-

ham, y entonces, con diferencia de unos cuantos años, álzase en París la nunca bien admirada basílica de Nuestra Señora; en Bruselas el primoroso templo metropolitano; en Reims, en Colonia, en Westminster y en muchos puntos más, catedrales que son todavía la admiración del artista y el asombro del viajero.

A la sazón, y casi al mismo tiempo que la de Burgos, labraba sus muros la Catedral de Toledo. Pertenece, pues, ésta á la época florida del estilo, y aun cuando su exterior tiene grandes manchas por las modificaciones que en diversos siglos ha sufrido, su interior grandioso la coloca, quizá sin disputa, en el primer lugar de las catedrales de España.

No puede, por desgracia, juzgarse bien del aspecto general exterior del Templo Primado en que me ocupo, por hallarse éste embutido en el laberinto de tortuosos callejones de que Toledo se compone. Apenas una mezquina é irregular plazuela tiene al frente de la fachada principal. Sin embargo, recorramos el templo en su contorno para formarnos idea del edificio por fuera.

Comenzaron á abrirse los cimientos en 1226, bajo el reinado de Don Fernando el Santo sobre los escombros de añeja aljama; y aun cuando en todo el siglo XIII, y después en el XIV, grande impulso se dió á la obra, ésta se concluyó hasta fines del siglo XV (1492); esto no obstante, sólo se construyó una torre comenzada por el Cardenal Tenorio y terminada por el Cardenal Tavera.

Tiene la Catedral dos fachadas, que corresponden, la primera y principal al Poniente, y la segunda al Sur. Construcciones dependientes del Santuario se arriman á éste, quitándole por completo la vista por el Oriente y Norte, como vamos á ver en seguida.

La plaza que precede á la fachada principal tiene sensiblemente la forma de trapecio, y la circundan: al Nordeste, el Palacio residencia del Cardenal Arzobispo de Toledo; al Este, la Catedral, que forma ángulo agudo con el Palacio, del

que la separa una calle angosta; al Sudeste y Sur, callejones y casas particulares, cerrando al Sudoeste el Palacio del Ayuntamiento, cuyo nombre lleva la plazuela.

La repetida fachada tiene tres puertas de puro estilo ojival, con arquivóltas profusamente decoradas; y de acuerdo con el sistema, se destacan sobre sendas repisas en la puerta central estatuas de personajes bíblicos, ostentando asimismo otras semejantes los contrafuertes de exquisito gusto, coronando las puertas elegante cuerpo, que completa el centro de la fachada.

A la izquierda del observador, y sobre macizo cubo, se levanta la torre, que consta de tres cuerpos: el primero, que le sirve de base; el segundo, cuadrangular, se divide en cuatro partes, cada una de ellas con un orden de columnitas delgadas, estando destinada la última parte á las campanas; los contrafuertes terminan por esbeltos pináculos, y dentro del perímetro que forman sobresale el tercer cuerpo octagonal gótico. El todo termina por una pirámide, que tiene también por base un octágono; el cuerpo de ella está ceñido á trechos por tres especies de coronas con puntas, rematando por una serie de esferas cuyo diámetro disminuye progresivamente, sirviendo la última de asiento á airosa cruz.

El conjunto general de la torre me pareció un poco pesado, y creo que el segundo y tercero cuerpos no se suceden con proporción; además, la pirámide terminal sentaría mejor en una fortaleza que en aquella torre.

A la derecha del observador aparece, en la esquina del templo, un cubo semejante al de la torre, y que ocupa la capilla mozárabe, que al visitar el interior del Santuario citaré. Nótese en la construcción general de este ángulo tres partes, todas desiguales entre sí, y que se superponen é indican claramente que fueron hechas en distintas épocas y por diversas manos. ¡Lástima grandísima que aquí se rompa la unidad de estilo del conjunto! ¡Qué impresión tan poco grata causa ver una cúpula del Renacimiento coronando un acabado cuerpo

ojival! Ese afán que se tiene algunas veces de concluir sin plan fijo lo empezado con arte (fruta que es ésta de todas partes), arrimando construcciones de un estilo á otras de diverso período de desarrollo, me hace el mismo efecto que me produciría un personaje romano de los tiempos del trunvirato ó del Imperio con espada de gavilanes al cinto y *bota fuerte*.

El gusto artístico, en su optimismo y su exigencia, no admite elementos espurios en las obras de arte, ni mucho menos anacronismos contra los cuales se subleva el sentido común. Empero, dejemos á un lado la crítica, que no es ese el objeto de las presentes líneas, y bosquejemos la construcción precitada. La primera parte, que forma, como he dicho, el recinto de la capilla mozárabe, es un cuerpo cuadrangular, pesado, con ventanas al Sur, y coronado por dos series escalonadas de antepechos ojivales. En seguida mírase descansando sobre este cuerpo la segunda parte del todo, de forma octagonal, airosa, ojival también, primorosamente labrada, con ventanas cerradas, divididas por junquillos y sobre las cuales campean las armas del Cardenal Cisneros, en cuya época aquello se hizo; y correspondiendo á las aristas del prisma octagonal, sendos contrafuertes con sus respectivos pináculos. Sobre este cuerpo descansa el último, que es una media naranja modernísima con linternilla, terminando todo con globo y cruz.

Recorreremos ahora la fachada meridional del templo, la cual es bastante extensa: tiene dos puertas, y los lienzos de pared llevan contrafuertes y ventanas ojivales, de acuerdo con el estilo general. La primera puerta, cuyo nombre tiene la calle, nómbrese la Puerta Llana, y es un verdadero adefeccio en este lugar, por más que la portada esté admirablemente construída y del todo sujeta á las reglas del arte. Imaginaos que la antigua puerta *gótica* fué destruída, y en vez de hacer en debida forma una restauración cuidadosa, hízose un pórtico jónico con sus columnas y pilastras, con su arquitrabe, su friso y su cornisa, encima de la cual descansa un frontis triangular. Semejante *parche*, que la más severa crítica no

vituperaría lo suficiente, no sé cómo pudo haber salido del magín del constructor, ni cómo le consintieron que tal cosa hiciese.

Es tanto más notable, cuanto que á algunos metros de distancia se distingue con sus puras líneas góticas la segunda puerta ya citada, y que se conoce por el apellido de los Leones, por la serie de figuras de piedra que descansan sobre sendas pilastras de la reja que corre delante de la puerta. Esta es un primor del arte ojival en el tercer período del estilo, floreciente en pleno siglo XV. Su grande ojiva, de la cual parten otras concéntricas profusamente decoradas; los grupos repetidos de angelitos y de estatuas de santos cuyos nombres se hallan escritos con caracteres germánicos, todo es elegantísimo y bello.

Después, siguiendo el muro, obsérvase que en torno del ábside se dispusieron algunas dependencias de la Catedral, pero esto no impide que el observador, situado á cierta distancia, pueda ver las ábsides notables de las dos capillas de San Ildefonso y de Santiago, que veremos á su tiempo, singularmente esta última coronada de almenas, como toda la parte superior de la capilla y con torrecillas en los ángulos, lo cual le da el aspecto de una fortaleza de la Edad Media.

Si avanzamos por los callejones que limitan la Catedral por el Oriente, seguiremos viendo dicha construcción, que luego limita, á su vez, al templo por el Norte; además de esto, encuéntrase al septentrión la capilla del Sagrario, la extensa de San Pedro, que perpendicularmente á la Catedral se avanza, y por último, el claustro separado del Palacio Arzobispal, por un arco hecho sobre la calle. El arco me recordó el de nuestra calle de San Agustín que algunas pinturas del siglo pasado representan.¹ Ahora bien, entre las capillas de San Pedro y del Sagrario, fórmase un atrio, en cuyo fon-

¹ Puede verse en un plano al óleo que existe en la Secretaría de nuestro Museo Nacional de México, hecho en 1736.

do, correspondiendo á la iglesia, está la primorosa puerta que llaman del Reloj, gótica también, semejante á la de los Leones, aunque de labores más arcaicas, con vetustísimas figuras, difíciles, muchas ya, de interpretar.

Algunos otros detalles que paso por alto, dada su poca importancia, complementan el exterior del templo, el cual, según se colige por lo que tan ligeramente he apuntado, tiene en sus fachadas mucho de hermoso y algo también de censurable.

Si esta secular iglesia estuviese totalmente aislada, ¡cuánto ganaría en sus proporciones, en su aspecto y su conjunto!

El gusto peculiar de los franceses para colocar sus edificios, ha hecho que Nuestra Señora de Paris se admire en toda su plenitud, sola, sin agregados de ninguna especie, para que ni el más ligero detalle se escape á la vista observadora, ni algún otro pegadizo moderno profane los muros seculares.

Sin embargo, todo queda compensado en la Catedral de Toledo, al contemplar la gran perspectiva interior, imponente y magnífica, la cual es el motivo del siguiente capítulo.

CAPÍTULO XIV.

TOLEDO.

LA CATEDRAL.

II

AL día siguiente del en que llegamos á Toledo, propuse á mis compañeros visitar, en primer término, la Catedral, como el más interesante de todos los lugares de la ciudad imperial.

Así lo hicimos muy de mañana, no obstante la lucha que con la crueldad del frío de Diciembre íbamos á sostener, y con la nieve que en menudos copos caía sobre nosotros; blanqueando las tejas de las casas, colgándose caprichosamente de los faroles de las calles y convirtiendo el pavimento de éstas en sudario de blancura deslumbradora.

Abrigados hasta los ojos, y tiritando á más no poder, la emprendimos—dejando la huella de nuestros pasos en el suelo, desde el hotel en que nos alojamos hasta la Catedral—por el laberinto de callejones tortuosos y empinados; y á fe que el madrugón y la nevada (aunque no deja de ser pintoresco el espectáculo) y el frío, lo dábamos por bien empleado por el placer que en breve disfrutaríamos, admirando el exterior del

do, correspondiendo á la iglesia, está la primorosa puerta que llaman del Reloj, gótica también, semejante á la de los Leones, aunque de labores más arcaicas, con vetustísimas figuras, difíciles, muchas ya, de interpretar.

Algunos otros detalles que paso por alto, dada su poca importancia, complementan el exterior del templo, el cual, según se colige por lo que tan ligeramente he apuntado, tiene en sus fachadas mucho de hermoso y algo también de censurable.

Si esta secular iglesia estuviese totalmente aislada, ¡cuánto ganaría en sus proporciones, en su aspecto y su conjunto!

El gusto peculiar de los franceses para colocar sus edificios, ha hecho que Nuestra Señora de Paris se admire en toda su plenitud, sola, sin agregados de ninguna especie, para que ni el más ligero detalle se escape á la vista observadora, ni algún otro pegadizo moderno profane los muros seculares.

Sin embargo, todo queda compensado en la Catedral de Toledo, al contemplar la gran perspectiva interior, imponente y magnífica, la cual es el motivo del siguiente capítulo.

CAPÍTULO XIV.

TOLEDO.

LA CATEDRAL.

II

AL día siguiente del en que llegamos á Toledo, propuse á mis compañeros visitar, en primer término, la Catedral, como el más interesante de todos los lugares de la ciudad imperial.

Así lo hicimos muy de mañana, no obstante la lucha que con la crueldad del frío de Diciembre íbamos á sostener, y con la nieve que en menudos copos caía sobre nosotros; blanqueando las tejas de las casas, colgándose caprichosamente de los faroles de las calles y convirtiendo el pavimento de éstas en sudario de blancura deslumbradora.

Abrigados hasta los ojos, y tiritando á más no poder, la emprendimos—dejando la huella de nuestros pasos en el suelo, desde el hotel en que nos alojamos hasta la Catedral—por el laberinto de callejones tortuosos y empinados; y á fe que el madrugón y la nevada (aunque no deja de ser pintoresco el espectáculo) y el frío, lo dábamos por bien empleado por el placer que en breve disfrutaríamos, admirando el exterior del

Templo Primado, y en seguida su famoso y bello recinto interior.

En efecto, al poco rato cesó de caer la nieve: las tejas de la basílica parecían forradas de algodón, y mejor pudimos después fijarnos en los detalles exteriores, en los cuales brevemente me ocupé ya en el capítulo anterior.

Una vez que recorrimos en su torno la gran fábrica, penetramos á ella por la puerta del Reloj.

No podré explicar lo que sentí al hallarme en aquel vasto interior.

Mi primera impresión fué de recogimiento. No sé qué de misterioso tienen los santuarios góticos, que excitan desde el momento en que se les pisa á la piedad. No sé qué de sublime y de grandioso tienen esas naves con sus haces de columnas, que á tanta altura se levantan para soportar la pesadumbre de bóvedas sin cuento.

La luz débil del sol de la mañana, que tímidamente se escurría matizándose al través de las grandes ventanas cubiertas de vidrios de colores, admirables obras de arte de los siglos XV y XVI; el conjunto lleno de inmensa majestad y de belleza exquisita, poblado de santos y de reliquias y de altares; todo, en fin, nos dejó por un momento clavados sobre el pavimento, suspensa la respiración, llenos de asombro, y como sin saber si habíamos entrado allí tan sólo para orar ó para saciar nuestra vista codiciosa, realizando en esta vez un grato deseo acariciado muchas veces.

Soy franco y no tengo empacho en manifestar mi opinión: no sé por qué más tarde me causaron menos piadoso efecto las más suntuosas iglesias de Roma, como la grande é incomparable, por su esplendor, basílica de San Pablo ó la colosal de San Pedro. En éstas me pareció que se habían prodigado bastante los mosaicos y los mármoles, resultando de ello que más se ocupe la vista en las obras de arte, que el corazón en recogerse ante el ara sagrada del altar.

El transcurso de los siglos, las luces de las lámparas y de

los cirios, el humo del incienso, dan al interior de la Catedral de Toledo un aspecto imponente y especial, del que no gozan, por cierto, muchos templos de la misma época y del propio género.

“Figuraos—ha dicho el memorable Bécquer—un bosque de gigantes palmeras de granito, que al entrelazar sus ramas forman una bóveda colosal y magnífica, bajo la que se guarece y vive con la vida que le ha prestado el genio, toda una creación de seres imaginarios y reales. Figuraos un caos incomprendible de sombra y luz, en donde se mezclan y confunden con las tinieblas de las naves los rayos de colores de las ojivas; donde lucha y se pierde con la obscuridad del Santuario el fulgor de las lámparas. Figuraos un mundo de piedra, inmenso como el espíritu de nuestra religión, sombrío como sus tradiciones, enigmático como sus parábolas, y todavía no tendréis una idea remota de ese eterno monumento del entusiasmo y la fe de nuestros mayores, sobre el que los siglos han derramado á porfía el tesoro de sus creencias, de su inspiración y de sus artes.”

Pasadas las primeras impresiones, mezcla de admiración y de piedad, comenzamos lentamente á caminar, como temiendo que el eco de nuestros pasos turbara el silencio del Santuario; como si nuestra presencia, allí desconocida, hiciese levantar de las tumbas de piedra el centenar de estatuas que á las huesas seculares cubren, y donde duermen el eterno sueño reyes cuya fama se pregonó gloriosa del uno al otro confín de España; cardenales ilustres por su ciencia y venerables por sus prendas personales; capitanes por su valor heroicos, y con cuyo caudal y para su fúnebre morada se labraron las suntuosas fábricas de muchas capillas de este templo.

¿Quién no conoce esas leyendas, que la majestad de tan alabada iglesia inspiró á Gustavo Bécquer, y que en brillante prosa é inimitable fantasía, produjo la pluma del bardo castellano? ¿Os acordáis, por ejemplo, de la *Ajorca de oro*? A medida que avanzábamos bajo las altas bóvedas, yo creía ver,

como en aquella leyenda se relata, mil y mil fantasmas atestando las naves; los reyes de hinojos sobre sus tumbas; los arzobispos de mármol oficiando en presencia de sus inmóviles soberanos; las estatuas mirándonos con sus ojos sin pupila, y en el altar, y en los ámbitos todos, confundiéndose y rodeándose entre sí, compactos grupos de santos, monjas, ángeles, guerreros, damas, pajes, cenobitas y villanos sin cuento.....

¡Cuánto, en verdad, se presta para la fantasía la vista del Templo Primado de España! Y ¡cuánto, también para discutir acerca de su riqueza artística!

Tiene cinco naves amplias: una central y dos á cada lado de ésta, en el sentido longitudinal. Además, é independientemente de éstas, en dos naves cerradas se distribuye la serie de capillas, cada una de ellas importantísima por lo que atesora y guarda.

Sobre el pavimento de mármol blanco y gris ajedrezado, álzanse aisladas cuarenta y ocho columnas, encargadas de sostener la techumbre gótica del templo.

Primeramente, el observador tiende á fijarse en los primorosos detalles que exteriormente exornan á la capilla mayor y al coro, que, á la usanza de las catedrales de España, están colocados en la nave central, como en el Templo Metropolitano de México. Sin embargo, la vista puede, sin fatiga, descubrir todos los ámbitos del Santuario toledano, en razón de la baja altura de los muros del coro y de la capilla.

Desde luego nos dirigiremos á ésta, que se halla absolutamente separada del coro, no habiendo crujía; de suerte que en torno de ambos puede darse la vuelta cabal.

La capilla, obra sucesiva de los siglos XIV al XVIII, es un verdadero museo de estilos, en donde se ven combinados desde el gótico florido del primer siglo citado, hasta el barroco del último. Es interesante, pues, la capilla, desde el punto de vista artístico, y asimismo desde el religioso, tanto por celebrarse en ella las más grandes ceremonias de la Iglesia,

cuanto por encerrar las tumbas de reyes y de insignes prelados metropolitanos de España.

Débase el ensanche de su fábrica al egregio Cardenal Cisneros, bajo el gobierno de los Reyes Católicos.

El exterior de la capilla es una notable obra del arte ojival: ciérranla tres muros y una espléndida reja que da su frente á la del coro. Siento no disponer de espacio, por no permitirme la índole de estos artículos, para detenerme en algunos detalles y en hacer breves consideraciones acerca de esta suntuosa y magnífica obra. ¡Qué riqueza, qué soberbia profusión en labrados de estatuas de santos, de doctores, de prelados y ángeles, en cuyas figuras de mármol se ha hecho gala de movimientos en las ropas, y de detalles anatómicos, constituyendo aquello una verdadera maravilla! ¡Cuánto se presta el gótico para obtener grandísimo efecto hasta en sus partes más pequeñas! Tres cuerpos esenciales forman el exterior de que hablo: el primero descansa sobre rico basamento, componiéndose de un orden de columnas reunidas por ojivas, dando al todo la apariencia de un orden de ventanas, coronadas por un friso, en cuya longitud campea una serie de escudos de armas. Sobre ésta asiéntase el segundo cuerpo, en donde se destacan bajo afligranadas ojivas, estatuas del tamaño natural; formando el último cuerpo un caprichoso coronamiento rematado por ángeles y pináculos. Desgraciadamente los lienzos de pared se hallan interrumpidos por puertas de distinto estilo, que destruyen la armonía y desvirtúan el conjunto general.

La primorosa reja de bronce sería motivo de no pocas líneas: mucho se asemeja á la de nuestra Catedral de México, y quien conozca ésta, juzgará de la belleza de la primera. A ambos lados de la reja se ven dos púlpitos de bronce, que se hicieron con el metal arrancado á la primitiva tumba de Don Álvaro de Luna, que en vida se mandó hacer el poderoso valido de Don Juan II.

El interior del recinto en que me ocupo, merecería más

detención por lo complejo de su conjunto. Mas para no alargar demasiado estas líneas, brevemente y extractando mis apuntes, cuatro palabras podré decir.

Descúbrese en el fondo el altar mayor, que posee un gran retablo lleno de adornos y tallas sumamente delicados en su ejecución, hecho por artífices notables, que en concurso abierto por el Cardenal Cisneros, obtuvieron las palmas de la victoria. Todo el retablo es de madera de alerce, y tiene una multitud de figuras y de cuadros con pasajes de la vida del Salvador y de la Virgen. El golpe de vista que presenta con sus millares de líneas que se retuercen y se alargan y se encorvan de mil maneras, es verdaderamente encantador.

A ambos lados del altar se descubren dos soberbios monumentos sepulcrales, del todo iguales, que bajo de un arco se alzan; sobre el sarcófago muéstrase tendida una figura, y completan el cuadro grandes escudos de armas convenientemente distribuídos, ángeles y adornos elegantes. El sepulcro del lado del Evangelio, guarda las cenizas de Alfonso VII, y el de la Epístola, los restos de Sancho IV *el Bravo*.

Además de estos seculares monumentos mandados erigir por el mismo insigne Arzobispo de Toledo Fray Francisco Jiménez de Cisneros, descúbrese en el antepresbiterio el mausoleo del gran Cardenal Don Pedro González de Mendoza, cuya memoria se mantiene viva aún en la ciudad imperial.

Es la tumba de gusto plateresco y contrasta notablemente con la pureza de líneas de otras obras que allí mismo se admiran.

Frente á este sepulcro se levanta un lienzo del muro que por esa parte cierra á la capilla y que permaneció en pie al ensancharse el recinto; y al coronamiento exórnanlo estatuas, pequeñas arcadas, en suma, todo ese laberinto de adornos primorosos que, aunque se prodiguen por el artista á manos llenas, no hacen nunca pesado, por su delicadeza y buen gusto, cualquier género de construcciones de esta especie.

Al hablar de la parte exterior de la capilla, no hice men-

ción de una famosa y ponderada obra que, para gala y ornato de la fábrica, se dispuso en el ábside de la capilla, á la cual obra se le ha dado el nombre de *Transparente*, y en la que me ocuparé en el capítulo siguiente. Curioso ejemplar es este que se contempla con admiración, por más que sea, como alguien ha dicho, una monstruosidad de mármol. Abunda en detalles y en figuras, aunque su conjunto arquitectónico no es ni homogéneo ni del mejor gusto, rigurosamente hablando.

Réstame ahora ocuparme en el coro del templo, y cuando salgamos de él, visitaremos algo no menos importante, y que ofrece un interés capitalísimo al historiador, al arqueólogo, al epigrafista, al que se consagre á los estudios heráldicos, al literato; en suma, á todo el que ame lo histórico, lo tradicional y hermoso: las capillas.

CAPÍTULO XV.

TOLEDO.

LA CATEDRAL.

III

QUEDAMOS contemplando á la espalda de la capilla mayor una obra *sui generis* hecha en mármol y bronce, á la cual se le ha dado el nombre original del *Transparente*.

Corría el primer tercio del siglo pasado y ocupaba la Sede Primada su Eminencia el Cardenal Don Diego de Astorga y Céspedes, cuando se pensó en dar luz al sagrario situado atrás del retablo principal; pero de tal manera que se hiciese una especie de altar, el que, por la naturaleza de los materiales que se empleasen para su construcción, fuese transparente. De aquí el nombre con que ha sido bautizada la fábrica en que brevemente voy á ocuparme.

Púsose luego manos á la obra, contribuyendo con su peculio y su entusiasmo el mismo Cardenal Arzobispo; y al cabo de algunos años la obra se estrenó con fiestas solemnísimas.

El Transparente, como he dicho antes, es una construcción rara: un conjunto de bellezas y un hacinamiento, al par, de imperfecciones; una mezcla de magnificencia y de pobreza artística; en suma: un todo que no puede definirse, porque

no hay vocablos á propósito que puedan darnos idea de lo que aquello es.

No obstante ser el altar de que hablo otro *parche* adherido al primoroso exterior gótico de la capilla, nos da cabal idea de la evolución que el arte tuvo en la pasada centuria. El género arquitectónico del Transparente pertenece al depravado gusto barroco, que fué tan perjudicial para la belleza y la estética de los edificios. Sin embargo de todo, el altar tiene detalles que, al decir de los inteligentes y lo que la razón propia enseña, compensan largamente sus imperfecciones.

Ante el altar, y sirviendo como de alfombra al pavimento, luce un magnífico mosaico, en cuyo centro y cerrado por gran placa de bronce, aparece el sepulcro del Cardenal Astorga, protector meritísimo de la obra. A raíz del mosaico se levanta la mesa del altar, siendo su frontal de la misma materia que el piso que le sirve de asiento, con primorosas flores exornado y franjas de bronce incrustadas. Seguidamente se ve un zócalo de jaspe y mármol descansando sobre él; convenientemente distribuídas, columnas también de mármol, cuyo fuste de pronunciada gáliba está cubierto de adornos caprichosos y de cabezas gordiflonas y mofletudas de ángeles, y nubes de relieve, completan el decorado de este cuerpo. Encima del mismo zócalo se levanta el gran retablo, en el cual se descubre la escultura, en mármol blanco, de la Virgen, sentada en trono de bronce y llevando en su regazo al Niño Dios.

Entre los dos intercolumnios que este cuerpo tiene, descuellan unos hermosos bajos relieves, que representan, según se colige por las leyendas latinas del pie de cada uno de ellos, el de la derecha del observador, al Rey David, ante el cual se postra Abigail implorando perdón para su esposo Naval; el de la izquierda figura al mismo Rey, en el pasaje bíblico que le pinta recibiendo el pan consagrado y la espada de Goliath.

A ambos lados de este trozo del todo, se ven en sendos ni-

chos las estatuas de Santa Casilda y Santa Leocadia, que son modelos de escultura delicadamente ejecutados.

Sobre las columnas descansa el coronamiento del cuerpo, y arranca sobre aquel el otro tramo del altar, ó segundo cuerpo.

Precisamente encima de las columnas laterales, se alzan las grandes estatuas en mármol de los Arzobispos de Toledo San Eugenio y San Ildefonso, que visten de pontifical y se apoyan en báculos de bronce.

Entre estas dos figuras hay una confusión de adornos y de escudos y de mármoles y broncees que dificultan la parte descriptiva ó la alargan demasiado; empero, entre todo ese laberinto resaltan los escudos de armas del papa Benedicto XIII, bajo cuyo pontificado se ejecutó la obra, y del Sr. Astorga. Luego se ve un inmenso resplandor con ráfagas y nubes, que cubre el hueco destinado á dar luz al Sagrario, complementándose el adorno de esta fracción con cuatro estatuas de los arcángeles.

Sobre el sol ó resplandor, y con figuras del tamaño natural, se ve al Salvador rodeado de sus discípulos y en el pasaje de la última cena; inmenso cuadro que no deja de ser pesado en medio de aquella mole de mármol.

El todo termina, finalmente, con una cornisa de forma caprichosa y unos ángeles que sostienen el escudo de la Catedral, rematando el monumento con las estatuas de la Fe, Esperanza y Caridad, distribuídas en centro y lados respectivamente.

Tal es, en último análisis, el famoso Transparente, motivo de tantas disputas, objeto de las más acerbadas críticas, por parte de unos, y de entusiastas alabanzas por la de otros; y ejemplar curioso y vivo que al lado de las acabadas labores del siglo XIV, nos pone de manifiesto la decadencia artística del siglo XVIII.

Empero, concluída la obra del Transparente, el arquitecto, que lo fué Narciso Tomé, no había llenado, con sólo hacer un

hueco en el muro y cubrirlo con inmenso resplandor de mármol, los deseos ni las exigencias de quienes pedían luz para el sagrario de la capilla, sumido en plena oscuridad tras del retablo. Fué, pues, necesario, aunque pareciese profanación, romper la bóveda bajo la cual se levanta el altar, y distribuir la luz de tal manera que produjese el efecto apetecido. En verdad que la luz, cayendo á torrentes sobre el Transparente, es de maravillosa combinación.

Apartados del Transparente, ocuparemos ahora nuestra atención en el soberbio coro del templo que, como la capilla, se encuentra en la nave central.

Va á permitirme el apreciable lector, aun cuando las más veces sean cansadas las descripciones, que me detenga un poco en esta otra fábrica digna de particular estudio.

Para formarse alguna idea de lo que en la Basílica prima- da ocultan sus muros y sus bóvedas, ni basta recorrer sin atención sus vastas naves, ni tampoco es suficiente decir que tiene capillas y coro y altares más ó menos suntuosos. Siempre se ha menester, por parte del viajero que desee explotar de alguna manera el objeto de su admiración ó de su simple curiosidad, no restringirse á las descripciones fantásticas en donde la imaginación vuela y se pierde en ilimitados espacios, que al fin y al cabo con sólo describir el cielo y engalanar con fútil poesía todas las líneas que se escriben, no hemos de dar nunca ni remota idea de lo que se visitó, si no se da asimismo cuerpo, con cierto fondo y verdadera realidad. Tal cosa me propuse siempre tener en cuenta, y muchas ocasiones, urgido por la impaciencia de mis compañeros, con pena cerraba la cartera de viaje ó tenía que apartarme contristado del lugar de mis contemplaciones.

Yo sí aconsejo á todo aquel que emprenda una excursión dilatada, en donde tenga objetos que admirar y monumentos que le llenen de asombro, que no se aparte de ellos nunca sin consagrarles un renglón escrito ante esas mismas obras, que mucho aprenderá por este medio; y pasado el tiempo, cuan-

do más vivo sea el recuerdo, que abra su borroneado libro de viajes, y quedará pasmado, de seguro, al ver que aquellas líneas mal trazadas y esos remedos de dibujos menos bien bosquejados, se convierten en un libro enteramente original y nuevo.

Dirijámonos, pues, al coro, y ocupémonos primeramente en su exterior monumental.

El conjunto es notablemente bello. Pertenece al más puro y acabado estilo ojival. Vistosa columnata de rico mármol rojo rodea al coro, sosteniendo en un cuerpo que termina en un cornisamento sencillo: la columnata está arrimada al muro, y en medio de los intercolumnios se alzan sendas columnitas, de las cuales parten ojivas que mueren sobre los capiteles de las columnas grandes.

Sobre este cuerpo asiéntase otro de más baja altura, exornado profusamente con tableros de mármol, en cuya superficie sobresalen altos relieves alegóricos, bajo doseles góticos, encima de los cuales corre otro cuerpo más sencillo que sirve de remate; y como coronamiento, un barandal de bronce circunda el coro en su parte superior. Y ¡aquí de nuestras constantes lamentaciones! ¡Lástima que se haya roto la unidad del estilo y la armonía de la construcción, con tres puertas que dan acceso al interior y varios altares de distinto género! Cierran á las puertas que se encuentran frente á la de la capilla mayor, rejas platerescas.

Pasando al interior, que tiene exactamente la misma disposición que la del coro de nuestra Metropolitana de México, lo primero que atrae nuestra vista es la suntuosa y encantadora sillería, distribuída en dos cuerpos, á ambos lados de las puertas y en el fondo del recinto. Arriba de los asientos de la sillería baja, tallados éstos con exquisito primor y con riqueza, se ve una serie de tableros donde, en gran relieve, se han representado las batallas de los Reyes Católicos y la rendición de la Alhambra; siendo todos estos pasajes de suma importancia, no sólo por ver la secuela de aquellos aconteci-

mientos históricos sucederse en los tableros con notable precisión, sino también por el estudio que puede hacerse de los trajes y armas y medios de combate de aquella época. La sillería baja es obra gótica del siglo XV; y la alta, que es obra de Berruguete y Borgoña, corresponde al siglo XVI, y su estilo es plateresco.

Inmediatamente después de estos altos respaldos, se yergue una serie de esbeltas columnas de jaspe rojo, con arcada sencilla, que corresponde á la época de la decadencia del arte; arcada que sostiene el peso de un cuerpo, que en seguida veremos. Entre la columnata y el muro se forman boveditas de mármol blanco, correspondiendo cada una á las arcadas de este orden, y bajo aquellas, en ricos nichos de alabastro, la mano del artista colocó en magnífica escultura toda la genealogía de Cristo. En medio de la sillería del fondo, se descubre el trono del Prelado, arriba de cuyo respaldo, si no recuerdo mal, hay un bajo relieve en mármol con la figura de San Ildefonso.

El cuerpo citado, y que descansa sobre la arcada, consta de tableros donde, en alto relieve, se han representado apóstoles, profetas, evangelistas, obispos, doctores de la Iglesia, etc., etc.

Coronando el fondo, y encima del trono del Cardenal, hay un inmenso grupo de alabastro, con la *Transfiguración del Señor* en el Tabor, y del cual grupo se hacen grandes elogios, teniéndosele como acabada obra de arte del siglo XVI. Sobre los muros laterales descuellan dos órganos de estilo churrigueresco, obra del siglo pasado, grandes lunares que acaban de destruir el efecto y la unidad.

En medio del pavimento del coro se alza el gran facistol metálico, que figura una torre gótica sobre la cual descansa una águila. En torno del facistol se ven los enormes libros de coro, hechos en indestructible pergamino; curiosidad bibliográfica divinamente escrita y exornada con esas primoro-

sas *capitales* policromas en que abundan las obras manuscritas de la época.

Varios otros objetos de relativa importancia se hallan distribuídos sobre el pavimento marmóreo, bajo el cual se dice que hay muchas huesas donde reposan las cenizas de varios Primados de España.

En mi siguiente artículo, que será el último relativo á la insigne Catedral de Toledo, conoceremos las capillas más culminantes, y algunas otras dependencias dignas de particular mención.

CAPÍTULO XVI.

TOLEDO.

LA CATEDRAL.

IV

LA piadosa costumbre de nuestros ascendientes de hacer enterrar sus despojos mortales en sitio sagrado y próximo á las reliquias de los santos de su devoción, ó sólo á aquellas que las aras de los altares encerraban, convirtió en verdaderos cementerios las iglesias; al grado de que muchos se hicieron labrar capillas especiales, costeadas de su peculio, y para servir de última morada á sus descendientes y á sí.

Al introducirse el cristianismo en México, heredamos las mismas prácticas y las propias costumbres españolas, y entre ellas — aun cuando esta era práctica de las demás naciones cristianas — la de sepultar en los templos los cadáveres de quienes en vida lo habían pedido, ó de los que hubieron costeado de antemano su huesa, ó bien de los prelados, de personas insignes por su saber ó sus virtudes, ó de los mismos gobernantes.

Virreyes, arzobispos, presidentes, letrados, sacerdotes, atestaron en México el pavimento de los templos y los muros de las capillas con sus sepulturas, que lápidas más ó menos cubiertas de leyendas cerraron y se conservan hasta el día.

sas *capitales* policromas en que abundan las obras manuscritas de la época.

Varios otros objetos de relativa importancia se hallan distribuídos sobre el pavimento marmóreo, bajo el cual se dice que hay muchas huesas donde reposan las cenizas de varios Primados de España.

En mi siguiente artículo, que será el último relativo á la insigne Catedral de Toledo, conoceremos las capillas más culminantes, y algunas otras dependencias dignas de particular mención.

CAPÍTULO XVI.

TOLEDO.

LA CATEDRAL.

IV

LA piadosa costumbre de nuestros ascendientes de hacer enterrar sus despojos mortales en sitio sagrado y próximo á las reliquias de los santos de su devoción, ó sólo á aquellas que las aras de los altares encerraban, convirtió en verdaderos cementerios las iglesias; al grado de que muchos se hicieron labrar capillas especiales, costeadas de su peculio, y para servir de última morada á sus descendientes y á sí.

Al introducirse el cristianismo en México, heredamos las mismas prácticas y las propias costumbres españolas, y entre ellas — aun cuando esta era práctica de las demás naciones cristianas — la de sepultar en los templos los cadáveres de quienes en vida lo habían pedido, ó de los que hubieron costeado de antemano su huesa, ó bien de los prelados, de personas insignes por su saber ó sus virtudes, ó de los mismos gobernantes.

Virreyes, arzobispos, presidentes, letrados, sacerdotes, atestaron en México el pavimento de los templos y los muros de las capillas con sus sepulturas, que lápidas más ó menos cubiertas de leyendas cerraron y se conservan hasta el día.

Y esto que fácilmente podemos advertir en nuestro país, en corta escala, por haberse principiado la costumbre á fines del siglo XVI, lo observamos en abundancia en los templos católicos de Europa, y circunscribiéndonos á nuestro objeto, la Catedral de Toledo se nos muestra importantísima acerca del particular.

No es sólo el interés que inspira el ver que en tal ó cual rincón de la basílica descansan las cenizas de Don Sancho ó Doña Urraca; es el que despierta el campo que á la vista se tiene, para estudiar de relieve y del momento la forma de las sepulturas antiguas, la transformación sucesiva de los monumentos, adecuándolos á las necesidades de las épocas en que se fueron construyendo; la diversidad de caracteres y estilos epigráficos que invariablemente acompañan á las tumbas y muchos detalles que son otros tantos datos para el material histórico, epigráfico y artístico.

Rica es en tales elementos la Catedral de Toledo: sus capillas seculares son cada una de ellas, separadamente, un libro motivo de curiosidad para todo el mundo, y de vigiliias para el erudito y el estudioso, cuya inteligencia encuentra en esas páginas de piedra magnífico alimento.

Por mi parte sólo puedo ofrecer al público lector unos cuantos apuntes mal tomados y sin orden, á las capillas de la Catedral de Toledo relativos, y con los cuales pondré punto final á la visita rápida hecha al Templo Primado de España.

Distribúyense las capillas en el perímetro del templo, al Norte, Este y Sur. Unas son grandes, otras pequeñas; variables en su arquitectura, sólo unas cuantas se nos muestran con toda la pureza del ojival del primer período y sin mezcla de ningún otro estilo.

Entrando por cualquiera de las puertas de la fachada principal, á la derecha, y ocupando el ángulo sudoeste del edificio, se halla la capilla mozárabe, de la cual hice mención anteriormente al hablar del exterior del templo.

Es, sin quizá, la única iglesia católica de España en donde

el rito que da nombre á la capilla sigue sus prácticas y ceremonias. Este rito cristiano se estableció en Toledo en los tiempos romanos y visigodos; más tarde los sarracenos respetaron el culto, y conquistada la ciudad por Don Alfonso VI, tuvo éste al fin y al cabo, aunque mal de su grado, que consentir la existencia del mencionado rito. Corriendo los años, y siendo una necesidad, por un conjunto de circunstancias, conservarlo, el Cardenal Cisneros lo instituyó en la capilla citada en los comienzos del siglo XVI, previa bula del soberano Pontífice Julio II.

El exterior de la capilla nada de notable tiene: una reja plateresca y un cancel guardan la entrada; el interior, poco asimismo en su parte artística presenta; frente á la puerta, se descubre luego un curioso fresco de Juan Borgoña, cuyo significado se explica en una larga inscripción escrita al pie del cuadro. A la izquierda del fresco se levanta el altar, obra riquísima de mármol, mandada hacer en 1791 por el Emmo. Cardenal Lorenzana,¹ cubriendo todo el recinto la cúpula que vimos ya en el exterior del templo. La capilla es curiosa, interesante y digna de visitarse por la novedad del rito y lo excepcional de que éste se encuentre legalmente establecido en tal basílica.

Después de la capilla mozárabe y en el ala Sur de la iglesia, se encuentran las capillas de la Epifanía, de la Concepción, de San Martín, de San Eugenio, de San Cristóbal, de Santa Lucía, de los Reyes Viejos y de Santa Ana, nombres todos que tomamos al vuelo y al decir de nuestro guía. Si mal no recuerdo, entre las capillas de la Concepción y de San Martín se abre el hueco de la *Puerta Llana*, y entre las de San Cristóbal y Santa Lucía la de los *Leones*. Síguense después las capillas llamadas de San Juan Bautista, de San Gil, de San Nicolás, de la Trinidad, de San Ildefonso, del Condestable ó de Santiago, capilla de Reyes Nuevos, de Santa Leocadia, del Cristo de la Columna, capilla del Sagrario, parroquia

¹ El mismo que había sido Arzobispo de México.

de San Pedro, capilla de la Piedad, de la Pila bautismal, de la Virgen de la Antigua, cuya advocación la tenemos también en nuestra Catedral de México, capilla de Doña Teresa de Haro y del Descendimiento. Toda esta serie fácilmente puede apuntarse con sólo recorrer en orden el perímetro del templo. He indicado ya en otro artículo, que entre la capilla del Sagrario y parroquia de San Pedro encuéntrase la *Puerta del Reloj*.

Ahora bien: presentábasenos en la Catedral de Toledo un conjunto de capillas á cual más interesante y digna de toda atención; el tiempo se nos agotaba; después de contemplar las maravillas del coro y la admirable capilla mayor de la basílica, sólo nos quedaba el recurso, muy á pesar mío esencialmente, de tomar nota siquiera de los nombres de las capillas, y detenernos en una que otra de mayor importancia, ya que quizá, no volveríamos á pisar más las baldosas marmóreas de aquel santuario venerable.

El nombre de capilla de Reyes Viejos llamó desde luego mi atención, y supe que se le había bautizado con tal nombre para distinguirla de la de Reyes Nuevos, fundada después por Enrique II de Trastámara, en el último tercio del siglo XIV, para sepulcro suyo y de sus descendientes. La de Reyes Viejos instituyóla Don Sancho IV bajo la invocación de la Cruz, según dice una leyenda en aquel sitio grabada; aunque en el solar, primitivamente, estuvo otra capilla que levantó sus muros al finalizar el siglo XIII.

Las demás que se siguen, aunque interesantes, no presentan la importancia que las dos capillas absidales de San Ildefonso y de Santiago, tanto por sus grandes dimensiones como por lo que encierran, y ambas se hallan frente al célebre Transparente ya descrito en el anterior capítulo.

Está la de San Ildefonso consagrada al egregio Arzobispo de Toledo, que mereció el honor de los altares, y á derecha é izquierda del retablo principal descúbrense huesas cubiertas con monumentos más ó menos suntuosos, cuajados de ador-

nos, con epitafios escritos en caracteres germánicos, y descansando sobre los sarcófagos de piedra las estatuas yacentes de quienes bajo aquellas fúnebres fábricas encuéntrase durmiendo el sueño de la muerte. Allí reposan las cenizas de varios preladados metropolitanos como Don Juan de Contreras, Don Alejandro Frumento y otros: los restos del benemérito Obispo de Ávila Don Alonso Carrillo de Albornoz, y las del célebre Virrey de Cerdeña Don Íñigo López Carrillo de Mendoza, hermano del Obispo. Empero, lo que más llama la atención en tal capilla, es la tumba que en el centro de ella se levanta. Un cuerpo rectangular de estilo gótico, labrado en mármol, forma el monumento, al que sirven de apoyo seis desgastados leones; sobre el lecho mortuorio, imponente y fría, se ve tendida la estatua, representada de pontifical, del ilustre Cardenal Don Gil Carrillo de Albornoz, personaje histórico del décimocuarto siglo, y cuya es la sepultura que se cita.

Al lado de esta capilla se halla la de Santiago ó del Condestable, de ojival purísimo, aunque obra del siglo XV, notable y espaciosa.

Lo primero y único, á la verdad lo confieso, que me atrajo, fueron los dos monumentos funerarios que en el centro de la capilla están el uno al lado del otro colocados. No sé por qué me impuso tanto la vista de tales mausoleos: en sus ángulos grandes estatuas que parecían de repente oscilar como fatigadas de su perenne actitud, como haciendo oración, se hallan postradas: encima de los sarcófagos, sendas figuras de mármol tendidas á lo largo, dejan ver, á la derecha, á un caballero armado; á la izquierda, á una noble dama. Bajo aquellas tumbas de tantos y tantos años de existencia, yacen las cenizas, respectivamente, del Condestable Don Álvaro de Luna, varias veces citado en el curso de estos artículos, y de su consorte Doña Juana de Pimentel.

Había yo leído muchas veces en la historia de España, la trágica muerte del hombre que tuvo en sus manos el gobierno de la Vieja Castilla: el ejemplo de la vida y postreros instan-

tes del célebre privado de Don Juan II, habíase quedado profundamente grabado en mi corazón; y no pude menos, ante la tumba del poderoso Condestable, de quedar absorto y recordar los sucesos desarrollados en esos mismos sitios hace más de cuatrocientos años.

Don Álvaro de Luna, á quien la suerte elevó á la primera dignidad de Castilla, al grado de considerársele más poderoso que el mismo soberano, atrájose con su soberbia omnipotencia las iras de la nobleza castellana; alzáronse por todos lados en armas; el mismo heredero del trono, el infante Don Enrique, acaudillaba las rebeliones que trastornaban al reino, y después de larga lucha y de larguísimos años de establecerse en el poder Don Álvaro, cayó de su solio que le había labrado la fortuna; cayó con un estrépito que hizo temblar á los mismos que habían minado el pedestal del coloso; y en la desgracia le abandonó hasta el mismo Rey que en más de treinta años se había dejado gobernar por el odiado favorito. Don Álvaro fué sentenciado á muerte; el día de la ejecución, celebrada en la plaza de la ciudad de Valladolid, inmensa multitud llenaba los ámbitos que circundaban el cadalso: cuando sereno, alta la frente aun en la misma terrible desgracia, tranquilo el semblante, apareció Don Álvaro al lado del sacerdote que había lavado su conciencia, seguido de sus más fieles servidores, la muchedumbre enmudeció, y abrió paso, silenciosa, espantada, al cortejo que lentamente subió las gradas del patíbulo. Iba á cumplirse la justicia del Rey: el poderoso, el valido, el gran Condestable, ante quien doblaron la cerviz los palaciegos que, con rostros cadavéricos presenciaban á la sazón tamaña escena de muerte, iba á sucumbir en vez de aclamado y lleno de gloria, envilecido y como criminal vulgar: empero, cuando el pueblo vió brillar el hacha fatal, llenóse de terror, y al ver rodar por el tablado la cabeza de Don Álvaro, la multitud no pudo más: lloró la muerte del favorito, y silenciosa, lleno de duelo el corazón, se apartó horrorizada del cadalso ensangrentado, que se mostraba te-

rrible para los soberbios ambiciosos. ¡Lección severísima que la historia apuntó en su gran libro y que nos enseña palpitante!

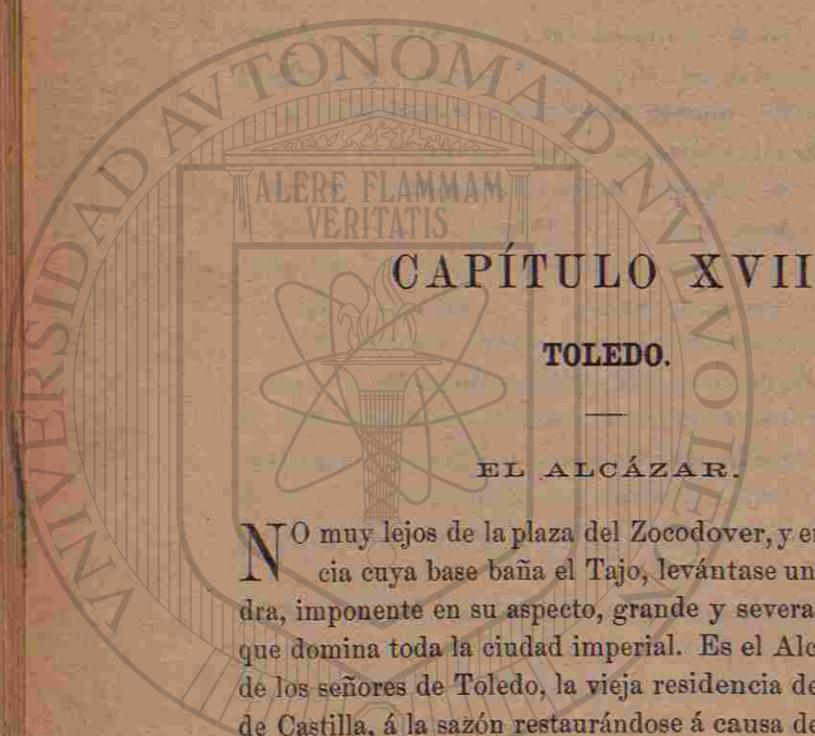
Los descendientes de Don Álvaro alzaronle, al ser transportados los restos á este sitio, aquel sepulcro: la capilla, el mismo Condestable mandó edificarla, consagrándola al apóstol Santiago, de cuya Orden era gran Maestre.

Un año después de aquel suceso (1454), moría el Rey Don Juan II, padre de la ilustre reina Doña Isabel la Católica, y sus despojos mortales eran trasladados á la capilla de Reyes Nuevos, donde descansan bajo suntuoso mausoleo. En esta misma capilla se encuentran las cenizas del fundador de ella, Don Enrique II, de su esposa la Reina Doña Juana, de Enrique III, de Doña Catalina de Lancaster, de Don Juan I, de su esposa Doña Leonor; en suma, aquel es todo un cementerio real. Todos los restos tienen monumentos con estatuas y leyendas: el conjunto es imponente y digno de tan sagrado lugar.

Por la sencilla descripción que de la Catedral de Toledo acabo de hacer, aunque muy incompleta y breve, se deduce que el todo es un monumento en el cual se agrupan las tradiciones y recuerdos gloriosos y artísticos de España. Tan insigne basílica para todos tiene motivos de simpatía y de justísima alabanza. El artista ¡cuánto puede inspirarse en la finura de aquellas líneas, en la majestad de sus bóvedas y de sus naves, en el primor de sus detalles! El historiador ¡qué no podrá obtener de sus tumbas, de sus borrosas inscripciones, de sus capillas, de su todo, en fin?

Cuando después de mi rápida visita salí, con la mente de ideas llena, impresionado y absorto de la Catedral de Toledo, me pareció que en unas cuantas horas yo había vivido más de cuatro siglos.

El recuerdo de aquel templo soberbio, imponente y grandioso, y las impresiones que en él sentí, jamás se borrarán de mi memoria.



CAPÍTULO XVII.

TOLEDO.

EL ALCÁZAR.

NO muy lejos de la plaza del Zocodover, y en una eminencia cuya base baña el Tajo, levántase una mole de piedra, imponente en su aspecto, grande y severa en su fábrica, que domina toda la ciudad imperial. Es el Alcázar ó palacio de los señores de Toledo, la vieja residencia de los monarcas de Castilla, á la sazón restaurándose á causa del último y voraz incendio que la envolvió entre sus llamas destructoras.

Después del Templo Primado, el Alcázar es el más interesante de todos los edificios toledanos; y á él encaminamos desde luego nuestros pasos.

De la plaza nos internamos por una calleja larga y angosta; en seguida, y volteando hacia nuestra izquierda, ascendimos por una rampa que nos condujo á una plataforma sobre la cual descansa toda la pesadumbre inmensa del Alcázar.

Desde esta plataforma, gózase de la más hermosa vista de la ciudad del Tajo. El sol de la mañana hería oblicuamente las tejas de las casas, que proyectaban sus extensas sombras sucesivamente hasta perderse en los confines de la regia Capital, que despertaba de su somnolencia en medio de su lecho

de piedra, arrullada por el murmullo de las aguas históricas del río, que en sus mil vueltas y revueltas, fecunda tierras, besa majestuoso el asiento de ciudades insignes y muere al fin en las ondas del Océano, en cuyas riberas, próxima á la desembocadura, y como para dar el último adios á las aguas del río que sin cesar son presa del Atlántico, pintorescamente se levanta la perla de la Lusitania, la simpática Lisboa. Por aquí el puente de Alcántara, con su pesada puerta coronada de almenas; más al Sur, y sobre abruptas rocas, el desmoronado castillo feudal de San Servando, original y misterioso; por allá la aguja esbelta y la mole de la Catedral, descollando en primer término sobre todos los edificios de su torno; y más lejos, los lienzos de muralla que circundan á la ciudad con sus torreones y sus puertas, y los campos dilatados en cuya superficie el viajero puede todavía contemplar las huellas del círculo máximo, que en los tiempos romanos allí se levantó.

Tiene, pues, el Alcázar, una situación estratégica: todo lo domina desde su altura; y así lo tuvo en cuenta su ilustre fundador cuando mandó se labraran los cimientos de esta fábrica.

Reconquistada Toledo en el siglo XI por Don Alfonso VI, según ya en otra ocasión lo indiqué, erigió sobre esas mismas rocas una fortaleza que sirviese de defensa contra las armas musulmanas, en caso necesario; la fortaleza convirtiéndose presto en morada feudal, y era claro. La naturaleza misma de la señora del Tajo, su modo de ser, su todo, así lo requería, y los señores feudales, claro estaba también, que deberían ser los mismos reyes y dueños de semejante fortaleza. Los sucesores de Don Alfonso continuaron aumentando aquel castillo, que después trocó su nombre por el de Alcázar ó Palacio Real, que cobijó en su seno á Don Alfonso el *Sabio*, á Don Fernando III, á Don Juan el II, á los reyes católicos Don Fernando y la insigne Doña Isabel, y finalmente, al vencedor afortunado de Francisco I.

Con especialidad los Reyes Católicos y Carlos V ensancharon el palacio, convirtiéndolo en suntuosa morada; y aun cuando el Emperador la habitó, no dejó concluidas las obras que se propuso llevar á cabo. Esto no obstante, el genio emprendedor de Felipe II intervino en el Alcázar, tomando á su cargo la empresa el célebre arquitecto Juan de Herrera, ya conocido nuestro en la fábrica del Escorial.

Trasladada la Corte á Madrid, el palacio no volvió á ser morada de reyes, y desde entonces á la fecha el histórico edificio ha servido para diferentes usos.

¡Ocurrencia peregrina la de Felipe II de abandonar la tradicional Toledo por la villa del Oso, que en absoluto carecía de los timbres de gloria y de la magnificencia de la ciudad imperial!

El cambio no pudo ser más brusco; y de seguro que si siempre la Corte hubiera residido en Toledo, trabajo le cuesta á José Bonaparte reinar sobre les españoles.

Parece que el fuego se ha propuesto rudamente castigar al palacio toledano. Á principios de la pasada centuria, y durante la calamitosa guerra de sucesión que tanta sangre costó á España, incendiaron el Alcázar, haciendo grandes estragos el voraz elemento; después, el año 1810, los franceses le prendieron fuego, y el palacio estuvo ardiendo durante tres días; apenas los muros exteriores resistieron: la escalera se escapó de la catástrofe y algunas otras partes que se pudieron á duras penas poner en salvo. Á costa de grandes sacrificios comenzóse la restauración del palacio; todo estaba concluido: las obras, según dicen testigos presenciales, eran magníficas: qué sé yo cuántos millones de reales se invirtieron en reparar el edificio; empero, no se sabe si la casualidad ó alguna mano criminal y vandálica volvió en 1886 á incendiar el Alcázar: el acontecimiento fué desastroso; nadie pudo poner coto á la devastación que parecía no respetar ni los muros más bien edificados; sin embargo, al cabo de trabajos sin cuento, el fuego cedió, y dentro de las cuatro inmensas pare-

des de piedra que limitan el Alcázar, pudo contemplarse con dolor y con espanto un negro montón de ruinas: los techos más bien decorados, los muros con brillantez aderezados, desplomáronse á impulsos del terrible elemento, quedando sólo en pie unas cuantas paredes y la escalera, puesta por tercera vez á prueba como indestructible.

Honda sensación causó tan espantoso incendio, cuyas huellas todavía se conservan, y cuyo recuerdo arrancó á los toledanos que nos referían el suceso, frases de justa indignación contra el que cometió semejante crimen, y de sentimiento por la pérdida de tantas y tantas obras de arte que en medio de las llamas perecieron.

Pasadas las primeras impresiones, se pensó en restaurar el edificio, y lentamente va rehaciéndose la fábrica, que á su conclusión, se destinará para la Academia general militar.

Perfectamente orientadas, cuatro inmensas fachadas forman el recinto paralelográfico rectangular del Alcázar, y cada una es de distinto género y en diversa época construída. Singular mezcla de estilos que, aunque defectuosa, no deja de tener un especial carácter. La fachada del Norte, que es la principal, débese á Alonso de Covarrubias, arquitecto de Carlos V; la decoración es plateresca, lo mismo que la de la fachada del Oeste. La del Sur es obra de Juan de Herrera, dórica en su orden, severa en su conjunto, sencilla en su ornato general. Al lado de estos grandes lienzos, y cerrando el edificio, llama grandemente la atención la fachada oriental que tiene todos los caracteres de las construcciones del siglo XIV, á cuya época quizá pertenece este gran muro. En toda su longitud, y sensiblemente en mitad del lienzo, corre un balcón de piedra con barbacanas y almenas, terminando el balcón en ambas extremidades, en la parte superior de dos torreones colocados en la abertura del diedro que forman las torres angulares y el muro. Tanto arriba como abajo de este singular balcón, aparecen órdenes paralelos de ventanas, unas pequeñas y otras grandes, desde donde se domina la áspera pen-

diente del terreno que va á servir más tarde de cauce al Tajo.

La puerta principal, que mira al Norte, consta de una portada plateresca con arco almohadillado, columnas jónicas estriadas á los lados, y un entablamento en cuyo friso se lee:

CAR. V. RO. IMP. HISP. REX. M. D. LI.

Encima de este cuerpo descansa otro más sencillo que, entre dos reyes de armas, muestra esculpido en alto relieve el escudo imperial.

A ambos lados del pórtico, sobre sendos pedestales, se levantan las mutiladas estatuas de los reyes godos Recaredo y Recesvinto, al decir de las borrosas inscripciones que al pie de estas figuras aparecen.

Una vez que hubimos rápidamente examinado las fachadas, como mejor se pudo, penetramos al interior.

Un vasto patio rectangular en cuyo centro se levanta una estatua, una arcada corintia circundando el patio, y encima de ésta otra semejante, techos desplomados, paredes sueltas, una parte semidestruida, otra en plena restauración, tal fué el golpe de vista que tuvimos.

¡Cuán majestuoso es aquel patio solitario con sus muros negros por las llamas del incendio, con sus arcadas elegantes y airosas, coronadas las últimas por bella balaustrada, borradas sus labores por los efectos del fuego!

Desgraciadamente no pudimos darnos cuenta cabal del interior del Alcázar por hallarse en obra y no estar concluida la escalera principal. Contentámonos entonces con ver parte de la planta baja, los restos de la hermosa capilla y algunos otros departamentos de menor importancia.

Como acabo de decir, álzase en el centro del patio, sobre un pedestal de piedra, la estatua en bronce del Emperador Carlos V. A sus pies se encuentra encadenado un africano, también en bronce, y que aparece como vencido por el monarca. La cara del frente del pedestal tiene las armas impe-

riales; y la opuesta un laurel simbólico. Cada uno de los otros dos tableros laterales ostenta senda inscripción; las letras son de relieve, metálicas, y faltan algunas, aun cuando no por esto dejan de ser perfectamente legibles las leyendas, que copio en seguida, tal como allí se encuentran.

Una dice:

QUEDARÉ
MUERTO
EN AFRICA
Ó ENTRARÉ
VENCEDOR
EN TÚNEZ.

Y la otra:

SI EN LA PELEA
VEIS CAER MI
CABALLO Y MI
ESTANDARTE
LEVANTAD
PRIMERO ESTE
QUE Á MÍ.

Atribúyense ambas frases al mismo Carlos V. Igual del todo á esta estatua he visto otra en el Palacio Real de Madrid, colocada en el antiguo comedor.

Al salir del Alcázar descendimos por rampas y escalinatas que al frente de la parte principal existen, y nos internamos luego por el laberinto de callejones empinados, para ir á visitar otros sitios también añejos, tradicionales, misteriosos, interesantes é históricos.

CAPÍTULO XVIII.

TOLEDO.

—
OTROS LUGARES HISTORICOS.

NO hay rincón de Toledo que deje de ser interesante, ni calle en que no se encuentre alguna casa con un mascarón de piedra carcomido por los siglos, ó heráldica labor que apenas pueda definirse, por lo añeja; ni sitio ni lugar que no posea su tradición. Hasta las piedras mismas del pavimento parecen revelarnos misterios llenos de leyendas fabulosas ó historias más ó menos extrañas.

De aquí que no sabíamos á dónde dirigirnos después de nuestra visita al imperial Alcázar, ni á qué punto darle preferencia.

Propuse entonces á mis compañeros descender por las rampas del edificio y detener nuestros pasos á donde fuese necesario, en medio del laberinto que se extendía sobre nosotros.

Hicimoslo así, y terminada la pendiente, miramos por todos lados callejones tortuosos, empinados, angostos, de rarísimo aspecto, como todos los de la ciudad del Tajo; empero un edificio irregular y que culminaba, enteramente aislado, entre todos los vetustísimos que á nuestra contemplación se presentaban, nos detuvo. En verdad que no fué por la belleza de la fábrica sino por el nombre con que tal edificio se co-

noce: *Ex fonda de la Caridad*. Su origen es grato para los mexicanos, por haber echado los cimientos de esa benéfica obra, un personaje ilustre que, ligado en cierto modo á nuestra historia patria, dejó en México lleno de gloria su nombre, y su memoria por siempre bendecida.

Al hablar del Alcázar, omití un detalle interesante: el año 1771 el Eminentísimo Sr. Don Francisco de Lorenzana, á la sazón Primado de España, pidió al Rey Carlos III le cediese el Palacio Toledano para fundar en él un Asilo para la educación y asistencia de ancianos y huérfanos indigentes. Acedió con beneplácito el monarca; pero como los gastos eran sumamente crecidos, para su ayuda tuvo el Sr. Lorenzana la feliz idea de establecer una fonda ó paradero de viajeros, bajo el nombre que antes apunté. Este insigne Prelado á quien tanto debió Toledo, había sido anteriormente Arzobispo de México. Su noble corazón movióle á fundar la *Casa de niños expósitos* que conocemos vulgarmente por la *Cuna*; protegió cuanto pudo al desvalido; convocó la celebración del Cuarto Concilio Mexicano; tierno protector de los indios, procuró, como dice uno de sus biógrafos,¹ su bienestar, su ilustración y cuanto tendía al bien de la pobre raza vencida. Nuestros anales debieronle el valioso contingente de la *Historia de Nueva España* escrita por Cortés y dada á la estampa por el Sr. Lorenzana con varias notas y documentos preciosísimos. Sus eminentes servicios no quedaron sin premio: la Corona le llamó á ocupar la alta jerarquía de Arzobispo de Toledo, y la Santa Sede le envió el capelo cardenalicio, privilegio que gozan todos los Primados de España. El ilustre purpurado tuvo años más tarde la suerte de acompañar en su peregrinación al Sumo Pontífice Pío VI, ya á Florencia, ya á Parma, donde el Papa tuvo que ir desterrado. Tanto amor llegó el Sr. Lorenzana á tener por la hermosa tierra italiana, que renunció la Mitra de Toledo, estableciéndose en Roma, donde á principios del siglo le sorprendió la muerte.

¹ El Sr. D. Francisco Sosa, en su *Episcopado Mexicano*.

Miramos, pues, con cariño, con predilección si se quiere, la *Ex fonda de la Caridad*, anexa hoy al edificio del Gobierno Militar, y nos alejamos de ella con el vivo recuerdo de su fundador.

Al dar vuelta á mano izquierda, por la calle de la Fonda, tropezamos con una casa cuyos años se adivinaban desde luego; todavía sirve de posada, es de dos pisos, sus techos de teja y de apariencia modesta: es uno de tantos lugarejos descritos por el fecundo genio de los novelistas españoles: uno de esos albergues tristes y caducos alumbrados escasamente en las noches por un farol de mala muerte, con su piso de piedra, los marcos de sus puertas abrigando á las arañas en sus intersticios que los han cubierto con su tela. Arriba del portal (como dicen en España) ó zaguán, como se *estila* en México, se ve una lápida de mármol blanco, y en ella una inscripción que me apresuré á copiar tan luego como la ví, y la cual nos proporciona curiosísima noticia:

ESTE FUE EL MESÓN DEL SEVILLANO
DONDE SEGÚN LA TRADICIÓN Y LA CRÍTICA
ESCRIBIÓ

LA "ILUSTRE FREGONA"

EL MAYOR DE LOS INGENIOS ESPAÑOLES

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Á CUYA BUENA MEMORIA

CONSAGRA UN RECUERDO LA GRATITUD

DE LOS TOLEDANOS

EL DÍA 23 DE ABRIL DE 1872

ANIVERSARIO CCLVI DE SU MUERTE.

Encima hay un bustito que representa al inmortal mutilado de Lepanto, de cuya inimitable pluma brotó, para su gloria, el ingenioso hidalgo *Don Quijote de la Mancha*.

Pasamos después por un gran arco árabe que se le ha bautizado, lo mismo que á la calle, con el nombre de la Sangre de Cristo (cuyo era el nombre de la posada); y salimos á la

plaza del Zocodover, centro de nuestras operaciones. Seguimos bajando, rumbo al Norte, por un amplio camino que llaman El Miradero, sin duda por la vista hermosísima que desde él se disfruta, y á lo lejos distinguimos la primorosa, la soberbia, la magnífica *Puerta del Sol* que edificaron los árabes. No sé por qué el genio musulmán surgió tan fantástico, que sus producciones gozan de la propia fantasía: son los sueños realizados en medio de la embriaguez del opio, entre bocanadas de humo ó de visiones celestiales.

La Puerta del Sol tiene todo el carácter de sus admirables constructores y, aunque restaurada, no ha perdido ninguna de sus líneas ni la pureza de los mil labrados con que los árabes supieron exornar sus monumentos. Sencilla, elegante y severa, cierra la entrada de otro laberinto de callejones, dentro del anillo de piedra que circunda á la ciudad. Un par de gruesos torreones, uno cilíndrico, cuadrangular el otro; una grande ojiva que descansa sobre esbeltas columnas: otro cuerpo encima de la ojiva con dos series superpuestas de arcos, y el todo coronado de almenas, ese es el aspecto de la Puerta, obra quizá de la décimasegunda ó tercera centurias. En el pasadizo tiene otra serie de arcos en herradura, que destruyen la monotonía interior y que á a vista encantan. El terreno asciende desde la Puerta, y desde ella el panorama no puede ser más pintoresco: la carretera corre á un lado; por otro, y en una depresión del terreno, el arrabal de la Antequeruela, la Puerta nueva de Bisagra, que por el Norte protege á la ciudad; y sobre su altura, como un soberano en trono de granito, el Alcázar con sus torres y sus muros inmensos.

Costeando el arrabal, á nuestra diestra, bajamos luego á la Puerta de Bisagra, que desde la del Sol mirábamos; notable por su carácter singular de los tiempos clásicos feudales, posee una antepuerta con dos fachadas; la Puerta, propiamente hablando, tiene un exterior excepcional: dos torreones cilíndricos inmensamente anchos y almenados únense á la Puer-

ta, que en un cuerpo superior ostenta un colosal escudo de la época de Carlos V. Por ambos lados de la Puerta se desprenden los lienzos seculares de muralla, interrumpidos á trechos por torreones, en cuyas grietas ha crecido la hiedra: desde aquí el conjunto es raro y muy extraño: es la Toledo antigua, la del siglo XIII, la romántica señora feudal arrullada por el murmullo melancólico del Tajo.....

Salimos de la ciudad por la Puerta misma de Bisagra, ante la cual extiéndose un paseo delieioso, cuyo nombre no recuerdo, y en el fondo se alza una construcción amarillenta que al principio tomamos por un monasterio. Invité á mis compañeros á visitarle, si posible fuese, y bien pronto supimos que el edificio se llamaba el Hospital de Afuera ó de San Juan Bautista. Las beneméritas Hermanas de la Caridad, que á su cargo tienen aquel bendito asilo, nos condujeron por todos lados y pudimos darnos cuenta de la excelente organización interior del hospital.

Lo primero que al entrar se descubre es un gran patio dividido en su mitad, desde la puerta, con una atrevida galería de bóveda de arista sostenida por dos hileras de columnas, y en el fondo la portada elegante de la iglesia, á la que primero visitamos. Toda ella es obra del insigne Berruguete. Un pórtico de blanco mármol de Carrara, con dos columnas dóricas estriadas de la mitad hacia arriba, descansando sobre gallardos pedestales y un sencillo entablamento, sobre el que se asienta el escudo de armas del fundador del hospital, da acceso al templo. Este es elegante y bien acabado, de una sola nave: en el centro destácase desde luego el sarcófago de mármol, con estatua yacente del gran Cardenal Don Juan Pardo de Tavera, Privado de Carlos V, Presidente del Supremo Consejo en las ausencias del Emperador, y personaje meritísimo á quien la obra se debe; pende de la cúpula, sostenido por un cordón, el capelo de Cardenal, á usanza de varios templos y catedrales, para indicar que, bajo aquella insignia, descansan las cenizas de un prelado.

Los muros están decorados por pinturas de autores más ó menos renombrados; y una de ellas llamó fuertemente nuestra atención: es un cuadro pintado por el Greco, en el que representó la escena del bautismo de Cristo en el Jordán: empero las figuras todas aparecen muy deformadas; torcidos los brazos, los cuerpos en escorzos imposibles que ni el más atrasado principiante trazaría; en suma: la pintura causa la hilaridad de cuantos la contemplan. ¿A qué se debe que el afamado artista hiciese semejante cuadro? Se cuenta que el autor lo creó cuando su razón comenzaba á extraviarse; y sólo así se explica la existencia de aquella pintura original.

El edificio es espacioso; las galerías para los enfermos son amplias, llenas de luz y de ventilación, sus oficinas provistas de cuanto ha menester un establecimiento de tal naturaleza, que tanto cuidan y vigilan las buenas Hermanas de la Caridad.

Salimos del hospital á hora avanzada y á respirar el aire purísimo del campo tan triste y apacible á esa hora en que la tarde muere y cede el puesto á la reina de la noche: el sol poniente doraba la frente de la señora del Tajo, que con sus puertas, sus murallas, su Catedral y su Alcázar dibujábase á lo lejos en el fondo de un cielo hermoso. El astro hundió su disco tras las cumbres de las montañas toledanas: penetramos á la ciudad por la puerta de Bisagra; nos internamos por los vericuetos y callejas, y cuando el manto de la noche envolvió entre sus negros pliegues á la sultana de piedra, comenzamos ese eterno sueño, perdurable en Toledo, de creernos en plena edad feudal, en que se palpan las refriegas de encrucijada y se escucha el son de las espuelas de algún andante caballero ó la trova enamorada al pie de gótica ventana, ó las tiernas y dulcísimas notas escapadas del laud.....

CAPÍTULO XIX.

TOLEDO.

CONCLUYE EL ANTERIOR, Y LA VISITA Á LA CIUDAD.

EN aquel enredo de callejones sin cuento, de que se compone la ciudad imperial, tuvimos necesidad, al fin, de proporcionarnos un guía que nos condujese á ver otros puntos dignos de consideración y estudio.

Nuestra buena fortuna hízonos tropezar de manos á boca con un individuo que, dicho sea de paso, no era de muy buen talante; pero que se ofreció á llevarnos á visitar lugares importantes, y á fe que cumplió con fidelidad su cometido.

En todas partes suelen encontrarse individuos de aspecto más ó menos agradable, cuyo oficio, mediante una módica propina, es el de enseñar al viajero las maravillas que encierra el punto objeto de la visita. Y en verdad que hay muchos que desempeñan con verdadero talento y ribetes de erudición su empresa.

Recuerdo que una vez nos encontramos en Roma con un chico de vivo genio, como de unos quince años, y que llamó nuestra atención notablemente: comenzó por hablarnos en francés; en seguida en italiano y alemán, ¡hasta en ruso nos habló el muchacho! Y viendo que ante sus ruegos para que le acompañáramos á diversos lugares de la Ciudad Eterna,

permanecíamos inexorables, dijo sonriéndose y con pronunciación dulcísima:

—Sé hablar un poco el español, señores.

Así os encontraréis en las ciudades muchos seres dignos de mejor suerte, y de cuya inteligencia cultivada podrían sacarse opimos frutos.

Nuestro acompañante en Toledo no sé por cuántos vericuetos nos condujo, el caso es que nos llevó casi á extramuros; hallándonos de improviso al Sur de la ciudad, en una alameda de regulares dimensiones, y á nuestros pies el Tajo, cuyas aguas miramos mansamente correr desde la altura.

El paseo ó alameda se llama del Tránsito.

—Aquella gran casa que veis allí—nos dijo el guía señalándonos una fachada en ruinas—es la del *hechicero*.

—¿Qué hechicero?—le interrogamos todos á un tiempo, como si viésemos aparecer un fantasma á nuestra vista.

—Allí—repuso—en la clave del portal (zaguán decimos en México), observáis un blasón que el tiempo ha desgastado: es el escudo de armas de la casa poderosa de los Marqueses de Villena, y en ese lugar habitó el terrible Don Enrique de Aragón, el nigromante y endemoniado.

Con la explicación de nuestro buen guía, vínoseme al margen toda una historia romancesca de los tiempos medios. Estábamos, en efecto, frente al viejo palacio de Villena, edificado, según se cuenta, por el tesorero del Rey Don Pedro de Castilla: escogiólo después para morada el famoso Don Enrique de Aragón, al cual el vulgo tomó por hechicero: más tarde el Emperador Carlos V mandó encerrar allí al Duque de Borbón, que había traicionado á su patria y á su Rey; y en seguida le habitó Don Diego López Pacheco, Duque de Escalona y descendiente de la casa de Villena.¹

¹ El Virrey de Nueva España Don Diego López Pacheco Cabrera y Bobadilla, fué descendiente directo de esta casa, y del famoso Don Juan Pacheco, privado de Enrique IV, quien creó el ducado de Escalona en 1450 á favor de su privado.

Empero, considerando que aquella mansión habíase deshonrado con habitarla un traidor, prefirió el de Escalona perderla, aniquilarla para quitarle toda mancha, y le mandó prender fuego para que así se purificara: el palacio ardió, y los sucesores de Villena no lo han reedificado.¹

Junto al paseo se encuentra quizá el más miserable de los barrios toledanos, y al cual se le llamaba de la *Judería*, por haberlo habitado los hebreos: tiene, á pesar de su linaje, curiosísimos objetos que admirar: en una esquina, cerca del palacio de Villena, se ve una puerta estrecha, más bien entrada de un sótano; da acceso á un lugarejo húmedo y frío: en verdad que me imaginaba que se nos conducía á los subterráneos del noble nigromante; empero, de súbito nos encontramos en un recinto amplio, cuadrangular en su planta, y cuyo exquisito y rico decorado nos dejó encantados: es aquella una antigua sinagoga que da el nombre al paseo del Tránsito. Los muros de ese templo israelita ignoró cuándo fueron levantados; pero sí sé que los judíos conservaron la sinagoga hasta fines del siglo décimoquinto, en el que, por un extrañamiento fulminado por los Reyes Católicos, salió del territorio español cuanto judío en él había. Después, los caballeros de la Orden de Calatrava establecieron allí una hospedería, y en un pequeño departamento contiguo instalaron su archivo y el de la Orden Militar de Alcántara: más tarde se convirtió en ermita bajo la advocación del *Tránsito de Nuestra Señora*, y hoy es sólo un monumento nacional.

No puede á primera vista juzgarse de las bellezas que aquella sinagoga encierra, á causa de la andamiada que se ha montado para restaurar con gran cuidado las mil labores primorosas que van apareciendo á diario en bóvedas y muros, á medida que se van desprendiendo las capas de estuco que por mucho tiempo han ocultado los relieves: la construcción es

¹ En galanos versos cuenta este episodio el ilustre Duque de Rivas en su precioso poema "Un Castellano leal."

de magnífico ladrillo; y sirven de marco á los labrados inscripciones hebreas, cuyos elegantes caracteres se prestan tanto como los arábigos para la exornación.

Cubre el pavimento, casi en su totalidad, gran número de losas sepulcrales con leyendas escritas en letras germánicas, leyendas muchas de ellas de difícil lectura, por estar cubiertas por gruesas capas de polvo.

No debe dejar de hacerse esta visita á la sinagoga del Tránsito: es un recinto muy curioso y muy digno de poder admirarse.

A corta distancia y en un descenso del terreno, más allá del paseo, detuvimos nuestros pasos para conocer otro monumento magnífico que se conserva como un tesoro artístico. Entramos á una especie de atrio, en cuyo fondo se alza la fachada de un templo; nada llama la atención al exterior; penetramos luego al templo y se nos presentó una perspectiva hermosa: hileras de columnas exagonales arrancando del suelo, sin bases, de no muy grande altura, con capiteles airoso, y descansando sobre las columnas los atrevidos arcos en herradura, tan elegantemente empleados por los árabes en sus edificios todos. ¡Qué primor de templo, qué joya más bien acabada! Los frisos que se asientan sobre las arcadas, muestran engalanados por esas multiplicadas combinaciones de líneas tan características del inimitable estilo musulmán. Este templo también es una antigua sinagoga hebrea, y una inscripción colocada arriba de la puerta relata la historia del recinto: no copio la leyenda por ser muy larga y cuya exactitud histórica no garantizo del todo, pero en extracto dice: que el edificio fué sinagoga hasta el año 1405, en que se consagró iglesia con el título de *Santa María la Blanca*, por la predicación de San Vicente Ferrer; que en 1500 el Cardenal Siliceo fundó allí un monasterio bajo la advocación de la Penitencia; que en 1600 se redujo á ermita ú oratorio, hasta 1791 en que se profanó y convirtió en cuartel, "por falta de casas;" y en 1798 se dispuso, amenazando ruina, su repara-

ción; hízose almacén de enseres de la Real Hacienda; y ahora sólo es, como el Tránsito, monumento nacional.

Tiene Santa María la Blanca otros particulares detalles; no tomé nota de ellos por tener aún que consagrarnos, al decir de nuestro guía, á la visita de otros lugares cercanos de allí, y que también deberían atraer nuestra curiosidad.

Salimos, en efecto, y á una distancia no muy grande, distinguimos los muros góticos de un templo famoso, última expresión en Toledo del arte ojival en su tercer período de existencia. El santuario lleva el nombre de *San Juan de los Reyes*. Echaron sus cimientos los católicos monarcas Don Fernando y Doña Isabel, para perpetua memoria de la batalla del Toro, decisiva de la guerra civil provocada por Alfonso V de Portugal, en defensa de los derechos que alegaba en favor de su esposa Doña Juana la *Beltraneja*.

Aun cuando la primitiva idea fué de que sirviese para cementerio real, no llegó nunca á ponerse en práctica.

Tres son los puntos principales é importantes en que hay que fijarse al visitar este monumento de las glorias de España: el templo, el claustro y el museo provincial, anexo á toda esta fábrica. Con brevedad, y en este mismo orden, daré cuenta al bondadoso lector de cada uno de estos interesantes puntos.

El exterior es notable por su sencillez arquitectónica, formándose entre contrafuertes exornados con estatuas y terminados por pináculos dos series de arcadas superpuestas una á la otra, descollando una cúpula ojival sobre toda la fábrica. Llama la atención una multitud de cadenas colgadas de los muros, y dícese que son las que llevaban los cautivos cristianos cuando la toma de Granada.

Se entra al templo por una puerta lateral gótica, pero que no pertenece á la época florida. El interior, aun cuando se le admira como un conjunto soberbio, revela ya la decadencia del arte: sus detalles son una filigrana, un encaje hecho á maravilla. Tiene una gran nave y capillas á ambos lados longi-

tudinales: en el fondo, entrando á la izquierda y cerca del presbiterio, se ven en el muro, de alto relieve, colosales escudos de los Católicos Reyes, y sobre las puertas las llagas de San Francisco. Corre á lo largo del friso y dando vuelta, una inscripción latina con caracteres germánicos, que en pocas palabras relata la historia del edificio; y sobre los grandes pilares, situados entre el templo y su crucero, se ven las tribunas desde donde los reyes veían celebrar el sacrificio de la misa; las tribunas tienen las cifras F. Y., coronadas. Nótese en el templo sus restauraciones, y los autores de ellas no se cuidaron de seguir la uniformidad en el estilo, antes bien mezclaron otros que destruyen la unidad y depravan el gusto.

En el pavimento hay gran cantidad de lápidas mortuorias, cada una de ellas con su larga leyenda, á usanza de la época en que allí fueron colocadas.

La iglesia, finalmente, tiene aspecto singular: extraordinario en su conjunto, decadente en su estilo general, pero con ricos y abundantísimos detalles.

En seguida pasamos á visitar el claustro contiguo al templo. ¡Qué primor, cuánta belleza! Es asimismo gótico del tercer período: un patio rectangular, circuido por galerías altas y bajas; su tipo es la elegancia y exquisito gusto en todo su conjunto y pormenores; reina la belleza en toda la exornación; sus detalles son delicados en alto grado; estatuas, repisas caladas, haces de columnitas delgadas esbeltas; capiteles llenos de hojarasca labrada con finura, nervaduras que se cruzan y se enlazan y combinan en las bóvedas; en resumen, cuantos elementos pueden emplearse en este sistema, tantos hay distribuidos con arte, con talento y con gracia. En el jardín se miran las canales de piedra, todas distintas en su forma: ora es un animal fantástico, cuyo cuerpo constituye la canal; ora es un fraile, ora un ángel, ora una figura barbada, ora un reptil. Desde un ángulo del edificio, bien en las mismas galerías ó fuera de ellas, la perspectiva es soberbia. El

claustro de San Juan de los Reyes, por sí solo, es objeto de la admiración del viajero y de las contemplaciones del artista: joya de gran valor que ahora se restaura con cuidado bajo la dirección de un arquitecto inteligente.

El año 1808 iglesia y claustro sufrieron los horrores de la más injustificada destrucción por parte de los franceses, que asimismo quemaron libros, manuscritos, códices y documentos raros, curiosos, interesantes, que guardaba el convento, pereciendo para mengua de la civilización, que protesta y protestará siempre contra todos los atentados que originan las calamitosas pasiones políticas. No hay que admirarse, pues, que los frailes que vinieron á fundar en el continente americano la religión del Crucificado, pretendieran derribar de sus pedestales los ídolos, y en común hornaza consumieran cuanto les impedía la propagación de la fe; no hay que admirarse, repito, cuando en el siglo XIX, los que se llaman *civilizados* han cometido en el mundo tantas y tan ineficaces acciones. ¿Quién es el que puede tirar la primera piedra? ¿Cuánto se ha perdido en este siglo, y cuánto, á lágrima viva, no lamentan la civilización, la historia, las letras y las artes!

Cuando hubimos salido del claustro, haciéndonos todas estas reflexiones, visitamos algunas obras de reparación que se comenzaron bajo el gobierno de Don Alfonso XII, y nos encaminamos después al pequeño museo provincial, cerca del templo.

El museo encierra muchas curiosidades, especialmente epigráficas. ¡Ojalá que en México se pudiesen reunir materiales, que los hay, para formar una sección de este género en nuestro Museo Nacional!

Por el sencillo relato que, sin pretensiones de ninguna especie, he hecho de la imperial Toledo, podrá juzgarse de su importancia desde diversos puntos de vista. Sin embargo, hay que palparla para convencerse de ello: hay que irse acercando poco á poco, para primero abarcar el conjunto, desde lejos contemplarlo, y después entrar al estudio de sus deta-

lles. Es quizá, la ciudad más interesante de España. No tenemos idea de lo que son éstas sino cuando las miramos de bulto y en toda su plenitud. Alguien me tildó de temerario al comparar la Catedral de Toledo con Nuestra Señora de Paris. Alguien, asimismo, creyó de poca monta el Alcázar de la ciudad secular por tantas veces; empero, basta sólo tener al alcance de la mano fotografías que con limpieza representen el objeto que se desconoce para tener de él una idea, y, por ende, juzgar de su importancia y su belleza.

Y Toledo, sigue y seguirá asentada en su eminencia de rocas, arrullada por el Tajo; con sus puentes seculares, sus murallas agrietadas, sus almenas rotas, sus torreones amarillentos; con sus casas de blasones borrados y sus callejones tortuosos; con su carácter, en fin, que conservará todavía por muchos siglos, manteniendo en pie la tradición, y viviendo en la memoria de todos el recuerdo eterno de la vieja metrópoli de la Carpetania, de la por mil títulos insigne ciudad del Tajo, la imperial Toledo.

CAPÍTULO XX.

SANTANDER.

SANTANDER, el *Portus Blendium* de los romanos, según la tradición; el pintoresco puerto del Cantábrico, es el más interesante de todos los del Norte de la península hispánica.

Es la capital de la provincia de su nombre y encuéntrase colocado al pie de una colina, mirando al Mediodía, y en el confín septentrional de la Vieja Castilla.

Limita la provincia con sus hermanas las de Vizcaya, de Burgos y de Oviedo, respectivamente al Este, al Sudeste y al Oeste, bañándola al Norte las aguas intranquilas del Océano, que se estrellan á menudo con furia en las abruptas rocas de la costa.

En los comienzos de su existencia, Santander no tuvo importancia de ninguna especie. Allá por los siglos duodécimo y décimotercio, logró alcanzar de los soberanos de Castilla algunos privilegios, aumentando asimismo el número de sus pobladores.

En 1522 honróse con la visita del César Carlos V, que desembarcó en Santander cuando iba á España á tomar posesión de su corona.

Pocos años más tarde, en 1544, zarpó de allí una flota grande y poderosa, compuesta de cuarenta navas, veinte de las cuales fuéronse á Flandes y las veinte restantes se dirigieron

bajo el mando de Don Álvaro de Bazán, á dispersar la escuadra francesa que expedicionaba en las aguas de Galicia y en en las Islas Terceras ó Azores, cómo hasta la fecha se les llama.¹

Fernando VI elevó á Santander, en 1755, á la categoría de ciudad, habiendo sido habilitada dos años antes para el comercio con América. En 1808 los franceses la saquearon, y después comenzó á progresar y á florecer grandemente.

No ignora el lector que ahora acaba de sufrir las consecuencias de una catástrofe espantosa, de la cual ese puerto no se lamentará jamás lo suficiente.

La provincia toda es una comarca productiva y pintoresca: sus grandes montañas, la aspereza y quebraduras del terreno, su clima destemplado y frío en ciertas épocas del año, su aspecto general, le dan un carácter especial que contrasta con las provincias andaluzas situadas al Sur de la Península, siendo como el reverso de la medalla, permitiéndoseme esta vulgarísima expresión.

En sus terrenos, donde el Ebro ha encontrado nacimiento, fórmanse valles deliciosos como los de Toranzo y de Pas, y lugares colmados de bosques y campiñas como Renedo y Torrelavega. De sus bosques se saca excelente madera de construcción, y la agricultura por doquiera extiende su mano para labrar la tierra. Gustan sobre manera las carreteras, magníficas como todas las de los países de Europa, que se ven serpentear por todos lados como cintas de nieve.

Los montañeses son francos, trabajadores y honrados á carta cabal.

Contrayéndome á la ciudad, diré, comenzando por el puerto, que la bahía, muy pintoresca y que tiene unas tres millas de anchura por unas cuatro de largo, es bastante abrigada, pero de escaso fondo: los grandes vapores trasatlánticos tie-

¹ En la plaza de la Villa, en Madrid, y frente á la casa del Ayuntamiento, se alza un monumento á Don Álvaro de Bazán; el pedestal tiene una inscripción en verso, muy curiosa.

nen que fondear á corta distancia de la entrada, y sólo anclan en la bahía misma los barcos de poco calado; aun cuando en las más altas mareas, al decir de los prácticos, puede contener fragatas hasta de ochenta cañones. En la bajamar mírase el fondo de la bahía cerca de los muelles, y queda casi al descubierto el casco de las embarcaciones. Supongo que ahora habrán quedado suspensos, si no es que inutilizados, los trabajos del puerto: las dos veces que estuve en él funcionaban buenas dragas, y bastante habíase adelantado en la construcción de diques y de muelles.

En realidad nada tiene de notable la bahía y aun llega á ser monótona. No es grande tampoco el movimiento marítimo de Santander: tiene el periódico en que entran los vapores-correos y algunos otros mercantes de los que hacen el tráfico, en ese mar, con Francia, Inglaterra, Portugal ó América.

Tan luego como se llega á tierra, llaman la atención las mujeres que se agrupan en torno del viajero solicitando llevar los equipajes: curioso es ver á estas mujeres, que tienen en la cabeza un rollo de trapos que les sirve para cargar pesos verdaderamente considerables é increíbles para que una mujer los levante, y lleve sobre todo en la cabeza. Hay que andarse listo también con las mujeres susodichas, que son muy aficionadas al pillaje ó al *raterismo*, como diríamos en México.

La ciudad en sí tampoco tiene nada de notable, y puede visitarse en pocas horas.

Su situación al pie de la colina, vista desde la bahía, es muy pintoresca, sirviéndole de fondo las montañas de elevada cumbre. A lo largo de la calle del Muelle, así llamada, se extienden las casas sensiblemente en anfiteatro, con cuatro, cinco ó seis pisos, casi todas de semejante arquitectura, como se ve en la generalidad de las ciudades europeas, las cuales casas terminan por empizarrados ó sus techos de teja.

En esta calle se encuentran las casas principales, los mejo-

res hoteles y excelentes fondas, y sirve por las noches de paseo, refrescado por las brisas del mar.

Después de la del Muelle, las calles principales son las de San Francisco, donde está el comercio, con sus tiendas de todo género de efectos: estas calles son angostas, verdaderos callejones, bien pavimentados; al final se levanta la iglesia de San Francisco, bonita y de no muy grandes dimensiones. Las calles, en general, son más bien angostas que anchas; unas, tiradas á cordel, irregulares otras: varias planas y algunas empinadas, cerca éstas de las afueras de la ciudad.

Próximo al muelle—donde tiene uno que sufrir el penoso registro de equipajes, si se viene por mar, hecho por los carabineros; registro que hasta hace poco se hacía al aire libre—está un jardín, y en él una estatua inaugurada en 2 de Mayo de 1880 en honor de Don Pedro Velarde, el valiente compañero de Daoiz, muerto en Madrid en 1808, y del cual ya he hablado en otro capítulo de estos apuntes, al hacer mención del obelisco del 2 de Mayo. La estatua citada, que tendrá unas cuatro varas escasas, es de bronce y fué fundida en Trubia; y en el pedestal, con letras también de bronce realzadas, dícese la fecha de la erección del monumento y el nombre del héroe á quien Santander consagra tan patriótico recuerdo.

Sin duda que lo más digno de mención es la Catedral. Obra gótica tal vez del siglo XIII, posee una entrada rara y singular: por unas callejas angostas se sube por una escalinata; en el fondo, y como en algunas calles de esas ciudades orientales se ve un arco árabe, pasado el cual, á mano derecha, corre una calle, y al frente del observador se abre una puerta que conduce al claustro: éste es espacioso, cerrado por cristales, gótico, lleno de luz; y aunque nada en él hay de notable, sólo por su sencillez y su severa arquitectura es digno de alabanza. Después, á la izquierda de la entrada al claustro, hállase la puerta que conduce al templo, que es de tres naves; tiene detalles de gusto y de elegancia, y ha sufrido diversos cam-

bios en su estilo, descuidándose los innovadores en mantener el carácter general de estos monumentos, que siquier por los años deberían ser respetados por la mano despiadada de reformadores ignorantes. En varias capillas mandadas labrar, como era costumbre, por aquel que en vida podía dedicarse en un templo el sitio para su última morada, vense varios sepuleros de vetusta forma, sobre los cuales descansan yacientes las estatuas de los que allí se encuentran durmiendo el sueño eterno; tumbas con inscripciones góticas, algunas de fines del siglo XIII y otras de principios del XIV.

Bajo la iglesia existe otra, á manera de cripta, de regulares dimensiones. Saliendo del templo y claustro por el arco de que antes hablé, se descende, y á la derecha, bajando más, por un callejón semitortuoso, adviértese, también á mano diestra, la entrada al subterráneo: éste, alumbrado por varias ventanas, es obscuro, un tanto lóbrego; macizos pilares sostienen las anchas bóvedas que son el piso de la Catedral: es de tres naves, de poca altura y tiene distribuídos varios altares; cuéntase que en el altar mayor existen las cabezas de los santos Emeterio y Celedonio, decapitados en Calahorra el año 300 de nuestra Era. No estoy seguro de si á esta iglesia subterránea se le conoce por el nombre de *Capilla del Cristo*: hay que ratificar ó rectificar la especie.

A no dudarlo, Santander tiene sus atractivos, especialmente en la calurosa época del estío.

Costumbre muy general es, entre la gente acomodada, pasar el rigor del verano en el campo, y en Europa en las costas que no son, en tal época, como las nuestras de mortíferas.

Madrid, en mucho no tiene las ventajas de México: carece, por ejemplo, de esos alrededores deliciosos, de jardines frondosos y de extensas huertas colmadas de árboles frutales. Hácenle falta grandísima á la villa del Oso y del Madroño, un Tlalpam, un San Angel, un Coyoacán, cercanos á ella, en donde se disfrute de las delicias del verano á poquísima costa.

De aquí que, como en el centro de la Península el verano es riguroso, todos emigran en busca de la dulzura de otro clima, aun cuando cuesten un buen pico esos anuales paseos (que al fin reza el adagio: que donde hay harina no hay mohina).

La Corte ha escogido para estas agradables temporadas San Sebastián, asimismo puerto del Cantábrico y capital de la provincia de Guipúzcoa. Otros van más allá de las fronteras españolas, y se permiten el lujo de sentar sus reales en Biarritz ó en Burdeos.

Sin embargo de esta preferencia de la Corte por San Sebastián, Santander se ve muy concurrido; sea porque en él se disfrute de las mismas comodidades que en otros puntos, sea también porque hay muchos que no gustan seguir á la Corte, pues siempre el bolsillo mengua más y aun se tienen menos libertades.

Santander tiene un sitio para el *veraneo* de positiva delicia, y que se llama el *Sardinero*, separado de la bahía por un promontorio.

Es el punto más á propósito para los baños de mar, y en donde se pesca la más rica sardina de todo el reino. Y á propósito, ¿habéis visto los baños de mar? ¡Los baños de mar! No seré yo ciertamente quien os los describa; tendría necesidad de presentaros un cuadro al natural, que en verdad no deja de ser curioso para quien sólo en las tablas de un teatro haya visto un ligerísimo remedo de tan caricaturesco espectáculo.

Para mí, paladinamente digo que eso fué una novedad, aunque llegué por primera vez á Santander en las postrimerías casi del verano; empero, tuve ocasión de formarme idea cabal de lo que son los dichos baños de oleaje, como suele llamárseles.

En el *Sardinero* hay buenos hoteles: dos ferrocarriles de vapor caminan constantemente del centro de la ciudad á aquel lugar: uno de estos pequeños ferrocarriles atraviesa un túnel y en el otro se disfruta de un bello panorama.

La estación balnearia es buena, y tiene su correspondiente división para señoras y para caballeros.

Entramos por el departamento de hombres: sobre la arena, como un conjunto de tiendas de campaña, de forma especial y colocadas en desorden, alzábanse las clásicas *casetas*: después, en la playa, los bañistas bulliciosos; más allá la espumosa rompiente de las olas, y en último término la inmensidad del mar.

Yo siempre he gozado más á la orilla del Océano que en medio de su imponente y grandiosa soledad. No sé por qué me encanta ó qué atractivos misteriosos tiene ese murmullo majestuoso de las aguas cerca de la costa, y el ruido que producen al estrellarse contra las rocas ó al borde de la tierra. Encuentro, sin duda, menos monótono el paisaje á la orilla del mar.

Santander es la residencia habitual de varios genios españoles: en él vive algunos meses del año el insigne Dr. Menéndez y Pelayo; y en la calle del Muelle, frontera á la bahía, tiene su morada el ilustre escritor Don José María de Pereda, el montañés ingenuo bastante conocido en México por la facundia, elegancia y chispa de su pluma. *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, *De tal palo tal astilla*, *El sabor de la tierra*, *Nubes de estío* y veinte novelas más, producciones todas del Sr. Pereda, son otros tantos modelos de galanura en el estilo, de vena inagotable y de pureza en el lenguaje, lo cual le ha valido al autor de tantas obras la fama de eminente escritor y de consumado hablita castellano.

En México se hallan radicados no pocos y muy estimables montañeses.

Réstame lamentar de todo corazón la desgracia que hoy aflige al simpático puerto del Cantábrico, deseándole á la vez que presto se halle libre de tanta y tan funesta contingencia.

CAPÍTULO XXI.

DE MADRID A BARCELONA.

PARECE natural y debido que en Europa, donde tantas cosas buenas hay, los ferrocarriles fueran, como vulgarmente se dice, á pedir de boca. Pues no, señor. Son los ferrocarriles más malos, los más incómodos y los que presentan el mayor número de molestias á los pobres viajeros.

No pueden, ni con mucho, igualar á los americanos en cuanto á velocidad y lujo, que tanto abundan singularmente en nuestra vecina del Norte.

Figuraos unos coches reducidos, sofocantes, cuyas puertas se hallan lateralmente colocadas; y como con frecuencia pasa que tiene que caminar de noche, á lo mejor del sueño ocurresele á cualquiera abrir la dicha puerta, y una corriente de aire infame penetra al interior.

No son únicamente los defectos de comodidad los que hacen penosa una travesía, sino además, la lentitud con que se camina.

El lujo de esos carros palacios que tanto se alaba en los Estados Unidos, no se ha imitado en Europa; de donde se colige que, en cuestión de ferrocarriles, el Viejo Continente camina más despacio que el Nuevo. Cualquiera que haya es-

La estación balnearia es buena, y tiene su correspondiente división para señoras y para caballeros.

Entramos por el departamento de hombres: sobre la arena, como un conjunto de tiendas de campaña, de forma especial y colocadas en desorden, alzábanse las clásicas *casetas*: después, en la playa, los bañistas bulliciosos; más allá la espumosa rompiente de las olas, y en último término la inmensidad del mar.

Yo siempre he gozado más á la orilla del Océano que en medio de su imponente y grandiosa soledad. No sé por qué me encanta ó qué atractivos misteriosos tiene ese murmullo majestuoso de las aguas cerca de la costa, y el ruido que producen al estrellarse contra las rocas ó al borde de la tierra. Encuentro, sin duda, menos monótono el paisaje á la orilla del mar.

Santander es la residencia habitual de varios genios españoles: en él vive algunos meses del año el insigne Dr. Menéndez y Pelayo; y en la calle del Muelle, frontera á la bahía, tiene su morada el ilustre escritor Don José María de Pereda, el montañés ingenuo bastante conocido en México por la facundia, elegancia y chispa de su pluma. *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, *De tal palo tal astilla*, *El sabor de la tierra*, *Nubes de estío* y veinte novelas más, producciones todas del Sr. Pereda, son otros tantos modelos de galanura en el estilo, de vena inagotable y de pureza en el lenguaje, lo cual le ha valido al autor de tantas obras la fama de eminente escritor y de consumado hablita castellano.

En México se hallan radicados no pocos y muy estimables montañeses.

Réstame lamentar de todo corazón la desgracia que hoy aflige al simpático puerto del Cantábrico, deseándole á la vez que presto se halle libre de tanta y tan funesta contingencia.

CAPÍTULO XXI.

DE MADRID A BARCELONA.

PARECE natural y debido que en Europa, donde tantas cosas buenas hay, los ferrocarriles fueran, como vulgarmente se dice, á pedir de boca. Pues no, señor. Son los ferrocarriles más malos, los más incómodos y los que presentan el mayor número de molestias á los pobres viajeros.

No pueden, ni con mucho, igualar á los americanos en cuanto á velocidad y lujo, que tanto abundan singularmente en nuestra vecina del Norte.

Figuraos unos coches reducidos, sofocantes, cuyas puertas se hallan lateralmente colocadas; y como con frecuencia pasa que tiene que caminar de noche, á lo mejor del sueño ocurresele á cualquiera abrir la dicha puerta, y una corriente de aire infame penetra al interior.

No son únicamente los defectos de comodidad los que hacen penosa una travesía, sino además, la lentitud con que se camina.

El lujo de esos carros palacios que tanto se alaba en los Estados Unidos, no se ha imitado en Europa; de donde se colige que, en cuestión de ferrocarriles, el Viejo Continente camina más despacio que el Nuevo. Cualquiera que haya es-

tado allende el mar y lea estas líneas, al punto confirmará mi dicho.

Esto no obstante, las cintas de acero ligan entre sí á casi todas las capitales y ciudades importantes europeas; los viajes, en cuanto al precio, son relativamente baratos, y además, se tiene la grandísima ventaja de los llamados *viajes circulares*, que para todos los puntos que se desee visitar, se proporcionan á precio módico en las agencias ó en muchas de las mismas estaciones.

Así lo hicimos nosotros, comenzando nuestro itinerario en Barcelona.

Grandes eran mis deseos por conocer la opulenta capital de Cataluña, la más floreciente, industrial y soberbia de toda la Península.

Puede decirse que Barcelona es el París de España, por las costumbres de sus habitantes, por su lujo, su comercio, su riqueza, su nunca interrumpido movimiento, y aun por el aspecto general de la ciudad.

Mucho habíaseme ponderado la hermosura del famoso puerto catalán, mucho su grandeza, y aunque, por regla general, cuando el objeto que tanto se nos alaba, mírase de bulto por primera vez, lo hallamos menos bello ó interesante de como se nos pintara, puedo asegurar que de Barcelona no sufrí la más pequeña decepción.

Acababa de inaugurarse la magnífica estación del Mediodía en Madrid, y en ella tomamos el tren directo para la perla catalana, prefiriendo el *express* por más rápido al par que cómodo.

Este tren sale de Madrid solamente los lunes, miércoles y viernes, á las tres de la tarde, y llega al día siguiente á Barcelona entre diez y media ú once de la mañana, después de recorrer un trayecto de unos setecientos kilómetros, ó sean más de ciento setenta leguas.

Dos cosas son las que generalmente agradan y aun encantan en el camino: las carreteras y los campos cultivados. Por

lo que hace á lo primero, en otro lugar ya he dicho que las carreteras europeas son excelentes: cintas blanquísimas serpentean por todas partes, y se tiene especial cuidado de que siempre se conserven tersas y en magnífico estado.

Respecto de los campos, no se ve un solo palmo de tierra que no se halle cultivado con esmero. ¡Oh! ¡Cuándo en nuestro México pudiéramos decir otro tanto! Siquiera que viésemos las carreteras y los campos cercanos á la ciudad convenientemente dispuestos; pues basta salir por cualquiera parte á las afueras de la capital, para palpar los caminos envueltos en nubes de polvo, cubiertos de barrancos que los hacen peligrosos y verdaderamente intransitables. Por lo que hace al segundo punto, ¡cuánto y muy triste habría que decir! Montones de basuras, jacaes aglomerados, sin higiene alguna, habitados por gente harapienta y miserable; zanjas con agua de color indefinible, en cuyo seno habitan á millares colonias de microbios, que á diario se multiplican de una manera espantosa.

El contraste no puede ser más doloroso cuando se ama á la Patria, y de todas veras se desea su bienestar y su progreso.

Otra de las cosas que más llama la atención, hablando de España, son las parejas de la Guardia Civil, que siempre se les ve recorrer los caminos, se las encuentra en las estaciones y por todas partes.

Pocos son los que tienen una idea exacta de lo que es la Guardia Civil española, montada idénticamente como la italiana.

Lo curioso del caso es ver á dos guardias civiles á caballo, por las carreteras, con su tricornio forrado de hule, y siempre de blanco é inmaculado guante.

Rara vez he visto á un guardia civil sin que tuviese por los guantes calzadas ambas manos: siempre correctos, respetuosos, cumplidos á carta cabal en el desempeño de sus penosos deberes, tanto en los campos como en las ciudades.

Salimos, como he dicho, á las tres de la tarde de Madrid. El ferrocarril atraviesa por ciudades y puntos de alguna importancia ó de recuerdos históricos. A poco andar se toca Alcalá de Henares, célebre por suponerse con toda verosimilitud que fué la cuna del inmortal Miguel de Cervantes Saavedra, y por el famoso archivo atestado de impresos y de manuscritos curiosísimos: ocupa el palacio arzobispal, de construcción antiquísima, remontándose, según se dice, á los comienzos del siglo décimotercio.

Más adelante se halla la ciudad de Guadalajara, capital de la provincia de su nombre, en cuyas inmediaciones obsérvanse restos de vetustas murallas que la protegían. Guadalajara es tan antigua, que su historia se pierde en la noche de los tiempos: cuéntase que ya existía cuando la dominación romana extendió por España su brazo férreo. Son famosos los ricos *bischochos borrachos* que, como una especialidad de Guadalajara, se venden en el andén del ferrocarril.

Vase sucesivamente después pasando por multitud de lugares, llamando esencialmente la atención los de Sigüenza, Medinaceli, Alhama de Aragón y Calatayud. El primero, por la importancia histórica que tuvo bajo la férula romana, poseyendo como curiosidad arquitectónica el palacio de los obispos, que es un verdadero castillo feudal, que se distingue á lo lejos en la porción más culminante de Sigüenza, con sus altos muros y elevados torreones asentados sobre la roca viva. Medinaceli ha dado su nombre á la casa nobilísima de los duques, cuya señorial morada en este sitio se conserva: hállase la población situada en la parte culminante de un cerro, y es una de las villas más antiguas. Alhama de Aragón posee á distancia el famoso *Monasterio de Piedra*, de curiosa historia; contándose que lo rodeaba una gran muralla toda de mármol, sin pulimento, interrumpida por gruesos y almenados torreones; y, finalmente, Calatayud, que cuenta con ruinas y vestigios de fortalezas y castillos feudales, y población de tantos años como sus hermanas ya citadas.

De aquí, el lugar más notable que se sigue es Zaragoza, á quien poéticamente arrulla y baña el caudaloso Ebro, á cuyo nacimiento ya me he referido al hablar de Santander.

¿Quién en México ignora que en la pintoresca ciudad aragonesa existe la milagrosa Virgen del Pilar, tan celebrada y universalmente conocida?

El santuario se alza á la orilla misma del río junto al cual va pasando la vía férrea. Tiene una serie de cúpulas en medio de las cuales mirase descollar otra airosa y esbelta, de distinta forma que las otras: nada ofrece exteriormente el santuario de notable; y no podré dar razón de su interior por no haberme alcanzado el tiempo para conocerle.

En Zaragoza existe, como es bien sabido, la singular torre inclinada, que con las de Pisa y de Bolonia, son ejemplos admirables de equilibrio.

Zaragoza queda en la mitad del camino para Barcelona, y si se quiere descansar en ese lugar, puede hacerse para tomar el tren al día siguiente.

El camino se dirige después un tanto al Norte, y en seguida con rapidez al Sudeste y luego sensiblemente al Este. Pasando Zaragoza, no vuelve á encontrarse estación de importancia sino hasta Lérida, ciudad capital de la Provincia de su nombre, y una de las fracciones del Principado de Cataluña. Éntrase ya á campos más bien cultivados, y comiéntase á notar por todas partes movimiento y vida: las fábricas empiezan á sucederse en todo el trayecto del camino, y todo acusa actividad, trabajo, otro modo de ser en los habitantes de aquella hermosa y privilegiada comarca. Parece que hasta la misma naturaleza le brinda con sus galas, presentando á la vista del viajero paisajes pintorescos y singularmente encantadores.

Allá á lo lejos, á nuestra izquierda, comienza á aparecer la azulada cumbre de la cordillera pirenaica, límite con Francia: llegamos luego á Manresa, la vieja *Munorisa* de los romanos, y al poco andar nos sorprende la cuenca pintoresca del

Llobregat, en cuyo fondo corre mansamente el río. Más adelante asoman ya sus crestas de basalto, y en llegando á Monistrol, esos fantasmas caprichosos, indefinibles centinelas de piedra que surgieron en una evolución geológica constituyendo el especialísimo sistema del Montserrat. Figuraos una serie de rocas que se levantan unas al lado de las otras, y separadamente, formando como columnas de figura tan rara que aquello es un conjunto extraño, considerado como único en todo el universo.

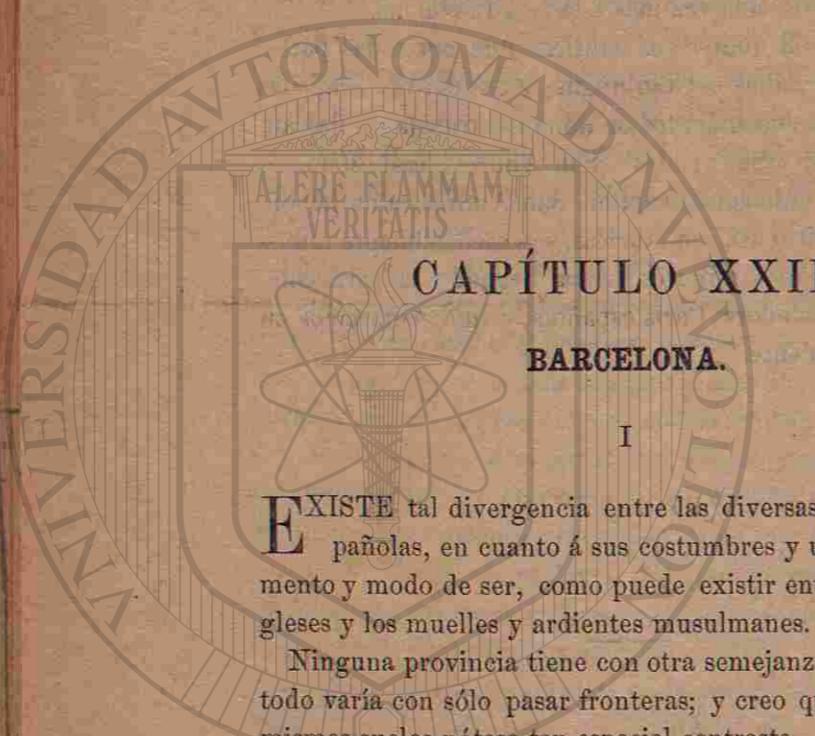
La montaña va rodeándose por el ferrocarril y puede verse por distintos lugares, presentando en todos ellos con asombrosa y muy diversa forma; y llega un momento en que, como un nido de águilas, en lo más abrupto y acantilado de las rocas, mírase enclavado en ellas el monasterio celeberrimo del Montserrat. Dícese que lo fundó el año 530 un monge benedictino llamado Quirico, aun cuando se ignora si la fundación tuvo lugar en ese propio sitio. Mucho fué lo que los piadosos Condes de Barcelona protegieron la famosa ermita; á lo cual contribuyó también la corona de Aragón, adquiriendo al poco tiempo el monasterio gran fama y esplendor.

No poco tendría que hablar de la historia de tan visitado lugar, á permitírmelo el espacio muy estrecho de que puedo disponer. Básteme por ahora añadir que se cuenta que la imagen de la milagrosa Virgen fué esculpida por el mismísimo San Lucas y llevada á España por el Príncipe de los Apóstoles San Pedro. Primeramente tuvo culto en Barcelona: durante la invasión de los árabes, sirvióle á la Virgen de morada la montaña, descubriéndose en el siglo nono. La imagen es de color negro, y en no pocas veces llevóse en andas por los héroes españoles á las batallas para que con su presencia infundiese brío y valor á los soldados de la reconquista; por lo cual reconócese también con el nombre de la *Virgen de las Batallas*.

Un ferrocarril de *cremallera* conduce cómodamente hasta la ermita.

El Montserrat fué poco á poco perdiéndose de vista; y sucesivamente pasamos por Vila de Caballs, Sabadell y Moncada, acercándonos cada vez más á la rica Barcelona.

Es increíble el número de fábricas que por todas partes surgen; ambas orillas del Llobregat se encuentran ocupadas por grandes establecimientos en donde se trabaja sin descanso. En llegando á San Andreu (San Andrés), casi estamos á las puertas de la hermosa capital: San Andrés es un pueblo hecho, por decirlo así, con fábricas, y es esencialmente industrial: á los cuantos minutos hemos llegado á la perla catalana, á la encantadora Paris española, y que visitaremos en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO XXII.

BARCELONA.

I

EXISTE tal divergencia entre las diversas provincias españolas, en cuanto á sus costumbres y usos y temperamento y modo de ser, como puede existir entre los fríos ingleses y los muelles y ardientes musulmanes.

Ninguna provincia tiene con otra semejanza; todo cambia, todo varía con sólo pasar fronteras; y creo que hasta en los mismos suelos nótase tan especial contraste.

Un gallego, con su dialecto peculiar, con su *aire* tan provincial, ni por asomo puede parecerse á un castellano viejo, ni éste á un vascongado ó catalán. Las provincias regadas por el Ebro no han querido nunca tener afinidad de costumbres con las que baña el Tajo ó atraviesa el caudaloso Guadalquivir.

Tamaño singularidad es excelente tema para el viajero observador, y aun simplemente motivo de curiosidad para quien vaya recorriendo en corto espacio de tiempo algunas de las más características provincias españolas.

Además, nótase el adelanto ó decadencia entre éstas, de una manera palmaria; colocándose en la categoría de más industriales y muy ricas, las de Barcelona, Lérida, Gerona y

Tarragona, que componen todas cuatro el viejo Principado de Cataluña, que durante algunas centurias fué la perla escogida de la corona de Aragón.

El territorio catalán fué uno de los primeros, según las más exactas versiones, que ocuparon las águilas romanas, siendo invadido en el segundo siglo de nuestra Era por el elemento godo, y en el octavo por el árabe. A fines de esta centuria lograron los cristianos recobrar su espléndida comarca, surgiendo, con motivo de esta ansiada victoria, la fundación de los condados de Barcelona, de Cerdeña y otros varios, y corriendo el tiempo, unióse Cataluña á Aragón por el enlace nupcial de Raimundo Berenguer IV y de Doña Petronila, por el año 1150. Aquel monarca llevó sus estandartes de victoria por las islas Baleares, y por Valencia y Nápoles y Sicilia, y más tarde, Cataluña fué porción magnífica de la corona de Castilla bajo los gloriosos tiempos de los Reyes Católicos, hasta que con el quinto de los Felipes de España perdió sus fueros y sus libertades.

Cataluña ostenta en su escudo, que es de oro, rematado por la condal corona, cuatro barras sangrientas, que fueron asimismo parte de las armas de Aragón, y hoy las llevan las de España en uno de sus cuarteles. Cuéntase acerca del origen del escudo catalán que, herido el primer Conde de Barcelona, Wifredo el Velloso, en defensa y auxilio del Rey de Francia, Carlos el Calvo (823-877)—de cuyos tiempos data el poder feudal—en la guerra contra los normandos, acudió el Rey á la tienda de Wifredo, y poniendo la mano en la herida, empapóse en sangre cuatro dedos de su mano, que pasó de alto á bajo, sobre el dorado escudo de Wifredo, diciéndole: —“Estas, Conde, serán vuestras armas;” como, en efecto, hasta ahora lo son de Cataluña.

Y ya que hablo en general del rico principado hispánico, no será ocioso decir que lo separa de Francia, al septentrión, la cordillera robusta de los Pirineos, cuyas cumbres suelen verse á menudo con sus melenas blanquísimas de nieve. Bá-

ñanle al Oriente las aguas del Mediterráneo; límitale al Sur el reino de Valencia, y al ocaso el de Aragón; poblando al principado unos dos millones de almas.

El suelo es montañoso: el sistema pirenaico ramifícase al Sur, formando levantamientos sorprendentes como las columnas basálticas del Montserrat, que ya hemos visto; ó notables masas como las del Coll de Canga, el Monseny, San Grall, Llena y muchas más. Las montañas, al estrecharse ó separarse unas de otras, forman valles fertilísimos, llanuras pintorescas, cuencas profundas que sirven de lecho á caudalosos ríos, como el Ebro, que da el tributo de sus aguas al Mediterráneo; el Llobregat, que asimismo conocemos, el Torderá y otros varios que fecundizan las tierras en las cuales se cultiva la viña, el cáñamo, el lino, el arroz, que todo se aprovecha; apareciendo, por tanto, la agricultura floreciente y soberbia, siendo ésta una de tantas fuentes de riqueza con que Dios ha dotado al hermoso suelo catalán. Adúnase á lo dicho la constante actividad de los industrioses y emprendedores habitantes, que han levantado fábricas por doquier que se mire, en las cuales elaboran blondas y encajes; tejidos de algodón, de lana y seda; hilados magníficos, maquinarias de diverso género y cuanto la industria humana ha concebido; poseyendo además abundantísima pesca en su litoral, con la cual viven y comercian no pocos pueblos de las orillas del mar.

Un catalán que hizo con nosotros el viaje de Madrid á Barcelona, y á quien mucho tuvimos que agradecer por sus enseñanzas y oportunas indicaciones, mostrábanos el traje que llevaba puesto, cuya tela estaba fabricada en Cataluña; antes de que tal cosa supiéramos, no dudamos ni un momento que el traje fuera de procedencia francesa: el precio también es asombroso por la baratura, dada la excelencia y calidad del material; y por este tenor, colígense otras muchas cosas.

En comercio, pues, ninguna provincia española puede rivalizar con las de Cataluña, emporio de la riqueza y de la prosperidad en toda la Península.

Los catalanes hablan su dialecto propio, derivado del antiguo lemosín: es duro, aunque se entiende con facilidad, y más si se poseen nociones rudimentales de italiano y de francés. Entre el pueblo bajo, observé generalmente que es casi desconocido el castellano: las clases media y alta hablan su dialecto y el español; y como pasa siempre en casi todo el mundo, que la clase media es más ilustrada que la preeminente en posición, sabe también hablar correctamente el francés. Los catalanes son, además, provincialistas en exceso, soliendo ser un tanto exagerados.

Consagremos ahora ya nuestra atención en la gran capital de Cataluña, y, si el lector me lo permite, no desdeñaremos dar una rapidísima ojeada histórica, tan esencial y útil siempre para el conocimiento claro del objeto que se estudia.

Piérdese en la noche de los tiempos la época exacta en la cual se echaron los cimientos de la vieja Barcelona, y acerca de este punto hay opiniones y pareceres: unos cuentan que la fundó el cartaginés Amilcar Barca, al cual quizá tal vez debería también su nombre; de todos modos, sus comienzos históricos pueden tenerse en cuenta desde los tiempos romanos, en que se concedieron á Barcelona, mejor dicho, á la colonia, títulos y preeminencias y notables distinciones.

Años más tarde, y en la quinta centuria, Atilfo estableció su corte en la capital que nos ocupa; apoderándose de ella en el octavo siglo Abdul-Aziz, quien, por rara casualidad, mantuvo ó toleró las creencias cristianas. Empero, no poseyeron por mucho tiempo los musulmanes tan preciado territorio, como debe haberse notado en lo que anteriormente he dicho al hablar de Cataluña; pues Ludovico Pío reconquistóle al rayar casi el siglo nono, quedando entonces Barcelona sujeta al feudo de los francos, como capital del condado, declarado independiente en el siglo X.

No fué muy tranquila la vida de nuestra ciudad en esta última centuria: apoderáronse de ella los sarracenos, en dos épocas distintas, incendiándola con mano bárbara y reducién-

do á cautividad sus habitantes. Esto no obstante, los catalanes lograron á fuerza de brazo asegurar su independencia; y á raíz de la reconquista empieza ya Barcelona á adquirir un grado culminante de esplendor, de brillo y de progreso inusitados. El condado florece, y extiende su poder marítimo por todas las aguas tantas veces cruzadas por los bajeles fenicios y las flotas de guerra de las temidas naciones de la edad antigua.

Unida luego Cataluña á la corona de Aragón, el auge y apogeo del condado, puede decirse que no tuvo límites: la época gloriosa de Don Jaime, apellidado el Conquistador, da á Barcelona una opulencia y poderío, célebres entonces en las cortes de Europa. El siglo XIV es para Barcelona el siglo de oro de su brillo y majestad; presentábase su corte con grandiosa pompa; sus actos religiosos aparecían suntuosos, y los famosos juegos florales (*jochs florals*) tuvieron resonancia, de entusiastas y alegres, en toda aquella parte del mundo conocido.

Además, Barcelona tenía ya sus leyes propias, sus códigos admirablemente bien dispuestos, y era Cataluña toda, como una pequeña nación dotada de influjo y de poder.

Pasó esta época de grandeza, y al llegar el siglo décimoquinto sobrevienen las luchas intestinas, y se chocan las armas catalanas con las de Don Juan II, que violaba los fueros del condado y desconocía los derechos legítimos de su hijo el Príncipe de Viana. Destronado aquel Rey, como consecuencia de tamaña revuelta, plantan en su lugar al Condestable de Portugal y á Renato de Anjou; aunque luego volvió Don Juan á recobrar el trono.

En 1640 el celeberrimo Conde-Duque de Olivares, gran privado de Felipe IV, provocó á la guerra á Cataluña, y ésta sostuvo heroicamente un sitio terrible de catorce meses. Felipe V, en 1714, vuelve á la carga, por haber defendido Barcelona los derechos del Archiduque Carlos de Austria, y mantiene aquella con espartana bravura, nuevo sitio que duró

diez y ocho eternos meses. Tuvo, al fin, que rendirse por el hambre y por la muerte que diezmaban á aquellos valientes defensores, y la capitulación fué honrosa en alto grado para los catalanes. Desde entonces, Cataluña perdió parte de su grandeza, y lo que es más, las libertades que en otro tiempo poseyó.

Tal ha sido la vida, aunque contada á grandísimos rasgos, de esta famosa capital, una de las plazas fuertes de España de primer orden.

Barcelona es asiento episcopal y la residencia del Capitán General del Principado. Según los últimos censos, calcúlense más de 400,000 almas las que habitan la ciudad.

Esta tiene tres partes bien distintas, cada una de las cuales veremos rápidamente en las siguientes líneas: la ciudad antigua, que tiene todos los caracteres singulares de la Edad Media; la ciudad moderna, llamada *el Ensanche*, hermosa y bella, cerca de tres veces más grande que la antigua, y, finalmente, el magnífico puerto.

Dejemos ya la historia y el conjunto general de la opulenta Capital de Cataluña, y penetremos á ella para recorrerla, que mucho de bueno y de admirable y de especial encontraremos.

CAPÍTULO XXIII.

BARCELONA.

II

BARCELONA tiene todo el aspecto de una gran Capital: animación, vida, movimiento, soberbios edificios, todo lo reúne, al par que belleza en su conjunto.

La gente circula y viene y va; empero no se le ve, como en otras partes acontece, acariciando el ocio, padre y señor de todos los vicios, como el adagio reza; antes bien, es trabajadora y laboriosa.

Divídese la Capital de Cataluña en tres partes distintas entre sí, como ya se dijo anteriormente cuáles son: la ciudad antigua, la moderna y el puerto. Todas tienen su fisonomía propia y su carácter especial.

Veamos cada una de ellas brevemente.

¿Recordáis aquellos vericuetos de Toledo, aquellas callejas angostas, tortuosas, con casas de carcomidos blasones, é imágenes de santos, ante las cuales ardía amarillenta luz en semipolvorosos faroles? Pues imaginaos lo mismo para la vieja Barcelona, en su porción más característica y vetusta, que es aquella cercana á su templo metropolitano.

Sin embargo, algunas modificaciones ha sufrido tal porción, al grado de que se juzguen por modernísimas no pocas de

sus calles. De entre éstas, las principales y más concurridas son las *Ramblas*, que empezando en la plaza de Cataluña, ó sea en los límites con la ciudad moderna, mueren en la Plaza de la Paz, cercana al puerto. Las *Ramblas* son anchísimas y hermosas calles que llevan los nombres de Canaletas, Estudios, San José, del Centro y de Santa Mónica. Además de estas avenidas, cuéntase la bulliciosa calle de Fernando VII, cuya prolongación, en cuesta, es la de la Princesa; perpendiculares ambas, casi, á las *Ramblas*, y calles magníficas por sus establecimientos mercantiles, por su aspecto lujoso y elegante.

En las *Ramblas* encuéntranse los teatros del Liceo y el Principal, y mis lectores no ignoran que en el primero de estos coliseos la mano malvada y criminal del anarquismo ocasionó hace poco algunas víctimas. Como en Madrid, ambos teatros se hallan espléndidamente decorados; sabido y aun proverbial es el exquisito gusto de los catalanes para la ornación de edificios, y en verdad que en Barcelona no se encuentra para nada desmentido. En estas propias calles, los cafés abundan, siendo notable, por su lujo y decorado, el de Colón.

Lo mismísimo que en Madrid, se nota en Barcelona en cuanto á los cafés: á las tres de la mañana los veréis colmados, *hirviendo*, por decirlo así, de gente de todos colores y de todas condiciones. Una noche mis compañeros y yo no pudimos tomar asiento en el café Colón, por no haber en el amplio recinto un lugar desocupado.

Y no sé si en Barcelona pasará otro tanto de lo que en Madrid acontece, por no haber vivido mucho tiempo en la primera: que ante una taza de café se deslicen las horas sin sentirlo.

Un punto digno de mención es el agradable efecto que causa encontrar en Barcelona establecimientos comerciales como algunos de México, grandes, hermosos, de escaparates á usanza nuestra; porque debe advertirse que en la coronada Villa

del Oso y del Madroño, ni por asomo se conoce este sistema de establecimientos; y, en efecto, no encontraréis en la corte madrileña ni *Palacios de Hierro*, ni *Esmeraldas*, ni ferreterías, ni mercerías, ni droguerías, como las nuestras; sí recuerdo que allá por la Calle Mayor hay un edificio montado al estilo parisiense, en donde podréis hallar cuanto se ha menester para una casa, pero nada más; y estoy por asegurar que ni en Barcelona se posee el lujo que algunas de nuestras casas mercantiles usan. En cambio, ni con mucho podemos imitar á Barcelona en sus fábricas y talleres tipográficos y otras industrias que han adquirido allí notable desarrollo.

La parte más interesante de la Barcelona antigua es la situada al Oriente de las Ramblas, sirviéndonos éstas como de línea media.

En dicha parte, y en primer término, hicimos una visita á la Catedral, dedicada bajo la advocación de Santa Cruz y Santa Eulalia, patrona esta Santa de Barcelona. La basilica es de gusto gótico, poseyendo la mezcla de las tres épocas de nacimiento, desarrollo y decadencia del estilo, aun cuando no es ésta la primera fábrica, sino una ampliación del primitivo templo.

Su exterior no puede apreciarse del todo por las construcciones que arrimadas tiene: varias puertas, afligranadas y bellas, dan acceso al interior, y entre éstas recuerdo la llamada de la *Inquisición*, ojival como la iglesia, aunque tosca en sus labores, y la puerta de San Severo, que conduce al soberbio claustro. Éste, gótico del tercer período, fórmase de una serie de esbeltas columnas, y, no obstante ser la arquitectura defectuosa por la desigualdad que reina en la construcción, el conjunto es majestuoso.

El interior del templo es de tres naves: confieso que no me llenó del todo: es obscuro; los vidrios de colores contribuyen, más bien que á producir el efecto que en otros templos existe, á matar la luz del sol, cuyos rayos en vano pugnan por esparcir su claridad en los ámbitos de aquellas naves. En la

nave central se levanta el coro, que tiene una sillería magnífica, y en frente el presbiterio con su tabernáculo ojival y de elegante forma. Bajo el altar se encuentra la capilla en la cual se venera el cuerpo de Santa Eulalia; puede bajarse á la cripta mediante una propina al sacristán. Una muy ancha escalera, que afea grandemente esta porción del templo, se halla practicada á raíz del pavimento frente al presbiterio: se descienden veinte gradas, en cuyo término cierra la entrada de la capilla ó cripta una verja de hierro: abierta, se bajan aún cinco gradas y se pisa entonces el suelo de la capilla; frente á la puerta se ve el sarcófago que encierra los sagrados restos, el cual descansa sobre ocho columnitas de jaspe. De la bóveda penden muchas lámparas, que arden con lúgubre fulgor.

Las capillas del templo, ricas en tumbas de añeja fecha, con estatuas yacentes é inscripciones con caracteres germánicos, son notables por sus retablos; recuerdo la capilla de San Olegario, entre otras.

La Catedral posee un valioso tesoro en ornamentos, vasos sagrados y otros objetos, que no vimos por falta de tiempo.

A un costado de la basilica contéplase el viejo palacio de los Condes.

Barcelona tiene también otras muy antiguas iglesias, como la de Santa María del Mar, en la plaza de su nombre, ojival del siglo XIV; San Pedro de las Doncellas, fundado en el siglo X, y otras seis ú ocho; en general, las que ví son obscurísimas, no sé por qué.

En esta misma parte antigua de la ciudad, y entrando á la calle de Fernando VII por la Rambla del Centro, llégase á la plaza de la Constitución, en donde, uno frente del otro, se alzan los importantes edificios del Ayuntamiento y de la Audiencia y Diputación Provincial.

Por lo que toca al *Ensanche* ó Ciudad Nueva, es una fracción de carácter y fisonomía distintos á los que tiene la anterior, como ya se ha dicho. El *Ensanche* bien puede ser como

tres veces más grande que el casco antiguo. Sus calles son todas anchas, tiradas á cordel, de manzanas de planta cuadrada truncada en sus cuatro ángulos, y de edificios modernísimos, hermosos y elegantes. Aquello no parece pertenecer á un puerto; y forma singular contraste con las callejas angostas y tortuosas de la vieja ciudad de los Condes catalanes.

Tiene como cosa notable el Ensanche, la gran calle de Cortes; el paseo de Gracia, que parte de la plaza de Cataluña, ya citada; el magnífico edificio de la Universidad, recientemente concluído; y el Parque y jardines de la ex-Ciudadela, convertido en lugar encantado. En este parque se alzaron los pabellones de la Exposición Internacional Catalana de 1888. Es una especie de Retiro madrileño, perfectamente cuidado, y que forma un sitio delicioso con sus fuentes, sus jardines, sus estatuas y sus flores y su aroma. A la entrada ha quedado en pie el arco de triunfo levantado en tiempo de la Exposición.

Vengamos ahora al puerto por las Ramblas.

Llegamos á la plaza de la Paz, á orillas de la bahía, y nos sorprendió desde luego el monumento alzado en honra y gloria del descubridor del Nuevo Mundo.

Poseo de esta obra una descripción cabal y exacta, y extractando, la comunicaré á mis lectores.

Con el objeto de que perennemente recordara Barcelona las glorias de su ilustre huésped Cristóbal Colón, convocóse á un certamen artístico para la erección del precitado monumento. Veintisiete fueron los proyectos admitidos, premiándose el del arquitecto Don Cayetano Buhigas; y una vez concertada la obra, se colocó solemnemente la primera piedra en 27 de Septiembre de 1882. Tres son las partes constitutivas del monumento: la primera representa las vicisitudes y penalidades que tuvo Colón antes de realizar su empresa y pensamiento; la segunda simboliza el apoyo que encontró en los Reyes Católicos; y la tercera, el apoteosis ó triunfo del Almirante.

La base de la fábrica es de piedra de las canteras de Montjuich, de un metro de altura. A cuatro lados se ve cortada por sendas escalinatas que dan acceso á una plataforma. A ambos lados de cada escalinata, y sobre respectivos pedestales, asiéntanse leones de bronce, como guardianes del monumento, y que son obra del artista barcelonés Valmitjana. El primer cuerpo, que descansa sobre el plinto ó base, consiste en un cono trunco, profusa y elegantemente decorado con escudos de armas, teniendo en su paramento ocho bajos relieves ejecutados por los Sres. Llinona y Vilanova, representando primero: la llegada de Colón con su hijo al célebre monasterio de Santa María de la Rábida; segundo, la conferencia entre el insigne marino, Fray Juan Pérez y los frailes del convento, explicándoles su proyecto; tercero, su presentación en Córdoba á los Reyes Católicos; cuarto, la controversia con el Consejo reunido en Salamanca; quinto, entrevista de Colón con Don Fernando y Doña Isabel en Santa Fe, donde le ofrecieron su apoyo; sexto, embarque de Colón en el puerto de Palos en 1492; séptimo, descubrimiento del Nuevo Mundo; y octavo, regreso de Colón á Barcelona.

El segundo cuerpo consta de un pedestal de pórfido, poligonal, de diez y medio metros de altura, arrancando del primero cuatro estribos que forman una cruz, exornados con medallones de hierro: en su remate hay una carabela entre grifos, todo de bronce, sosteniendo las armas de Barcelona; destacándose en su base y parte anterior cuatro matronas, que figuran á Calaluña, Aragón, León y Castilla, obras respectivas de los artistas Carbonell, Gamot, Atché y Cascassó. Adosadas y en promedio con los estribos, están otras figuras de catalanes prominentes que prestaron su ayuda al descubrimiento, como Fray Bernardo Boye, Jaime Ferrer, Luis de Santángel y Pedro Margarit; obras de Fofa, Alentorn, Pagés y Gamot.

El tercer cuerpo, que simboliza el triunfo de Colón, tiene tres partes: columna, remate y estatua. La columna es toda

de hierro, corintia y estriada en toda su esbelta altura. En el capitel, preciosamente combinadas con éste, hállanse cuatro de las partes del mundo, que cobijan el nombre augusto de Colón. Sirven de elegantes adornos, en el tercio inferior de la columna, un anillo de bronce que lleva anclas suspendidas y palmas entrelazadas, leyéndose en letras de oro: BARCELONA Á COLÓN; en un collarín que bajo el capitel se ostenta, se deja leer: GLORIA Á CRISTÓBAL COLÓN.

Sobre el capitel se apoya el remate, que es una corona de príncipe en un basamento con escudos. En todo se mira una esfera dorada que representa el mundo, ceñida por la faja del zodiaco; y encima, como singular coronamiento, yérguese la estatua de Colón, modelada por Atché y fundida en bronce por Vidal. Mide siete metros sesenta centímetros de altura. La total del monumento es de cincuenta y nueve metros: el conjunto es gallardo y elegante. La obra, pues, que Barcelona ha consagrado al inmortal descubridor de nuestro Continente, honra á la ciudad catalana, á su ilustre arquitecto y á los artistas que con tan feliz éxito la llevaron á cabo.

Desde el monumento, y por la orilla del puerto, corre el paseo de Colón, que se continúa al Este con el de Isabel II y el llamado de Frente de la Aduana, que termina en el Parque de la ex-Ciudadela.

El puerto es magnífico: grandes obras se han ejecutado en él, y por medio de muelles se ha formado un antepuerto que da entrada al puerto; el cual consta de la gran dársena del comercio y la de la Industria, separadas ambas por el muelle de España. En un día pudimos contar, fondeados allí, veintitrés vapores de diversas nacionalidades. La matrícula de Barcelona es una de las que cuentan con buques de mayor calado y con grandes transatlánticos.

Son, finalmente, dignos de mención, la Barceloneta, conjunto de casas un tanto sucio, donde se hace la carga y descarga de carbón y otros productos, y el cerro de Montjuich,

coronado por un antiguo castillo, hoy fortaleza, y en donde se encuentra el faro.

Mucho es aún lo que puede decirse acerca de la rica Barcelona: empero, baste lo apuntado para dar siquiera una ligera idea de la opulenta capital del Principado catalán, residencia en un tiempo de los señores feudales de Barcelona, perla de España, orgullo legítimo de toda Cataluña.

CAPÍTULO XXIV.

DE BARCELONA A MARSELLA.

EL camino á orillas del Mediterráneo tiene atractivos y encantos inenarrables. Los valles, las montañas, el mar que se estrella en las abruptas rocas de la costa, á menudo ofrecen panoramas hermosos y grata ocupación.

Salimos de Barcelona rumbo á Marsella por el ferrocarril de Francia, á las seis de la tarde, y la vía recorre en casi todo su trayecto el litoral.

He dicho en otra parte que los ferrocarriles europeos son malos; algunos no pueden ser peores; sin embargo, danse por bien empleadas las mayores incomodidades del mundo por gozar de los paisajes, y más que nada por encontrarse uno en sitios interesantísimos é históricos.

De Barcelona á la frontera francesa pásase por dos ciudades dignas de mención, y como notables en todo lo largo del camino, Gerona y Figueras. Gerona es la capital de la provincia de su nombre, una de las cuatro que forman, como se sabe, el vasto principado de Cataluña. La ciudad es una de las más viejas de España, conocida por los cartagineses y por los romanos; plaza fuerte de primer orden, y en la cual San Narciso, primer Obispo de Gerona, predicó el año 257 la fe de Cristo. Los primogénitos de los monarcas de Aragón tituláronse primeramente duques y más tarde príncipes de Ge-

rona. Ante todo, la ciudad es célebre en los fastos de España por los terribles sitios que ha sufrido; cuéntanse más de treinta, dada su posición militar, y entre otros recordaremos el sitio de 1610 que le pusieron las tropas francesas en número de cerca de veinte mil hombres, al mando del Duque de Noailles. Los ingleses habíanla fortificado grandemente, y el Conde de Tantembac la defendió con sólo dos mil hombres; el enemigo fué rechazado con bravura y al cabo de cruda lucha tuvo Gerona que rendirse.

En 1712 el general alemán Wetzel la bloqueó; empero el valiente general Berwick hizo levantar el sitio á los alemanes después de maniobras atrevidas.

A principios del siglo que corre, Gerona se vió asaltada por el general francés Duchesne, que venía al frente de un ejército, siendo rechazado por los heroicos habitantes. Al año siguiente, 1809, otro ejército francés, mandado por Saint Cyr, púsole cerco. Este sitio fué para Gerona uno de los más horribles, pero en el cual tuvieron sus habitantes el valor de los héroes y el sufrimiento de los mártires; duró la lucha de Mayo á Diciembre de ese año, y después de desesperada resistencia, el Gobernador Álvarez, que defendía Gerona, dicese que perdió el juicio, y al fin la ciudad tuvo que capitular, pero con gloria.

Gerona es, pues, una de las capitales más beneméritas de la Península, y en su historia, regada con sangre, sólo se pondera el gran corazón de aquellos hombres valerosos que, con orgullo y satisfechos, han sacrificado sus propias existencias en defensa de su gloriosa bandera y en aras de su patria, tantas veces expuesta á la codicia extranjera.

Figueras toca ya los confines de la provincia de Gerona, y por ende también los de España. La ciudad tiene un famoso castillo muy fortificado, en el que, según se cuenta, pueden alojarse ni más ni menos que veinte mil hombres y quinientos caballos, como quien dice una población entera.

Seguimos caminando hasta tocar los límites de Francia,

por suelo netamente histórico, donde tantos pueblos se han derrumbado al choque estruendoso de las armas: por todos lados aparecen ruinas de fortalezas, y como sombras fatídicas los torreones de desmoronados castillos feudales.

La negra mole de los Pirineos fué haciéndose nos más y más visible. Por aquel terreno extiende sus numerosas ramificaciones.

A las diez y media de la noche, y después de atravesar un largo túnel, llegamos á Port Bou, en donde cenamos, y al poco andar estuvimos en Cerbère, población situada cerca del Mediterráneo y precisamente en la línea divisoria entre España y Francia.

La masa imponente de las montañas se dibujaba colosal por el lado español, como que estábamos al pie de ellas: la noche estaba tranquila y un tanto fría; habíamos recorrido desde Barcelona 169 kilómetros, y antes de transbordarnos al tren que nos conduciría á Marsella, tuvimos que pasar con nuestros equipajes á la aduana, situada en la propia estación, para el registro de éstos. La atención de los empleados franceses es exquisita: preguntáronnos luego si teníamos alguna cosa por declarar, pues se persigue el contrabando de dulces, licores y tabacos, y una vez que rápidamente hicieron el registro, colocados los equipajes sobre un gran mostrador y señalados aquellos con gis, pasamos á instalarnos en el tren que á media noche partiría de Cerbère directamente para Marsella.

Nuestra buena fortuna—que, á Dios gracias, no nos abandonó para nada—hizo que tuviéramos por compañero en el mismo coche á un alemán, agente de una fábrica de cromos de Francfort del Mein, y el cual hablaba divinamente el francés: gran conocedor de Europa, nos proporcionó itinerarios, nos dió instrucciones para la prosecución acertada de nuestro viaje, y aun él mismo se ofreció enseñarnos cuanto de curioso encierra la populosa Marsella, el puerto, sin disputa alguna, más comercial de Francia.

Dignos son de mención, principalmente, tres puntos que se pasan en este camino, cuales son: Perpignan, Montpellier y Nîmes. Perpignan es la capital del departamento de los Pirineos Orientales, situada sobre el Tet y de alguna importancia. Montpellier, asimismo sobre el Lez y en una eminencia, es la cabecera del Departamento del Herault, y es muy notable por sus institutos y academias científicas, entre otros su célebre facultad de Medicina. Nîmes, sobre el río Gard, que da nombre al departamento de que esa ciudad es capital, es antiquísima y conserva muchas ruinas de los tiempos romanos, como la *Casa cuadrada* y el anfiteatro. De este último punto pasamos á Arlés, perteneciente ya al departamento de las bocas del Ródano (*Bouches-du-Rhône*), del que es capital Marsella. Hasta aquí hemos, pues, atravesado los departamentos de los Pirineos Orientales, Aude que tiene por cabecera á Carcasona, Herault, Gard y el Ródano.

Este río fecundiza las tierras del departamento, y como es sabido, es uno de los principales de la vertiente del Mediterráneo. Nace en Suiza en los nevados del gran San Gotardo, y cerca de la extremidad oriental de los Alpes Berneses se precipita sobre el bellissimo lago de Ginebra, al que alimenta con el caudal de sus aguas, para salir después, de este lago, por el Sudoeste, en el punto mismo donde poéticamente se alza la ciudad de Ginebra: entra luego á Francia, siguiendo su camino sensiblemente del Septentrion al Mediodía: en sus márgenes descuellan importantes poblaciones, y por último se arroja al mar formando un delta en su desembocadura.

La cuenca del Ródano puede decirse que está comprendida entre los Alpes al Este, y las Cevenas al Oeste; en su curso recibe el río numerosos tributarios.

Arlés dista unas cuantas horas de Marsella. El ferrocarril va cruzando por campos inmensos, cultivados todos. Las aldeas, con sus casas agrupadas, con sus techos de teja, van sucediéndose pintorescamente situadas ya al borde de los ríos,

ya en la pendiente de las colinas ó en los anchurosos valles en donde todo es alegre y muy hermoso.

La aurora nos sorprendió cuando entrábamos al departamento de las Bocas del Ródano. Algunas horas más y nos encontraríamos ya en el gran puerto francés.

Serían las seis de la mañana: nos acercábamos con rapidez á la costa, y á lo lejos comenzamos á distinguir el mar.

Las aguas del Golfo de Lyon penetran á la costa formando puertos abrigados y anchas bahías, en una de las cuales se alza la magnífica ciudad que en breve visitaremos.

Media hora más tarde distinguíamos á Marsella semivuelta en las brumas que se levantaban del mar. Las barcas pescadoras poblaban ya la inquieta superficie de las aguas, y tendían sus blancas velas que comenzaban á dorarse por los rayos del sol.

Una vez que nos acercamos más al puerto, nuestro amigo el alemán nos señaló un alto cerro en cuya cumbre yérguese un santuario.

—Es la iglesia de *Notre Dame de la Garde*.—(Nuestra Señora de la Guardia)—nos dijo—ya haremos una excursión subiendo por los ascensores de vapor. Desde allí, todo Marsella dominaremos.

Después nos hizo algunas otras indicaciones que agradecemos mucho; y el silbato prolongado de la locomotora, nos anunció que íbamos á llegar al término de esta jornada.

En efecto, á las siete de la mañana entramos á la espaciosa estación, á cuya puerta esperaban los ómnibus de los diversos hoteles; y nosotros, siguiendo en todo los pasos de nuestro amigo de Francfort, nos alojamos en el propio hotel en que él paró.

Y á propósito de ómnibus. Días pasados un muy respetable amigo mío que acaba de llegar á México, después de algunos años de residencia en el Viejo Mundo, me decía que nunca ha de quitársenos la manía de imitar todo lo malo. Tal reflexión me la hizo con motivo de haber visto uno de esos

carruajes que empiezan á usar nuestros ricos, á manera de ómnibus.

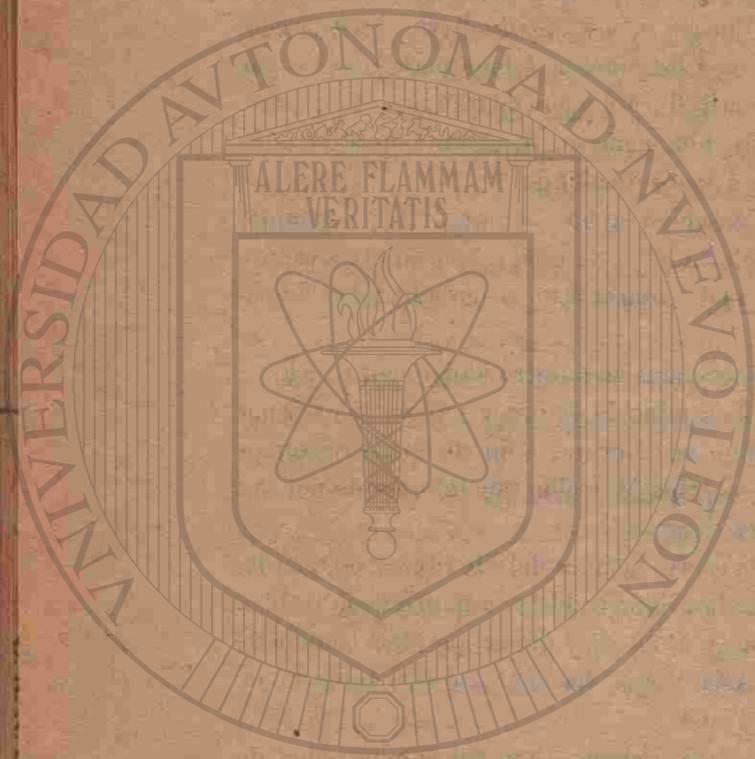
—Mire usted—me decía—ese coche que en México se cree muy elegante, en Europa se usaría para llevar á los pasajeros, de las estaciones á los hoteles; ó bien para circular por las calles, con itinerario fijo á manera de tranvías. Ya recuerda usted en Madrid, por ejemplo, qué abundancia de estos coches hay; pero son todos de alquiler.

Efectivamente, decía bien mi honorable amigo: ¡qué manías tenemos en México! En la Corte española y en otras capitales elegantes, ¡qué mal sentaría á un potentado tener un carruaje semejante!

Una vez que descansamos en nuestro alojamiento, de lo fatigoso de la noche de camino, la emprendimos á discurrir por donde nuestro amigo nos llevara, á fin de que tuviésemos idea cabal de esta soberbia Marsella, tan interesante por sus recuerdos y pasados tiempos.

Como muchas de estas ciudades del Mediterráneo, piérdese en nebulosidades la primitiva historia marsellesa. Hablan ya de ella Herodoto y Polibio; y dícese que una colonia de fócios venida del Asia Menor, hacia el año 600 antes de Jesucristo, fundó Marsella.

Ya entraremos—Dios mediante—aunque con brevedad, en el campo de la historia, en el siguiente capítulo, y en la compañía gratísima del lector recorreremos los sitios más culminantes de este notable puerto.



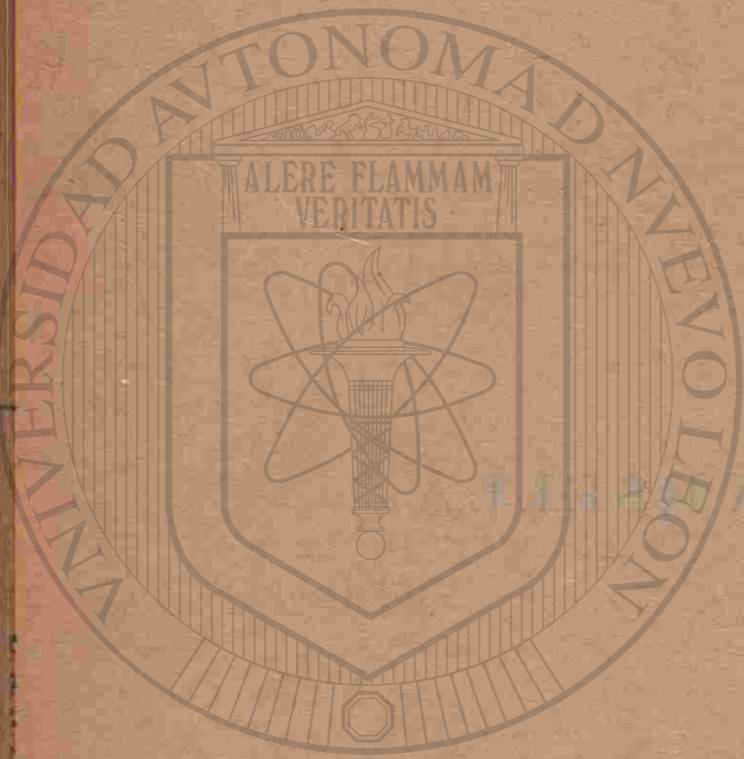
MARSELLA.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO XXV.

MARSELLA.

QUEDÓ apuntado en el capítulo precedente, que una colonia de fóceos vino cerca de la desembocadura del Ródano y hacia el año 600 antes de Jesucristo, á fundar una población, que en sus orígenes fué bautizada con el nombre de *Massilia*.

Famosa comenzó á ser la más tarde grande ciudad, y hasta donde alcanzaron sus dominios, echó los cimientos de nuevos pueblos, extendiendo por todas partes su comercio.

Al propio tiempo que Cartago hacía surcar con sus bajeles las aguas del Mediterráneo, Marsella hacía otro tanto, compartiendo el comercio con la rival de Roma.

Las flotas marsellesas llegaron á pasar el estrecho, rumbo al Océano, y se cuenta que estuvieron en el Báltico.

Años más tarde favoreció á las huestes romanas para la conquista de las Galias, y cayó después la ciudad en poder de Julio César, cuando el dictador y Pompeyo emprendieron entre sí ruda campaña.

Marsella empezó de nueva cuenta á florecer, y dícese que, bajo el Imperio, sus establecimientos de educación eran notables.

Siguiendo, con las crónicas abiertas, la historia rapidísima de esta ciudad, nos encontramos con que en el siglo VIII la

invasión árabe arruinó á Marsella, y trabajo le costó volver á adquirir el grado esplendoroso que llegara antes á alcanzar.

Cuando Arlés fué incorporado al Imperio, Marsella se constituyó capital de una República, siendo sometida en la décima tercera centuria, por el Conde de Provenza Carlos de Anjou.

Corriendo los años, el Emperador Carlos V pretendió apoderarse de Marsella. Púsole cerco: los habitantes fortificaron la grandemente; pero no sólo el monarca desistió, por consejo, de empeñar una escaramuza inútil, sino que aún parece que iba á costarle la vida. Luis XIV, en 1660 la despojó de sus privilegios, y en la fecha, es la capital, como ya se dijo, del departamento francés de las Bocas del Ródano.

En 1792, el ejército de Rhin entonaba las estrofas entusiasmadas del patriótico canto de Rouget de Lisle; pero habiendo sido los federados marseleses los primeros en darlo á conocer en París, el himno de guerra nacional francés tomó el nombre de la *Marsellesa*.

Marsella ha tenido que sufrir por las grandes epidemias que en distintas épocas la han asolado: entre otras, la terrible peste de 1720 y 21; y en estos últimos años, el cólera ha hecho no pocos estragos.

Penetremos ahora en su interior, en donde veremos mucho de notable.

El aspecto general es el de todas las ciudades europeas de importancia: monumental, hermoso y elegante.

La población calculase en cerca de 400,000 almas.

La ciudad puede dividirse, como hicimos para Barcelona, en tres partes: la antigua, la moderna y el puerto. De pocos años á la fecha Marsella se ha transformado: posee notables edificios, amplias calles y cierto aire de magnificencia bastante singular.

Acerca de la parte antigua, diré que queda una pequeña porción cercana al puerto, que contrasta notablemente con el resto de la capital: fórmanla callejones tortuosos, inmundos,

miserables, tanto que no tuvimos necesidad de calentarnos la cabeza para averiguar el por qué de los estragos de las epidemias en Marsella.

Guiados por nuestro bondadoso amigo el alemán de Frankfurt, ya citado en el capítulo anterior, recorrimos estas calles y dirigimos nuestros pasos rumbo á la Catedral, que acaba de ser edificada sobre una colina: aquí la parte antigua confúndese con la moderna, no siendo tan característica la división como en Barcelona, por ejemplo, que ya vimos. La basílica aún no se concluye: tiene un bello exterior, y su fachada, que posee tres puertas, remata por dos torres: el estilo empleado por los arquitectos Vendoyer, que principió, Esperandieu, que continuó los trabajos, y Revoil, que les ha dado cima, es el latino-bizantino clásico, desarrollado con ese gusto y esa maestría que han adquirido los artistas franceses para todas sus obras.

El conjunto exterior de la Catedral es primoroso: sus detalles acabados y en todo sujetos al estilo arquitectónico elegido. Para visitar el interior solicitamos permiso: consta el templo de una sola y ancha nave; el crucero tiene tres cúpulas, descollando la central, que es la mayor; y en este mismo cuerpo se encuentran el coro y las capillas capitulares. Cubren á las ventanas grandes vidrieras de colores con imágenes bizantinas trabajadas con delicadeza. Quizá á estas fechas esté abierta ya la Catedral al culto.

Además de este bellissimo templo, y entre otros varios que visitamos, como la Trinidad y Nuestra Señora del Monte y Santa María la Mayor y San Miguel, dos me llamaron esencialmente la atención: San Vicente de Paul ó los Reformados y San Víctor.

La primera iglesia es muy hermosa: admirablemente bien colocada al final de una avenida y en esquina, levanta su mole gótica, de estilo purísimo de la primera época (siglo XIII), y es notable por ser obra de la segunda mitad del presente siglo. Empezóse á edificar en 1852 y abrió sus puertas al cul-

to quince años después. Una amplia escalinata da acceso á tres puertas de la fachada principal: sobre ellas álzase un cuerpo completando este frente, y en seguida dos torres airoas que elevan sus agujas con cruces, á cerca de 70 metros, según supe.

En cuanto á la iglesia de San Víctor, es toda una curiosidad arqueológica: más parece una fortaleza que un templo: sus torres son cuadradas de planta, coronadas de almenas, imponentes, pesadas y macizas.

Preferentemente, aunque con brevedad, por no disponer de mucho tiempo, pasamos á visitar el soberbio palacio de Longchamp, cerca de las afueras de Marsella; monumento que se debe al hábil arquitecto Esperandieu. La fachada consta de tres partes: la central es el *castillo de agua* que en anfiteatro se encuentra colocado: de aquí, descende una cascada primorosa y en lo alto de ella se ve un grupo artístico que representa al río Durance con figuras que le acompañan.

Las otras dos partes laterales están destinadas al rico museo de Bellas Artes; y al Sur del edificio encuéntrase instalado el museo de Historia Natural. La obra se comenzó en 1862, terminándose en 1869.

La Bolsa de Comercio en la calle de la Cannebière, ocupa una manzana y posee dos pisos: el de la planta baja es sencillo, almohadillado, y en la parte principal tiene un cuerpo saliente con puertas arcadas, que sostiene otro cuerpo con una columnata de muy buen efecto. En el primer piso hállase el Tribunal de Comercio de Marsella.

Notables, asimismo, son el Palacio de Justicia, de estilo griego, inaugurado el año 1855. Tiene un pórtico sencillo, con seis columnas jónicas; la Biblioteca recientemente inaugurada (1884), en cuyo entresuelo está la Escuela de Bellas Artes y una magnífica colección numismática: la Biblioteca cuenta con cerca de 100,000 volúmenes: en la escuela se estudia la carrera de arquitecto y la escultura, existiendo para el modelado tres anfiteatros.

En cuanto á otro género de edificios, Marsella tiene varios teatros, siendo los principales el gran Coliseo, el Gimnasio y el de Variedades.

El puerto se limitaba antiguamente á un brazo de mar ó gran bahía cuya entrada se halla aún defendida por dos fuertes: uno, el de San Nicolás, donde hay un faro, y el otro el de San Juan.

Las embarcaciones de todo calado pueden fondear hasta la orilla; pero hoy, los buques mercantes que zarpan en día fijo, echan anclas en el puerto nuevo.

Grandes é interesantísimas obras de ingeniería se han llevado á cabo: el puerto nuevo todo es artificial; un dique cierra por el Oeste la bahía y las dársenas, y por medio de muelles y diques hase establecido la conveniente división. Se forma primero un antepuerto, en seguida está el fondeadero de la *Joliette*, luego el Lazareto y después una dársena, todo limitado entre la costa y el primer gran dique al cual me referí en un principio.

Tales obras han hecho de Marsella, sin disputa, el primer puerto de Francia, y uno de los de primera línea en el Mediterráneo, en el que sostiene activísimo comercio. Puede juzgarse con facilidad de la disposición general del puerto, desde la alta colina sobre la que está edificada la basílica, y que se encuentra muy próxima á la costa.

Las principales calles son la de la Cannebière, que empieza en el puerto; la de Noailles, continuación de la anterior; el *boulevard* (digamos así) de la Magdalena; la calle de Roma y la de Belsunce. Todas son de mucho comercio; tienen grandes establecimientos mercantiles, y el movimiento, que no cesa, las anima y alegra durante el día.

Hicimos también un pequeño viaje en el tranvía eléctrico que parte de la esquina de Noailles y de Belsunce; recorre toda esta avenida, pasa por el arco de triunfo, inaugurado en 1839, y continúa hasta un lugar delicioso, San Luis, en don-

de se encuentran numerosas casas de campo, llamadas *bastidas*.

Como término de nuestra excursión, nuestro amigo el de Francfort nos invitó á subir á la colina de Nuestra Señora de la Guardia y visitar el santuario. Tomamos un tranvía que nos condujo hasta el *boulevard* Vauban; y en seguida un coche que nos dejó cerca ya del hacinamiento de rocas sobre cuyas escarpas yérguese la iglesia.

Poseo también una descripción completa de todo este lugar, una historia de él y varias fotografías; muy ligeramente comunicaré al lector algunos curiosos datos.

La colina que nos ocupa formaba parte desde remotos tiempos de la abadía de San Víctor, y el año 1214 obtúvose una autorización para erigir allí un oratorio, que se transformó en capilla consagrada á la Madre de Dios. La capilla fué, con los años, lugar visitadísimo por muchos peregrinos, y cuando el Papa Benedicto XIII estuvo en Marsella, concedió al pequeño santuario numerosas indulgencias. Dadas las reducidas dimensiones del templo, reconstruyóse en 1525, y en torno suyo mandó el Rey Francisco I construir fortificaciones que deberían servir de defensa á este lugar. Cuando en 1721 cesó la terrible peste que llenó de luto y de terror á la ciudad, Monseñor de Belsunce, seguido de todo el pueblo, subió procesionalmente la colina para dar gracias á la Virgen por la desaparición de la epidemia.

En 1792, á consecuencia de la revolución, se cerró el santuario y se convirtió en bodega, hasta 1807 en que fué restituido al culto.

Durante el cólera de 1835, la estatua de la Virgen de la Guardia se bajó de la colina y se condujo á la Catedral, donde permaneció diez días recibiendo las piadosas oraciones de los marselleses.

La primera piedra de la basílica actual se colocó en 28 de Agosto de 1853; todo está construido con piedras italianas,

con paramentos de sillares, cuyos colores blanco y rosa van alternándose.

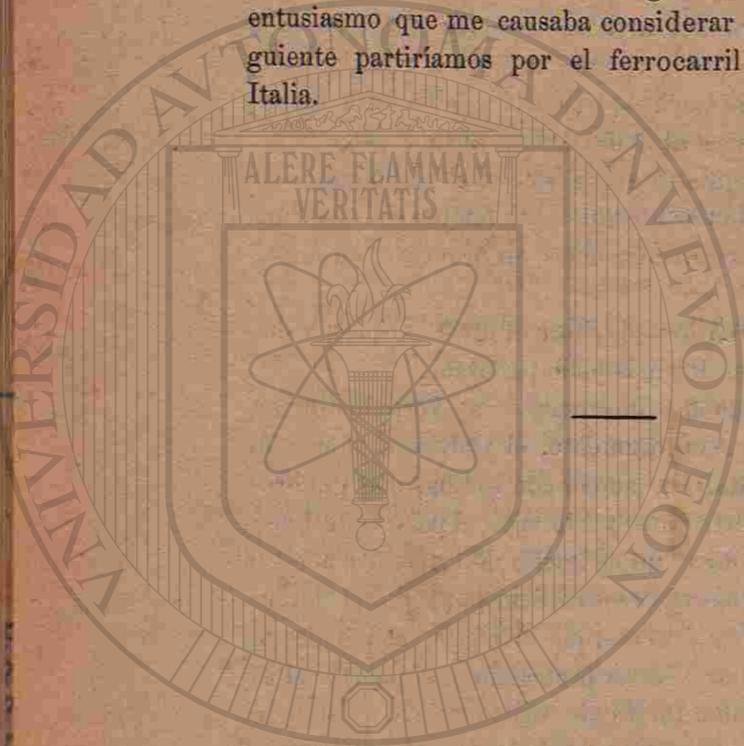
Una escalera monumental de doble rampa conduce al pórtico, cuyas cuatro grandes arcadas sostienen el cuerpo de la torre, de planta cuadrada, terminada por un edículo de columnas porfíricas que sirve de base á la estatua de la Virgen que lleva en sus brazos al Niño Dios. El todo es gallardo, muy esbelto y de exquisito gusto, siendo el estilo empleado en toda la construcción el bizantino. El templo consta de una sola nave, y la riqueza en mármoles, en bronces y en mosaicos es asombrosa.

La basílica tiene 165 metros sobre el nivel del mar; y desde la torre se disfruta del más bello panorama.

Marsella entera estaba á nuestros pies: al Norte distinguíamos la Catedral, el Ayuntamiento, el Calvario, el arco de triunfo y los confines de la ciudad con sus bastidas pintorescas y alegres; por el Oriente, y á lo lejos, el palacio de Longchamp, las agujas góticas de la iglesia de los reformados, la Escuela de Bellas Artes y otros edificios más; por el Sur, los campos dilatados; y finalmente, por el Oeste, las pesadas torres de San Víctor, los fuertes protegiendo al puerto; el célebre castillo de If, donde Monte-Cristo estuvo prisionero, con sus murallas amarillentas y ruinosas, y más allá las olas encrespadas, el horizonte, el infinito mar.....

A no habernos advertido nuestro amigo y bondadoso guía que teníamos que bajar de la colina, de seguro que no lo hubiera yo hecho nunca. Descendimos, pues; salimos de la torre y nos dirigimos á un gran puente, en cuya extremidad opuesta á la en que entrábamos, se hallan los ascensores de vapor. La obra es atrevida, gigantesca, magnífica. Por los ascensores bajamos á Marsella mediante unos cuantos céntimos. Siento no poder describir en todos sus detalles estos aparatos, por ser estrecho el terreno de que puedo disponer: básteme decir que su inauguración tuvo lugar en 1892, y son admirables en cuanto á su mecanismo.

La tarde había caído: después de tan gratas impresiones convine con mis compañeros en que nos recogeríamos temprano para descansar de las fatigas del día, reprimiendo el entusiasmo que me causaba considerar que á la mañana siguiente partiríamos por el ferrocarril de la *Cornisa* para Italia.



CAPÍTULO XXVI.

DE MARSELLA A ROMA.

EL recuerdo de mi pequeño viaje á Italia lo conservaré en el corazón toda mi vida.

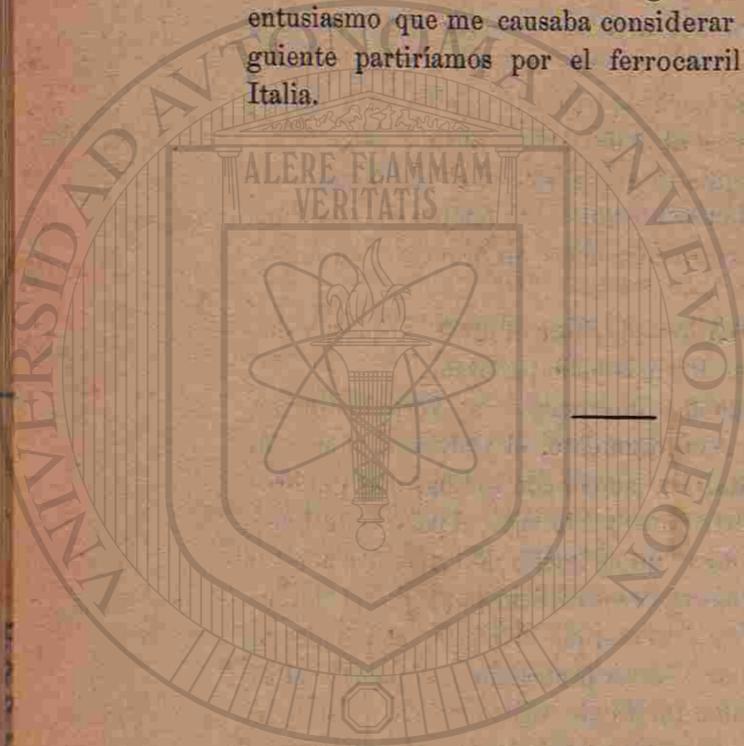
¡Italia! ¡Cuán dulce sueño iba á realizármese, al cabo de tanto tiempo de haber surgido en mi mente, en las plácidas horas de mi tranquila juventud!

Siempre he tenido por aquella tierra clásica y privilegiada del arte, singular predilección. Me encanta y me llena de entusiasmo su nombre solo, y creo que —después de mi patria— en Italia viviría gustoso y satisfecho. Cualquiera de sus interesantes capitales podría elegirla como residencia, sin vacilación; pues que cada una de ellas tiene un cielo sereno y apacible, un ambiente todo lleno de perfumes, un no sé qué de misterioso, que evoca sin cesar “recuerdos de blancas sombras,” como ha dicho un escritor insigne.

¡Oh Italia, dulce Italia! Tú vivirás con tu Roma y con tu Nápoles y con tus arenas calcinadas por el fuego de tus volcanes, y con tu Florencia y tu Venecia tanto cuanto el mundo viva.

En el seno de Italia quiso el cielo que estuvieran juntos los recuerdos más grandes de la sociedad pagana y las glorias más brillantes de la Fe de Cristo. Aquella tierra, que en otros tiempos conmoviase al estruendo de las legiones de Roma,

La tarde había caído: después de tan gratas impresiones convine con mis compañeros en que nos recogeríamos temprano para descansar de las fatigas del día, reprimiendo el entusiasmo que me causaba considerar que á la mañana siguiente partiríamos por el ferrocarril de la *Cornisa* para Italia.



CAPÍTULO XXVI.

DE MARSELLA A ROMA.

EL recuerdo de mi pequeño viaje á Italia lo conservaré en el corazón toda mi vida.

¡Italia! ¡Cuán dulce sueño iba á realizármese, al cabo de tanto tiempo de haber surgido en mi mente, en las plácidas horas de mi tranquila juventud!

Siempre he tenido por aquella tierra clásica y privilegiada del arte, singular predilección. Me encanta y me llena de entusiasmo su nombre solo, y creo que —después de mi patria— en Italia viviría gustoso y satisfecho. Cualquiera de sus interesantes capitales podría elegirla como residencia, sin vacilación; pues que cada una de ellas tiene un cielo sereno y apacible, un ambiente todo lleno de perfumes, un no sé qué de misterioso, que evoca sin cesar “recuerdos de blancas sombras,” como ha dicho un escritor insigne.

¡Oh Italia, dulce Italia! Tú vivirás con tu Roma y con tu Nápoles y con tus arenas calcinadas por el fuego de tus volcanes, y con tu Florencia y tu Venecia tanto cuanto el mundo viva.

En el seno de Italia quiso el cielo que estuvieran juntos los recuerdos más grandes de la sociedad pagana y las glorias más brillantes de la Fe de Cristo. Aquella tierra, que en otros tiempos conmoviase al estruendo de las legiones de Roma,

quedó purificada con la sangre de los mártires que sucumbían entonando himnos y alabanzas al Eterno. Los ídolos, ante quienes se quemaba incienso en copas de bronce y de oro, rodaban de sus pedestales, ya al empuje de las armas bárbaras ó al impulso de la fe cristiana. Italia era el centro de las conmociones de la humanidad. Había nacido para ser grande. Comenzó ciñendo la diadema regia y sucumbió ostentando la imperial corona.

No pudieron contra Italia ni Egipto ni Grecia ni Cartago: todas las naciones más poderosas de su tiempo formaron otros tantos eslabones de la gran cadena que los reyes y los cónsules y los repúblicos y los emperadores fueron sucesivamente elaborando, cadena que, como si hubiese sido de endeble fábrica, de un soplo fué destruída, pero con inmenso, imponente y colosal estruendo.

Hoy queda sólo un montón de ruinas, cual viva muestra de la miseria humana y de cómo son perecederas las grandezas de la tierra.

Aquel hacinamiento tétrico de piedras gigantesas, confuso, misterioso, terrible, parece un capítulo de la *Divina Comedia* inspirado por el genio del Dante y desarrollado con pincel sublime por la mano poderosa de Miguel Angel.

Tantos recuerdos evocados en una noche de inquietudes y de insomnio, hiciéronme poner en pie muy de mañana, dispuesto, con uno de mis compañeros, á emprender el camino de Roma por la vía más cómoda y mejor acondicionada para nuestros inmediatos deseos.

Dos caminos teníamos: uno por ferrocarril y otro por mar. Se nos ofreció la oportunidad de hacer la travesía en un vapor que iba con carga para Civita Vecchia, con escala en Génova; pero aun cuando la línea era muy corta y el pasaje sumamente módico, nos aconsejaron que no hiciéramos tal cosa: primero, porque dejaríamos de gozar de las delicias del camino por tierra; segundo, porque nos exponíamos á las peripecias consiguientes á la travesía en un mal buque de carga

y al mareo indispensable en esas siempre alborotadas ondas del Mediterráneo.

Resolvimos, pues, irnos por ferrocarril directamente; y á fe que, lejos de arrepentirnos, tuvimos horas de expansión y de gozo inenarrable.

¡Qué camino! ¡Qué todo aquel tan poético y tan interesante al par!

Apunté ya en mi capítulo antepasado que el camino á orillas del Mediterráneo es encantador entre lo bello, magnífico: todo aquel que haya recorrido el tramo de Marsella á Génova, convendrá conmigo en que nada hay que pueda bosquejar con toda la fuerza de su propio colorido y con todas las galas de su encanto á aquel espléndido camino.

Esta línea llámase de la *Corriça* (la *Corniche*) y la vía enteramente sigue las sinuosidades de la costa, que llevábamos á la derecha; mientras que por la izquierda, arrancando del seno mismo de las aguas, teníamos la mole gigantesca de los Alpes Marítimos y después la de los Apeninos.

A las nueve de la mañana salimos de Marsella, dejando á lo lejos el santuario de Nuestra Señora de la Guardia, que fué perdiéndose hasta desaparecer de nuestra vista.

Siguiendo mi costumbre, abrí mi libro de apuntes y comencé mis impresiones de *vuela lápiz*, desordenadas, del momento, incoherentes y muchas veces ininteligibles para el mismo que las escribe; pero que, andando el tiempo, sirven de ayuda poderosa para la memoria. Llegó un instante en que me fué imposible anotar. ¡Quién se entretiene en semejante cosa, cuando la vista es poca para la admiración de aquel brillante panorama que teníamos delante! Alzábanse las olas, una tras de la otra, coronando su cúspide de espuma, gimiendo á media vara del camino de hierro y muchas veces saltando hasta nosotros sus menudas gotas de agua; de repente atravesábamos un túnel y descubríamos á la salida los valles cultivados, las laderas con sus aldeas risueñas, algún castillo feudal semiarruinado ó alguna vieja fortaleza deshabitada y fan-

tástica en la cumbre puntiaguda de algún cerro. Multitud de pueblecillos pintorescos situados en la playa, bulliciosos y alegres, y por la superficie del mar bogando numerosas barcas. ¡Qué espléndido resultaba el paisaje!

Todo me encantaba: no sabía en realidad en qué fijarme preferentemente: lejos de comunicar impresiones ó apuntarlas, permanecía mudo, contemplaba aquello que jamás mis ojos habían visto, y dejaba correr la imaginación, con frecuencia trayendo á la memoria recuerdos de otros tiempos: ese mismo mar surcáronlo tantas y tantas ocasiones los bajeles de Fenicia y de Cartago: estas mismas tierras que atravesá-bamos ahora por medio de la veloz locomotora, holláronla los ejércitos de Galia; y allí pusieron sus garras las feroces águilas romanas.

Poco después de nuestra salida de Marsella, llegamos á Tolón, plaza fuerte de primer orden y puerto militar francés, situado en el departamento de El Var, limítrofe por el Oeste, con el de las Bocas del Ródano. Allí supimos que se encontraba fundada nuestra Corbeta-Escuela "Zaragoza," reparándose después de su asistencia á las fiestas de Huelva, con motivo del centenario del descubrimiento de América.

De Tolón seguimos para Cannes, ciudad importantísima del mismo departamento de El Var, en la cual desembarcó el Emperador Napoleón I el año 1815, á su vuelta de la isla de Elba. ¡Cuánto llamó nuestra atención ver en los alrededores de Cannes, palmeras y magueyes!

El tren iba rápido: almorzamos, y no con mucha frugalidad, por cierto, con las provisiones que nos dispusieron en Marsella; á las dos de la tarde comenzamos á distinguir á la populosa y pintoresca Niza, en la cual estuvimos á los quince minutos. Desde la altura en que nos hallá-bamos se distinguían sus amplias calles, sus edificios magníficos y la orilla del mar. Este bello puerto, situado cerca de la desembocadura del Paillon, es la capital del departamento francés de los Alpes Marítimos, y su clima es delicioso.

Pasamos sucesivamente por distintas poblaciones, muy bellas todas, como el Var y Ville Franche; aquel lugar es tan primoroso, que á un puertecito encantadoramente situado le han dado los franceses el nombre de *Beau Lieu*.

Más tarde presentá-bansenos á lo lejos las abruptas y escarpadas rocas, voladas hacia el mar, del principado independiente de Mónaco. El castillo del príncipe defiende á la ciudad, que, amurallada, extiéndese al pie de aquella fortaleza inexpugnable, centinela imponente que causa una sensación extraña.

La vía férrea cruza la ciudad de Mónaco, dejando las masas basálticas citadas á nuestra diestra, y descubriéndonos á la izquierda nuevo panorama, soberbio como los que habíamos contemplado.

En un escalón de los Alpes, junto á Mónaco, se ha construido un palacio verdaderamente regio, con todos los atractivos que la mano del hombre puede colocar en un sitio de recreo: es Monte-Carlo, la gran casa de juego, donde á diario lo menos un individuo se quita la existencia; en donde el oro se derrama por doquiera y los grandes capitales se derrumban y tantas fortunas se desvanecen como el humo y tantos hombres han perdido su ventura. No dejamos de ver aquel centro abominable con temor, y afortunadamente lo pasamos luego, deteniéndonos el tiempo necesario para darnos alguna idea de ese lugar.

Nos acercá-bamos á la frontera italiana: llegamos á Menton, penúltimo punto para cambiar de tren, y al poco tiempo cruzamos la línea divisoria entre Francia é Italia, deteniéndonos en Vintimiglia. Aleccionados ya por el registro de equipajes en Cervère, hicimos conducir los nuestros á la Aduana, en donde los empleados, hablando francés y con la propia finura de los agentes de la nación que un momento hacía que acabá-bamos de abandonar, nos interrogaron acerca de si teníamos objetos que declarar. Pronto señalaron con gis nuestras maletas, que pasaron al tren directo para Génova, donde

nuevo cambio deberíamos efectuar y por cierto á incomódísima hora.

En Vintimiglia nos llamaron desde luego la atención los uniformes italianos de la Guardia civil, y los azules con franjas amarillas de los policías, con sombreros de anchas alas y vistosa pluma: hay que confesar que, en cuanto á uniformes europeos, muchos me parecieron teatrales.

Como el tren partiría á las dos horas de nuestra llegada á la frontera, tuvimos tiempo de recorrer la población, que no es muy grande y carece de importancia.

Curioso fué en Vintimiglia, notar ya en nuestros relojes alguna diferencia: traíamos la hora correspondiente al meridiano de París, y, por la longitud, debíamos desde luego referirnos á la hora de Roma.

A las 6.45 de la tarde íbamos en camino para Génova; la noche empezó á tender su manto de luceros, y por fortuna nuestra gozamos de la claridad melancólica de la luna, que á la sazón cumplía su cuarto creciente.

Continuamos siempre por el litoral ó *maremma*, como los italianos dicen. A las 11 de la noche la gran bahía de Génova, profusamente iluminada por las innumerables luces de las embarcaciones, presentaba á lo lejos un aspecto fantástico. Lo primero que descubrimos fué la luz del faro; y poco á poco la masa negra de la ciudad acercábase á nosotros. Antes de entrar á la bellísima estación, el ferrocarril pasa sobre las techas de las casas de una población que es como un barrio de Génova; al poco rato estábamos en la gran ciudad.

Génova despertó en mí multitud de recuerdos. Fué llamada en los mejores tiempos de su poder y su grandeza la *Soberbia*. Colocada en el fondo del golfo de su nombre, en aguas del viejo mar Ligurio, extiéndese en anfiteatro al pie de los Apeninos, en terreno perteneciente á los antiguos Estados sardos. Fundada en el siglo VIII antes de Jesucristo, fué destruída por un hermano de Aníbal durante la segunda guerra Púnica. Los romanos la reedificaron, y corriendo los años,

formó parte de los poderosos dominios de Carlo Magno. Bajo su independencia, conquistada en la décima centuria, Génova prosperó, se enriqueció y floreció grandemente. Rival de Pisa, causó la ruina de esta ciudad; apoderóse de Córcega, y tuvo la suerte de poder fundar colonias en remotas tierras del mundo entonces conocido.

Las guerras intestinas minaron el poder de Génova, sobre todo, aquellas memorables luchas entre gibelinos y güelfos. Más tarde, como Venecia, tuvo su *dux*, y con el tiempo se constituyó en República. Fué asimismo parte de Francia; perdida por esta nación en los comienzos del presente siglo, hoy pertenece á Italia. Génova ha reclamado la gloria de ser la patria del ilustre descubridor del Nuevo Mundo, y en honor del insigne navegante, la ciudad posee un bien acabado monumento.

Génova es una capital importantísima: es majestuosa, imponente; tiene palacios de mármol, grandes plazas y calles monumentales, como es característico en todas las capitales europeas. Siento no haberla podido recorrer como deseaba; pero nuestro tiempo estaba contado, y más valía consagrarlo todo entero al estudio de la señora del mundo, la eterna ciudad de Rómulo.

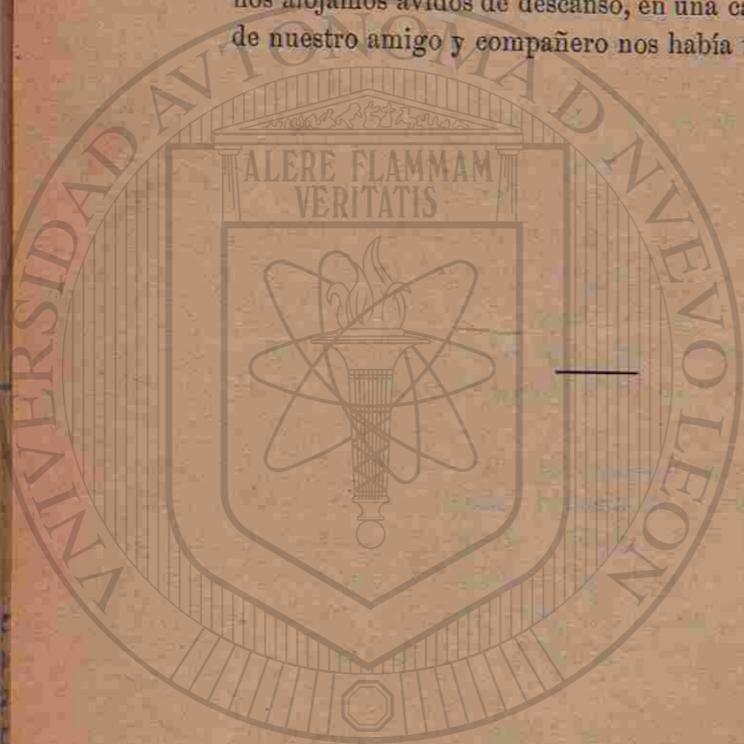
A media noche abandonamos la opulenta capital piamontesa; á hora muy avanzada pasamos por Pisa y otras muchísimas ciudades, y á las nueve y media de la mañana llegamos á Civita Vecchia.

Mi emoción crecía: media hora más y pisaríamos el suelo de Roma. En efecto, cerca de las diez distinguimos la cúpula de San Pedro, y las murallas de la ciudad con la gran tumba piramidal de Cayo Sextio, y sonando las diez, el silbato de la locomotora nos anunció que entrábamos á la estación.

En ésta, ya nos esperaba uno de nuestros compañeros, que se hubo adelantado, y que se educó en la misma capital de Italia. Acompañábale un personaje conocido de todo mexicano que visita la Ciudad Eterna: el Sr. Don Enrique Ange-

lini, Cónsul de México en Roma, y de quien adelante os hablaré, por merecerlo y mucho.

Tomamos un carruaje que nos condujo por varias calles, y nos alojamos ávidos de descanso, en una casa particular, donde nuestro amigo y compañero nos había recomendado.



ITALIA.

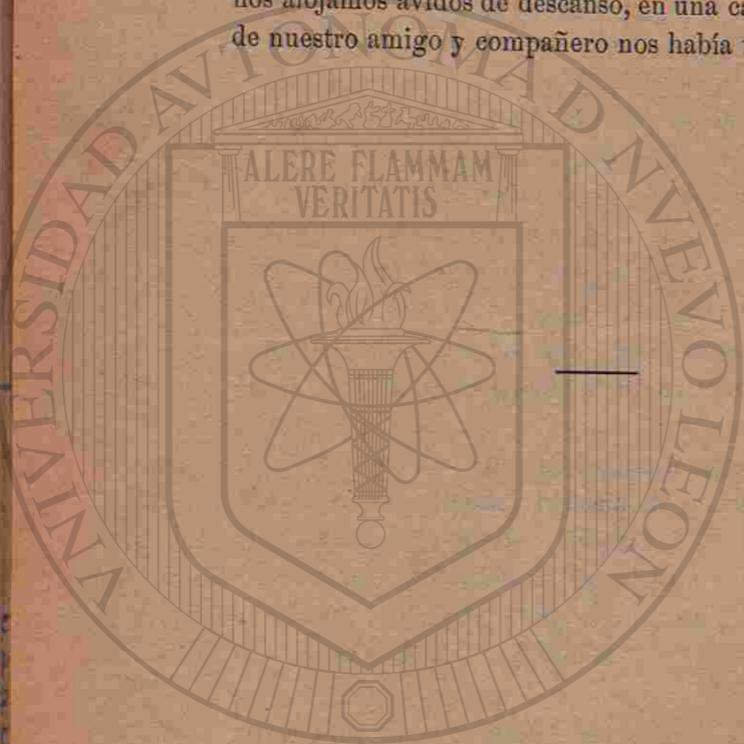
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lini, Cónsul de México en Roma, y de quien adelante os hablaré, por merecerlo y mucho.

Tomamos un carruaje que nos condujo por varias calles, y nos alojamos ávidos de descanso, en una casa particular, donde nuestro amigo y compañero nos había recomendado.

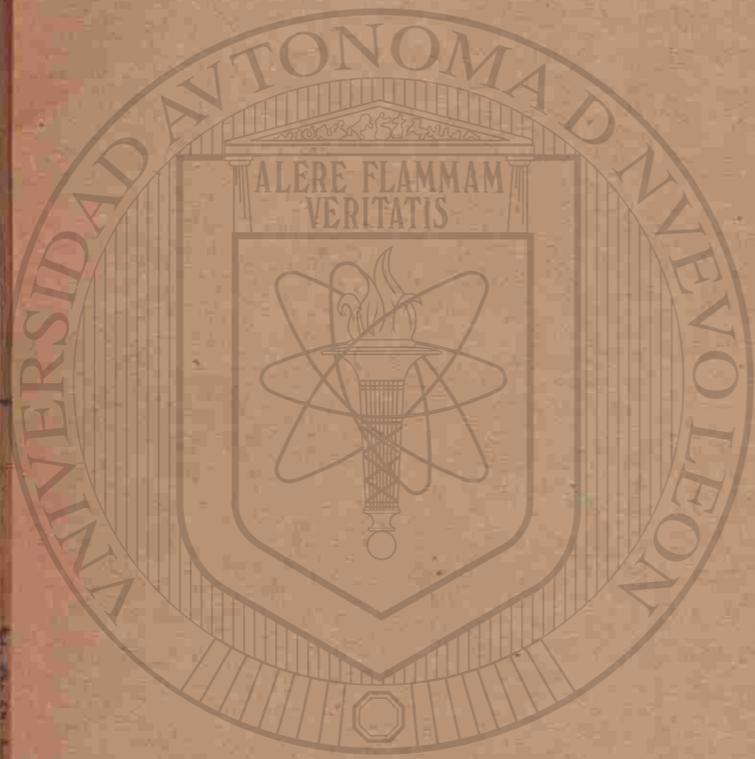


ITALIA.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO XXVII.

ROMA.

CONJUNTO GENERAL.

UN artículo más acerca de la Ciudad Eterna, es como una gota de agua caída en medio de la extensión infinita del Océano.

¡Cuánto no se ha escrito! Cuánto no se ha meditado sobre aquellos mármoles rotos y aquel conjunto lleno por donde quiera de recuerdos!

No son estos renglones más que la muy sencilla expresión de lo que sentí en medio de la capital de Italia, con sus ruinas insepultas, con el recuerdo de sus genios y de sus hombres inmortales.

Tengo para mí que Roma, desde el punto de vista histórico, apenas si tiene otra rival; desde el punto de vista artístico, apenas si tiene segundo.

Es la ciudad histórica por excelencia: reúne dentro de sus muros de piedra de color indefinible, las tradiciones de gran parte de los pueblos de la antigüedad: fué dueña y señora de casi todas las naciones del mundo conocido, y los despojos adquiridos en la guerra, transportábalos á orillas del Tíber, como la mejor enseña de conquista. Las águilas romanas pa-

searon desde las apartadas tierras de Sarmacia, hasta las cálidas de la Mauritania; desde la Hibernia, batidas sus costas por las aguas del mar Océano, hasta las márgenes del Nilo: del Septentrión al Mediodía y del Orto al Ocaso, donde el sol se ocultaba misteriosamente á la vista asombrada de los astrónomos de entonces.

Castelar ha dicho con precisión notoria que "Roma es la ciudad de las tristezas eternas."

Sentís, en efecto, dentro de aquellos muros, una melancolía extraña: por todas partes veréis los restos colosales del caetismo que siguió á la caída formidable de la vieja Roma: por todas partes soledad, silencio imponente, como si la ciudad estuviese dormida después de las fatigas de la orgía.

Los arcos triunfales no han vuelto á sentir las conmociones de la tierra, al paso de los brillantes carros, bajo sus arcos, donde orgullosas se paseaban las matronas romanas, y los césares con su frente ceñida de laureles. La Vía Sacra no ha vuelto á ser hollada por la sandalia de los pretores y los cónsules. Por todas partes se escuchan como suspiros que surgen del seno de las tumbas, de en medio de las piedras mismas: parece que murmuran confusamente las vestales por no haber vuelto á cuidar del sacro fuego: parecen ser como los últimos ecos de los oradores ó los gritos lejanos del pueblo hacinado todavía en las gradas de piedra del Anfiteatro Flavio: las fuentes no cesan de gemir un instante: el Tiber de llevar al mar sus aguas soñolientas.

El conjunto de Roma es imponente y grandioso: todo colosal y fabricado por una raza de cíclopes. Debe haber sido en todo su esplendor una ciudad deslumbradora. Templos inmensos con columnatas y frontones y estatuas de mármol blanquísimo; arcos de triunfo con bajos relieves y labrados exquisitos; columnas conmemorativas gigantescas, cuajado su fuste de arriba abajo de un infinito número de figuras en relieve; palacios soberbios, termas inmensas, circos amplísimos y teatros para la diversión del pueblo. Las reconstruc-

ciones que se han hecho idealmente de la Roma antigua, apoyadas en referencias históricas y en lo que existe, demuestran la grandeza increíble á la cual llegó la Señora del mundo. Hoy sólo quedan frontones rotos, columnas semisepultadas, capiteles desportillados, estatuas mutiladas, bajos relieves en estado de fragmento; pero todo hacinado ó disperso y en grandes cantidades.

Sin embargo, hay no poco que permanece en pie: mucho de ello, no obstante la injuria de los años, puede decirse que casi se conserva intacto. Y todo aquello que no han podido derrumbar ni los siglos ni los hombres, pasma al verle con proporciones desmedidas, titánico, inmenso, colosal; tumbas para restos de gigantes, como la de Adriano; plazas de piedra formidables, para espectáculos sangrientos, como el Coliseo; bóvedas esféricas cubriendo espacios circulares increíbles, como la del Panteón de Agrippa; calzadas interminables, cubiertos ambos lados de sepulcros, como la Vía Appia: tal es la Roma que ha quedado en pie, la Roma que demuestra todavía los girones empolvados de sus galas de los mejores tiempos de su poder y su grandeza; la Roma dueña y avasalladora y soberana del mundo, bajo cuya férula estuvieron tantas y tantas naciones poderosas. Sus rivales sucumbieron presto aniquiladas, como los hombres, por los rayos de Júpiter. Su situación geográfica en el antiguo continente, que la colocaba en el centro de sus dominios vastísimos, la favoreció del todo.

Casi al rayar la aurora de su origen, envuelto en los velos de la leyenda y de la tradición, puede asegurarse que se constituyó independiente, con jefes propios y gobierno propio: bastante, es cierto, sabemos de la historia de Roma para decir que no hay tropiezo, como en las dinastías egipcias, al contar la serie cronológica de sus gobernantes; ni que se hallen confusos ó dudosos los relatos de sus hechos culminantes: y quien no tenga rudimentos de historia, en Roma, con estas páginas vivas, podrá en un día saber quién fué la seño-

ra del mundo, la capital y corte de la primera nación del orbe entero en la Edad Antigua.

Roma no alcanzó ni en sus tiempos más felices de los reyes ó de la República ó de los triunviratos, el auge y el poder conquistado bajo el cetro de un hombre afortunado: Octavio, el primero y más augusto de los césares; el que restableció en todo el Imperio la deseada paz, y en cuyos dominios y en su tiempo se verificó el más grande de todos los acontecimientos históricos de la tierra: el nacimiento del Salvador del género humano.

En la época de Augusto, el poder de Roma fué inmenso: las fronteras del Imperio llegaban casi á tocar los límites del mundo conocido: por el Norte se extendían hasta los helados confines de la Escitia y lo poco explorado de la Escandinavia, que habitaban los godos. Por el Oriente, el Rha, el Mar Caspio, las tierras de la Armenia y de la Asiria, la Mesopotamia y los desiertos árabes. Por el Sur, hasta los desiertos líbicos y la cordillera del Atlas. Después, por el Ocaso, el infinito mar con sus olas coronadas de espuma: el misterioso mar desconocido, terrible, ocultando tras de sus montañas líquidas el secreto de otro mundo ignoto.

Era, pues, Roma dueña, á la sazón, de la Hibernia y de la Bretaña; del Quersoneso Címbrico que hoy es la Dinamarca; de la Galia ó Francia actual; de la Germania ó Alemania; del extensísimo país de los Sármatas ó Rusia; de España y Lusitania; de Italia toda; de Grecia, con Macedonia y la Tracia; del Asia Menor, hoy Turquía de Asia, con la Galacia, la Capadocia y la Sicilia; de los países del Tigris y el Eufrates; de la Siria y la Judea. En África, era dueña asimismo de la Mauritania y la Numidia, del África cartaginesa, de la Cirenaica y del Egipto. Además, las islas del Mar Mediterráneo y del Egeo.

Tal era el Imperio romano, al cual sólo ha podido comparársele, en extensión, en los modernos tiempos, el de Carlos V.

Cayó al fin en manos de las hordas bárbaras, quizá en pago de tantos crímenes como se consumaron en el Imperio todo: después de Augusto y de Tiberio, los emperadores no fueron como tales, sino verdaderos monstruos pertenecientes á otra especie que no á la humana, como un loco y extravagante Calígula que hizo cónsul á su caballo; como un imbécil Claudio ó un Nerón bárbaro y cruel.

Pero en medio de tanto desenfreno y de festines báquicos y de asesinatos sin cuento, surge la Roma cristiana levantando por los aires la cruz, mantenida ésta hoy firme en su pedestal grandioso de la cúpula de San Pedro; los millares de mártires buscan su refugio en esas admirables catacumbas que se encontraron más tarde atestadas de huesos y cubiertas de sepulcros hoy vacíos: levántanse basílicas al verdadero Dios con los despojos de los templos paganos; y hé allí á la Roma de los Césares que de pronto se trueca en la Roma de San Pedro y de San Pablo, allí inmolados, allí conservadas en relicarios de mármol sus cenizas venerandas: allí, dejando el Príncipe de los Apóstoles edificadas los cimientos de la Iglesia Universal que de ella cuidarían los subsecuentes Vicarios del Crucificado.

Esta mezcla de paganismo y cristianismo da á Roma una fisonomía tan extraña que no tiene segundo, y que hace á la ciudad doblemente interesante.

Situada sobre una serie de colinas, cuales son el Vaticano, el Quirinal, el Viminal, el Monte Capitolino, el Esquilino, el Palatino, el Janículo, el Aventino y el Monte Celio, tiene cuevas muy pronunciadas, pendientes de grande inclinación que artísticamente se han sustituido por amplias escalinatas, muchas de ellas.

El histórico Tiber la atraviesa de Norte á Sur, cargado al Occidente; y sobre su lecho hay varios puentes notables, que veremos después, y otros ahora en construcción.

De aquí resulta que la ciudad actual se encuentra naturalmente dividida en dos fracciones: una al Este, otra al Oeste:

la primera mucho más considerable que la segunda; y ambas, en su línea, importantísimas. La parte antigua está unida á la moderna, de suerte que no puede establecerse división alguna.

Cércanla gruesas murallas con diversas puertas, entre las que recuerdo del momento la puerta Pía, la del Pueblo, la de San Lorenzo, la de San Juan de Letrán, la de San Pablo y otras, por algunas de las cuales pasaremos para visitar lugares interesantes á extramuros de Roma, como las catacumbas de San Calixto, la grandiosa Basílica de San Pablo y la curiosa iglesia de San Lorenzo, una de las más antiguas que se conocen, y en donde descansan los restos de Pío IX.

No debemos perder de vista que Roma tiene importancia, no sólo como ciudad histórica, por sus recuerdos ó por sus monumentos, sino que es tambien depositaria de tesoros artísticos de todo punto inapreciables: cada uno de sus templos, cada uno de sus palacios, tiene riquezas de arte que asombran y que admiran á los centenares de viajeros que á diario van á Roma á contemplarla, ya que para estudiarla se requieren lustros.

El gran museo del Vaticano, uno de los más famosos del mundo, basta para ocupar la atención durante muchos días, por la inmensidad de sus salas y la espléndidez de sus soberbias colecciones de diverso género.

No es posible que de antemano pueda yo trazarme un plan para poder hablaros como yo deseara de esta Roma, que la encontré tan llena de atractivos, tan grande y tan extraña, que ha dejado para siempre huella hondísima en mi corazón.

Iré desarrollando puntos muy ligeramente, á medida que vayan surgiendo mis recuerdos, y ordenando mis confusos apuntamientos de viaje.

Consagraremos particular atención á lo más digno de notar y en donde, en consecuencia, nos detuvimos más en su vista; que al fin la grata compañía del bondadoso lector me da fuerzas y entusiasmo para ocuparme en la soberbia Roma,

en la cual todo es imponente, silencioso, tétrico, solemne: en medio de su silencio y aquellas soledades, una voz poderosa es la única que del seno de la vieja y la moderna Roma parte, y cuyos ecos, al cabo de diez y nueve centurias, no se extinguen en el mundo: la voz augusta del Supremo Jerarca de la Iglesia.

CAPÍTULO XXVIII.

ROMA.

LA BASILICA DE SAN PEDRO.

I

LA idea predominante que tuve al llegar á la Ciudad Eterna, fué visitar ante todo la famosa Basilica de San Pedro, tan ponderada en el mundo entero, más que por su espléndida belleza artística y por lo que encierra de interesante y de notable, por su magnitud colosal y por su grandioso aspecto.

A mí me interesaba todo: quería ver, quería palpar con mis propios ojos al gigante de piedra, único en el mundo: obra salida de las manos titánicas de ingenios sin segundo; maravilla del arte con proporciones ciclópeas, pero ajustadas á la armonía más perfecta, á los contrastes más bien combinados.

Parecía yo un chiquillo, aguardando regocijado la hora en que mis amigos debían estar presentes para llevarnos á San Pedro. Aseguro que estuve impaciente. Con la imaginación miraba mientras la Basilica, tal cual me la había forjado desde antaño, recordando las numerosas fotografías y grabados y relieves que la representan. ¿Quién no ha visto dibujada la Plaza de San Pedro, con sus galerías de columnas y sus fuen-

tes, y la fachada de su iglesia inmensa? En una obra francesa de Arquitectura había yo visto un gran grabado del interior de la Basilica, hecho por Hibon á la edad de ochenta años; tenía yo asimismo en la memoria la forma y aun algunos detalles de la planta de ese templo célebre, y necesitaba ratificar mis emociones, sentir las allí mismo, allí bajo las altas bóvedas; allí frente á las tumbas soberbias de los papas; allí en aquella inmensidad de que no puede darse idea; allí en donde perennes flotan las sombras de esos artistas que llenan todo un siglo con su nombre cargado de gloria; allí donde yacen en sarcófago de bronce las cenizas del Príncipe de los Apóstoles; allí, en fin, donde millares de millares de hombres, de todas clases y categorías y condiciones, entusiasmados vitorean á menudo la venerable figura del Pontífice de la Iglesia Católica.

¡Oh Roma inmortal! Tus crímenes quedaron compurgados con tu caída estrepitosa: tu suelo, manchado por la planta impura de tus bacantes, quedó purificado con la sangre de los mártires cristianos; tus altares, ante los cuales se quemaba incienso en honor de los ídolos groseros, trocáronse en altares del verdadero Dios, en cuyas aras se inmola el nítido Cordero; tus foros quedaron desolados; tus circos, solitarios; tus palacios, con su orgullosa frente hundida en el polvo donde se han mezclado las cenizas de César con los *debris* de las togas de los magistrados: todo es tristeza al lado de tus ruinas; pero responde y dí que el entusiasmo y la vida y la alegría dominan al lado de la Roma cristiana de los Papas y de las catacumbas.

Roma sin los Papas no sería Roma. Sin la Iglesia hubiera perecido. Basta recorrer las calles ó las plazas ó las ruinas, para saber que casi todos los Pontífices han sido los conservadores y restauradores de todo lo que en Roma existe.

Pero no entremos por ahora en consideraciones, que serán materia de nuevo capítulo.

Al fin nuestros amigos, entre los cuales tuvimos siempre

el gusto de contar á nuestro Cónsul Sr. Angelini, se presentaron en la casa en donde nos alojamos uno de mis compañeros y yo. En el acto la emprendimos á pie rumbo á San Pedro.

La ciudad es muy irregular: tiene además el sello de todas las ciudades históricas de importancia: edificios negruzcos, callejas, callejones, vericuetos, plazas con obeliscos, iglesias en número crecido, todo lleno de majestad y de misterio. Nuestros guías bondadosísimos nos explicaban cuanto encontrábamos al paso; y á fe que les estoy agradecido por la satisfacción que tenían en contestar la serie impertinente de mis continuas preguntas.

Pronto nos hallamos en la margen izquierda del Tíber: el río es bastante ancho, y ahora se revisten sus orillas con sillares de cantería, como el Sena, dragándolo para hacerlo navegable: estas obras, que tienden á modernizar á Roma, no creo que puedan perdonárseles á los italianos.

¿Por qué volver moderna una ciudad que debe de dejarse intacta, con su fisonomía característica y propia? Roma debe quedarse con sus piedras rotas, con sus capiteles y columnas y frontones hacinados en armonioso desorden; con sus estatuas mutiladas y con sus arcos triunfales aislados, sin que una piedra más profane aquellos recuerdos tan originales y auténticos.

El Tíber separa completamente el resto de la ciudad de la colina Vaticana, á cuyo pie se levanta la gran Basílica. El monte queda en la región Nordeste de Roma, cercado de murallas por el Norte, el Mediodía y el Occidente, con sus jardines y su templo y sus palacios.

Seguimos teniendo á nuestra derecha al Tíber, y á poco andar distinguimos á lo lejos la enorme mole del mausoleo de Adriano, hoy Castillo del Santo Angel; y pronto la tuvimos muy cerca, al otro lado del río. Imaginaos una mole amarillenta, de figura cilíndrica, inmensamente gruesa, como una pesada torre extraña, con un anillo de piedra que la rodea,

sostenido por cartelas, á manera de barbicanas, circuida de murallas como una fortaleza, y el todo coronado por un angel colosal de bronce, obra de Verschaffelt. El aspecto es severo, imponente é infunde en el ánimo una sensación muy extraña.

Es un raro monumento, que en sus tiempos primitivos se destinó para sepulcro de su fundador Adriano, alzando su fábrica, semejante á algunas de ciertas tumbas que más adelante veremos en la Via Appia: se cuenta que la altura del mausoleo alcanzaba á cincuenta metros. Más tarde sirvió de fortaleza en algunas invasiones que sufrió Roma, y hasta la fecha sirve de ciudadela. Diariamente, al pasar á las doce el sol por el meridiano del Castillo, se dispara un cañonazo, por el que todos se rigen para el arreglo de los relojes.

Sobre el Tíber, y frente al Castillo, hay un puente antiquísimo, el viejo puente Elio construído asimismo por Adriano en el siglo segundo de nuestra Era, para comunicar la tumba con el resto de la ciudad. Tiene diez ángeles colosales dibujados por el Bernino, de mal gusto, y que se colocaron allí á fines de la décimaséptima centuria: hoy se ensancha el puente, y mientras se terminan las obras, se ha colocado á poca distancia un magnífico puente colgante metálico, que es una soberbia obra de ingeniería; sobre él pasan, además, los omnibus y tranvías.

Desde aquí, donde se disfruta de una hermosa vista, vimos descollar la cúpula de San Pedro, todavía lejana. Del puente pasamos á la plaza del Plebiscito, bastante irregular, y cuyo lado septentrional lo cierra parte del Castillo del Santo Angel; de aquí, dimos vuelta á la izquierda por unas calles angostas y rectas, que llevan el nombre del Borgo Vecchio (casi paralelas están las del Borgo Nuovo), que nos condujeron, á poco andar, á la plaza Rusticucci, que forma la entrada á la de San Pedro, á la cual pronto llegamos.

Todo el mundo ilustrado sabe que esta bellísima plaza, de singular aspecto, es de planta perfectamente elíptica. Circú-

yenla por el Norte y por el Sur dos galerías, formadas ambas por hileras de cuatro columnas en fondo, en número de doscientas ochenta y cuatro, de orden dórico, terminadas por un entablamento sobre el cual descansa una balaustrada que exornan numerosas estatuas de santos.

Esta construcción imponente fué ideada por el Bernino, arquitecto que floreció á mediados del siglo XVII, con el objeto de que desapareciera el mal aspecto de la plaza, rodeada por edificios toscos y vetustos. No cabe duda que el pensamiento fué acertado, aun cuando el Bernino casi nunca brilló por su buen gusto.

La plaza tiene un buen pavimento de piedra: en el centro se levanta el célebre obelisco transportado de Heliópolis á Roma por Calígula. Sixto V, á quien mucho debe Roma, hizo conducirle á este lugar, en el último tercio del siglo XVI, y sabido es que, acerca de la maniobra peligrosísima que tuvo que hacerse para levantar el obelisco, se cuenta una anécdota, que corre con todos los visos de la exactitud. Dícese que dirigía la operación el arquitecto Domingo Fontana, quien no habiendo calculado bien la tensión que adquirirían los cables, la maniobra estaba á punto de fracasar. ¡Qué momentos de angustia! Los cables, de un instante á otro, rompiéndose harían caer al obelisco, cuya destrucción era, en consecuencia, inevitable; pero de repente se oye una voz que grita ¡agua á las cuerdas! Humedécense los cables, y la operación acaba de practicarse con gran felicidad. Se agrega á la anécdota, que el *inspirado* fué un pobre marinero de San Remo, llamado Bresca, á quien distinguió mercedamente el Pontífice.

Ocupando los focos de la elipse, míranse dos grandes fuentes, único adorno de la plaza, cuyo conjunto resulta severo y majestuoso; digna entrada—como ya se ha dicho—de la iglesia más vasta de la tierra.

Muy bien han hecho en dejar aquel sitio limpio, sin jardines, sin árboles que obstruyan la vista del conjunto. Si nuestra Plaza de Armas de México, que es una de las más gran-

des y regulares del mundo, careciera de jardines, y tan sólo, como en otra época se proyectó, tuviera en su centro el monumento, por ejemplo, á la Independencia, el aspecto resultaría imponente, grandioso y digno de esa plaza tan interesante por sus recuerdos y por sus edificios magníficos, como la Catedral. Si el atrio de ésta no tuviera plantas, como no hace mucho tiempo, ¡cuánto ganaría en belleza, aderezándola con elegancia y sencillez!

De las dos extremidades occidentales de las galerías citadas, parten hacia el ocaso otras dos alas rectas, sostenidas por gruesos pilares: las alas no son paralelas, sino que adquieren su mayor anchura al terminar á ambos lados del pórtico de la iglesia: de aquí resulta otra plaza mucho más reducida que la anterior, en forma de trapecio, y casi toda ella ocupada por la escalinata que da acceso al templo. En consecuencia, contamos 240 metros para el eje mayor de la plaza elíptica, y 340 metros desde el límite entre aquella y la plaza Rusticucci hasta el pórtico del templo. ¡Bellísimo conjunto, único en su especie, y que nunca se acaba de admirar!

Cerca del obelisco nos instalamos por un momento para darnos idea más clara de aquella perspectiva: á nuestra derecha y tras la galería de este lado, descubrimos las habitaciones pontificias con las dos ventanas de las piezas del Papa; un poco más allá, los corredores del patio de San Dámaso (*cortile di S. Damaso*), y el conjunto del Palacio Vaticano, en donde está el espléndido museo que veremos—Dios median-te—en un capítulo especial. En el ángulo que forma la galería elíptica y el ala recta del Norte, se halla la puerta (*portone di bronzo*) custodiada por la brillante guardia suiza, y por la cual puerta penetraremos al Palacio.

Después, en el fondo de las plazas, teníamos la fachada del templo coronada por esa cúpula inmensa, creación grandiosa del genio formidable de Bramante, y levantada con el concurso de las fuerzas titánicas de Miguel Angel.

¡Lástima que la fachada no corresponda á la grandeza del

templo! ¡Lástima que el efecto que el autor de la gran cúpula quiso dar á su obra, se haya destruído con estas construcciones desgraciadas! Culpa fué del Bernino, que se metió á modificar los planos de los insignes arquitectos de San Pedro: pero si bien es cierto que, por una parte el mérito de la cúpula no puede realzar, mirándola desde el frente principal de la Basílica, también lo es que, por la obra del Bernino, resultó ser San Pedro la iglesia sin rival en dimensiones.

La fachada es de mal gusto, un tanto barroco. Fué hecha gobernando Paulo V, al decir de la leyenda latina que en el friso hay esculpida. Tiene dos cuerpos: el primero, corintio, consta de ocho columnas y cuatro pilastras que sostienen un entablamento, descollando en medio de éste un frontón triangular en cuyo tímpano campean las armas de la Iglesia.

Cinco puertas, tres de ellas más grandes que las otras dos, dan acceso al vestíbulo del templo, corriendo encima de cada una un orden de balconería, siendo el principal balcón aquel en el que daban los Papas la bendición apostólica en los momentos de ser exaltados solemnemente al pontificado. Encima de este cuerpo asiéntase el otro, que es un ático, con ventanas, y coronado por las estatuas colosales del Salvador y de los doce apóstoles. Aun cuando esta fachada es muy extensa, el conjunto de su fábrica está muy lejos de revelar que, traspassando sus dinteles, se admira una obra llena de grandiosidad y de tesoros.

Estamos, pues, á las puertas de San Pedro: preparémonos á hacer una visita, si no minuciosa, al menos si que pueda satisfacer un tanto nuestra curiosidad. Descubrámonos y penetremos al templo tantas veces celebrado.

CAPÍTULO XXIX.

ROMA.

LA BASÍLICA DE SAN PEDRO.

II

QUIÉN no sabe que San Pedro es la iglesia más celebrada del Orbe, por sus colosales dimensiones y por sus proporciones armoniosas? ¿Quién no ha oído hablar acerca de ese grandioso monumento artístico, gloria del Renacimiento y pedestal inmenso de la limpia fama de sus autores inmortales? Y ¿quién,—se preguntará—quién se atreve á escribir de nueva cuenta sobre aquel conjunto admirable descrito tantas veces y otras tantas reproducido por el grabado, por el cromo, por la fotografía, por el pincel de numerosos artistas?

Temerario sería yo, en verdad, si me atreviera á bosquejar la insigne Basílica vaticana: imperdonable mi osadía en querer siquiera dar una idea vaga de monumento tan conocido y tan glorificado.

No; ni descripción, ni bosquejo, ni nada que se le parezca, serán estas líneas, ajenas á toda pretensión: quieren ser únicamente el eco fiel de mis impresiones sentidas bajo la inmensidad de aquellas bóvedas augustas; quieren ser las notas sen-

templo! ¡Lástima que el efecto que el autor de la gran cúpula quiso dar á su obra, se haya destruído con estas construcciones desgraciadas! Culpa fué del Bernino, que se metió á modificar los planos de los insignes arquitectos de San Pedro: pero si bien es cierto que, por una parte el mérito de la cúpula no puede realzar, mirándola desde el frente principal de la Basílica, también lo es que, por la obra del Bernino, resultó ser San Pedro la iglesia sin rival en dimensiones.

La fachada es de mal gusto, un tanto barroco. Fué hecha gobernando Paulo V, al decir de la leyenda latina que en el friso hay esculpida. Tiene dos cuerpos: el primero, corintio, consta de ocho columnas y cuatro pilastras que sostienen un entablamento, descollando en medio de éste un frontón triangular en cuyo tímpano campean las armas de la Iglesia.

Cinco puertas, tres de ellas más grandes que las otras dos, dan acceso al vestíbulo del templo, corriendo encima de cada una un orden de balconería, siendo el principal balcón aquel en el que daban los Papas la bendición apostólica en los momentos de ser exaltados solemnemente al pontificado. Encima de este cuerpo asiéntase el otro, que es un ático, con ventanas, y coronado por las estatuas colosales del Salvador y de los doce apóstoles. Aun cuando esta fachada es muy extensa, el conjunto de su fábrica está muy lejos de revelar que, traspassando sus dinteles, se admira una obra llena de grandiosidad y de tesoros.

Estamos, pues, á las puertas de San Pedro: preparémonos á hacer una visita, si no minuciosa, al menos si que pueda satisfacer un tanto nuestra curiosidad. Descubrámonos y penetremos al templo tantas veces celebrado.

CAPÍTULO XXIX.

ROMA.

LA BASÍLICA DE SAN PEDRO.

II

QUIÉN no sabe que San Pedro es la iglesia más celebrada del Orbe, por sus colosales dimensiones y por sus proporciones armoniosas? ¿Quién no ha oído hablar acerca de ese grandioso monumento artístico, gloria del Renacimiento y pedestal inmenso de la limpia fama de sus autores inmortales? Y ¿quién,—se preguntará—quién se atreve á escribir de nueva cuenta sobre aquel conjunto admirable descrito tantas veces y otras tantas reproducido por el grabado, por el cromo, por la fotografía, por el pincel de numerosos artistas?

Temerario sería yo, en verdad, si me atreviera á bosquejar la insigne Basílica vaticana: imperdonable mi osadía en querer siquiera dar una idea vaga de monumento tan conocido y tan glorificado.

No; ni descripción, ni bosquejo, ni nada que se le parezca, serán estas líneas, ajenas á toda pretensión: quieren ser únicamente el eco fiel de mis impresiones sentidas bajo la inmensidad de aquellas bóvedas augustas; quieren ser las notas sen-

eillas de un viajero humilde que las consagra á aquellos de sus compatriotas que de buena voluntad, bien por mero pasatiempo, ó para refrescar un tanto la memoria, le honren con la lectura de estos brevísimos apuntes.

Quedamos á las puertas de la gran Basílica: saivando sus dinteles entramos á un amplio vestibulo, en cuyas dos extremidades, respectivamente, se alzan las estatuas de Constantino el Grande y de Carlomagno. Cinco puertas dan acceso al interior: una de ellas, la última de nuestra derecha, está cerrada y ostenta una gran cruz, como sello inviolable: es la *puerta santa*, la puerta de jubileo, que solamente se abre cuando el Papa celebra el vigésimoquinto año de su exaltación al Pontificado. El vestibulo es soberbio: prepara en cierto modo el ánimo. En seguida penetramos al templo por la puerta del centro. Estamos ya bajo las bóvedas de la Basílica.

La primera impresión que yo sentí fué de asombro indefinible: de asombro por la magnitud de la obra; de asombro por la riqueza extraordinaria de su soberbia exornación.

Por un efecto de perspectiva, como exactamente acontece al ver la torre Eiffel, San Pedro parece más pequeño de lo que en realidad es. Las catedrales de Roma no tienen, como las españolas y las nuestras, los coros en la nave central, de suerte que la vista no halla tropiezo alguno para poder juzgar del conjunto.

Imaginaos un pavimento de mosaico de mármol, sin sillars ni bancas, ni nada que pueda causar su detrimento: sobre él arrancan los macizos que sostienen la techumbre altísima, formándose tres naves inmensas por las cuales se vaga en torno de sepulcros fastuosos en su mayor parte: los mármoles y estucos, las estatuas y los ángeles y los escudos y los bustos se han prodigado á manos llenas, de donde resulta gran riqueza, pero escasa elegancia y mucha pesadez: las líneas poderosas del orden arquitectónico allí empleado, resaltarían exquisitamente si no se vieran abrumadas por la cantidad de adornos que contienen: tal cosa ha hecho que San Pedro, en

cuanto á su decorado, sea muy inferior á otros templos del propio género y que ya tendremos ocasión de ver en esta Roma del arte. Nada pende de las bóvedas: nada que impida dominar el conjunto. Lo agradable del santuario es aquel aseo que invita á hollar quedo el pavimento por temor de mancharle: instintivamente y cuando más absorto me encontraba, con la imaginación me transporté á mi México, y no pude menos de sentir dolor inmenso, recordando en lo poco que tenemos nuestra Catedral: con aquel piso de madera que tan poco honor nos hace; aquellas bóvedas cuarteadas y que han tomado un color indefinible por los años; aquellos altares atestados de polvo..... ¡Lástima del templo más insigne de toda la América latina!

Seguimos después avanzando lentamente al interior de la Basílica, hasta situarnos casi bajo la gigante cúpula: cuatro enormes pilares sostienen la pesadumbre de esa bóveda asombrosa, tan admirable como sencilla hasta en su decorado; tiene más de ciento treinta metros de altura, hasta la extremidad de la cruz que la corona, y desde el nivel del pavimento. Precisamente abajo de la bóveda se levanta un baldaquino de bronce, formado de cuatro columnas salomónicas, con su entablamento, y que encierra el altar papal en el que celebra el Sumo Pontífice en los días de fiesta solemne. Este baldaquino fué mandado hacer por el Papa Urbano VIII, en el siglo XVII, con el bronce que decoraba el pórtico del Panteón de Agrippa.¹ Inmediatamente abajo del altar papal se halla el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, de San Pedro, cuyas cenizas descansan en un sarcófago de bronce: ante él se encuentra la huesa del Papa Pío VI, cuya estatua de mármol blanquísimo representa al Pontífice haciendo oración; todo esto, bajo el piso del templo; se descende por una doble escalera, también de mármol, le rodea una balaustrada y arden perennemente ochenta y tantas lámparas.

¹ Esto dió lugar á que como el Papa se apellidaba Barberini, alguien maliciosamente exclamara: *Quod non fecerunt barbari, fecerunt Barberini.*

Antes de llegar á este sitio, es notable una estatua de San Pedro, que avanzando hacia el baldaquino, teníamos á nuestra derecha, junto á una pilastra: dicha estatua es de bronce; cuéntase que era el mismo del Júpiter Olímpico del Capitolio, mandado fundir para hacer la estatua del apóstol, que le representa sentado dando la bendición con la diestra: uno de los pies se carcomió del todo de tanto besarle los fieles, y se le sustituyó por otro nuevo.

Como cosa muy curiosa y digna, en verdad, de llamar la atención, citaré que en torno del pavimento del crucero de nuestra izquierda, se levanta una serie de confesionarios que llevan unos letreros indicando el idioma en el cual se confiesa allí: español, inglés, francés, italiano, alemán, ruso, hebreo, griego, y yo no sé cuántos idiomas más.

Tiene el templo varias capillas decoradas ricamente: cada una de ellas es un pequeño museo, en mármoles, en bronce y en pinturas.

Repartidos en diversos lugares, se levantan los mausoleos de muchos Papas, entre otros los de Sixto IV, de Urbano VIII, de Paulo III, de León XII, de los Gregorios XIII, XIV y XVI, de Benedicto XIV, de Clemente X, de Alejandro VIII, de San Gregorio Magno, de Pío VII, de Inocencio XI y otros varios, todos suntuosos, magníficos, algunos bellísimos y primorosamente ejecutados.

En general, el carácter arquitectónico de la Basílica Vaticana lleva el sello de la época en la cual se levantó el templo, más que ningún otro monumento de la época; fué el tiempo de evolución y de transformación; el sacudimiento fué rápido y general; se pasaba de una edad á otra cambiando el modo de ser de las sociedades, en sus costumbres, en sus edificios y, hasta en cierto modo, en sus creencias. El carácter religioso de la Edad Media se avenía muy bien con el de sus templos góticos; las columnas de fustes erguidos, las bóvedas altísimas, las ojivas con sus curvas caprichosas, las agujas alzándose hasta tocar las nubes, la luz del sol pasando al tra-

vés de las vidrieras de colores de las ventanas del santuario, las sepulturas, ya en el centro de las capillas, ya arrimadas á los muros, con sus mil labrados, sus estatuas yacentes de blanco mármol y sus larguísimas leyendas de caracteres germánicos, todo imponía, como aún imponen, contribuyendo todo, asimismo, á la mayor piedad y al recogimiento. De repente todo se trueca, por decirlo así: los genios del Renacimiento poco se preocuparon en dar á sus obras el carácter sentimental indispensable para mover á la piedad el corazón; antes bien, los arquitectos levantan templos, pero con las formas helénicas y romanas; emplean los propios órdenes que en las construcciones de las deidades paganas se llevaron á cabo: el dórico sustituye al ojival de las viejas catedrales y capillas; las cúpulas ó medias naranjas se cambian por las agujas enhiastadas del gótico, y hasta pórticos con frontones triangulares se plantan en las fachadas de los nuevos santuarios.

Si ha de decirse en todo tiempo la verdad, puede asegurarse que en esta época hasta las creencias mismas tendieron á *paganizarse* (perdón por la frase). Y en verdad que al entrar á una catedral gótica el efecto es enteramente diverso del que se experimenta en una dórica ó corintia: en aquellas se trae luego á la memoria el recuerdo de la edad del misticismo y de la pureza de costumbres; en éstas, y sobre todo en Roma, inevitablemente se recuerdan en nuestros templos católicos las columnas del de Cástor y Pólux, ó los capiteles del de Vesta, ó los pórticos del de Antonino y Faustina ó de la Fortuna Viril.

Sin embargo, estas formas aplicadas á las iglesias cristianas por los autores del Renacimiento, hanse adaptado á la severidad de ciertas prácticas religiosas; y ya después, con el transcurso de los siglos, nos hemos ido acostumbrando á borrar del todo cualquiera idea de paganismo, al entrar á esta clase de iglesias, por más que sean tan netamente paganas como la del Panteón de Agrippa en Roma ó la Magdalena de Paris. No por esto soy partidario de los órdenes griegos para los templos

católicos: creo, en mi opinión humildísima, que el ojival es el estilo más adecuado para tal objeto; no rechazándose tampoco ni el románico ni el bizantino, que asimismo cuadran bien á esta clase de construcciones.

La Basílica de San Pedro es, en su género, la obra maestra del Renacimiento: grandes concepciones de ingenios superiores, realizadas por insignes maestros. Todo en San Pedro es colosal y grandioso, como gigantes fueron los hombres que dieron cima á empresa tan soberbia.

Levantábase antes en el sitio de esta fábrica, otra que fué la primera iglesia de San Pedro, mandada edificar por el Emperador Constantino sobre las ruinas del circo de Nerón, y en donde, según se cuenta, fué martirizado el Príncipe de los Apóstoles.

Cuéntase también que el año 800 se coronó allí mismo, por mano de León III, á Carlomagno; y corriendo los años, al fin y al cabo se pensó en reformar la antigua Basílica, que el tiempo comenzaba á injuriar. Aun cuando Nicolás V empezó la obra, el emprendedor Julio II, que había querido erigirse en vida su monumento fúnebre, ideó la reconstrucción de todo el templo. Los mejores planos fueron sin disputa los de Bramante: el insigne arquitecto proyectó un templo cuya planta fuera una cruz griega: en medio de todo se levantaría una cúpula inmensa; una vez aprobados los planos, la primera piedra fué solemnemente colocada en los comienzos del siglo XVI, en presencia de treinta y tantos cardenales que asistieron á la ceremonia.

Otros ilustres arquitectos y artistas inmortales como Rafael Sanzio, Julián de Sangallo y Baltasar Peruzzi, tuvieron participación más ó menos directa en la obra; pero muerto Bramante, y muerto asimismo Rafael tan prematuramente, sólo un genio podía llevar á cabo esa obra con toda la grandiosidad requerida: ese genio era Miguel Angel, de temple titánico, terrible y nervioso como sus creaciones de la Capilla Sixtina.

Miguel Angel reunía en su persona todas las cualidades necesarias que le han hecho el artista superior á cuantos en su época y antes y después han existido: era arquitecto, escultor y pintor, y además tenía alma de poeta: sus rimas llenas de dulzura corren dadas á la estampa, como si la imprenta misma hubiera querido recoger los pensamientos mismos de aquel titán del arte, como se le ha llamado. Puso, pues, Miguel Angel manos á la obra; y aun cuando hizo algunas variaciones, siguió en general los planos de Bramante. Después del fallecimiento del autor del *Moisés*, la construcción fué siguiéndose por Viñola y otros arquitectos, hasta que, bajo el pontificado de Paulo V, el Bernino, contrariando el pensamiento de Bramante y de Miguel Angel, tuvo la desgraciadísima idea de cambiar la planta en una cruz latina, destruyendo por completo el efecto que desde lejos se deseaba dar á la gigantesca cúpula. Al fin, Urbano VIII consagró solemnemente la nueva iglesia el año 1626.

La Basílica de San Pedro tiene, en números redondos y según las dimensiones más conocidas, 15,200 metros cuadrados de superficie; teniendo las demás iglesias más grandes del mundo, cuales son la Catedral de Milán, solamente 8,000 metros cuadrados; San Pablo de Londres, 7,900 metros; Santa Sofía de Constantinopla, 7,000, y la Catedral de Colonia, 6,000. Incluiremos á la Catedral de México, que en dimensiones tiene poco más ó menos las mismas que Nuestra Señora de Paris, y le asignaremos aproximadamente más de 5,500 metros cuadrados, de donde resulta que la Basílica de San Pedro es dos veces y media más grande que nuestro Templo Metropolitano de México.

Como acaba de verse, he huído hasta de los más pequeños detalles: no he deseado repetir lo tantas veces escrito acerca de tan notable monumento. Las grandes impresiones y los recuerdos que bajo aquellas bóvedas sentí y traje á la memoria, permanecen aún vivos en mi corazón y creo que no se borrarán nunca de él durante toda mi vida.

CAPÍTULO XXX.

ROMA.

EL PALACIO VATICANO.

I

ME abruma solamente la idea de tener necesidad de hablar, aunque con grande rapidez, del espléndido Palacio Vaticano, ocupado casi todo él por uno de los museos artísticos é históricos más ricos y celebrados del mundo.

Pasma la magnificencia de todo el edificio: admira la suntuosidad de la fábrica y lo exquisito de los ejemplares que colman ese laberinto de galerías interminables: sorprende la variedad de estilos que á cada paso presenta la soberbia exornación de tal conjunto.

Cualquiera que conozca el Vaticano podrá testificar que cuanto se diga en encomio y alabanza del Palacio en que me ocupo, no resultará jamás exagerado.

Reconocido es asimismo, en el mundo entero, el museo del Louvre en Paris, como uno de los primeros del orbe: al poco tiempo de haber hecho mi visita al Vaticano, me apresuré durante mi breve estancia en Paris, á visitar el Louvre, del cual hablaré más tarde á mis lectores—Dios mediante. Entonces resaltaron más á mi vista, y como de bulto, los grandes

puntos culminantes que tiene el Vaticano sobre el Louvre: no quiero establecer paralelo alguno entre ambos y tan soberbios museos: tan sólo señalar lo que, en mi humilde concepto, pude encontrarme de más notable en uno que en el otro, ya que tanto el primero como el segundo abarcan en sus galerías, con amplitud, las tres nobles artes en sus distintas manifestaciones, y el campo histórico.

Desde luego parece que, por lo que toca á ejemplares, ninguno que no sea reconocidamente selecto y de importancia, ingresa al Vaticano; mientras que en el Louvre, según pude juzgar, admítase lo bueno, en consorcio con lo mediano y con lo malo: en el primero de estos museos, es decir, en el Vaticano, en verdad que no se sabe qué admirar más y adónde detener la vista ó fijar la atención con más esmero: si en el terso pavimento de las galerías y de las salas cubierto de mosaicos primorosos, ya antiguos, ya modernos, pero exquisitos y muy bellos todos, ó en los muros cubiertos sus paramentos de variadísimos mármoles de las canteras magníficas de Italia, ó en los techos decorados al fresco por los artistas más insignes ó artesonados ricamente, ó bien, por último, en las soberbias colecciones, ya pictóricas, ya arquitectónicas, ya escultóricas ó pertenecientes á la historia de la humanidad contenidas como en preciosos y colosales estuches en aquellos espléndidos recintos.

De aquí que la primera visita debe hacerse para adquirir una noción del conjunto, y las subsecuentes para poder, sala por sala, formarse cabal juicio de estatuas y de lienzos y de sarcófagos suntuosos, y de los mosaicos de lapizlázuli y de mármol. Resiéntese el Louvre, en su interior (puesto que su exterior es grandioso), de la elegancia y de la suntuosidad del decorado de sus salas, á manos llenas prodigadas en todo el Vaticano. Recuerdo, por ejemplo, que la sala del Louvre en cuyo centro yérguese el célebre original de la Venus de Milo, aparece tan poco aderezado que casi la estancia se ve pobre.

Los Papas mucho se han preocupado, ya de la exornación, ya de las colecciones: los ilustres Pontífices, que en su Palacio han logrado adunar lo bello de los recintos con la importancia, la riqueza y el mérito de los ejemplares, son dignos de loor eterno y de alabanza inmortal.

Quien vaya á Roma, y desde el verdadero punto de la imparcialidad recorra no sólo los templos, no sólo las galerías del Vaticano ó del Palacio de Letrán, sino las mismas calles embellecidas por monumentos levantados por los Papas, quedará convencido de que la Iglesia Católica ni es ni ha sido refractaria al progreso de las artes ni de las ciencias, antes bien ha procurado fomentar con su autoridad y sus caudales, como tan notoriamente se demuestra en la Eterna Señora del mundo, en esta "ciudad del alma," como Lord Byron sentidamente la ha llamado. Por todas partes veréis campear las armas de la Iglesia; por doquiera, lápidas conmemorativas recordando que éste ó aquel Pontífice mandó restaurar las ruinas que se derrumbaban al impulso de los años; ó erigió algún monumento para eternizar memorias de perdurable remembranza.

El Palacio Vaticano, casi contiguo á la Basílica de San Pedro, y al septentrión de ésta, consta esencialmente de un inmenso rectángulo situado de Norte á Sur, y de dos grandes alas: una, colocada en el ángulo Sudeste, se halla ocupada por el patio de San Dámaso (*Cortile di San Damaso*) y el Vaticano propiamente dicho; la segunda ala fórmala el patio del Belvedere (*Cortile di Belvedere*) y algunas otras dependencias del museo; al Ocaso, extiéndense los vastos jardines en donde Su Santidad acostumbra pasear á diario después del almuerzo. El Palacio, mejor dicho, los palacios, tienen varios pisos; el llamado Pontificio ocúpanlo todo las galerías de los museos: el Vaticano ocúpanlo, en reducida porción, las habitaciones del Pontífice y varias oficinas.

Dentro de este grandísimo recinto, circuído de murallas (*mura della Città Leonina*) al Poniente y Norte, se hallan los

guardias pontificios y la gendarmería con sus lujosos uniformes, gozando este terreno del derecho de extraterritorialidad; siendo hoy el Vaticano (llamemos así al conjunto) el palacio más grande del mundo.

Fué en sus primitivos tiempos una pequeña morada pontificia, y á lo que se dice, por las narraciones más verídicas, fundaron la modesta mansión los Papas Santos Liberio y Simaco; la cual, con el transeurso de los años poco á poco llegó á aumentarse. Dicese también que la habitó el Emperador Carlomagno.

Después los Papas reconstruyeron el Palacio, debiéndose esencialmente su incremento á Nicolás V, que quiso hacer del Vaticano, como en efecto se logró, el palacio más extenso de la tierra, y establecer allí la residencia constante del Sacro Colegio de Cardenales con todas las oficinas respectivas. Pocos años más tarde, el ilustre Papa Sixto IV hizo edificar entre San Pedro y el Palacio Pontificio la capilla que lleva su nombre (*Sixtina*), á la cual voy á permitirme consagrar un capítulo entero; que decoró después con tanta maravilla el pincel sublime de Miguel Angel. Los demás Pontífices no dejaron la obra de la mano; y en nuestros tiempos, Pío IX, el gran Pontífice de la Inmaculada, á quien tanto debe no sólo Roma en cuanto á su belleza, sino la Historia misma, por la conservación de aquellos monumentos seculares ruinosos que nos dejan admirados, engrandeció notablemente el Vaticano con nuevas galerías, enriqueciéndole al propio tiempo con selectas colecciones. Difícil es describir y aun ni siquiera enumerar, lo que se debe al actual Papa reinante: León XIII ha realizado obras suntuosas de decoración al fresco; de pavimentos espléndidos como el de la sala de las Musas, y aun renovado la parte arquitectónica con verdadero gusto artístico.

Éntrase á este famosísimo Palacio por la extremidad angular de la gran columnata de la Plaza de San Pedro, á la derecha, por la Puerta de Bronce (*Porta di Bronzo*); custódiala

la brillante Guardia Suiza, que causa una sensación indefinible á quien jamás la ha visto; formada toda de hombres escogidos por su gallarda apostura, por su talle corpulento y marcial; viste aún el raro uniforme listado de amarillo, rojo y negro que proyectó Miguel Angel.

Ante todo, y para seguir avanzando, hay que procurarse la correspondiente tarjeta de entrada, que se consigue con facilidad; por nuestra parte ningún tropiezo tuvimos, pues que la fortuna siempre propicia nos deparó la buena compañía de varios jóvenes paisanos nuestros (uno de Puebla) que actualmente siguen la carrera eclesiástica en el Colegio Pío Latino Americano. Mejores guías no pudimos tener: nos hallábamos entre mexicanos á tantas leguas de la Patria, haciendo recuerdos dulces de nuestro cielo tan semejante al de Italia, y del aroma suave de nuestros floridos campos; recuerdos del corazón que latía siempre por la memoria de los seres ausentes..... ¡Bendito amor al suelo en que se ha visto la primera luz, sublimado por la ausencia y la distancia!

Cuando se salva el dintel de la Puerta de Bronce, descúbrese allá en el fondo la monumental *Scala Regia*, una de las más hermosas del Palacio, y que construyó el Bernino bajo el pontificado de Alejandro VII; á la derecha déjase ver otra escalera, la *Scala Pia*, que da acceso al patio de San Dámaso ya citado, llamado asimismo *de las Logias*, por los corredores que edificó el insigne Bramante y decorados por el divino Rafael.

El patio es amplio, espacioso: sus altos corredores, cubiertos de cristales, dejan verse desde la plaza de San Pedro; á nuestra derecha se alzaba el Vaticano y las habitaciones pontificias, y á la izquierda, si mal no recuerdo, entramos por una puerta que nos condujo á la vasta *Galería lapidaria*, de la cual hablaré en el siguiente artículo para no hacer el presente más extenso.

Estamos á las puertas del Palacio. Veremos, pues, el Museo con brevedad, sin detallar, por no ser posible reseñar en

cortas líneas alguna descripción, ni haberme tampoco alcanzado el tiempo de consignar en mi cartera cuanto hubiera deseado. Más bien haré algunas consideraciones acerca de lo que en nuestros museos pudiéramos hacer; pues ya que nuestro carácter es tan dado á la imitación, hagámoslo con lo adaptable á nuestras circunstancias, y con lo que pueda considerarse para México de utilidad positiva y como de progreso real.

Por otra parte, imposible me será dar á mis lectores una idea de lo que encierra y de lo que es el Palacio Vaticano; me conformaré con citar los ejemplares de mayor renombre y los que directamente atrajeron mi atención.

Recorramos las salas majestuosas; caminemos ante aquellos mudos testigos del arte que mantienen perdurable la gloria de sus ilustres creadores, y procuremos cuanto nos sea posible obtener algún fruto que ojalá pueda ser útil á mi suelo mexicano.

CAPÍTULO XXXI.

ROMA.

EL PALACIO VATICANO.

II

DIFÍCIL me sería conducir al lector por entre tantas salas y galerías inmensas como cuenta el gran Museo del Vaticano; tarea, por otra parte fatigosa é imposible de llevar á cabo, y mucho menos por medio de mi pobre pluma y de mi exigua cosecha literaria.

Aquel mundo abrumador de pinturas y de bustos y de estatuas y de lápidas, no se recorre en un día: hanse menester lo menos quince para adquirir cabal idea de la colocación de los ejemplares más famosos, aunque no para emprender estudio prolijo y detenido.

El selecto y espléndido Museo objeto del capítulo presente, puede dividirse en tres grandes fracciones esenciales: museo de escultura, de pintura y de antigüedades. Quedan comprendidas en la primera división, las colecciones escultóricas que en distintos pisos muéstranse, formadas ya de piezas recogidas en el propio suelo italiano, ya con las procedentes de otros países; unas, ya de remotos tiempos, labradas en péntico mármol; otras, ya modernas, como las que han salido,

por ejemplo, de las manos de Canova. Inclúyense en la segunda fracción los cuadros todos, asimismo antiguos y recientes, y aun los mismos frescos que en las *logias* de Rafael se admiran. Por último, agrúpanse en la postrera división las ricas colecciones que forman los museos de antigüedades cristianas, etruscas, egipcias, asirias y romanas, dejándonos por ahora en el tintero otras dependencias, como la biblioteca, los gabinetes de medallas, etc.

La abundancia de los ejemplares, lo selecto de ellos, imprime al Vaticano un sello de interés muy grande, colocándole, en su línea, en uno de los más altos lugares en el mundo. Puede, sin embargo, y por lo que ya hemos visto, citarse también en primer término, como museo de pinturas, el magnífico y celebradísimo del Prado de Madrid, acerca del cual ya he hablado en capítulo aparte.

Lo que en realidad asombra en el Vaticano es la riqueza de la exornación con lo escogido de las colecciones. Los Papas han hecho bien: ni han descuidado el ornato por la adquisición de ejemplares más ó menos costosos, ni éstos han dejado de entrar al Vaticano por el lujo de los artesonados y los pavimentos de mosaico; para todo alcanza y en todo está fija la mente de los sucesores de San Pedro, que han reunido dentro de los muros de su Palacio las estupendas maravillas del arte, que se contemplan siempre con yo no sé qué respetuosa admiración.

Aquellos girones arrancados del manto de mármol de la Grecia antigua: aquellos césaes inertes "sin pupila," aquellos dioses destronados que descendieron de su Olimpo para hundir su frente en el polvo de las ruinas desoladas: esos sarcófagos de piedra, ahora vacíos, dispersas sus cenizas y con inscripciones borrosas; todo, en fin, puede contemplarse allí, bajo los techos decorados por los grandes maestros, entre las paredes forradas de mármoles brillantes y los pavimentos de bello lapizlázuli.

No necesitamos recorrer las páginas del libro de la Histo-

ria: los personajes míranse de bulto en las extensas salas vaticanas, sobre sus elegantes pedestales, mudos, imponentes, fríos; desfilamos ante ellos, y parece cada uno animar sus marmóreos labios y contarnos su pasado. La estatuaria antigua con su mágico cincel animó las piedras y dió vida á sus figuras; los artistas modernos han alcanzado en parte el privilegio que tuvieron los que se afanaron en pulir ese Laocoon admirable entre todo lo más digno de alabanza y de asombro, ó ese Apolo gentil del Belvedere, en cuyo pecho de mármol parece latir el corazón. Reprodúcense á cada instante las escenas de la turbulenta Roma, á la sola vista de tales ejemplares; los bustos ó las estatuas mismas de César y Pompeyo, de Octavio y de Tiberio, de Claudio y de Nerón, al lado de las de Mesalina, de Octavia y de Agripina, detienen á menudo al visitante, aun al medianamente ilustrado y le sumergen en profundas reflexiones. ¡Cuán grande es la influencia de lo real y de lo auténtico! ¡Cuán distinto es tener en las manos la más exacta fotografía del Coliseo, á tentar las mismas piedras, ó pisar sobre el terreno de la arena misma, que tantas veces hubo empapádose en la sangre humeante!

Pero no adelantemos semejantes ideas, que tiempo habrá de dar rienda suelta al pensamiento.

He dicho precedentemente, que el Palacio Pontificio, que es donde se hallan instalados los museos, consta de varios pisos: en uno de ellos encuéntranse, en general, las obras escultóricas y la vastísima biblioteca, y en los superiores las pinturas, siendo más abundantes las primeras que los cuadros. En lo que podemos llamar planta baja, están, pues: la Galería lapidaria y el museo Chiaramonti (ala oriental), el patio octagonal del Belvedere, y adyacentes el museo egipcio, el etrusco, la galería de las estatuas, la sala de los animales, de las Musas, la Redonda y otras varias (ala septentrional). En los pisos superiores, nuevas instalaciones de pintura, de estatuaria y de antigüedades.

Rápidamente comencemos por la interesantísima *Galería*

lapidaria que cierra al Oriente el patio cuadrangular del Belvedere, y que nos hallamos inmediatamente después de haber cruzado el de San Dámaso.

La Galería se ha instalado en un inmenso corredor de unos 300 metros de longitud, construído por Bramante en los comienzos del siglo XVI. Desde Clemente XIV en adelante, los Papas han ido enriqueciendo con valiosos ejemplares este departamento histórico; que han tenido á su cargo, ya para su conservación, ya para su estudio eminentes epigrafistas. Consiste dicha galería en una magnífica colección de lápidas auténticas, con inscripciones, empotradas en el paramento de los muros, y otros ejemplares como sarcófagos de piedra, bajos relieves, etc., que prestan interés á los asuntos epigráficos.

Las lápidas aparecen todas clasificadas sistemáticamente, agrupándose en dos grandes secciones: lápidas que pertenecen al paganismo en general, y lápidas cristianas. Entre el género de las primeras, enuméranse las que contienen leyendas sagradas, imperiales, consulares, particulares, votivas y conmemorativas de todo género y sepulcrales. Todas proceden de templos, edificios, monumentos, tumbas, etc., de la época ya anterior al Imperio romano, ya de estos tiempos; y la lengua empleada generalmente es la latina. Los epígrafes cristianos proceden en su mayor parte de las catacumbas y de los cementerios; el idioma que primero se adoptó fué el griego, y más tarde el latín; las lápidas son interesantísimas: en ellas campea la sencillez de que carecen las largas y pomposas inscripciones paganas; y muchas veces con sólo símbolos se ven expresadas las ideas, ya de la otra vida, ya del carácter, empleo y aun edad de la persona á quien tal lápida se consagraba para sellar su huesa; pues que en casi su totalidad son sepulcrales.

A menudo déjase ver esculpido el monograma de Cristo X P; el pescado, símbolo del Salvador (tomado de las iniciales griegas IXZUS, pescado, cada una de las cuales iniciales da principio, en griego también, á los vocablos: *Jesús Cristo*,

Hijo de Dios Salvador); las apocalípticas *alpha* y *omega* de la vida, trayendo siempre á la memoria el principio y el fin de esta fugaz existencia, y otra multitud de emblemas muy curiosos é importantes.

Tales leyendas y símbolos y emblemas, son material abundante para el filósofo, para el historiador y el anticuario: en aquella ordenada colección de indudables documentos, estudiáanse los usos, las costumbres, la civilización de quienes esculpieron para siempre en esas páginas vivas tales inscripciones; y aun el carácter mismo de la época, reflejado en la escritura, en el idioma, en esos jeroglíficos simplísimos de los primeros cristianos, tan llenos de candor y de piedad.

Tan majestuosa y tan interesante es esta Galería, que, á mi modo de ver, y sin temor de equivocarme, puede conceptuarse como la primera del mundo: su aspecto general es el de una imponente necrópoli, á la cual el sabio arqueólogo Massi, le ha dado el nombre acertadísimo de *La Via Appia del Vaticano*.

No tenemos en México idea de una cosa semejante; y aun cuando nuestros elementos son infinitamente más pequeños, podríamos muy bien y poco á poco fundar una Galería lapidaria en nuestro Museo Nacional: es tanto más interesante y necesario hacerlo, cuanto que á diario vemos que desaparecen leyendas curiosas en manos de la destrucción y la ignorancia. Puestos tales documentos al abrigo de las injurias del tiempo y de los hombres, conserváramos, como tesoros muy valiosos, la historia de los templos, de los edificios, de los monumentos donde hubieren estado colocados. Esta clase de estudios, hasta hace poco tiempo emprendidos en México, son indispensables auxiliares de nuestra historia, y así lo comprendí una vez más al recorrer la vasta sala del Palacio Vaticano, objeto de estos ligeros conceptos. ¡Ojalá que podamos, en verdad, llevar á cabo en nuestro Museo la idea que me ha sido grato haber comunicado ya al señor Director interino de aquel Establecimiento!

Después de detenernos algún tiempo en la galería de que he hablado, pasamos á visitar los departamentos de escultura, principiando por el llamado Museo Chiaramonti, al cual dió su nombre el Papa Pío VII, que fué el ilustre fundador. Hállase esta gran Galería á continuación de la *lapidaria*, separadas ambas por una reja de hierro y unas cortinas. En este lugar dejamos nuestros bastones, costumbre que se tiene en los museos de Europa al penetrar á las salas, y que deberíamos de adoptar en los nuestros por varias razones económicas: además, con el objeto de contar el número de visitantes, en las entradas se encuentran tornos que marcan una cifra en cada revolución producida por la persona que entra en dichos tornos. Por otra parte, en esos establecimientos se tiene la ventaja inmensa de poseer á poco precio catálogos minuciosos de las diversas salas; y además de obtener colecciones fotográficas completas de los ejemplares más notables y que llaman siempre, por su fama, la atención de los viajeros.

Entraré de lleno en las galerías de escultura, de pintura y de antigüedades en el capítulo siguiente; que es ya extenso, para tal propósito, el presente.

CAPÍTULO XXXII.

ROMA.

EL PALACIO VATICANO.

III

NO son los museos, como piensa la generalidad, centros que sólo sirven para conservar curiosidades, bien las que brotan de la propia naturaleza ó las elaboradas por la mano del hombre: los museos tienen, ó al menos todos deben tener un fin más especulativo: la ilustración de los pueblos por medio de sabias organizaciones.

¿De qué sirven, en verdad, centenares de piezas distribuidas en salas más ó menos grandes, pobres ó lujosas, si el criterio ilustrado de quienes tales objetos tienen á su cargo no interviene? ¿Qué utilidad práctica podrá sacarse para el pueblo si no se le enseña en estos establecimientos á venerar los ejemplares justificantes de su historia, antes bien se le muestran como meras curiosidades, y como tales, *dignas de un museo*, según la corriente expresión del vulgo? Los Sumos Pontífices han tenido en cuenta las breves reflexiones que acaban de exponerse, y todos han tendido á hacer del Vaticano un gran museo modelo. El modo de exponer las piezas, los métodos de clasificación empleados, la absoluta autenticidad de los objetos, lo escogido y lo selecto de ellos son puntos que

no deben pasar inadvertidos para quienes tienen el importante encargo de la conservación y la custodia de reliquias semejantes.

Agrada en el Vaticano el orden absoluto que reina en la sucesión metódica, no sólo de las piezas sino de las galerías, y el valor que adquieren los ejemplares mediante una artística exposición.

Habíamos hablado del museo llamado Chiaramonti, que se halla á continuación de la *Galería lapidaria*, y por él penetramos á las diversas salas, contándose, entre las de escultura, galerías que llevan los nombres de la Cruz Griega, de la Sala Redonda, Sala de las Musas, de los Animales, de los Bustos, de las Máscaras, *della Biga* y de los Candelabros, más la rica y célebre sección del Belvedere.

Atravesando con rapidez tal cantidad de salas, no alcanza un día para darse cuenta de los ejemplares. Parece que los artífices antiguos animaban con su cincel maravilloso el mármol, para atestar de grupos, de estatuas, de torsos imposibles, de bustos bellísimos, de cabezas expresivas y bajos relieves y sarcófagos, estas galerías suntuosas. El museo Chiaramonti tiene unos trescientos ejemplares escogidos, y basta sólo esta sección para tener idea de los personajes fabulosos y de los más culminantes de la historia de la antigüedad, en lo que se refiere á la hermosísima Grecia y al poderoso Imperio Romano.

Bajo el mismo techo en donde el viajero descubre las figuras de Minerva y de Mercurio y de Vulcano, de Venus y de Ganimedes, de Ulises y de su fiel Penélope, miranse las de Cicerón y de Demóstenes ó las de los emperadores de Roma. ¡Espléndida ocasión para el estudio de tantos tipos históricos helénicos y latinos! Recorriendo con brevedad las subsecuentes salas, puede decirse otro tanto en la Cruz Griega, cuyo pavimento es de mosaico antiguo, y en donde todo es digno de la mayor atención. La Sala Redonda fué hecha en tiempo de Pío VI, bajo el modelo del Panteón de Agrippa. En

el centro descansa una enorme taza de pórvido rosa hallada en las termas de Tito; y en seguida, lo más notable que se encuentra en este lugar imponente es la colosal estatua del Hércules Vencedor, toda de bronce dorado: tiene cerca de cuatro metros de altura, descubrióse hace algunos años y es una de las obras más gigantescas que se conservan de la antigüedad, al decir de los inteligentes: la figura es majestuosa y fiera, apoyándose en la pesada clava; al Hércules se le ve con la piel del león de Nemea, que fué vencido en uno de los doce famosos trabajos del amigo de Teseo; el semidiós lleva en la siniestra mano una de las manzanas de oro del fabuloso jardín de las Hespérides. Débese la adquisición de este valioso ejemplar al insigne Pío IX, por lo cual todos conocen la figura con el nombre de *Hércules Mastai*.

La sala llamada de las Musas es muy interesante, por los ejemplares marmóreos que contiene. Dánle su nombre las nueve estatuas de las hijas de Júpiter, descubiertas en el siglo anterior al que corre, cerca de Tivoli, siendo adquiridas por la munificencia de Pío VI. Además de las Musas, en la estancia se descubren las estatuas, de hermosa figura helénica, de Safo, de Pericles, de Periandro, de Licurgo, de Temístocles, de Sófocles, de Epicuro y de otros personajes más.

La curiosa galería de los Animales atesora una rica colección de piezas, en su mayoría de mármol, de grupos y de figuras zoológicas, ya fabulosas, ya reales, como centauros y tritones, ciervos y leones.

Prosigue la galería de las Estatuas, en donde se continúan los ejemplares, llamando entre todos la atención unos de amazonas, bellísimos. Otro tanto, por lo que hace á la hermosura de los ejemplares, puede decirse de las galerías restantes.

Después de atravesar en medio de todos aquellos fríos y mudos personajes, admirando á cada paso las excelencias de la suntuosa exornación, llegamos fatigados á descansar un momento en el pequeño patio octagonal del Belvedere. Ne-

cesario nos era este paréntesis, pues que teníamos después que contemplar por largo tiempo las universalmente celebradas piezas que en cuatro de las cámaras que circundan á aquel patio se encuentran colocadas. Dichas cámaras, cuya planta de cada una es un pentágono, corresponden: la primera á las esculturas de Canova, que han merecido, por su excepcional belleza, la honra de estar puestas en semejante sitio, y son tres: el Perseo y las dos del airoso grupo de los gladiadores, todas de blanquísimo mármol, esculpidas el año 1800.

La segunda es la cámara del Mercurio, llamada asimismo de Antinoo, pieza divinamente trabajada, de estilo griego del tiempo de Lisipo; fué hallada en Roma, cerca del Esquilino. Miguel Angel no se atrevió á restaurar el ejemplar por creer tal cosa una profanación.

La tercera sala es la consagrada al grupo inimitable, á la obra maestra de las esculturas antiguas, al magnífico Laocoonte, descubierto en Roma en las termas de Tito, y cuyo autor no está perfectamente averiguado quién fuese. Durante no sé cuánto tiempo contemplamos á tan famosa pieza, verdaderamente absortos y sin querer dejar de verla: era la cámara que más público tenía: señoras y caballeros, en su mayor parte ingleses y franceses, no cesaban de alabar tan prodigiosa obra, que no resulta nunca informe y desproporcionada por cualquiera parte que se la mire.

El artista la cinceló en mármol pentélico y representa el pasaje mitológico, como bien sabido es, del castigo de Laocoonte con sus dos hijos, Antifas y Timbreo, pasaje brillante y hermosamente relatado por Virgilio en su libro segundo de la Eneida. Laocoonte, de la real prosapia de Troya, era hijo de Priamo y Hécuba. Gran sacerdote de Apolo, se opuso á la toma de la ciudad que acosaban con furor los héroes griegos; contrarrestó la entrada á Troya del célebre caballo de madera que había de decidir la victoria del lado de los hefenos, y aun — añade la fábula — arrojó Laocoonte un dardo á los flancos del caballo susodicho. Minerva, á quien el animal

estaba consagrado, ideó vengarse del sacerdote atrevido, dándole una muerte horrible. El grupo representa la tremenda angustia de Laocoonte y de sus hijos, y la lucha por desasirse de las culebras que rodean sus cuerpos: la cabeza del padre verdaderamente habla; tal parece que se escuchan los ayes de dolor y desesperación; anímanse los labios, el todo palpita, y la ilusión despierta sentimientos compasivos ante cuadro tan real. ¡A tanto ha alcanzado la escultura!

Muy á nuestro pesar nos separamos del pentélico grupo para dirigirnos á la cuarta cámara, en la que se halla el Apolo del Belvedere, encontrado en Anzio á fines del siglo decimoquinto. La escultura perteneció al Cardenal Julián della Rovere, que ciñó después la tiara bajo el nombre de Julio II; este ilustre Papa hizo transportar la pieza al Vaticano; es espléndida y muy bella.

Cuando concluimos nuestra rápida visita á las extensas galerías escultóricas, pasamos á las de pintura, de las cuales os diré unas cuantas palabras.

No son muy abundantes las colecciones pictóricas, y aun parece que las de la Villa Borghese son superiores en número; pero en cuanto á la calidad, las vaticanas son selectas. En ellas predomina el genio y el pincel del divino Rafael, como en San Pedro y en la Sixtina el genio y el poder de Miguel Angel. Cada sala lleva por nombre el del asunto del cuadro ó fresco principal que contienen. Así, recuerdo las galerías de Constantino, de Heliodoro, de la *Signatura* (ó de las firmas); del Incendio, de la Inmaculada, y galerías de pintura moderna; añádense la primorosa capillita del Papa Nicolás V, decorada por Fra Angélico, y las *logias* de Rafael que circundan, como repetidamente he dicho, el amplio patio de San Dámaso. En estas salas descuellan, en esencia, las escuelas boloñesa, florentina, lombarda, veneciana, española, toscana, umbría, flamenca, romana y francesa, todas ellas representadas por obras maestras de los más famosos é inmortales autores.

Notables son: la sala de Constantino; decóranla pinturas

que representan pasajes de la vida de aquel Emperador; después de la muerte de Rafael, sus discípulos, especialmente Julio Romano, desplegaron sus galas pictóricas en esta galería. La de Heliodoro: casi todos los frescos son del gran maestro.

En la sala de la *Signatura*, empezó Rafael á los veinticinco años sus trabajos en el Vaticano. Digna es esta sala de mención por el contraste singular que forman los asuntos de los cuadros, todos de la misma mano: en primer término aparece el célebre cuadro la *Disputa del Sacramento*, asunto místico, y al lado de él, asuntos enteramente profanos, como nada menos que el del *Parnaso*, en donde destácase Apolo sentado en regio trono; las musas le rodean, y en diversos lugares descúbrese las figuras del cantor de los dioses y de la guerra de Troya, del divino Homero; Virgilio y el Dante, Safo y Petrarca, Píndaro y Horacio. Sorprende también la sala de la Inmaculada que consagró Pío IX al recuerdo perenne de la declaración dogmática de la Pureza de la Virgen.

Por lo que hace á las restantes galerías, míranse lienzos de Leonardo de Vinci, del Perugino, del Dominiquino, del Tiziano, del Españoleto, del Guido, de Melozzo de Forli, de Pablo el Veronés, de Murillo y de otros tantos autores célebres. Rafael Sanzio, el príncipe de la pintura moderna, tiene entre otros la Anunciación, la adoración de los Magos, la famosa madona de Foligno, la coronación de la Virgen y la célebre Transfiguración; cuadro que Rafael dejó sin concluir por haberle sorprendido la muerte, pero el cual terminaron sus discípulos más eminentes. En general, podré decir que estas galerías son ricas en calidad; pero creo con seguridad que las superan en ejemplares también de grandes pinceles, las del Museo del Prado de Madrid.

Para concluir, hay que hacer mención de las *tapicerías* y de las *logias* de Rafael: son renombradas las primeras por haberse hecho con cartones dibujados por el insigne maestro; éstos fueron, como se sabe, comprados en Flandes por Carlos I de Inglaterra, y paran hoy en Londres en el Museo de South

Kensington. En cuanto á las *logias*, decoradas al fresco, ¡cuánto hay que decir! ¡Qué frescura y qué delicado sentimiento dominan en los detalles y el conjunto! ¡Cuánto gozo no deben haber sentido quienes con su pincel llenaron de gloria su nombre, al tener gran libertad en la concepción al par que en la ejecución de todos estos frescos y ser guiados por brillante genio! Rafael dirigía, y sus discípulos como Julio Romano, Francisco Penni, Pelegrín de Modena, Rafael del Colle, y otros beneméritos del arte, ejecutaban con aquel primor y aquella suavidad que caracteriza tanto á la escuela del autor de la Virgen de San Sixto. Materia sería ésta para otro capítulo, pero forzoso es terminar el presente, y hablaremos ya de las selectas colecciones etrusca, egipcia y asiria, que forman otros tantos interesantes museos.

Echó los cimientos del museo gregoriano-etrusco el insigne Gregorio XVI, al correr el año 1836. Contiene gran número de monumentos de aquel pueblo, colocados en doce salas; allí pueden estudiarse urnas, sarcófagos, estatuas, ánforas, tazas, copas muy curiosas; hay una buena colección de bronce, varias pinturas y una soberbia cámara sepulcral, instalada en la duodécima sala, de la necrópolis de los Tarquinos. Pío IX enriqueció considerablemente este museo.

El egipcio débese á Pío VII, y su instalación á Gregorio XVI. Posee cinco salas y cuatro gabinetes. La decoración de todos es de puro estilo egipcio, y en ellos se cuentan numerosos sarcófagos de basalto y de otras substancias, cubiertos de jeroglíficos y figurando el contorno del cuerpo humano; esculturas de granito representando á reyes, príncipes, cinocéfalos, animales, etc. Recuerdo las estatuas de Tolomeo Filadelfo, de Tuaa madre de Ramsés II, y la colosal del Nilo, semiyacente y tan conocida en el mundo artístico; hay también abundancia de estelas, genios, animales y de otra multitud de piezas. Una buena colección de imitaciones, y otra, en galerías separadas, de papiros y de momias perfectamente conservadas: una de ellas tiene marcado el jeroglífico de Amenofis re, sacerdote.

El museo asirio empieza á organizarse, pero tiene ya muy buenos ejemplares. Débese su progreso especialmente al esclarecido Pontífice reinante. Nosotros podíamos pensar en la fundación, en México, de un museo de antigüedades americanas; pues por los estudios de comparación resuélvense muchos problemas y muchos velos se descorren.

Para poner punto final á este largo artículo, no quiero pasar inadvertida una feliz sorpresa que nuestra siempre protectora estrella nos proporcionó el último día que visité las salas vaticanas.

Era la una de la tarde, cuando de regreso de la biblioteca nos dirigimos dos de mis compañeros (mexicanos todos) y yo, por la *Galería lapidaria*, á la reja que separa á ésta del Museo Chiamonti, para recoger nuestros bastones. Entonces el empleado nos suplicó que esperáramos un poco, pues no podríamos salir en este momento. Admirados le preguntamos la causa, tanto más cuanto que nuestro tiempo lo contábamos con avareicia; pero con inefable agrado supimos que Su Santidad el Papa no tardaba en pasar de la Galería para la Biblioteca, rumbo á los jardines, en donde acostumbra pasear á diario después del almuerzo. Tras las cortinas que cubren á la reja, medio nos ocultamos: de repente, allá en el fondo de la Galería vimos aparecer las figuras corpulentas y gallardas de los guardias suizos, alabarda al hombro, custodiando la litera en donde dejábase ver como blanca sombra el gran León XIII, rodeado de varios monseñores, vestidos con sus trajes propios. ¡Qué emoción la nuestra! No perdimos detalle; el cortejo avanzaba hacia nosotros; los acompasados pasos de los suizos resonaban en los ámbitos de la imponente Galería, solemnes y marciales; la sonrisa perdurable de León XIII, la distinguimos regocijados: de pronto la comitiva dió vuelta á la izquierda, introdujose por la puerta de la biblioteca, y se perdió para no volverla más á ver; empero, dejando en cambio en nuestro corazón la huella más imborrable de nuestra gratísima visita al celebrado Palacio Vaticano.

CAPÍTULO XXXIII.

ROMA.

LA CAPILLA SIXTINA.

RECUERDO todavía con placer aquellas horas dulces de los albores de mi juventud — hace pocos años ciertamente — en que con verdadera delicia leía yo las brillantes páginas de las *Tres Romas*, de Monseñor Gaume. Sus descripciones vivísimas, su clásico lenguaje, entusiasmábanme y suspiraba con ansia por el día feliz en el cual la Providencia se dignara mostrarme reales y tangibles los bellos cuadros de mis sueños de oro.

La capilla Sixtina entiendo que por primera vez la conocí en un escrito del Sr. Castelar, cuando aún me sonaba bien al oído la catarata de palabras del orador español. Después busqué otras obras que leía con avidez, y nunca se apartó de mi mente el recuerdo de la misteriosa capilla tantas veces descrita é innumerables ocasiones visitada por los viajeros más insignes.

Nada es tan difícil como traer á colación asuntos universalmente conocidos y tratados ya con erudita elegancia por brillantes plumas.

Por regla general, pocos son los que de propia cosecha han

añadido una palabra más acerca de un punto objeto de la contemplación de la humanidad, y todos los que se suceden parecen ya forzados á seguir las mismas huellas de quienes con felicidad pisaron el sendero que nuevamente es recorrido.

Tal cosa detendría mi osada pluma al acabar de escribir tan sólo el título de estas ligerísimas líneas; bien hubiera hecho en conformarme á solas con mis recuerdos y mis sueños realizados; empero, ¿cómo prescindir de mis legítimos deseos de hablar á mis lectores de las creaciones maravillosas que atesora la capilla en que me ocupó! ¿Acaso las pobres plumas jamás pueden aspirar á la honra de ser ellas también las que en su infinitesimal acción tomen parte en la glorificación de los genios inmortales? ¿Acaso está vedado á algún hombre, por más pequeño que se reconozca, que camine por el sendero abierto á los pasos de todos sus hermanos?

No; el hombre es libre cuando tiene la ventura de que sus aficiones le coloquen en la mano una pluma, de inspirarse eternamente en el objeto que ha nutrido ya por los siglos de los siglos á no pocas inteligencias, y el cual objeto, mientras exista, seguirá comunicando fuerza y vida á la mente creada por Dios para la gloria del Eterno. Desde que en la tierra hubo poetas, han consagrado éstos sus endechas á la luna; y sin embargo, no obstante las odas y los cantos al astro silencioso de la noche, los poetas continúan y seguirán eternamente consagrandolo los ecos de sus liras á la luna. Pero entremos en materia.

Al fin pude hallarme en la melancólica ciudad del Tíber. Al fin podía proporcionármeme la oportunidad de estar en la Sixtina, y cuidé de advertirlo á mis compañeros para que no dejásemos de visitarla.

En efecto, una mañana que nos propusimos tal cosa, se nos condujo, en el Palacio Vaticano, á una sala de regulares dimensiones, llamada *Sala Regia*, y que forma como el vestíbulo de la Capilla: la entrada á ésta se hace por una gran puerta que no tiene apariencia de puerta de Capilla. El guardián

la abrió y penetramos á un vasto recinto cuyo ambiente lo saturaba el incienso y el olor de los cirios. Estábamos en la Sixtina. La planta es rectangular y tiene unos cuarenta metros de longitud por catorce de latitud, iluminado el espacio por doce ventanas que se distribuyen en la parte superior de los muros longitudinales, á seis por cada lado. Una bóveda sensiblemente plana cubre la Capilla. El pavimento es de mármol, y una rica balaustrada de esta propia materia divide al recinto en dos espacios desiguales, más reducido el cercano á la puerta, y que se reserva para el escaso público que tiene la suerte de presenciar las grandes ceremonias en ciertas solemnidades en que oficia el Sumo Pontífice, en el altar papal que se descubre en el fondo de la Capilla.

La fábrica de este recinto fué hecha en tiempo del Papa Sixto IV, á quien debe su nombre, por un arquitecto florentino, en el último tercio del siglo décimoquinto. Es uno de los puntos más históricos de la Roma cristiana. Volúmenes enteros han brotado sólo al contemplar aquellos frescos magistrales cuyas figuras solemnes han ido tomando en el discurso de los años la apariencia de esculturas y un tinte indefinible.

La vista divaga hasta perderse en ese universo de titanes nerviosos, de profetas colosales, de Sibilas que parecen todavía profetizar los grandes sucesos de la Redención. El conjunto infunde en el ánimo un no sé qué de extraordinario: impone aquel recinto al grado de que enmudece el labio y apenas osa latir el corazón. La imaginación camina fatigada por mundos apocalípticos, por todos los pasajes culminantes del Viejo y del Nuevo Testamento. De bulto casi, al través de aquellas escenas grandiosas, desfilan desde la sublime figura del Eterno hasta las de los posesos precipitados al abismo sin fondo en que caerán por sus culpas.

Empero, para el desarrollo de este mundo de cíelopes, había que vaciar una alma en el molde del genio, fraguarla con nervios de acero y con alas de coloso: la creación debería de

ser bella, sublime y grandiosa, y en aquellas paredes y en aquella bóveda extensa conservárase la obra por los siglos de los siglos como uno de los blasones más notables de la fuerza del genio inmortal. ¡Timbre de gloria en verdad alcanzado para siempre! El siglo del génesis de esta creación, podía proporcionar esta alma, y de la tierra italiana, de privilegios perennes, surgiría. Era la edad de los titanes en todos los ramos del saber humano; genios sin segundo que, como un reguero de luz, habrían de dejar la huella de su paso persistente por centurias incontables en la retina de la humanidad. Ya sabe el lector quién era ese genio extraordinario, que reunía en sí todos los conocimientos de las bellas artes, de naturaleza ingénitamente creadora y de mano vigorosa: era Miguel Angel, el arquitecto de San Pedro, el pintor de la Sixtina, el que esculpió con su mágico cincel el Moisés de la tumba de Julio II; Miguel Angel, que se encaraba con los mismos Papas y que no tuvo empacho en representar en el infierno, en esa misma capilla, al quejumbroso mayordomo de Paulo III.

Miguel Angel soñó la creación de sus figuras en medio de las convulsiones nerviosas de su ser, entre tormentas formidables; Miguel Angel ha llenado un siglo con su nombre, con sólo sus obras del Vaticano; la bóveda de la Sixtina y el gran fresco del *Juicio Final*, son uno de los más notables monumentos de la fama de aquel hombre singular.

Esta Capilla produce un efecto extraordinario é inusitadas sensaciones, después de recorrer las salas en donde existen obras debidas al dulcísimo y sentimental pincel de Rafael Sanzio y de sus eminentes discípulos. ¡Contraste singular entre las creaciones del autor del *Juicio Final* y el de la Virgen de San Sixto! La tempestad al lado de la calma; nubarrones en cuyo seno se encuentra oculto el rayo, al lado del cielo azul sereno y apacible; las rocas abruptas, los abismos sin fondo y los torrentes despeñándose, junto á los campos cruzados por el manso arroyo, tapizados de olorosas flores. En la misma Sixtina nótase con mayor fuerza tal contraste, pues que

de Miguel Angel son las decoraciones de la bóveda y el fresco del último *Juicio*; y de artistas insignes como el Perugino, Signorelli, Filippasi y otros pintores florentinos, la exornación de los muros.

La bóveda, acerca de la cual corren anécdotas diversas cuando Miguel Angel creaba los cuadros que se ven en ella, está dividida en varias partes, representándose en ellas, respectivamente, la Creación, el Paraíso terrenal con los dos primeros seres de la especie humana; la primera falta y el exiliamiento de Adán y Eva del Paraíso; Caín, Noé y varias escenas del diluvio.

Todas estas figuras y todos los pasajes que en la bóveda campean, se han reproducido infinitas veces y son perfectamente conocidos. En las pendientes de la bóveda, semejando imponentes esculturas, alternan las efigies de los Profetas y de las Sibilas misteriosas: allí se alzan las grandes figuras de Jeremías, de Ezequías, de Joel, de Zacarías y de Isaías, de Daniel y de Jonás, que parecen todavía levantar la voz anunciando, al par de las Sibilas, la venida del Mesías; la Eritrea, la Pérsica, la Delfica, la de Cumas, han abandonado sus lares, han recorrido el mundo, y después de pronunciar la postrer palabra de sus predicciones, no han muerto, no: su memoria no sólo ha quedado en pie, sino aun toda Roma la conserva; allí, en sus pedestales fingidos de la Sixtina, allí en esa pendiente de la maravillosa bóveda, han ido las Sibilas á tomar asiento: sus rostros miranse animados, y en sus cuerpos circula y palpita la existencia.

Más abajo de esta serie soberbia de figuras, y de diverso pincel, destácanse paralelas, la una al lado diestro y la otra al siniestro lado, las vidas de Nuestro Señor Jesucristo y de Moisés. Las ojivas y lunetos y otros espacios hállanse cubiertos por pasajes bíblicos.

Después de recorrer con fatiga todas estas producciones, la vista se detiene en el fondo de la capilla, en cuyo muro se destaca el celebrado fresco del *Juicio Final*. Tiene veinte me-

tros de altura por diez de anchura: Miguel Angel lo pintó cuando tenía 67 años de existencia, y sin embargo, en ninguna producción pictórica del gran artista se muestran tanto de relieve el poder creador, la fuerza poderosa de la mano que manejaba el pincel haciendo brotar á cada paso gigantes de musculación hercúlea, seres en actitudes imposibles, de nervioso gesto, grandiosos, terribles como el genio que los creaba.

El fresco del *Juicio Final* tiene un tinte inusitado: imaginaos un hacinamiento de más de trescientas figuras de hombres, mujeres y niños, en desorden, confusas, en multitud de actitudes: unas avanzando hacia el Eterno, unas precipitándose al sitio de las eternas penas: un grupo de ángeles, con las terribles trompetas, desciende á la tierra para despertar á la humanidad de su letargo, y la llama á comparecer ante la Divina Justicia.

En una barca pasan las almas para ser juzgadas; detalle tomado del paganismo, en cuyas ideas abundaron los artistas de la época para aplicarlas á sus producciones cristianas. El conjunto es grandioso, permítaseme decir sublime. Parece increíble que un hombre solo haya podido realizar tantos prodigios.

La obra grandiosa del eximio maestro ha tenido restauradores desgraciadamente, y pinceles profanos que han tocado las figuras. Como Miguel Angel las hubiera representado desnudas, algunos Pontífices fueron persuadidos de la necesidad de cubrirlas, y entonces Paulo III mandó vestir á algunas, y su sucesor Paulo IV se decidió á terminar semejante tarea.

Aparte de las grandes obras artísticas de la Sixtina, es notable esta Capilla por haberse celebrado en ella durante muchos años las grandes ceremonias de la Semana Santa, oficiando el Soberano Pontífice. Hoy tiene todavía la Sixtina su carácter de Capilla papal, y el Padre Santo oficia en ella aún en ciertas solemnidades.

A la muerte de Pío IX, el Cónclave se reunió en la Sixti-

na, y en ella se verificó la elección del ilustre Pontífice León XIII.

Dos horas enteras empleamos en la visita de esta célebre Capilla; el tiempo se deslizó rápido y nos pareció que habíamos allí estado apenas instantes.

Al salir de la Sixtina, muy á nuestro pesar, apunté en mi cartera de viaje este otro recuerdo de mi gratísima estancia en la Ciudad Eterna.

CAPÍTULO XXXIV.

ROMA.

ALGUNAS IGLESIAS.

ROMA no puede negar su carácter de Capital del mundo cristiano: es la ciudad de las iglesias. Por todos lados se encuentran, y por lo menos se enumeran cien templos católicos en la vieja señora del mundo.

Teniendo en cuenta semejante multitud de iglesias, nos contentamos, en los días que permanecemos en Roma, con conocer las más notables, y singularmente, las más famosas. Muchas son, por cierto, las dignas de estudio y de visita, pudiéndose establecer dos grandes categorías que satisfacen todos los gustos y las exigencias todas: iglesias interesantes desde el punto de vista histórico y cristiano, é iglesias notabilísimas desde los puntos de vista del arte y la magnificencia. Si queréis formaros cabal juicio de cómo era en sus principios un templo de la fe de Cristo, visitad San Clemente, más allá de los arcos de triunfo que respeta la mano de los siglos, más allá del Coliseo gigantesco: si gustáis de contemplar una obra suntuosa, verdaderamente espléndida y colmada de obras de arte, encaminaos á San Pablo, extramuros, y quedaréis horas enteras pasmados ante aquel célebre templo. ¿Deseáis tener recuerdos históricos del cristianismo? Entrad

na, y en ella se verificó la elección del ilustre Pontífice León XIII.

Dos horas enteras empleamos en la visita de esta célebre Capilla; el tiempo se deslizó rápido y nos pareció que habíamos allí estado apenas instantes.

Al salir de la Sixtina, muy á nuestro pesar, apunté en mi cartera de viaje este otro recuerdo de mi gratísima estancia en la Ciudad Eterna.

CAPÍTULO XXXIV.

ROMA.

ALGUNAS IGLESIAS.

ROMA no puede negar su carácter de Capital del mundo cristiano: es la ciudad de las iglesias. Por todos lados se encuentran, y por lo menos se enumeran cien templos católicos en la vieja señora del mundo.

Teniendo en cuenta semejante multitud de iglesias, nos contentamos, en los días que permanecemos en Roma, con conocer las más notables, y singularmente, las más famosas. Muchas son, por cierto, las dignas de estudio y de visita, pudiéndose establecer dos grandes categorías que satisfacen todos los gustos y las exigencias todas: iglesias interesantes desde el punto de vista histórico y cristiano, é iglesias notabilísimas desde los puntos de vista del arte y la magnificencia. Si queréis formaros cabal juicio de cómo era en sus principios un templo de la fe de Cristo, visitad San Clemente, más allá de los arcos de triunfo que respeta la mano de los siglos, más allá del Coliseo gigantesco: si gustáis de contemplar una obra suntuosa, verdaderamente espléndida y colmada de obras de arte, encaminaos á San Pablo, extramuros, y quedaréis horas enteras pasmados ante aquel célebre templo. ¿Deseáis tener recuerdos históricos del cristianismo? Entrad

ahora á cualquier templo de Roma y con seguridad que no hallaréis ninguno que carezca de interés más ó menos relativo. Hasta el polvo que pisamos tal vez posea en esa perenne transformación de la materia, cenizas y *detritus* y moléculas de santos y pontífices y mártires.

En Roma, como en ninguna parte, puede estudiarse el arte cristiano desde sus orígenes, puesto que comenzó en el seno de las Catacumbas.

Las iglesias de la Ciudad Eterna tienen todas ellas carácter absolutamente distinto al de las que se alzaron en los siglos medios en que predominó, por ejemplo, el ojival, que en Italia no alcanzó mucha privanza: más bien, y casi de una manera inconsciente, las iglesias de Roma adoptaron las formas dadas por el paganismo á sus templos, y esto por una sencillísima razón: las primeras casas del verdadero Dios se levantaron sobre los escombros de los templos idolátricos, y mediante los despojos de éstos; surtiéronse los artífices de columnas, capiteles, frontones y hasta de mosaicos antiguos, y colocaron todo armoniosamente, pero apareciendo el conjunto extraordinario y raro. Parece que á todo edificio cristiano se le dió por extensión en las primeras centurias el nombre de *basílica*, hoy restringido solamente á las iglesias principales.

Abundan los estudios acerca del asunto. ¡Qué no se ha escrito referente á las basílicas y á las iglesias católicas! ¡Qué infinidad de brillantes plumas no han cesado de ilustrar á la humanidad con sus vigilias acerca del interesante arte cristiano! Vasto era el campo que se nos presentaba para llenar de apuntes, no sólo uno, sino veinte libros; y al fin conviniémos en recorrer las iglesias que pudiéramos. Citaré algunas bajo determinado orden.

Un día, acompañados de nuestro buen Cónsul el Sr. Angelini, tomamos un coche de alquiler, y atravesando calles nos encontramos en las orillas de Roma: estábamos en la vieja *Via Tiburtina*, y teníamos delante una de tantas salidas de

la Ciudad Eterna, la puerta de San Lorenzo: el aspecto es muy extraño, recuerda el de las ciudades feudales, y luego me trajo á la memoria el de la imperial Toledo: un arco de medio círculo que descansa sobre el terreno, dos pilastras á ambos lados, una pesadísima construcción de piedra encima, altas murallas coronadas de almenas, y torres de trecho en trecho, cercan por completo la ciudad por este lado; los años han carecomido los muros, de amarillento color y de muy añeja fábrica.

Desde aquí se extiende una calzada que recorrimos en menos de diez minutos en el coche, en cuyo término distinguimos la fachada del Campo Santo, y junto á él, á la izquierda, en una plazuela, el exterior de la iglesia de San Lorenzo extramuros. A fe que el aspecto es de todo, menos de iglesia cristiana: figuraos un pórtico no muy elevado, compuesto de seis columnas jónicas que sostienen un ligero entablamento, encima del cual descansa un techo de tejas bruscamente inclinado: esta es la entrada; enfrente, en la plazuela, yérguese el monumento al mártir diácono erigido, si mal no recuerdo, por Pío IX.

Entramos á la iglesia y pudimos juzgar, en toda forma, de una iglesia cristiana de los primeros tiempos: de tres naves, sin crucero, el altar principal con baldaquino, enteramente aislado, bajo él está la *confesión*; en la nave central se destacan dos inmensos y elevados ambones, de construcción especial, para la Epístola y el Evangelio. Lo más notable es que este templo está formado por los despojos de otros paganos; todas las columnas que forman las naves son jónicas, pero ninguna igual; unas más gruesas que las otras; el pavimento es de rico mosaico muy antiguo, y algunos frescos decoran los muros; atrás del altar se halla otro cuerpo de la iglesia, prolongación de las naves; se suben algunas gradas, notándose á derecha é izquierda columnas corintias, arrancadas también de los templos del paganismo; el fondo es muy raro, á lo largo de un primer cuerpo corre una balaustrada, y encima del cual

se levantan dos airosas columnas que sostienen una arcada, y arriba tres ventanas con vidrios de colores. Después, el guardián de tan curioso templo nos invitó á bajar á la capilla, que desde el fondo de la iglesia y por la balaustrada puede descubrirse, en donde se encuentra el sepulcro del gran Pontífice Pío IX.

Descendimos, regocijados, por una amplia escalera de piedra perfectamente iluminada, y en seguida nos encontramos en un pequeño espacio; en el muro que forma el ábside, en el fondo de la iglesia, y á raíz del suelo, se levanta un sarcófago modestísimo, de carácter antiguo, como algunos modelos de sepulcros cristianos: guarda las cenizas del gran Pontífice de la Inmaculada, quien dispuso se le enterrase en este sitio, sin que su huesa manifestase ostentación ni pompa; empero queriendo S. S. León XIII embellecer lo posible esta morada humilde, dispuso que se tapizara artística y enteramente de mosaicos; en efecto, las paredes hállanse cubiertas en parte, pero á ello contribuyen las naciones católicas del Orbe, y las personas que dan cierta cantidad de dinero: de esta suerte, todos los contribuyentes tienen derecho á que se grabe en mosaico, y para siempre en ese sitio, de una manera ostensible, su nombre, y la nación á que el donante pertenece. Recuerdo haber leído el nombre, entre los americanos, del Ilmo. Sr. Doctor Don Ignacio Montes de Oca y Obregón, y el de la diócesis que gobierna.

En seguida se nos invitó á los visitantes á dejar de nuestro puño consignados nuestros nombres en un libro que allí se guarda siempre, y la fecha en que hicimos la visita, como un grato recuerdo. De allí nos fuimos al cementerio á visitar á los muertos. Quien va á San Lorenzo, no puede prescindir de recorrer la fúnebre mansión.

Tumbas primorosamente labradas en preciosos mármoles —como que Italia abunda en ellos— se ven por todas partes; algunos nombres mexicanos, de varias personas que han muerto lejos de la patria, leímos allí. Cuando salimos del cemen-

terio, nos detuvieron dos entierros curiosos, y que para nosotros eran completa novedad. Descubrimos de repente un carro fúnebre en forma de caja, completamente cubierto, y piramidal: la cruz con que debió rematar se había sustituido por un penacho negro; detrás del carro, que tiraban dos caballos con gualdrapas negras, venía el cortejo, compuesto de gente miserable del pueblo, al parecer artesanos, enarbolando en largos mástiles estandartes de diversas formas y colores; en uno completamente negro destacábase una calavera blanca y dos canillas cruzadas; en otro rojo leíase una inscripción más ó menos incendiaria: todos allí manifiestan sus ideas sin cortapiza, y más tarde vimos que estos entierros son frequentísimos y perfectamente tolerados. El otro, que en verdad sí nos impuso por su carácter, no lo olvido todavía; en el fondo de la calzada comenzamos á distinguir una larga serie de individuos que, procesionalmente, caminaba al cementerio; cubríanlos, de pies á cabeza, trajes negros como hábitos que solamente dejaban dos aberturas en el rostro, correspondientes á los ojos: serían como unas cuarenta personas; precedíanlas unos monaguillos con cruz alta y ciriales; detrás venían algunos sacerdotes revestidos, en seguida una especie de andas, sobre la cual mirábase yacer un cadáver descubierto, é inmediatamente atrás la procesión de individuos que caminaban silenciosos, graves, en actitud solemne, imponente: el cortejo desfiló delante de nosotros, penetrando luego por una calleja que se encuentra á un costado del Campo Santo: las figuras, que parecían más bien fantasmas que hombres, fueron desvaneciéndose hasta que las perdimos de vista.

Dejó en nosotros impresión tan honda este espectáculo, que nuestro bondadoso acompañante, el Sr. Angelini, nos invitó en el acto á separarnos de aquel sitio funerario, y á tomar el tranvía para el centro de Roma, y á continuar visitando otros lugares.

Encamináronse nuestros pasos por entre los vericuetos de

la melancólica ciudad del Tíber, hacia el vetustísimo templo de San Clemente, otro tipo de iglesia primitiva cristiana, el más interesante sin duda de toda Roma, y cuya visita pospusimos para que, ya impresionados con San Lorenzo, pudiésemos juzgar mejor de la importancia del templo antes citado.

San Clemente es más característico que San Lorenzo: compónenle también tres naves jónicas, con techo plano, sin crucero y ya con ábside hemicircular y arco triunfal; tiene mucho más aspecto de iglesia: el pavimento es de mosaico antiguo; en medio de él hay un espacio cerrado para el coro, en la forma de los primeros tiempos, y cerca del ábside, el altar con baldaquino. Míranse también los grandes ambones para la epístola y el evangelio, del todo semejantes á los que vimos en San Lorenzo. En el ábside se ve un antiguo trono destinado al Pontífice cuando concurría á las ceremonias del culto.

Esta antiquísima iglesia, tal vez la más vieja de Roma, fué edificada al correr el siglo XII por Pascual II, sobre las ruinas de otro templo que existe todavía y que se visita, el cual, según se dice, ya en el siglo IV San Jerónimo lo mencionaba; todavía, abajo de este otro templo, hay una construcción que, al decir de los inteligentes, data de los tiempos de la república romana. Todo esto es muy curioso; y tales historias y los mosaicos y frescos y ambones y coros, son motivo suficiente para largas reflexiones y detenidos estudios.

Pero, ¿qué no será interesante en esta Roma, grandiosa por sus monumentos, sagrada por las reliquias innumerables que del Cristianismo tiene, memorable por sus pasados hechos, perdurable al través de las centurias por el papel que aún le toca desempeñar en la historia católica del mundo?

Roma es de esas ciudades que por sí solas constituyen un monumento de admiración y de interés y de respeto; es de esos puntos del globo que jamás se olvidan y que dejan un

rastro imborrable de recuerdos y de grandes impresiones en el corazón.

Salimos de San Clemente, satisfechos de nuestra visita á un templo que el viajero no debe nunca dejar de conocer, y por una calle amplia y recta, la vía di San Giovanni nos dirigimos hacia la gran Basílica de San Juan de Letrán, la Madre y Cabeza de todas las iglesias católicas del Orbe.

Materia es esta de nuevo capítulo y de algunas consideraciones de importancia.

CAPÍTULO XXXV.

ROMA.

ALGUNAS IGLESIAS.

(Concluye el anterior.)

DESPUÉS de la famosa y patriarcal Basílica del Príncipe de los Apóstoles, deben encaminarse los pasos del viajero á las insignes y también patriarcales de San Juan de Letrán, de Santa María la Mayor y de San Pablo, preferentemente, aun cuando ya se dijo que cada una de las iglesias de la Ciudad Eterna tiene alguna preciosa reliquia que venerar, alguna obra maestra en que se recree la vista, algún recuerdo más ó menos interesante.

Cuando concluimos nuestra visita á los vetustísimos y tan curiosos templos de San Lorenzo y San Clemente, los tipos genuinos de basílicas cristianas, nos fuimos, como asimismo dije, á San Juan de Letrán, la Madre y Cabeza de todas las iglesias católicas del Orbe, *omnium Urbis et Orbis ecclesiarum mater et caput*; considerada así desde los remotos tiempos de Constantino el Grande.

No voy á entrar en pormenores que harían difuso este capítulo, en el cual me propongo someramente exponer mis impresiones sentidas en presencia de las basílicas citadas: rasgos generales, como siempre; bocetos á medio concluir; pin-

celadas muy ligeras presentaré á la bondadosa consideración del lector.

Al desembocar por la vía San Giovanni, nos encontramos en una amplia plaza que atravesamos, para rodear la Basílica Laterana y situarnos en otra plaza no menos vasta, desde donde pudimos descubrir mejor la gran fachada del templo, sin torres, sin cúpula, sin nada que nos revelara que íbamos á entrar á la casa del Señor, como lo indican las iglesias góticas que se adunan tanto con el espíritu del Cristianismo.

Suponed dos juegos de columnas pareadas, sobre altos pedestales compuestos, esbeltas, erguidas, y cuyos capiteles soportan la pesadumbre de un entablamento con frontón, que tiene relieves en el tímpano: este cuerpo, saliente del paño general, contiene otros dos en sí, cuales son: el de la puerta principal, y encima de ésta el otro, con el balcón de la *loggia* por donde los pontífices han bendecido tantas ocasiones al pueblo fiel congregado en esa plaza.

A ambos lados de la portada hay otros órdenes de pilastras, en número de tres, por cada lado, pareadas las de los extremos y distribuidos en los paramentos, cuerpos de puertas y balconería, haciendo un total para toda la fachada de cinco puertas y otros tantos balcones; el todo es armonioso: una balaustrada sobre el entablamento general va exornada con grandes estatuas de Santos y Doctores de la Iglesia, descollando entre ellas majestuosa, y en el centro, la efigie del Bautista. Tal es la fachada. Bien veis que, aun cuando es bellísima y de acabada construcción, sencilla, severa en cierto modo, no sé qué tiene este género arquitectónico que siempre lo hace aparecer, tratándose de iglesias, inferior al afiligranado ojival de esas catedrales admirables cuyas agujas parecen tocar las nubes con sus puntas, como para que por ellas se escapen más pronto las oraciones al Señor.

Las puertas de la Basílica de Letrán conducen á un vestíbulo, en donde, como en San Pedro, se ve tapiada la *puerta santa*, la puerta del jubileo.

El interior es magnífico; el golpe de vista del conjunto, soberbio. Cinco amplias naves con crucero forman la perspectiva de esta Catedral espléndida; además, tiene capillas colocadas longitudinalmente en las partes laterales, pero no forman naves. El pavimento, el suntuoso aderezo de los muros, el artesonado plano que en lugar de bóvedas sirve de techumbre muy rica, fatigan la vista y dificultan la descripción somera, pues que todo ello requiere tiempo y estudio. Me fué imposible apuntar cuanto hubiera deseado, y tan sólo me bosquejé en la mente, para fijar ideas, los detalles más culminantes. Lo que más me llamó la atención en la gran nave central, fueron las inmensas estatuas marmóreas de los Apóstoles, dentro de nichos de mármol oscuro, colosales también y de gusto un tanto barroco.

Nada de bancas ni de sillas ni de candiles que obstruyan por ningún lado la vista: todo limpio, todo grande, todo solemne y majestuoso. Sobriedad de altares y de imágenes, y entre esto, escogido todo y exquisito. En el crucero, el altar papal y la *Confesión*, ambas piezas aisladas. En esta segunda, cuya arquitectura ojival, á mi modo de ver, rompe la armonía del conjunto de estilo Renacimiento, se hallan los cráneos de San Pedro y de San Pablo; y abajo del baldaquino se ve la huesa del Papa Martín V. En el fondo, en el ábside, el coro.

En general, San Juan de Letrán me impresionó bastante las veces que allí estuve; salimos por la puerta del costado que da para la plaza donde se encuentra el famoso bautisterio, donde se dice que el Papa San Silvestre lavó de la culpa original al Emperador Constantino. En el centro de la plaza se levanta un obelisco: á la derecha nuestra se levantaba el edificio del interesante Museo Lateranense, y caminando hacia el obelisco, se descubre la capilla de la *Escala Santa*, de la cual ya hablaremos en otro capítulo.

Siguiendo de frente, tomamos después por unas calles rectas y largas, la Vía Merulana, que desemboca precisamente

á la plaza de Santa María la Mayor, en la cual se levanta la vieja Basílica *Liberiana*, aislada; pero en cuyos dos costados se aglomeran muchos edificios. Considérase esta iglesia como la más antigua de Roma, y aun de toda la Cristiandad, que se halla erigida bajo la dulce advocación de la Virgen María. Es también patriarcal como lo son las basílicas de San Juan de Letrán, de San Pedro y de San Pablo, y tiene asimismo puerta de jubileo.

La fachada tiene sensiblemente la propia disposición que la de San Juan de Letrán: cinco puertas y sólo tres balcones de la *loggia*; jónico el primer cuerpo, corintio el segundo, y el todo muy barroco y muchísimo menos bello que el lateranense. A ambos lados corren fachadas con tres órdenes de ventanas: sobre la derecha del espectador se levanta una torre cuadrangular que remata por una pirámide, globo y cruz, que da á esta plaza un aspecto extraño, destruyendo al par la armonía del frontispicio de la Basílica. Enfrente de aquel se alza una columna conmemorativa, corintia, estriada, que sustenta una estatua de la Inmaculada.

Penetremos ahora al interior, salvando el vestíbulo, donde se ve una estatua del Rey Don Felipe IV de España.

No tenemos idea en México de interiores de templos como el de Santa María la Mayor: aseméjase, por supuesto que no en el conjunto ni en los detalles, sino en la disposición, á la de San Lorenzo de Roma; tres naves, con columnas jónicas, con entablamento y ventanas; crucero y arco triunfal como las primeras basílicas, exornado de mosaicos antiquísimos; el pavimento es de mosaico de mármol; y como San Juan de Letrán, en vez de bóvedas, cubren al cuerpo de la iglesia ricos artesonados planos. Cuarenta y dos columnas, de las cuales treinta y ocho son de mármol, separan la nave central de las procesionales.

Tiene un tabernáculo de bronce de bella forma: en el altar mayor enseñan á la imagen de la Virgen, pintura muy ennegrecida por los siglos, y que se dice que fué pintada por San

Lucas: es efigie muy venerada y muy famosa. En el cuerpo de esta iglesia se ven muy diversas tumbas de Papas; entre otras recuerdo los sepulcros de Nicolás IV, el de Paulo V y el de Pío V, de Clemente VIII y de Clemente IX y el de Sixto V.

Salimos de este bello templo, que tampoco tiene bancas ni sillas ni candiles, por una puerta practicada en el ábside: afuera se descende por una suave escalinata, y se encuentra el espectador colocado en la plaza llamada del Esquilino, donde se levanta un obelisco; internándonos al poco rato por entre los vericuetos que nos condujeron á la bulliciosa Strada del Corso, adyacente á la cual se hallaba la calle donde habitábamos.

Otro día, y en una mañana tibia, tomamos en la plaza Montanara el tranvía de San Pablo, con el objeto de visitar la renombrada Basílica situada á extramuros de Roma, y que lleva el nombre del grande Apostol de las gentes.

Toda travesía que se hace por las calles de la Ciudad Eterna, es interesante; los lugares que recorre el tranvía no dejan de serlo; el viajero camina una parte á orillas del Tíber; de repente en una plazoleta ve levantarse muy bien conservado el bello templo redondo de Vesta; más adelante camina al pie del Aventino, una de las colinas sobre las cuales se halla Roma edificada; á lo lejos descubre el pequeño monte Testaceo, dentro del recinto de la ciudad: el tranvía sigue por la Vía della Marmorata, llegándose después á la puerta de San Pablo, una de tantas de la Vieja Roma, donde se ven las murallas almenadas, amarillentas y gruesas; y el curioso monumento fúnebre piramidal y gigantesco de Cayo Sextio. Salvada la puerta, el tranvía continúa por la antigua Vía Ostiense, hoy de San Pablo, ancha calzada no muy lejana de las riberas del Tíber.

Al fin llegamos: el tranvía nos dejó á las puertas de la Basílica, retirándonos luego un poco á lo lejos para poder apreciar el exterior. La fachada que veíamos era la del costado;

la principal se halla en restauración por los desperfectos que sufrió al incendiarse una inmediata fábrica de pólvora. La fachada que he citado me recordó, en pequeña parte, la de San Lorenzo, extramuros: muy sencilla, casi modesta puede decirse; sobre ocho columnas que sostienen un entablamento, formando portal, completa otro cuerpo con tres ventanas arcadas, frontón y cruz; á la derecha del observador se extiende el cuerpo de la iglesia, con ventanas arcadas; la fachada sencillísima también, y techos pendientes de teja; á la izquierda, el ábside y una torre compuesta de cinco cuerpos, tres de éstos paralelipédicos, el cuarto de planta octagonal y el último circular con columnas que soportan una cupulita, globo y cruz.

Entramos, hallándonos en el crucero del templo, que puede considerarse, por su disposición y dimensiones, como otra iglesia casi independiente del resto. Lo que causa admiración notoria en todas estas basílicas, es su riqueza en mosaicos y en mármoles y artesonados. Aquel aseo tan exquisito realza todas las obras de arte que con tanta magnificencia han colocado los Pontífices en las iglesias de la capital del mundo católico. La impresión que me causó San Pablo fué extraordinaria: no temo asegurar que de todos los templos católicos de Roma, fué el que llamó más mi atención por su grandioso aspecto, por la suntuosidad de la fábrica y por su alabada majestad.

En la parte absidal son muy notables los mosaicos que la decoran, así como en el crucero unos cuadros que á primera vista no cabe la menor duda de que son pintados; pero si se fija la atención, especialmente con gemelos, se ve con claridad el mosaico.

En San Pablo se va siempre de admiración en admiración: las cuatro columnas primorosas del baldaquino del altar mayor las obsequió el Virrey de Egipto á Gregorio XVI, y los dados de malaquita fueron regalados por el Czar de Rusia, Nicolás. Entrando ahora á la iglesia, propiamente dicha, de-

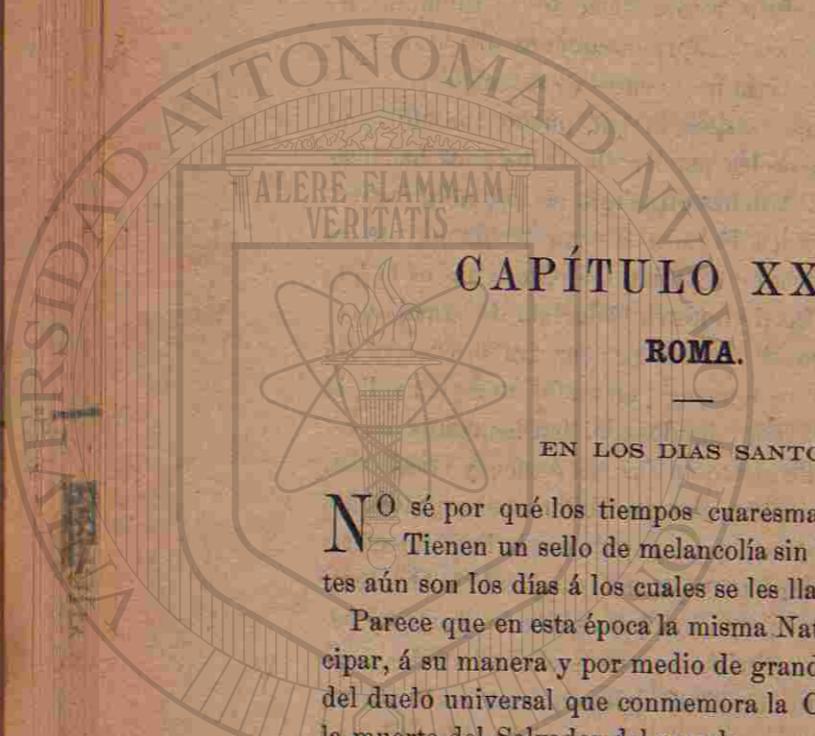
be el observador colocarse cerca de la puerta principal, ahora (supongo que todavía) cerrada al público; desde el punto mencionado la perspectiva es grandiosa: á raíz del pavimento de mármol, que parece un espejo por brillante, y sobre el cual se sienten, de tan terso, resbalar los pies, se alzan, sin pedestales, ochenta columnas monolíticas corintias de granito rosa del Simplón. Una serie de arcadas descansa sobre ellas, dividiendo así el templo en cinco naves, sin capillas; arriba de las arcadas corre una cornisa arquitrabada y después se ven campear grandes medallones, cada uno de los cuales tiene, en mosaico, el retrato de un Papa; la serie está completa, desde San Pedro hasta León XIII; quedando algunos huecos por llenar.

La iglesia poseía en todas sus ventanas vidrieras muy ricas de colores, con efigies de santos: una que otra se ve, pero por desgracia, al estallar el incendio del polvorín, los cristales casi en su mayor parte se hicieron pedazos. Permaneciendo el observador en el punto indicado, y en la nave del centro, descubre en el fondo, separando este cuerpo de la iglesia del crucero, el arco triunfal, característico de las basílicas antiguas; descansa sobre machones y sobre dos columnas monolíticas jónicas; es famoso el mosaico que, por la parte del templo donde nos suponemos en este momento colocados, se advierte cubriendo todo el arco; en el centro descuella la gran figura del Salvador, con auréola; á los lados, arriba y en primera línea, las visiones apocalípticas de los evangelistas; y abajo, en segunda línea, los veinticuatro ancianos del apocalipsis. A raíz del suelo y junto á los machones, se levantan sobre pedestales las estatuas, en mármol blanco, de San Pedro y de San Pablo, el primero al lado del Evangelio, el segundo al de la Epístola. En medio del artesonado plano que cubre la nave central, campean, ricamente ejecutadas, las armas de Pío IX, que tanto contribuyó á la restauración de esta iglesia.

Antes de abandonar el templo pasamos al claustro, que no

debe tampoco dejar de visitarse por ser una curiosidad arquitectónica. Las columnas que sostienen las arcadas todas son distintas: unas con el fuste retorcido como las salomónicas, unas estriadas, otras lisas y caprichosamente dispuestas; en varios fustes se ven todavía fragmentos de mosaico.

Tal es, á grandísimos rasgos, lo que puedo comunicar al curioso lector acerca de las patriarcales é insignes basílicas de la Ciudad Eterna. Muchas otras iglesias hay notables, como la de San Luis de los Franceses, cuya decoración de las bóvedas, si mi memoria no es infiel, me parece que es la que se ha adoptado para las de nuestra Colegiata de Guadalupe; la iglesia de San Ignacio, donde se conserva el cuerpo del angélico joven San Luis Gonzaga, en ataúd de lapizlázuli; el templo del Jesús (el *Gesù*), donde se hallan los restos del esclarecido fundador de la Compañía de Jesús, y otras más. Cuarenta y tantos templos contamos solamente erigidos bajo la advocación de MARÍA; larga, pues, sería la lista al referir los nombres, como largo en seguirnos ocupando en los templos católicos de Roma; aquí hay para todos los gustos y para dilatados estudios. ¡Cuán interesante es desde todos puntos de vista la Señora del Tíber! ¡Cuán grande es la importancia que tiene también para el creyente la Roma de los Papas!



CAPÍTULO XXXVI.

ROMA.

EN LOS DÍAS SANTOS.

NO sé por qué los tiempos cuaresmales son tan tristes. Tienen un sello de melancolía sin igual; pero más tristes aún son los días á los cuales se les llama santos.

Parece que en esta época la misma Naturaleza desea participar, á su manera y por medio de grandes manifestaciones, del duelo universal que conmemora la Cristiandad entera, á la muerte del Salvador del mundo.

Recuérdense, por ejemplo, en México, algunas semanas santas en cuyos días de mayor tristeza el viento bramaba con pavora; un Viernes Santo, el aire espantoso atizaba las llamas de voraz incendio, al par que la sociedad entera quedaba hondamente turbada la víspera bajo la impresión de un cruel asesinato.

La quemazón del Viernes Santo y el homicidio de Don Juan de Dios Cañedo en el Hotel de la Gran Sociedad,¹ todavía hacen estremecer de horror á aquellos que fueron testigos oculares de tales acontecimientos, personas de cuyos labios tantas y tantas veces hemos oído recordar el pánico de aque-

¹ Año 1850.

llos inolvidables días, muy especialmente el del incendio, en que las campanas, que jamás se tocan en Viernes Santo, anunciaban con lúgubre tañido la catástrofe.

Tales recuerdos me vinieron á la memoria en la Ciudad Eterna en los días de la Semana Santa que pasamos allí. Roma es por naturaleza triste, su melancolía es ingénita: sus ruinas de mármoles despedazados, su Coliseo amarillento, sus foros perennemente habitados por la soledad, sus estatuas mutiladas de los dioses y de los Césares, el murmullo de las aguas de sus fuentes y de su río, todo tiende á imprimir á la reina destronada, á la en otro tiempo señora del mundo, un tétrico y especial aspecto, como ya en otra ocasión lo he dicho.

Pero si esto es á diario, la imponente majestad de Roma se acrecienta en la Semana Santa. Los altares de su centenar de iglesias se cubren; la muchedumbre desfila silenciosa, como en nuestra México, para encerrarse en los templos, y se entonan cantos solemnes que resuenan bajo las bóvedas de las basílicas, grandiosos, como grandiosas son las producciones de Palestrina y Mercadante.

Sí debo decir ante todo, que evidentemente en México para todos estos actos religiosos, quizá más que en ninguna otra ciudad del globo, existe un recogimiento y una piedad y una unción como no se encuentran ni en la misma católica Península Hispana.

Como siempre nos habían ponderado la majestad y la grandeza de las ceremonias de este tiempo en Roma, combinamos nuestro itinerario uno de mis compañeros y yo, de modo que pudiésemos hallarnos la Semana Santa en la Ciudad Eterna.

Así, en efecto, lo hicimos, saliendo con toda oportunidad de Marsella para Roma, en donde nos encontrábamos en Marzo del año 1893.

No todo nos salió á pedir de boca, como suele decirse, pues esta ocasión fuimos poco felices, porque supimos que Su San-

tidad el Papa no oficiaría, como otros años, en la Semana Santa, á causa de su salud, por aquellos días un tanto quebrantada. En su lugar celebraría el Cardenal Vicario, pero por supuesto que las ceremonias carecerían completamente del brillo y la magnificencia de que se revisten cuando oficia el Soberano Pontífice.

Tuvimos que conformarnos, de grado ó por fuerza, con tal contrariedad, pues facilísimo nos hubiera sido por medio de nuestro buen Cónsul, obtener un lugar entre el escaso público concurrente á la Capilla Sixtina, por ejemplo.

Sin embargo, gratas emociones nos esperábamos: formamos luego nuestro plan para que, ajustados á él, aprovecháramos el tiempo cuanto se pudiera, y entre todas las iglesias en que debíamos detenernos, en dos esencialmente nos fijamos: en la Basílica de San Pedro y en la de San Juan de Letrán.

Aun cuando el Papa oficie, ya en la Sixtina, ya en San Pedro, la pompa de otros días ha concluído enteramente: hoy el Padre Santo, reducido al Vaticano, se halla imposibilitado de concurrir á la Basílica laterana; en no muy añejos tiempos la salida del Papa, desde el Vaticano, era verdaderamente regia, en brillantes carruajes, con soberbio acompañamiento. Muchas reproducciones fotográficas ó litográficas he visto en revistas de hace unos veinte años, en los momentos de esta gran procesión de coches espléndidos; y cuando la multitud aclamaba y saludaba al Vicario de Cristo, debe haber sido aquello magnífico. Pero todo cambia con los tiempos en fuerza de las circunstancias: Roma en esto se asemeja mucho á México, aunque aquí el culto externo—que allá no ha concluído del todo—sí se abolió completamente.

Por lo que respecta al culto interno, me parece que ciertas ceremonias de los tiempos santos son más solemnes en México; pues hallándose dispuestas nuestras basílicas catedrales, á usanza de las de España, con el coro en la nave mayor, en medio del templo y con crujía, luce grandemente, entre otras,

la imponente ceremonia de la *Seña*, privilegio de que no gozan, ni por su disposición ni por su rito, las de Italia y otras naciones; pues tomó la *Seña* su origen en Sevilla desde tiempo inmemorial, heredando nosotros dicha ceremonia. Aquellos sacerdotes cubiertos con negro capuz y capa de larguísima cauda, que salen del coro para el presbiterio simbolizando á los profetas; el gran estandarte de la Fe, que enarbola el signífero; el canto solemne de los salmos, todo es grandioso en la *Seña*, que en este tiempo y por última vez, como es sabido, se hace en México el Miércoles Santo.

Esto buscábamos en Roma y no lo hallamos; pero en cambio pudimos tener la satisfacción gratisima de oír lo que en México ni soñamos poseer: los orfeones. En San Pedro los escuchamos el Jueves Santo por la tarde, y en San Juan de Letrán al día siguiente asimismo por la tarde: este último nos dejó del todo arrebatados; un concurso numeroso de gente llenaba las amplias naves de la Basílica; desde el coro cercano al ábside se desprendían raudales armoniosos, trinos de ave, dulcísimas voces que extasiaban al público admirado, en medio del solemne silencio que en los ámbitos del templo dominaba.

Las voces dejaban escucharse sin acompañamiento alguno de orquesta: aquello era, si se me permite la franca y profana expresión, una ópera sagrada, completamente desconocida para quienes por primera vez la oíamos; eran voces que remedaban el canto de los pájaros y los instrumentos músicos: era un conjunto indefinible y grandioso..... Entonábase el sublime *Miserere* de Palestrina; pero lo más singular es que aquellas notas altísimas y lánguidas, que parecían escaparse de las cuerdas de un arpa encantada, salían de las gargantas de un coro de hombres, á quienes desde pequeños educan la voz, con que hacen prodigios admirables, cual si fuera de soprano.

Aquellos orfeones no pueden describirse: únicamente oyéndolos se avaloran y estiman y arrebatan. En México, según

se recordará, estrenóse por primera vez un orfeón en 8 de Diciembre de 1889, cuando el Sr. Arzobispo Labastida celebró en la Catedral sus *Bodas de Oro*. Pero, ¡cuán grande diferencia! Ni el hábito, ni nuestros elementos permitieron siquiera que el orfeón fuese una milésima parte de alguno de los de Roma; sin embargo, en honor de la verdad, hízose en México lo que se pudo, y salváronse los escollos que se presentaban.

Casualmente, el mismo director del orfeón de 89, cuando las *Bodas de Oro*, mi querido amigo y compañero de viaje el buen Padre Don Francisco Plancarte, nos condujo á San Juan de Letrán para deleitarnos con aquellas notas magníficas. ¡Cuántas reminiscencias agradables hicimos entonces!

Inútil es decir que las demás ceremonias, en todas sus partes, son iguales en la substancia; aunque siempre en esas iglesias de Roma, naturalmente son pomposas, pues que en San Pedro, por ejemplo, los canónigos son obispos.

A nuestra salida de San Juan de Letrán, el Viernes Santo por la tarde, pasamos directamente á una capilla situada en la plaza que queda adyacente á la Basílica; á la capilla se le da el nombre de la *Escala Santa*, y aunque con grandes dificultades, por la cantidad de gente que allí había, la visitamos: á la entrada se ven dos grupos en blanquísimo mármol, que representan, el uno el beso de Judas y el otro á Jesucristo delante de Pilatos. A raíz del pavimento del pequeño vestíbulo en donde se hallan estos grupos escultóricos, se levanta una escalera de mármol bastante ancha; sus escalones todos se hallan forrados de madera para protegerlo, y muy curioso es el espectáculo que presenta la gente al ascender: sólo es permitido subir de rodillas, y en cada escalón debe rezarse un Padre nuestro; de suerte que como son 28 gradas de mármol, imaginaos qué abnegación no será precisa para subir, en este tiempo en que la gente se estruja, se amontona, se encoge ó se dilata en todos estos sitios. Por supuesto que nosotros prescindimos de subir; era totalmente imposible. Ahora

bien: esta es la *Escala Santa*, la misma que, según la tradición más exacta, subió el Salvador en la casa de Pilatos en Jerusalén. La Emperatriz Santa Elena la hizo transportar á Roma hacia el primer tercio del siglo cuarto. De uno y otro lado hay otras dos escaleras, no recuerdo si son de piedra, que sirven para bajar, aunque por una de ellas subimos. Al tocar el último peldaño nos encontramos en un espacio reducido: frente á nosotros se veía otra capilla cerrada por una reja: es el *Sancta Sanctorum*, la capilla papal á donde, según nos dijeron, sólo el Pontífice Romano puede entrar. La construyó el Papa Nicolás III, y es lo único, dicen las guías, que existe del viejo palacio de Letrán.

A nuestra derecha pasaba la gente, y descendimos llevados casi en peso por el numerosísimo público que invadía los ámbitos de tan histórico edificio.

Con grandes carteles multicolores se anunció por todas las calles de Roma que el Sábado de Gloria por la noche se iluminarían con luces de Bengala el Coliseo y las ruinas adyacentes. A eso de las nueve y media de la noche, las arterias y los vericuetos que conducen al Foro Romano, detrás del Capitolio, se veían enchidos de gente; al bajar por la vía del Campidoglio para tomar por la delle Grazie para el Coliseo, el panorama era fantástico y grandioso: iluminadas todas las ruinas, acerca de las cuales me ocuparé en otro capítulo, presentaban un aspecto singular, extraordinario; de por sí aquel grande espacio que forman el Capitolino, el Esquilino y el Palatino es imponente: pues ahora, imaginaos un conjunto desordenado y confuso de columnas aisladas, de pórticos, de templos arruinados, todo iluminado por la noche con luces de colores de lo más admirable, y creeréis sin duda alguna que algún sueño de esos fantásticos ocupa vuestra mente; y más allá, en el fondo de la perspectiva, el Coliseo, el gigante de piedra, el más grande de cuantos existen en el mundo, aunque semiarruinado, también por extraña fosforescencia iluminado; para penetrar al interior se pagaban esa noche,

según recuerdo, dos liras, y era difícil la entrada por la abundante concurrencia.

Los italianos demuestran un gusto muy exquisito y delicado en esta clase de iluminaciones, que ningún viajero debe dejar de verlas cuando se presente la oportunidad.

La noche caminaba, y creímos prudente retirarnos para nuestra casa; volvimos á pasar por los templos arruinados y por los arcos triunfales todavía en pie, y ascendiendo de nuevo por la vía del Campidoglio, pronto nos encontramos en la elevada plazoleta donde se yergue la renombrada estatua ecuestre de Marco Aurelio, perdiendo por completo de vista el fantástico espectáculo que todavía recuerdo con fruición.

CAPÍTULO XXXVII.

ROMA.

LAS CATACUMBAS DE SAN CALIXTO.

HE aquí otro asunto importantísimo de la Roma Cristiana: las Catacumbas. ¿Quién no ha oído hablar de ellas? ¿Quién ignora que existe otra Roma subterránea, digna del mayor estudio y de la visita indispensable del viajero?

No creo que la generalidad tenga, en verdad, noción de lo que en sí son las Catacumbas, pues que no bastan libros que las describan con esmero, si la propia vista no se satisface. Confieso, al menos, que yo ignoraba lo que eran las Catacumbas, y cuando tuve oportunidad de visitar las de San Calixto, las encontré completamente distintas de como me las imaginaba antes de conocerlas.

Es del todo probado que estos subterráneos admirables existieron desde el primer siglo de la Iglesia; empero á causa de las diversas circunstancias, especialmente por las invasiones que sufrió Roma, hicieron que se abandonasen las Catacumbas, una vez que los Papas distribuyeron en las basílicas los innumerables restos de mártires que atestaban los sepulcros de aquellos vastos subterráneos. Parece, al decir de los que en la historia de éstos se ocupan, que el único cementerio que en la Edad Media permaneció abierto, fué el de San Se-

según recuerdo, dos liras, y era difícil la entrada por la abundante concurrencia.

Los italianos demuestran un gusto muy exquisito y delicado en esta clase de iluminaciones, que ningún viajero debe dejar de verlas cuando se presente la oportunidad.

La noche caminaba, y creímos prudente retirarnos para nuestra casa; volvimos á pasar por los templos arruinados y por los arcos triunfales todavía en pie, y ascendiendo de nuevo por la vía del Campidoglio, pronto nos encontramos en la elevada plazoleta donde se yergue la renombrada estatua ecuestre de Marco Aurelio, perdiendo por completo de vista el fantástico espectáculo que todavía recuerdo con fruición.

CAPÍTULO XXXVII.

ROMA.

LAS CATACUMBAS DE SAN CALIXTO.

HE aquí otro asunto importantísimo de la Roma Cristiana: las Catacumbas. ¿Quién no ha oído hablar de ellas? ¿Quién ignora que existe otra Roma subterránea, digna del mayor estudio y de la visita indispensable del viajero?

No creo que la generalidad tenga, en verdad, noción de lo que en sí son las Catacumbas, pues que no bastan libros que las describan con esmero, si la propia vista no se satisface. Confieso, al menos, que yo ignoraba lo que eran las Catacumbas, y cuando tuve oportunidad de visitar las de San Calixto, las encontré completamente distintas de como me las imaginaba antes de conocerlas.

Es del todo probado que estos subterráneos admirables existieron desde el primer siglo de la Iglesia; empero á causa de las diversas circunstancias, especialmente por las invasiones que sufrió Roma, hicieron que se abandonasen las Catacumbas, una vez que los Papas distribuyeron en las basílicas los innumerables restos de mártires que atestaban los sepulcros de aquellos vastos subterráneos. Parece, al decir de los que en la historia de éstos se ocupan, que el único cementerio que en la Edad Media permaneció abierto, fué el de San Se-

bastían *ad Catacumbas*, apellido con el cual—no se sabe ciertamente por qué causa—se conocen todos los subterráneos de este género.

Abandonadas las Catacumbas, como acabo de decir, hacia la centuria novena, nadie se preocupó por ellas en los tiempos medios: uno que otro explorador, después de este período histórico del mundo, comenzaron á entrar á los subterráneos, tomaron notas, sacaron dibujos, reunieron datos y aun alguien formó una obra que otros dieron á la estampa después de su muerte: Antonio Bosio y su *Roma Sotterranea*, son los primeros nombres que debemos pronunciar en la historia de las Catacumbas; Bosio, el primero que adquirió más nociones acerca de estos misteriosos laberintos; su libro, el primero escrito sobre el asunto.

Pero en realidad, quien, como nadie ha hecho un estudio verdaderamente científico de las Catacumbas, levantando planos y estableciendo un método para la exploración de ellas, es el insigne arqueólogo Juan Bautista de Rossi, á quien prestó ayuda su también ilustre hermano el geólogo Don Miguel. Desde entonces acá las exploraciones no han cesado, los estudios se ensanchan y el público inteligente tiene á diario al alcance de su mano obras nuevas más ó menos extensas, que se dan á luz acerca de las Catacumbas, como rama interesantísima del arte cristiano.

A nadie se escapa hoy el interés que encierra el estudio de las Catacumbas: allí está la cuna del arte cristiano; allí los rastros de la vida de los primeros aliados de la Fe, sus usos y costumbres; allí, en frescos primitivos, en borrones multicolores más ó menos conservados, explicadas las prácticas religiosas y representados multitud de pasajes bíblicos y de la vida real.

Y ¿cuál fué el origen de estos subterráneos y qué llegaron á ser después? Nadie ignora que, perseguida la Iglesia en los primeros tiempos, esto no obstante, pronto alcanzó progresos brillantísimos, y contando con ricos y poderosos adeptos en

la misma Roma, éstos facilitaban sus *villas* y jardines para las asambleas de los cristianos, y especialmente sus tumbas. La ley romana—como hace observar Pératé en su primorosa *Archéologie Chrétienne*—declaraba inviolable el campo, *area*, consagrado á la sepultura y á todas sus dependencias: hé aquí el origen de los primeros *cementerios* cristianos, que se hacían subterráneos para mayor seguridad, y que después se convirtieron en verdadera morada de los fieles, y que pertenecían á lo que se llamaba *Ecclesia fratrum*.

Dieron los cristianos á estos lugares el nombre de *cementerio*, vocablo derivado del griego y que significa “lugar de reposo.” Creo que es más cristiana y más propia esta palabra, que la de *panteón*, aplicada hoy generalmente á los sitios destinados para el entierro de cadáveres: entiendo que es más cristiana porque tiene más sello de piedad, y su origen etimológico se aviene muy bien al carácter que quisieron imprimirle los primeros sostenedores de la Fe del Crucificado; mientras que la voz *panteón*, no sólo se aparta del espíritu cristiano, sino que es del todo inadecuada al objeto á que se aplica: sus dos raíces griegas, *pan* todo, y *theós* dios, sirvieron, formando la palabra en Roma, para designar el templo consagrado al culto de todos los dioses *paganos*, templo que existe todavía convertido en Iglesia Católica, y que aún conocemos por *Panteón de Agrippa*.

Como todos estos subterráneos llamados Catacumbas son, en general, lo mismo, señalaré á grandes rasgos su disposición más adelante, por medio de las célebres Catacumbas de San Calixto, que visité en uno de tantos días memorables con que la Providencia me brindó en la augusta ciudad del Pontificado.

Como en país extranjero siempre se tiende á buscar á los de la tierra, pronto fuimos á dar al Colegio Pío Latino Americano, en donde siguen su carrera sacerdotal muchos jóvenes mexicanos. Por feliz casualidad uno de ellos iba á decir su primera misa en las Catacumbas de San Calixto, y tuvo la

amabilidad de invitarnos para el acto. ¡Cuál no sería mi gozo, considerando en la brillante oportunidad que se me presentaba de visitar un sitio tantas veces soñado é interesante, y en compañía lo menos de seis ú ocho mexicanos!

La cita era á las seis y media de la mañana, en el mismo Colegio Pío Latino. Puntual estuve á la hora indicada: la noche anterior la pasé con esa intranquilidad que produce un alboroto grande, y con la zozobra consiguiente á dejar de ser formal sin quererlo.

A esa hora esperaban á la puerta del Colegio unos carruajes, en los que tomamos asiento el nuevo sacerdote, varios de sus colegas, mis compañeros y yo, y la emprendimos minutos antes de las siete por las calles de Roma, desde el *Prati di Castello* (Vía Gioacchino Belli) donde está situado el Colegio. Casi toda la ciudad atravesamos para llegar á la Puerta de San Sebastián, donde comienza la Vía Appia, la calle de los sepulcros.

Caminamos un poco por esta gran calzada: á los veinte minutos de haber entrado en ella nos detuvimos ante una puerta, á nuestra derecha, corriendo á ambos lados una tapia larga; después de llamar á la puerta, abrieron ésta y penetramos á una pintoresca viña que cultivan los buenos padres trapenses que tienen á su cargo la custodia de aquel lugar. Lo primero que se observa es una construcción muy añeja, como capilla, convertida hoy en pequeño museo—donde se conservan varios objetos extraídos de estas Catacumbas, lápidas sepulcrales y otros. Parece que, según Rossi, este era el viejo oratorio de San Calixto *in Arenariis*, y su forma, aunque sencilla, es bastante curiosa.

Cerca de aquí se halla la entrada á los subterráneos: bajamos á ellos por una escalera de piedra construída á raíz del suelo de la viña, bastante grande según recuerdo, y en seguida se nos condujo á una cámara húmeda, con el piso de tierra, alumbrada por una claraboya por donde penetraba débilmente la luz; en los muros se abrían nichos sepulcrales,

algunos de ellos con lápidas y una que otra inscripción restaurada; ésta es la cámara papal (*cubiculum pontificium*); los sepulcros encierran, no todos, los restos de varios Pontífices canonizados, entre otros, el de San Sixto II, martirizado en este sitio en el siglo III de nuestra éra. En uno de los ángulos de este pequeño cuarto ó cripta se levanta un altar aislado, muy modesto, en donde nuestro joven paisano y nuevo sacerdote celebró por primera vez el sacrificio de la Misa, que le oímos todos los presentes.

Cuando todo concluyó, uno de los padres trapenses nos repartió á todos velas de cera, y pasamos á un cuarto contiguo al de los Papas, también iluminado por una claraboya; en ese cuarto, y en una especie de nicho, descansó por mucho tiempo el cuerpo de Santa Cecilia, depositado allí por San Urbino, hasta que San Pascual lo descubrió é hizo transportar á la iglesia de Santa Cecilia *in Trastevere*, en donde se ve ahora el sepulcro.

Después encendimos las velas, y casi rodeando al padre, aunque uno tras del otro, la emprendimos por aquellos vericuetos sin luz, imponentes, lóbregos, interminables, y que forman un intrincado laberinto por el cual es muy difícil aventurarse sin guía, so pena de no volver á salir jamás de él. Por eso la prudencia aconseja ir siempre unido á la caravana, pues cualquiera distracción ó curiosidad suele costar muy cara.

Estas Catacumbas se componen de una serie de galerías ó cañones angostos, de bóveda admirablemente bien ejecutada; los muros se ven colmados de nichos sepulcrales, los unos sobre los otros, casi en su totalidad vacíos; en uno de ellos nos encontramos yacente un esqueleto humano perfectamente conservado: ¿de quién sería? Nadie lo sabe. De estos cañones fríos, en donde se respira un ambiente húmedo y en donde todo es fúnebre y no deja de causar pavor, se desprenden varios ramales, por diversos lados, que van después á unirse

á otras galerías, formando todos, en conjunto, una especie de red.

La respiración no se hace fatigosa, el aire circula con maravillosa libertad, y todo se halla perfectamente bien dispuesto: los artífices eran grandes conocedores del terreno; la obra es admirable; el arte pictórico aparece siempre por aquí y por acullá; los paramentos de los muros suelen ostentar con frecuencia frescos que recuerdan á cada paso el estilo bizantino, y que se remontan indudablemente á los primeros siglos de existencia de la Fe Cristiana.

Además, existen unas pequeñas criptas cuyas pinturas suponen á estas cámaras edificadas á cielo abierto, á manera de capillas, muy curiosas; en una de éstas nos enseñaron dentro de dos cajas, que están cubiertas por un cristal respectivamente, una momia bien conservada y un cadáver en semidescomposición.

Algún tiempo estuvimos dentro de estos cañones: las Catacumbas tienen otros pisos abajo del que visitábamos, y que se comunican entre sí por medio de escaleras. El 22 de Noviembre en que la Iglesia celebra á Santa Cecilia, se ilumina la cripta en donde se encontró el cuerpo, y todas estas galerías, las cuales se abren al público.

Después de nuestra visita, los buenos padres trapenses nos llevaron al refectorio, en donde nos sirvieron ellos mismos el desayuno. Los padres todo lo hacen: labran la tierra, fabrican su pan y se proveen dentro de los muros de su viña, de cuanto se ha menester para la satisfacción frugal de las más apremiantes necesidades de la vida. ¡Con qué tranquilidad y paz se deslizan en ese lugar bendito los días de su existencia!

Nada nos fué posible sacar de las Catacumbas: ni un puñado de tierra, pues está excomulgado, por disposición pontificia, todo el que lo haga. La razón es muy sencilla: hubo un tiempo de verdadero furor por sacar de las Catacumbas las osamentas de los innumerables mártires allí sacrificados, y

cuanto les hubo pertenecido; las osamentas colmaron las iglesias de Roma, y muchas las dispersaron por los demás templos católicos del mundo, para las aras y los altares; pero de aquí resultaron dos cosas: la primera que, como no sólo los santos y los mártires habían habitado ó muerto en las Catacumbas, sino sus mismos sacrificadores paganos, cuando éstos descubrían tales subterráneos, de aquí que evidentemente se confundían las osamentas ó los restos de un mártir con los de un pagano; en consecuencia, muy probable y lamentabilísimo era celebrar el sacrificio de la misa sobre una ara que contuviese huesos jamás santificados; la segunda de las cosas que en esto vió la Iglesia, fué que las Catacumbas se quedaron vacías; despojándolas de sus principales tesoros, se les quitaba la mitad de su importancia: y como á raíz de este suceso tales cementerios comenzaron á dejar de ser el objeto de la veneración y de las peregrinaciones de los fieles, de aquí que por tales causas se fulmina excomunión para quien, sin estar autorizado, extraiga de las Catacumbas aunque sea, como he dicho antes, un puñado pequeñísimo de tierra.

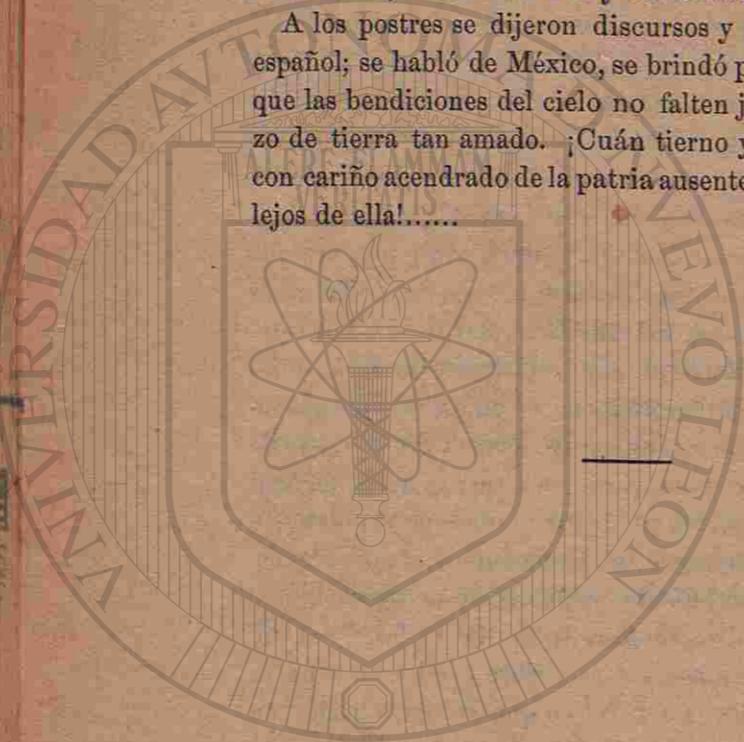
A la puerta los padres venden recuerdos de las Catacumbas, reliquias y fotografías; y en un libro nos hicieron poner nuestras firmas y la fecha del día en que hubimos hecho tan agradable é interesante visita á este cementerio.

Los coches nos esperaban ya, y después de nuestros agradecimientos á los padres por su exquisita amabilidad para con nosotros, nos despedimos de ellos, con sentimiento, alejándonos por la Vía Appia para Roma.

Aquel día terminó agradablemente para nosotros: con motivo de haber dicho nuestro paisano su primera misa, y de haberla cantado asimismo por primera vez en la Capilla del Colegio Pío Latino otro joven sacerdote, de Colombia, se nos invitó á un banquete en el Colegio, al que asistimos con verdadero placer. Ocupó el lugar de honor, presidiendo la mesa, Su Eminencia el Cardenal Masella; frente á él tomó asiento el actual Arzobispo de Guatemala, á la sazón en Roma, y

después los invitados: en mesas aparte, llenando el amplio y hermoso refectorio, los alumnos del Colegio, todos jóvenes americanos, con sus sotanas y sus bandas azules.

A los postres se dijeron discursos y poesías en italiano y español; se habló de México, se brindó por su felicidad y porque las bendiciones del cielo no falten jamás para este pedazo de tierra tan amado. ¡Cuán tierno y grato es oír hablar con cariño acendrado de la patria ausente, cuando se está muy lejos de ella!.....



CAPÍTULO XXXVIII.

ROMA.

BREVE EXCURSION POR ALGUNAS CALLES.

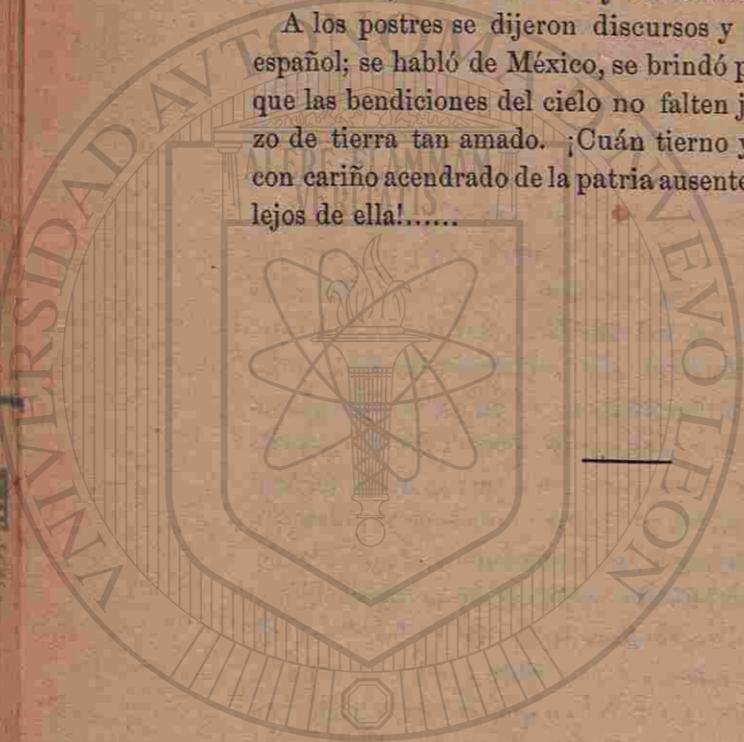
SI en cualquiera ciudad del mundo que por primera vez se pisa, tiénese curiosidad en conocer sus calles, sus arterias principales, sus paseos y sus encantos, con mayor razón en ciertas capitales cuyo nombre basta para interesar al menos dado á lo curioso y á lo histórico.

¿Os acordáis, por ejemplo, lector amabilísimo, de la imperial Toledo? ¿No traéis á vuestra memoria aquel Tajo soñoliento, aquellas amarillentas murallas coronadas de almenas, aquellos vericuetos empinados, la santa y vetustísima imagen en la esquina de una calle alumbrada por el farolillo polvoroso, la mole del alcázar, la aguja gótica y enhiesta de la Catedral que sale de en medio de tantos edificios seculares? ¡Oh! Basta simplemente el aspecto de aquella capital para trasladarnos luego con la imaginación á los tiempos caballerescos de capa y espada, á la época de los señores feudales, de las trovas lánguidas y del melancólico laúd.

Pues bien, si en Toledo no se puede estar al recorrer sus calles ó cruzar el Tajo por los añosos puentes, sin figurarse que se vive en los buenos tiempos de Don Juan II y del bachiller Cibdarreal, en Roma parece uno transportarse á los

después los invitados: en mesas aparte, llenando el amplio y hermoso refectorio, los alumnos del Colegio, todos jóvenes americanos, con sus sotanas y sus bandas azules.

A los postres se dijeron discursos y poesías en italiano y español; se habló de México, se brindó por su felicidad y porque las bendiciones del cielo no falten jamás para este pedazo de tierra tan amado. ¡Cuán tierno y grato es oír hablar con cariño acendrado de la patria ausente, cuando se está muy lejos de ella!.....



CAPÍTULO XXXVIII.

ROMA.

BREVE EXCURSION POR ALGUNAS CALLES.

SI en cualquiera ciudad del mundo que por primera vez se pisa, tiénese curiosidad en conocer sus calles, sus arterias principales, sus paseos y sus encantos, con mayor razón en ciertas capitales cuyo nombre basta para interesar al menos dado á lo curioso y á lo histórico.

¿Os acordáis, por ejemplo, lector amabilísimo, de la imperial Toledo? ¿No traéis á vuestra memoria aquel Tajo soñoliento, aquellas amarillentas murallas coronadas de almenas, aquellos vericuetos empinados, la santa y vetustísima imagen en la esquina de una calle alumbrada por el farolillo polvoroso, la mole del alcázar, la aguja gótica y enhiesta de la Catedral que sale de en medio de tantos edificios seculares? ¡Oh! Basta simplemente el aspecto de aquella capital para trasladarnos luego con la imaginación á los tiempos caballerescos de capa y espada, á la época de los señores feudales, de las trovas lánguidas y del melancólico laúd.

Pues bien, si en Toledo no se puede estar al recorrer sus calles ó cruzar el Tajo por los añosos puentes, sin figurarse que se vive en los buenos tiempos de Don Juan II y del bachiller Cibdarreal, en Roma parece uno transportarse á los

bullentes tiempos del Imperio. Nada más que ahora todo está desierto: por sus calles no caminan ya en medio del estruendo báquico, las matronas, sobre aderezados carros; y ni los cónsules ni los togados pasan más, bajo los arcos triunfales.

Sin embargo, se ve mucho en pie de aquella época famosa en los anales del mundo: mucho que ha respetado la mano del tiempo, y que los Papas se han esmerado en conservar; mucho, casi intacto, que guarda Roma como un girón del precioso manto de su pasada grandeza: todavía queda algo de púrpura, el rescoldo del fuego de que cuidaban las vestales, alguna copa de oro en que se escanció el vino de los grandes festines.

Conocemos ya un poco de la Roma cristiana, á la que hemos dado en la sucesión de estas líneas la preferencia; veamos ahora otro tanto de la Roma pagana, y lo conseguiremos mediante una pequeña excursión por las calles de la vieja Señora del mundo, á quien arrulla el Tíber.

Pocas ciudades tienen el aspecto especial de Roma; porque por ejemplo Toledo, que acabo de citar, nada ha variado: poco moderno se encuentra allí. En otras capitales, lo viejo queda demolido y le sustituyen presto las elegantes fábricas contemporáneas, ó al menos, si lo antiguo queda en pie, sepárase profundamente de lo nuevo.

En Roma se ve mezclado lo reciente con lo añoso: los templos paganos se han convertido en templos católicos, pero conservando sus pórticos, sus muros seculares y sus bóvedas; la fachada de un teatro antiguo, por ejemplo, mírase incrustada en las de otros edificios recién edificados; una columna del tiempo del Imperio, en medio de una plaza modernísima en su aspecto.

En cierto modo, no me parece acertada esa transformación que de Roma quieren hacer los italianos: ahora ensanchan el cauce del Tíber y lo revisten de mampostería, como lo está el Sena; amplían el puente del Sant-Angelo, y echan sobre el río otros de modernísimo estilo, como el de Margheri-

ta. No, no y no: á Roma dejarla sola, dejarla con sus ruinas y con su melancolía, que es ciudad histórica entre las históricas por excelencia: á Roma dejarla con sus tristezas y recuerdos, con sus muros primitivos; dejarla para que vengan todavía los gansos sagrados á cernerse sobre el Capitolio anunciando que los galos se acercan á las puertas de la Ciudad Eterna: dejarla que en el murmullo de las fuentes y de los cipreses, agitados por el viento, se escuche como el remedo de los ecos lejanos de la gritería del pueblo congregado en las gradas de piedra del Anfiteatro Flavio: dejarla que por las noches, cuando la luna derrame los fulgores de su luz pálida por los ámbitos de los desiertos foros “evoque legiones de blancas sombras.”

Roma no debe transformarse; no debe de ninguna manera trocarse su fisonomía característica: es un sacrilegio el que se comete, tal cual si ahora se pretendiera reconstruir á Pompeya y darla habitantes y hacerla capital ó corte de nuevos pueblos. De aquí que la ciudad del Tíber tenga rincones que sean los unos tristes y los otros risueños.

Situémonos ahora en la pintoresca plaza del Pueblo (*Piazza del Popolo*) y de ella partamos para nuestra ligera excursión por las calles. Tiene esta plaza forma elíptica, aspecto hermoso y magnífico: en el centro, sobre una gradería, un famoso obelisco traído de Heliópolis por Augusto y colocado aquí por el Papa Sixto V.

Colocado el observador de frente al Mediodía de la Plaza, observan en el fondo tres calles que parten divergentes, y son principales arterias de la ciudad: la que vemos á nuestra derecha es la Vía Ripetta, la del centro es la del Corso, y la de la izquierda la Vía del Babuino: en el vértice del ángulo que forman las dos primeras calles, se levanta la iglesia de Santa María di Monte Santo; y, en el que forman el Corso y la de Ripetta, hállase otro templo, Santa María de los Milagros (*dei Miracoli*); ambas iglesias son del todo iguales, muy próximas están la una de la otra y su exterior consta de un pórti-

co de orden corintio, si mal no recuerdo, entablamento y frontón, y airosas cúpulas.

A la espalda del observador se encuentra, como cerrando la Plaza, la *Porta del Popolo*, inmediata á la iglesia de Santa María del Popolo, una de las tres de esta Plaza; de la puerta parten las murallas de la ciudad, y aquella conduce á la Vía Flaminia, por donde antes entraban todos los que venían de fuera de Roma.

A la izquierda del espectador se alza la mole del monte Pincio y el primoroso paseo de este nombre. Súbese al Pincio por rampas y escalinatas, en el término de las cuales se ven dos columnas de las llamadas *rostrales*, que emplearon los romanos como elemento arquitectónico, disponiendo en los fustes anclas y popas de navíos; descansando sobre los capiteles trofeos de armas.

No se salga de Roma sin dejar de visitar el Pincio: además de ser un paseo hermosísimo, un jardín inmenso lleno de atractivos y dispuesto con verdadero gusto artístico; desde su altura gózase de la perspectiva más espléndida de Roma: allá á lo lejos, y al Poniente, el caserío, descollando entre todo la Basílica de San Pedro, con su enorme cúpula, y el Palacio Vaticano; por otro lado, por el Sur, la ciudad con sus iglesias y sus palacios y sus ruinas.

Del Pincio podemos muy bien salir directamente á la Plaza de España, ó bajar al Popolo con el objeto de internarnos por cualquiera de las tres arterias ya citadas: lo haremos así, y sigamos entonces por la Strada del Corso, la principal avenida, si se quiere, de la Ciudad Eterna.

El Corso tiene aspecto de avenida de ciudad europea moderna: mucho movimiento, comercio por todas partes, grandes palacios y bellos edificios: haced de cuenta que los diversos tramos del Corso, son como nuestras calles de Plateros y de San Francisco, á las que no sé por qué se parece esta avenida de Roma: aun cuando las nuestras son más anchas. Multitud de calles transversas desembocan en el Corso: en los

edificios observamos, en general, que no se estilan balcones sino ventanas con persianas. Después de caminar algún tiempo, distinguimos á lo lejos la gran fachada del palacio Chigi, y seguidamente después nos encontramos con una plaza, colocada en la propia disposición que la nuestra de Guardiola, pero muchísimo más amplia. En el centro se levanta un célebre monumento de la antigüedad, la llamada columna Antonina, de unos treinta metros de altura; supónese la erección del monumento, en tiempo de Antonino Pío: es imponente su aspecto; álzase sobre elegante pedestal mandado consolidar por Sixto V, y en el fuste, colocados en espiral, se ven innumerables bajos relieves que representan las diversas batallas de Marco Aurelio; la columna es hueca y puede ascenderse hasta su cúspide por medio de una escalera de caracol; asiéntase ahora sobre el capitel la estatua de San Pablo. La plaza lleva el nombre de *Colonna*, y está adyacente á la del Monte Citorio, en donde puede verse el edificio de la Cámara de Diputados.

Desviémonos ahora un poco, volteando á nuestra izquierda por las calles de San Ignacio y del Seminario: presto nos hallaremos en una plaza de no muy regulares dimensiones, y frente á un edificio imponente y grande de la vieja Roma: es el llamado Panteón de Agrippa; el más bien conservado de todos los monumentos de la Ciudad Eterna: sin querer, y en plena plaza se descubre el viajero delante de aquella fábrica cerca de veinte veces secular, y que infunde en el ánimo un respeto inexplicable. ¡Veintisiete años antes de nuestra éra se levantaban los muros de ese recinto ennegrecido por el tiempo! ¡Veintisiete años antes que el Salvador del mundo pisara este valle de amarguras, las columnas del Panteón comenzaron á sostener la pesadumbre de piedra del entablamento careomido por los años! ¡Qué magnífica mole ante la cual pasaron los cónsules y Augusto, y Tiberio, y Claudio, y Nerón, y Constantino el Grande, y Carlomagno y todos

los personajes más encumbrados de la historia de Roma, desde tan remotísima época.

El Panteón es un monumento curiosísimo; de la Roma antigua es uno de los más interesantes; frente á él y en el centro de la plaza se levanta un obelisco egipcio que descansa en un zócalo que se sumerge en las aguas de una fuente circundada de una reja.

La base tiene esculpidas en alto relieve las armas del Papa Clemente XI (Albani). El pórtico del Panteón consta de ocho columnas corintias de frente; los capiteles están muy mutilados, revelando los años; sobre ellos corre un entablamento y un gran frontón; en el friso claramente se lee, en letras bastante grandes y esculpidas:

M. AGRIPPA. L. F. COS. TERTIVM. FECIT.

Pásase en seguida á un amplio vestíbulo, en otro tiempo, según las crónicas, decorado soberbiamente, y después al interior por una gran puerta. Advertiré que, corriendo los años, el Sumo Pontífice Bonifacio IV hizo de este recinto un templo católico, al empezar el siglo séptimo, consagrándole bajo el nombre con que hasta hoy se conoce, *Santa María de los Mártires*, ó simplemente conocido por la forma del edificio *Santa María la Redonda*, ó la *Rotonda*. Sabido es también que, en conmemoración de este hecho, aquel mismo Pontífice fundó la festividad de Todos Santos.

El interior es asimismo imponente y majestuoso: figuraos un vasto recinto con pavimento marmóreo, circular, sobre el que arranca un cuerpo de columnas corintias sin pedestales, que se arriman al muro general, de fuste estriado y gallardo; encima su correspondiente arquitrabe, friso y cornisa; luego otro cuerpo con ventanas tapiadas y tableros, una cornisa, cerrando la construcción como un anillo, y sobre el todo una gigantesca cúpula esférica, artesonada, con una claraboya en el centro: figuraos también que esta claraboya es el único punto por donde penetra la luz al vasto recinto del Panteón,

y tendréis un edificio extraño, verdaderamente singular. Parece una enorme cripta que encierra las cenizas de algún titán. Y á fe que sí: allí descansa un coloso del arte, cuya huesa es muy visible, entrando á la izquierda de la Rotonda: es el sepulcro de Rafael Sanzio, del príncipe de la pintura moderna, del insigne decorador de las logias del Vaticano; del artista espiritual como sus vírgenes y sus creaciones inmortales: allí, del otro lado de aquella losa sepulcral que se advierte incrustada en el muro, yacen los restos de ese genio inimitable. La lápida tiene un bello epitafio que reza lo siguiente:

ILLE. HIC. EST. RAPHAEL. TIMVIT. QVO. SOSPITE. VINCI
RERV. MAGNA. PARENS. ET. MORIENTE. MORI

Entrando al templo, á la derecha, se descubre el sepulcro del Rey Víctor Manuel, de forma rara, y que á la sazón se hallaba, cuando le visitamos, cubierto de coronas.

Además del altar principal, tiene otros esta iglesia en donde ahora se celebra el sacrificio al verdadero Dios.

Salimos del Panteón, hacia la izquierda, abandonando su gran mole: entramos luego á una plazoleta en donde se halla la iglesia de Santa María de la Minerva (*sopra Minerva*), y después por unos callejones estrechos fuimos á dar nuevamente al Corso. A poco andar nos detuvimos ante el hermoso palacio Doria, de elegante fábrica, prosiguiendo nuestro camino hasta la animadísima plaza Venezia. Descúbrese inmediatamente en una esquina el gran palacio perteneciente á Austria, y en donde se halla la Embajada de este Imperio: el edificio parece una fortaleza; su aspecto es sombrío, pero en cierto modo grandioso.

Seguimos de frente por unos vericuetos hasta el lugar donde se está construyendo el monumento á Víctor Manuel, y volteando á la derecha por otros callejones muy angostos, llegamos al término de la Vía de Araceli. Delante de nuestros ojos se hallaba un conjunto de edificios, de escalinatas y ram-

pas, armonioso: hé aquí que estábamos al pie de la histórica colina del Capitolio; á nuestro frente y á raíz del suelo se levantaba el ancha y cómoda escalera que da acceso á la pequeña plaza del Capitolio; á nuestra derecha unas suaves rampas y un jardín; á la izquierda otra altísima escalera que forma ángulo agudo con la primera, y conduce á la iglesia de Ara-cœli, edificada ésta en uno de los altos de la colina. Curiosa es esta plaza; interesante por mil títulos el Capitolio: de aquí partiremos en el capítulo siguiente, para hacer una breve excursión en compañía del lector á las imponentes ruinas del Foro Romano, que atrás del Capitolio se hallan.

CAPÍTULO XXXIX.

ROMA.

EL FORO ROMANO.

LA colina del Capitolio está completamente transformada: Miguel Angel la cambió, pero quitándole todo vestigio de antigüedad remota.

Recuérdese que en el capítulo anterior nos quedamos al pie de las escalinatas y la rampa: subamos ahora por la amplia gradería que conduce á la placeta, en la cumbre de la colina: al terminar la escalinata, de uno y otro lado se levantan, sobre grandes pedestales, las estatuas de los mitológicos gemelos Cástor y Pólux, transformados en astros, y que miramos siempre lucir en el cielo. Las figuras se dice que fueron labradas por Fidias.

La plaza, que no es muy vasta, se encuentra limitada por tres edificios separados entre sí, de estilo Renacimiento: el de nuestro frente es el Palacio del Senado; el de la derecha, el Palacio de los Múncipes; y el de la izquierda, el Museo Capitolino, que encierra muchas antigüedades. En el centro, sobre un pedestal que dibujó, según se cuenta, el inmortal creador del *Juicio Final*, descansa la celeberrima estatua ecuestre del Emperador Marco Aurelio, en bronce, una de las primeras obras de arte de este género en el mundo, al decir de

pas, armonioso: hé aquí que estábamos al pie de la histórica colina del Capitolio; á nuestro frente y á raíz del suelo se levantaba el ancha y cómoda escalera que da acceso á la pequeña plaza del Capitolio; á nuestra derecha unas suaves rampas y un jardín; á la izquierda otra altísima escalera que forma ángulo agudo con la primera, y conduce á la iglesia de Ara-cœli, edificada ésta en uno de los altos de la colina. Curiosa es esta plaza; interesante por mil títulos el Capitolio: de aquí partiremos en el capítulo siguiente, para hacer una breve excursión en compañía del lector á las imponentes ruinas del Foro Romano, que atrás del Capitolio se hallan.

CAPÍTULO XXXIX.

ROMA.

EL FORO ROMANO.

LA colina del Capitolio está completamente transformada: Miguel Angel la cambió, pero quitándole todo vestigio de antigüedad remota.

Recuérdese que en el capítulo anterior nos quedamos al pie de las escalinatas y la rampa: subamos ahora por la amplia gradería que conduce á la placeta, en la cumbre de la colina: al terminar la escalinata, de uno y otro lado se levantan, sobre grandes pedestales, las estatuas de los mitológicos gemelos Cástor y Pólux, transformados en astros, y que miramos siempre lucir en el cielo. Las figuras se dice que fueron labradas por Fidias.

La plaza, que no es muy vasta, se encuentra limitada por tres edificios separados entre sí, de estilo Renacimiento: el de nuestro frente es el Palacio del Senado; el de la derecha, el Palacio de los Múncipes; y el de la izquierda, el Museo Capitolino, que encierra muchas antigüedades. En el centro, sobre un pedestal que dibujó, según se cuenta, el inmortal creador del *Juicio Final*, descansa la celeberrima estatua ecuestre del Emperador Marco Aurelio, en bronce, una de las primeras obras de arte de este género en el mundo, al decir de

los inteligentes, y la cual, con grande orgullo nuestro, podemos asegurar de plano, que tiene por rival la no menos famosa de Carlos IV, que tanto se admira á la entrada de nuestra bellissima y monumental calzada abierta por el Emperador Maximiliano.

Sigamos ahora caminando y tomemos por entre los palacios del Senado y de los Municipales, en donde miramos abrirse una calle no muy ancha y en pendiente: es la Vía del Campidoglio, y al descenderse comiézase entonces á descubrir á nuestra vista un panorama extraño, curioso, interesante, digamos de una vez, magnífico; es el mejor y más grandioso, á no dudarlo, de la *Roma Vetus*.

A primera vista es un conjunto inexplicable y desordenado de columnas rotas, de pórticos de entablamentos mutilados, de trozos de frontones esparcidos por el suelo, de bajos relieves carcomidos, de fragmentos de mármol amarillento con algún resto de latina inscripción. Aquello es una enorme huesa: es un sarcófago abierto en donde el esqueleto colosal, las cenizas de la Roma antigua y sus *detritus*, se presentan patentes á la vista admirada de quien por una y por veinte y por cien veces contempla real y tangiblemente aquellos despojos.

Parece que la tumba de mármol de la vieja Señora del Mundo ha sido removida por la mano de la Historia, para que en lo que queda se haga la disección escrupulosa de ese cadáver que todavía al cabo de los siglos parece palpitar.

Los Papas, á quienes perennemente les vivirá agradecida la Historia, han sido los conservadores de aquel cuerpo mutilado: á no ser por ellos, la destrucción, el tiempo, la ignorancia, los nuevos bárbaros de los tiempos corrientes y que en todas las partes del mundo existen, hubieran acabado con todo. Roma vive por los Papas, como en otra vez ya he dicho.

Este vasto panorama, que desde la altura del *Tabularium* se contempla, es el de las ruinas del Foro Romano: las ruinas

de un conjunto de palacios, de templos, de edificios en desorden; pero todo grande, todo bello en medio de tanta desolación. Todavía la hojarasca de los capiteles corintios conserva sus líneas vigorosas; todavía los frisos de mármol ennegrecido, á fuerza de centurias, ostentan inscripciones legibles; todavía los arcos de triunfo resistirán en pie, no años sino siglos.

Aquel hacinamiento de ruinas me da idea de los restos de una joven hermosa al exhumarse; el cráneo, todavía con un mechón de cabellos adheridos, que ni por el tiempo ni por la huesa han perdido su color de oro: las joyas, aunque oxidadas por los años, aún ostentándose con las piedras preciosas que brillan con los destellos del sol, en los dedos de las manos descarnadas. Así es Roma: en medio de su vejez tantas veces centenaria, conserva girones primorosos de su altiva grandeza: hasta el perfume del incienso parece no extinguirse jamás y embalsamar el ambiente.....

¡Oh! ¡Cuán torpe es la pluma para describir lo que se siente en medio de las ruinas del desierto Foro! ¡Qué exigua es la imaginación muchas veces para producir las más vivas y vigorosas descripciones!

No cabe duda que este es el lugar más interesante de la Roma antigua, desde el doble punto de vista histórico y artístico. Es un sitio que impone por su majestuosa soledad, por su silencio de muerte, que eleva el espíritu.

Imaginaos, cuanto podáis, un vastísimo espacio que es como el fondo del terreno que forman las tres colinas históricas del Capitolio, del Esquilino y Palatino, cercado con un barandal de madera, y todo esto colmado completamente de ruinas.

No se necesita poseer grandes conocimientos para saber que el Foro era la gran plaza pública en donde se reunían las tribus romanas formando las memorables asambleas, y en donde se arengaba en las tribunas, que todavía existen mutiladas, llamadas las *rostrata*.

Permanezcamos en el propio lugar en donde contemplamos el conjunto, en la Vía del Campidoglio, que es el mejor punto de vista, y rápidamente examinemos las ruinas que más culminen.

Muy cerca de nosotros, á la izquierda y en lo alto de la colina del Capitolio, aparecen los restos del *Tabularium*, edificio construido algunos años antes de nuestra Era, y á espaldas del Senado: inmediatamente á los pies del *Tabularium*, vemos los vestigios del templo de Vespaciano, y del de la Concordia, y del pórtico de los doce Grandes Dioses. Estas ocho columnas jónicas de bellos capiteles que sostienen un entablamento, son las del vestíbulo del templo de Saturno, y se conservan casi intactas; más á nuestro frente, la tribuna de las arengas, y muy próximo á ella un arco triunfal, espléndido, gigante, magnífico: es el arco del Septimio Severo, bajo el cual parte aún la Vía Sacra: grandes piedras lisas, las unas poligonales, redondas las otras, juntas desigualmente y muy gastadas forman en gran trecho el empedrado que se extiende en buena parte de este sitio. Y más allá, la columna de Focas, sola, aislada, monumento visible de la decadencia del arte, y uno de los últimos que se alzaron en los ámbitos del Foro. El área rectangular que á nuestros pies, y desde la altura contemplamos, es la de la Gran Basílica Julia, edificada frente por frente del edificio del Foro de la República, del cual apenas quedan huellas.

En la extremidad oriental de la Basílica, se ve al través de una reja de hierro, puesta en el pavimento, la famosa *Cloaca Máxima*, hecha en tiempo de los Tarquinos, y la cual todavía funciona. ¿Quién no ha visto un centenar de veces reproducidas todas estas ruinas, junto con las columnas gallardas, y aún en pie, del templo de Cástor y Pólux y del sagrado recinto de Vesta, y el templecito redondo de Rómulo? Más allá de aquel montón de piedras se distingue un pórtico de diez columnas de fustes lisos que en otro tiempo eran corintias, y cuyos capiteles atrozmente ha mutilado el tiempo: eran del

templo de Antonino y Faustina, según la leyenda que en friso y arquitrabe, perfectísimamente legible, mírase esculpida, y dice:

DIVO. ANTONINO. ET
DIVÆ. FAVSTINÆ. EX. S.C

El recinto ocúpalo ahora la iglesia de San Lorenzo *in Miranda*, que tiene por desgracia tras del pórtico una fachada moderna muy barroca. Cerca del templo de Rómulo ya citado, y que se encuentra adyacente á la iglesia de los Santos Cosme y Damián, se descubre la magnífica aunque arruinada Basílica Constantiniana, que forma ángulo con la iglesia, de fachada moderna también, de Santa Francisca Romana, la cual cierra el recinto del Foro, al Oriente, junto con el arco de triunfo de Tito, que desde el *Tabularium* se alcanza á descubrir; y más allá, en el fondo de todo, al Oriente también, y como digno término, descuella, completando el regio panorama, la mole inmensa del Coliseo, del Anfiteatro Flavio.

Puede bajarse á todo este espacio por una pequeña escalera que durante el día cuida un guardián, cerca de las columnas del templo de Cástor y Pólux. Así fácilmente pueden apreciarse y estudiarse los detalles.

Entre todo este grande hacinamiento de piedras, hay algo que culmina como bien conservado; por ejemplo, el arco de Septimio Severo, la columna de Focas, parte de la Basílica Constantiniana, el arco de Tito, el de Constantino y el famoso Coliseo.

Notable y bello es el arco triunfal de Septimio Severo, alzado unas dos centurias antes de nuestra Era en honor de aquel monarca: consta de un gran arco, cuyo intradós se halla exornado con artesón, y á ambos lados otros arcos más pequeños: columnas estriadas y pilastras corintias adornan los paramentos de las dos extensas fachadas de la construcción, que soportan un entablamento y en seguida un ático en don-

de una leyenda latina da la historia de la fábrica, que mide unos veintitantos metros de altura: en los dados de los pedestales, en los muros de los intercolumnios y en los tímpanos de las arcadas, se ven bajos relieves que sería prolijo y para mí muy difícil describir. La obra está bien conservada, el conjunto es monumental.

Pasemos por alto la columna de Focas que, desde el punto de vista artístico, antes dije que marca un período de decadencia, y coloquémonos al frente del recinto de la Basílica Constantiniana: las tres grandes naves que han quedado ile-sas de la destrucción, son muy notables por la factura de sus bóvedas de cañón, elegantemente artesonadas, y maravillan las enormes dimensiones en anchura de bóvedas y naves. De aquí nos encaminaremos luego al arco de Tito Vespaciano, del cual queda el arco propiamente dicho, parte del estilobato y una fracción del fuste de las columnas: lo demás es una restauración muy bien ejecutada y necesaria para que los restos pudieran conservarse. Arriba del entablamento corre un ático en donde se lee la inscripción siguiente, al Oeste, que me apresuré á copiar:

INSIGNE. RELIGIONIS. ATQVE. ARTIS. MONVMENTVM
VETVSTATE. FATISCENS
PIVS. SEPTIMVS. PONTIFEX. MAX
NOVIS. OPERIBVS. PRISCVM. EXEMPLAR. IMITANTIBVS
FOLCIRI. SERVARIQVE. IVSSIT
ANNO. SACRI. PRINCIPATVS. EIVS. XXIII

El arco de Constantino, que se encuentra á la entrada de la gran calzada de San Gregorio, tiene poco más ó menos la propia disposición que el de Septimio, pero está mucho más recargado en el ático y más bien conservado: es notable también la leyenda que sigue, la cual se advierte desde la vía San Gregorio:

IMP. CAES. FL. CONSTANTINO. MAXIMO
PIO. FELICI. AVGVSTO. SENATVS. POP. Q. ROMANVS
QVOD. INSTINCTV. DIVINITATIS. MENTIS
MAGNITVDINE. CVM. EXERCITV. SVO
TAM. DE TYRANNO. QVAM. DE OMNI. EIVS
FACTIONE. VNO. TEMPORE. IVSTIS
REM. REPUBLICAM. VLTVS. EST. ARMIS
ARCVM. TRIVMPHIS. INSIGNEM. DICAVIT

No lejos de este arco de triunfo se levanta el Coliseo. ¿Qué podré decir del edificio célebre por excelencia, innumerables ocasiones descrito y á millares de veces reproducido? Allí, delante de nuestros ojos, palpándolo, teníamos al asombroso gigante, verdadera obra de romanos, colosal y grandioso, uno de los más notables de todo el orbe.

El Coliseo, como es sabido, es un circo que, según se cuenta, podía contener muy cerca de *noventa mil* espectadores: imaginaos por esta cifra las dimensiones del coloso. El exterior conserva por una parte cuatro cuerpos, y la conservación se debe á varios Papas, entre otros al Sr. Pío IX. El interior está bastante destruído, pero la disposición de las gradas y el conjunto general puede perfectamente apreciarse: en las últimas excavaciones se han descubierto los subterráneos en donde se ponía á las bestias para sacarlas luego á las sangrientas luchas sobre la arena.

Cuando el Coliseo impone doblemente y se ve magnífico, es en una noche de luna á las nueve ó diez, como nosotros lo hicimos: vale la pena de desvelarse un poco, sólo por contemplar en el silencio majestuoso que á tales horas domina, por esa parte de Roma, el espectáculo tan grandioso del Anfiteatro, poblado de sombras, de recuerdos, de algo misterioso que hace latir con fuerza el corazón y enmudecer los labios.

Mucho, por supuesto, habría que disertar acerca de estas notabilísimas é interesantes ruinas de los edificios que deben

haber sido, en sus primeros años y en los mejores tiempos de la República romana, soberbios, espléndidos, magníficos. ¿Cómo sería aquel panorama, cuajado de estatuas marmóreas colosales; de grupos de corceles tirando de los carros colocados sobre los arcos de triunfo, de columnas conmemorativas y de palacios con fuentes y jardines?

Empero Roma cayó rompiéndose en mil pedazos, sepultando su frente en el lodo de la orgía, y desbaratada á los golpes de las invasiones bárbaras del Norte. Cayó, pero quedan su recuerdo, sus ruinas insepultas, sus foros, sus columnas y su maravilloso Anfiteatro Flavio.

Si estos restos imponentes se contemplan, por ejemplo, en los momentos de la caída de la tarde, en tiempo sereno, cuando los árboles del Palatino, movidos por el viento, remeden ecos misteriosos, y el sol poniente tiña de gualda las piedras seculares, el efecto en el ánimo que produce el panorama, es indescriptible: del espíritu se apodera la melancolía, y el aspecto del conjunto, más que triste y silencioso, puede decirse que es fúnebre. ¿Y cómo no, si como cantó Rioja á Itálica:

“La casa para el César fabricada
¡ay! yace de lagartos vil morada:
casas, jardines, Césares murieron,
y aun las piedras que de ellos se escribieron?”

Sólo quedan memorias funerales
donde erraron ya sombras de alto ejemplo:
este llano fué plaza, allí fué templo;
de todo apenas quedan las señales;
del gimnasio y las termas regaladas
leves vuelan cenizas desdichadas.”

CAPÍTULO XL.

ROMA.

ALGUNOS OTROS MONUMENTOS ANTIGUOS.

PONGAMOS en este capítulo punto final á la parte de Roma antigua, pues en fuerza de la importancia palmaria que ésta tiene, hanse prolongado más de lo que yo me imaginaba las presentes líneas.

Escribir acerca de Roma, de la Ciudad Eterna, de la misteriosa capital bañada por el Tíber; de la melancólica señora de las fuentes, de los cipreses, de los pórticos de columnas ennegrecidas por los siglos, y la de los capiteles de hojarasca bella; la de los arcos triunfales y de los frisos con inscripciones borrosas; escribir acerca de ella, repito, es — como ya lo dije al principio de esta serie de rápidos capítulos — como una gota de agua caída en medio de la extensión infinita del Océano.

Es irresistible, esto no obstante, el deseo que se tiene de dejar consignadas las impresiones sentidas: retoza la pluma en las manos con deseos inmensos de correr, correr veloz á impulsos del recuerdo; y cuántas veces la voluntad es poca fuerza para detener los arranques y las digresiones imprescindibles de la imaginación. Y ¿quién no sentirá, en efecto, grandes emociones en medio de una ciudad tantas veces ala-

haber sido, en sus primeros años y en los mejores tiempos de la República romana, soberbios, espléndidos, magníficos. ¿Cómo sería aquel panorama, cuajado de estatuas marmóreas colosales; de grupos de corceles tirando de los carros colocados sobre los arcos de triunfo, de columnas conmemorativas y de palacios con fuentes y jardines?

Empero Roma cayó rompiéndose en mil pedazos, sepultando su frente en el lodo de la orgía, y desbaratada á los golpes de las invasiones bárbaras del Norte. Cayó, pero quedan su recuerdo, sus ruinas insepultas, sus foros, sus columnas y su maravilloso Anfiteatro Flavio.

Si estos restos imponentes se contemplan, por ejemplo, en los momentos de la caída de la tarde, en tiempo sereno, cuando los árboles del Palatino, movidos por el viento, remeden ecos misteriosos, y el sol poniente tiña de gualda las piedras seculares, el efecto en el ánimo que produce el panorama, es indescriptible: del espíritu se apodera la melancolía, y el aspecto del conjunto, más que triste y silencioso, puede decirse que es fúnebre. ¿Y cómo no, si como cantó Rioja á Itálica:

“La casa para el César fabricada
¡ay! yace de lagartos vil morada:
casas, jardines, Césares murieron,
y aun las piedras que de ellos se escribieron?”

Sólo quedan memorias funerales
donde erraron ya sombras de alto ejemplo:
este llano fué plaza, allí fué templo;
de todo apenas quedan las señales;
del gimnasio y las termas regaladas
leves vuelan cenizas desdichadas.”

CAPÍTULO XL.

ROMA.

ALGUNOS OTROS MONUMENTOS ANTIGUOS.

PONGAMOS en este capítulo punto final á la parte de Roma antigua, pues en fuerza de la importancia palmaria que ésta tiene, hanse prolongado más de lo que yo me imaginaba las presentes líneas.

Escribir acerca de Roma, de la Ciudad Eterna, de la misteriosa capital bañada por el Tíber; de la melancólica señora de las fuentes, de los cipreses, de los pórticos de columnas ennegrecidas por los siglos, y la de los capiteles de hojarasca bella; la de los arcos triunfales y de los frisos con inscripciones borrosas; escribir acerca de ella, repito, es — como ya lo dije al principio de esta serie de rápidos capítulos — como una gota de agua caída en medio de la extensión infinita del Océano.

Es irresistible, esto no obstante, el deseo que se tiene de dejar consignadas las impresiones sentidas: retoza la pluma en las manos con deseos inmensos de correr, correr veloz á impulsos del recuerdo; y cuántas veces la voluntad es poca fuerza para detener los arranques y las digresiones imprescindibles de la imaginación. Y ¿quién no sentirá, en efecto, grandes emociones en medio de una ciudad tantas veces ala-

bada y venerable por sus años, ó ante un monumento que añoso proclama las centurias que posee?

Las rocas se gastan á diario por el agua: precipítase desde la altura un bloque de basalto y rueda sin cesar en el seno de las aguas, y rompe sus esquinas y se transforma al cabo en una mole pulida y redondeada por el trabajo del líquido elemento: las arenas de un río se acumulan, reteniendo consigo cuanto á su paso encuentran, y al cabo de los años se ha vuelto otro el terreno en donde sus capas se han depositado: la materia, en fin, por ley inmutable, se transforma cada día, cada hora y cada instante: sólo parecen inmutables los restos gigantes de la antigüedad; parece que con ellos las leyes de la naturaleza han hecho una excepción, pues si las mismas rocas ó crecen ó se gastan ó se descomponen, ¿con cuánta mayor razón dejarán de ser duraderas las obras de los hombres!

Sin embargo, siglos y siglos han pasado y todavía la Esfinge, en medio de los desiertos de la nación del Nilo, mira á diario con sus ojos de coloso levantarse al sol; todavía las altas pirámides, proyectando su sombra en las arenas, aguardan en pie á que otras veinte generaciones de sabios pretendan arrancar á tan enormes moles los secretos que silenciosas guardan; todavía podrán cuarenta siglos más contemplar los cuerpos mutilados de Memfis y de Tebas, y el bálsamo y el perfume de sus momias se conservará dentro de los sarcófagos de piedra por incontables centurias. Y por muchos siglos, los mármoles labrados del Partenón serán el asombro de los escultores, de los artistas y de los arquitectos, y el sol seguirá dorando tal vez hasta la consumación de los siglos la frente erguida de la Grecia antigua. Así pasa en Roma: vendrán abajo las gradas del Anfiteatro Flavio; se derrumbarán las columnas de los Foros; Roma se volverá escombros; pero cuando esto sea, el Papado habrá dejado de existir en Roma, y al dejar de existir en la Ciudad Eterna, es porque ha tocado al mundo el fin de su vida añosa y agitada.

Empero, todas estas reflexiones al vuelo, que surgen á la vista de las ruinas del Foro Romano, por cierto que no sólo en este lugar de Roma asaltan á la mente: todavía la Roma antigua se levanta por otros sitios, como por entre el polvo y las cenizas asoman los huesos de los muertos.

Arriba del Foro que hemos visitado, en una eminencia notablemente histórica, en una de las siete célebres colinas en que la vieja Señora del Tiber se asentó magnífica, en el monte Palatino, se encuentra otra inmensa necrópoli, puede decirse, de palacios: un cementerio de muros y columnas y de restos de edificios, al parecer suntuosos en épocas remotas. Una excursión al Palatino es muy interesante: pueden emplearse unas dos ó tres horas en la inspección de ese lugar. Una vez allí, descúbrense cámaras con frescos vetustísimos, fragmentos de pisos de mosaico, bóvedas de cañón, escaleras de piedra, estatuas mutiladas, muros ciclópeos, y ruinas por todas partes, y tristeza como en toda Roma. Una pequeña fracción del Palatino se encuentra hermoseada con árboles y flores, y la otra se ha dejado intacta después de haberse exhumado tanto resto histórico.

Desde la alta eminencia se descubre un bello panorama de Roma, y sobre todo, á los pies se extiende el Foro Romano, pudiendo de esta suerte apreciarse mejor, con sus arcos de triunfo, sus columnas y basílicas.

Aqueste recinto de paredes desmoronadas fué la casa de Calígula, de aquel extravagante y loco Emperador que hizo cónsul á su caballo: el otro recinto de más allá fué la casa de Tiberio, y el otro la de Livia. Este conjunto de muros carcomidos, de recintos sin techos, era la casa Flavia, sumamente curiosa por la infinidad de departamentos que todavía pueden contarse, el atrio, la basílica, el *Tablinum*, un peristilo con columnas en torno, el *nymphæum* con un pequeño estanque elíptico; en suma, un vasto edificio dispuesto á usanza de aquellos tiempos.

El palacio de Septimio Severo y el *Stadium*, ocupan la la-

dera meridional de la colina, y por aquí puede bajarse para visitar el amplio Circo Máximo, cuyas ruinas, también interesantes, á los pies de la colina se encuentran. Asimismo desde allí se goza del bello panorama de los campos: muy cerca se ve un cementerio, no estoy seguro de si es el de los hebreos.

En resumen: el Palatino y todos los lugares adyacentes á la colina, son importantes no sólo desde el punto de vista histórico, sino también del arquitectónico; pues aquí puede hacerse un estudio detenido acerca de la disposición de los palacios y edificios de tan remotos tiempos y juzgar también, por lo que existe, de la belleza artística de las construcciones romanas.

Dirijámonos ahora desde este sitio, pasando nuevamente por la plazuela del Capitolio, hacia un monumento admirable de la antigüedad, tan universalmente conocido, como de todos celebrado: la columna Trajana. El lugar donde se encuentra, no muy lejano del Capitolio, es el asiento de la Basílica Ulpia, que formaba parte del vastísimo Foro de los Césares, del cual tantas huellas se ven por todas partes. La plaza en la que se alza la columna llámase del Foro Trajano: es de forma irregular, cercada de edificios poco ó nada notables: en medio hay un espacio que rodean un barandal de fierro y á tramos postes de piedra: el piso de este espacio está más bajo como unos dos metros del pavimento general de la plaza. Míranse series paralelas de columnas, que arrancan del pavimento inferior, pero mutiladas; reconócese por las bases, que fueron corintias, y la mayor parte de ellas existen sólo hasta el tercio; los fustes son lisos, y todas ellas formaban como las naves de la Basílica citada anteriormente.

En el fondo de este recinto, al Noroeste de la plaza y en un hemicíclo, se levanta gallarda y magnífica la columna erigida en honor del César Nerva Trajano, y está muy bien conservada. Es de orden dórico: evidentemente que tiene el doble carácter de honorífica y cronológica: es muy sencilla, tie-

ne pedestal con bajos relieves esculpidos, y en los ángulos, de bulto las águilas romanas sosteniendo con las garras festones de laurel: la idea es bastante feliz. Encima del pedestal se asienta la base, compuesta de un soclo, toro y filete, y en seguida el fuste hueco de la columna, que encierra una escalera, rematando por el capitel. En otro tiempo coronaba al todo la estatua de Trajano; hoy se ve la del Príncipe de los Apóstoles. En torno al fuste, en espiral, hay esculpidas multitud de figuras que representan hechos de armas; y como hace muy bien notar un historiador (Dury, *Histoire romaine*), este soberbio monumento es "la más rica mina donde los anticuarios han podido conocer las armas y los usos militares de los romanos y los bárbaros."

Sabido es que los arquitectos romanos fueron, sin duda, los primeros en dar gran valor á la columna, empleada como elemento arquitectónico aislado: demuéstrase tal cosa, pues que ni en Grecia ni en otras naciones, en donde el arte se cultivó brillantemente, se encuentran las columnas conmemorativas monumentales como en Roma: este ejemplo se ha imitado en varias ciudades del mundo. Paris posee dos magníficas columnas, cuales son la Vendôme en la plaza del propio nombre, y la de Julio en la de la Bastilla; pero la primera, toda de bronce y coronada con la estatua de Napoleón I, es una copia fiel de la Trajana. Trasunto de ésta es asimismo la Antonina que ya en Roma conocemos, aunque la del Monte Citorio es muy inferior á la de la Basílica Ulpia. Sin embargo, ambas son los mejores y excelentes ejemplos de columnas honoríficas; y aun cuando se ha discutido el empleo de la columna para monumentos de este género, es evidente que no deja de ser el efecto grandioso.

Recuerdo también, como hermosa muestra de monumento en columna, el de Colón en Barcelona, acerca del cual en otra ocasión dí algunas noticias al lector.

Convengamos en que, por ejemplo, una columna gallarda, de formas elegantes, de proporciones majestuosas, y erguida

sobre un pedestal cuya composición artística fuera inusitada pero hermosa, sentaría muy bien en medio de nuestra extensa Plaza de Armas, sin árboles, sin nada que cubriera la vista, y con rico embaldosado el espacio todo; ese monumento y aquel sitio, serían quizá los apropiados para perpetuar en la capital de la República la Independencia de la Patria, como hace muchos años cuerdamente se pensó.

Además de todas estas ruinas, míranse diseminadas por casi todos los ámbitos de Roma otras muchas que no carecen de importancia. Del mismo Foro de los Emperadores, aquí y acullá aparecen vestigios, aun cuando las calles nuevamente trazadas y los edificios que con posterioridad allí se han levantado, cambiaron ya por completo aquel lugar. Recuerdo, por ejemplo, que por una calle encontramos un fragmento de fachada del Foro de Nerva, con dos columnas corintias, estriadas, de capiteles muy destruídos, soportando un pesado entablamento en cuyo friso aún se distinguen los bajos relieves que lo exornaron. El recinto es ahora un horno de pan. Por otra calle se descubre la columnata y los frontones del llamado templo de la Fortuna Viril, del cual están copiadas las fachadas de la iglesia de la Magdalena de Paris. Y las termas de Tito y las de Caracalla y las de Diocleciano, pueden verse aún en ruinas, algunas con grandes salas de construcción notable. Y por aquí el templo redondo de Vesta, por allá el arco erigido á Druso, y hasta en las afueras de la ciudad la magnífica arquería del viejo acueducto que se distingue desde el ferrocarril; por todas partes hay un monumento, una piedra, un montón de mármoles que recuerdan lo que en otros tiempos fué esta soberbia Roma llena de misterios, de sombras, de cenizas, de tumbas y de melancolía.

Por la sencilla relación que en esta serie de capítulos se ha hecho de Roma, fácilmente se comprenderá cuán notable es esta ciudad, tanto en lo cristiano como en lo pagano. Reliquias de santos, catacumbas venerables, basílicas grandiosas, templos sin cuento, museos en donde el arte cristiano ha des-

plegado toda su fuerza creadora y toda su maravillosa fantasía; monumentos erigidos á la Divinidad verdadera, lugar de positiva unción y centro y cabeza y foco de la Iglesia Católica; ó bien muros levantados por una raza de titanes, arcos triunfales, circos inmensos, columnas de capiteles que hasta el día se imitan; tal es Roma, tal es esta ciudad incomparable tantas veces secular, en otros tiempos alegre, bulliciosa, por do quiera resonando en su seno el estruendo de los festines ó la brutal algazara del pueblo reunido en las gradas de los circos; y hoy tan silenciosa, tan fúnebre, tan imponente y misteriosa.

Cuando se abandona esta ciudad, cuando desde el coche del ferrocarril va perdiendo la vista las líneas rectas de la pirámide de Sextio y las almenas de las murallas semiderruidas, comienza la mente á concentrarse y á reflexionar acerca de cuanto los ojos han tenido delante: las impresiones se prolongan indefinidamente, dejando en el corazón profunda huella, y los recuerdos que en el alma graba la Señora del Tíber no se borran jamás.

CAPÍTULO XLI.

MÉXICO EN ITALIA.

NO salvemos todavía las fronteras de la hermosa tierra de Petrarca y de Miguel Angel, sin que me sea permitido hablar cuatro palabras acerca de cómo figura el caro nombre de nuestra patria bajo el cielo azulado y bello de la nación italiana.

Justo es, por mil títulos, que así lo hagamos, y desde luego comenzaré personalizando un tanto, que asimismo necesario es.

¿Quién en México, decidme, no ha oído hablar del comendador Don Enrique Angelini, Cónsul de nuestra República en la Ciudad Eterna? ¿Quién de los mexicanos que han estado en la capital de Italia ha dejado de estrechar la mano del simpático, activo y servicial Cónsul?

Don Enrique es de aquellas personas ingénitamente populares, pero de popularidad simpática; es de aquellas á quienes basta ver de lejos el talante, para echar los cumplimientos á un lado y abrir el corazón á impulsos de la confianza y del cariño.

Mucho conocía yo de nombre á Don Enrique antes de verle de carne y hueso, aun cuando poquísimas cartas habíamos cambiado por diversos motivos; pero á pesar de no haberle

visto nunca, creí adivinarle, y en verdad que tuve la suerte de no engañarme.

Cuando llegué en compañía de un malogrado amigo mío á Roma, á quien primero encontramos en el andén del ferrocarril fué á nuestro Cónsul junto con otro compañero de nosotros que había adelantado el camino. Ambos nos esperaban y fueron tan finos, que nos tenían ya preparados nuestros alojamientos en la casa particular de unos parientes del Sr. Angelini.

Bajamos del tren; el Cónsul y nuestro amigo se dirigieron hacia nosotros, estrechando luego al primero en un fuerte abrazo, como si desde antaño hubiésemos sido *grandes y buenos amigos*.

Figuráoslo de buena estampa: más bien corpulento que bajo, como los suizos de la Guardia Pontificia; bien constituido, de rostro franco, luenga barba entrecana, alta y despejada la frente, vestido al descuido pero correcto, y siempre de sombrero de copa. Es romano neto, creo que nunca ha salido de la ciudad del Tíber, y lo que en él llama notablemente la atención es que habla divinamente bien el castellano, como si fuese su propio idioma.

Sin embargo, no es esto lo más curioso: el Sr. Angelini conoce tantos provincialismos nuestros, como nosotros podemos estar al tanto de ellos. Su pronunciación es fácil, dulce como la americana, y apenas se transparenta, pero en raras ocasiones, el acento italiano. ¿Quién no va á juzgarle á primera vista como oriundo de nuestro suelo!

Reune á estas cualidades una distinguida educación y grande afán por servir á cuanto mexicano pisa Roma en busca de los tesoros que encierra la augusta Señora de los Césares y de los Soberanos Pontífices. Angelini todo lo allana, todo lo proporciona; para él no hay dificultades y os sirve ¡vamos! á pedir de boca, según el dicho corriente.

En este particular, nosotros le quedamos profundamente reconocidos: con él fuimos á San Pedro, nos llevó á San Lo-

renzo y á San Pablo extramuros: en su compañía estuvimos escuchando el *Miserere* grandioso de Palestrina el Viernes Santo en la Basílica de Letrán; en suma, nos condujo por cuantas partes se pudo y, en honor de la verdad, á donde nosotros quisimos y deseamos.

Una vez nos invitó á su mesa, aceptando nosotros con gusto el delicado convite. La emprendimos por los vericuetos de Roma hacia la Via Lombardia núm. 30, donde se encuentra decentemente instalado el Consulado. Al llegar, distinguimos en la clave del zaguán de la casa el escudo de nuestras armas: el águila caudal devorando la serpiente, altiva y digna sobre las rocas, y el tunal, que surge en medio de las aguas del lago. Entramos como si fuera casa nuestra, como si se tratara de un pedazo de tierra mexicana, cual debemos de considerarlo así en todos los lugares del globo en donde flote al viento nuestra enseña tricolor.

Tuvimos la buena estrella y la gran felicidad en nuestro viaje, de encontrarnos por todos lados algún recuerdo siempre grato de la patria ausente: la casa del Sr. Angelini nos iba á hacer más viva su memoria y á suspirar por ella. En efecto, la casa es un verdadero museo de curiosidades mexicanas, digámoslo así.

Antes de la comida estuvimos *haciendo examen* de aquel conjunto singular de objetos: cerca de un rincón, en una pieza, se ve una silla vaquera con todos sus adminículos: no le faltan ni sus bordados ni su plata en cabeza y teja, ni su reata, ¡vaya! que el Sr. Angelini la enseña con cierto orgullo peregrino; habiéndonos asegurado que ha montado en ella jinete en un caballo, vestido de *charro*; y á fe que si no dudamos de la palabra de nuestro Cónsul, puesto que formalísimamente nos lo decía, se dispó toda duda cuando vimos sobre una mesa un objeto verdaderamente curioso: tratábase de una escultura pequeña, artística, y ejecutada con maravillosa perfección, representando un caballo con silla mexicana y sobre él, jinete asimismo, al Sr. Angelini, lujosamente vestido con traje

nacional: sombrero jarano, chaqueta y calzoneras de cuero, pero todo hecho con verdad.

Otra cosa que también nos llamó la atención, fué que las paredes de la sala se encuentran literalmente tapizadas con cuadros de retratos de mexicanos, y sobre las mesas, y en álbums, y por todas partes se ven siempre mexicanos. ¡Cuántos conocidos y amigos, cuántas caras que hemos visto tantas ocasiones por las calles de México! Aquí está el Doctor Fulano, allí la familia de Zutano, y más allá aquel Licenciado Mengano que desapareció de repente de la Patria en busca de estas tierras de monumentos seculares y de fuentes de mármol pentélico. ¡Cuántos también de los que allí han dejado su retrato murieron ya!

Con aquella *exposición* tan agradable para nosotros, fácilmente se traen á la memoria á todos los mexicanos que de algún tiempo á esta parte, ya en peregrinaciones, ya en comisiones, ó como simples particulares, se han encaminado rumbo á la ciudad de los muros ciclópeos y del Anfiteatro Flavio.

Porque eso sí, todo mexicano que entra á la casa de nuestro Cónsul, tiene que pagar forzosamente un tributo: el de su retrato. Nosotros, de consiguiente que fuimos *amonestados* para ello, y tuvimos que pagar con un ejemplar de la edición de nuestra pobre efigie (dígo por mí); pero también el Sr. Angelini á cada uno de nosotros nos hizo el obsequio de un retrato suyo *á la mexicana*, es decir, en la cual fotografía se le ve ataviado con su traje de *charro*.

Vimos allí también, sobre una mesa, los retratos del señor Presidente General Díaz y el de su señora esposa Doña Carmen Romero Rubio, ambos con autógrafos expresivos para el Cónsul, y enviados desde México.

Después de esta *revista*, que fué muy minuciosa, según recuerdo, nos dirigimos á la mesa. La señora de Angelini nos hizo los honores: se habló en castellano; la señora medio habla en nuestro idioma, pero mezclando frases de italiano y de

español graciosamente. No obstante que se nos sirvió *à la italiana*, el Sr. Angelini nos hablaba del *pulque*, de las *tortillas* y de las *enchiladas*, como si fuera un mexicano hecho y derecho. Parecerá á la generalidad de las personas que semejantes pequeñeses nada influyen á alegrar el ánimo excitando el dulce recuerdo de la Patria. Nada de eso: cualquiera frase de esta especie que se escucha de labios extranjeros, con alarde real ó fingido de cariño por la Patria de aquellos con quienes hablan, con evidencia halaga, satisface y mantiene perennemente vivo el santo amor al suelo donde se ha visto la luz primera; que olvidan sólo, allende los mares, los hijos ingratos.

Otra ocasión convinimos con Don Enrique en hacer una visita de deber y cortesía á nuestro Ministro residente.

Ya sabéis que representa á México cerca de S. M. el Rey de Italia, Humberto I, el fino caballero Don Gonzalo A. Esteva. Largamente podría yo hablaros en un artículo especial, de nuestra representación en Italia, si no temiera ser indiscreto al hablaros de mi distinguido amigo el Sr. Esteva, quien ahora se encuentra entre nosotros: únicamente me permitiré decir que, de nuestros representantes diplomáticos en Europa, junto con nuestro querido General Riva Palacio, el Sr. Esteva descuella en primera línea. Considérale y muy mucho toda la Corte del Quirinal, que parece mostrarse siempre escrupulosa, y con razón, para admitir en su seno á los extranjeros que cerca de ella van á desempeñar altos puestos.

Nuestro Ministro nos recibió con la finura exquisita de siempre, en su elegante casa número 8 de la Vía del 20 de Septiembre, con aquella proverbial caballerosidad que le es innata.

No podemos, pues, quejarnos del papel honroso que en el Mediodía de Europa desempeña México. Puedo decir, despojado de todo patriotismo, que nuestro pabellón ondea con honra en el procurrente italiano.

Cuando salimos ya de la Ciudad Eterna con rumbo á la es-

pléndida y pintoresca Suiza, el último adiós lo dimos en el andén del ferrocarril á nuestro buen Cónsul, tal vez para siempre: para no volvernos á ver si Dios no quiere.

¡Es tan difícil pisar de nuevo aquellas tierras!.....

CAPÍTULO XLII.

DE ITALIA A SUIZA.

CON positivo sentimiento íbamos á abandonar á la Ciudad Eterna, á alejarnos de aquel sitio en el cual tantas y tan repetidas emociones habíamos sentido; la dejaríamos en breve con su melancolía y su soledad, pero al propio tiempo quedaba compensada nuestra pena con el grande entusiasmo que teníamos de poner término en la capital de Francia á nuestro corto viaje: en ese París que tanto se nos ponderaba y que parece, para la generalidad, como el *non plus ultra* de las ciudades del mundo.

Varios caminos se nos proponían para la realización de nuestro ideal, entre otros, principalmente dos: el uno, volviendo á Génova por el litoral, tan digno de ser, no una ni dos, sino veinte y más veces recorrido, y después dirigirnos por el Mont-Cenis á la ciudad francesa; el otro, internándonos por Módena y Belinzona, á entrar á Francia por Basilea y Belfort.

Evidentemente que el segundo itinerario, que fué el que escogí, era el más digno de tomarse en cuenta; pues aun cuando es el trayecto más largo, y si se quiere, un tanto fatigoso, en cambio es el camino más pintoresco, más interesante y más hermoso.

Despertáronse luego en mí los dulces sueños que desde el

colegio había yo tenido y después acariciado tantas veces, cuando en la cátedra mis maestros nos hablaban de las bellezas suizas, de sus nevados y del gigante nudo del San Gotardo: ansiaba salir presto de Roma para salvar las fronteras italianas, para atravesar el inmenso túnel que la ciencia ha abierto perforando la montaña para dar paso á la veloz locomotora.

Por otra parte, irresistibles se nos presentaban los atractivos: recorreríamos enteramente la hermosa tierra de Guillermo Tell, de Sureste á Noroeste, gozando al par de los magníficos paisajes que en toda su salvaje grandeza presenta la Naturaleza en aquella región de Europa, orográfica por excelencia.

Todos estos considerandos aumentaban nuestro justo entusiasmo y nos hacían olvidar de pronto las riberas del Tíber y los bronceos del Vaticano, y la inmensidad de San Pedro y los primores de San Pablo extramuros, y las piedras del Coliseo y las tristezas del monte Palatino: otras ideas distintas ocupaban nuestra mente, nuevas y muy dulces emociones nuestro corazón.

Hé aquí uno de los principales atractivos de los viajes: caminar siempre en pos de nuevos horizontes, de impresiones desconocidas, de otros objetos que elevan al alma, como en sueños, á otros mundos y á otras tierras extrañas. ¡Oh! ¿Por qué será que muchos á quienes la Providencia ha concedido pingües bienes, se estacionan en un lugar y de él no sólo no salen, sino que nada conocen? Si yo fuera rico, mi mayor placer sería, durante algunos años, recorrer del mundo cuanto pudiera. ¡Hay tanto que admirar!

A un paso de Italia tenéis la clásica tierra de Píndaro y Homero; la bella Grecia, de quien tomaron los romanos cuanto de bueno tuvieron; allí, con sus leyendas tan poéticas nacidas bajo un cielo sereno y apacible; con sus monumentos marmóreos, como el Partenón, que desde el mar de Atenas aún se alcanza á ver mutilado y herido por las injurias del

tiempo y de los hombres. Y más allá de los confines helénicos, la tierra histórica de Palestina, el gran teatro de los sucesos de nuestra Redención, bañado todavía por el Jordán. ¿Y qué decir de los campos regados por el Tigris y el Eufrates; ó de aquella India tan interesante para nosotros por encontrarse pasmosa identidad entre la civilización de nuestras tribus aborígenes del Oriente de México y la de los pueblos de la gran nación asiática? ¿No es verdad, lector carísimo, que sólo con estas consideraciones el tema es motivo de entusiasmo? ¿Comprendéis ahora cuán poco fruto pueden sacar de sus riquezas más de cuatro que atesoran sus bienes para que otros después los gocen y derrochen?

Desgraciadamente no pudimos desviarnos de este itinerario: nuestro tiempo estaba ya contado y nos era preciso seguir con exactitud determinado programa con el objeto de hallarnos en el Hâvre con la debida oportunidad para embarcarnos.

El viaje de Italia á Francia por Suiza se hace con comodidad si se toma, como nosotros lo hicimos, pasaje directo de Roma á Paris por el San Gotardo; de esta suerte puede uno facultativamente detenerse en las ciudades de importancia que se atraviesan, uno, dos ó más días, según el término que marcan los billetes de pasaje, para lo cual se le da al viajero una cartera con cierto número de cupones, ó sean otros tantos boletos, y al final de cada tramo recogen los conductores el dicho correspondiente cupón. Así, por ejemplo, supongamos este mismo itinerario de Roma á Paris, vía San Gotardo: el billete general es valedero por diez días, de suerte que ya se sabe que durante ese término se tiene el derecho de permanecer uno ó dos días en cada estación del tránsito que sea interesante, como Florencia ó Milán ó Lucerna.

Cuando todo lo hubimos arreglado y dispuesto, dimos el último adiós á nuestros amigos de Roma: nos despedimos, siempre contrariados de la Ciudad Eterna; á las dos y media de la tarde el tren *expreso* se puso en movimiento, y nos ale-

jamos de las murallas seculares, de las tumbas de los Césares, de las ruinas insepultas, de la triste y solitaria Señora del mundo.

A las cuantas horas Roma había desaparecido por completo de nuestra vista y comenzamos á cruzar campos muy semejantes á los de México, bajo aquel cielo, cuyo azul se parece tanto al de los trópicos.

Ahora nos alejábamos de la costa, tendiendo á caminar hacia el medio del extenso procurrente: poco á poco, á lo lejos, empezó á levantar sus crestas de basalto la robusta cordillera de los Apepinos, y la vía férrea á atravesar las montañas perforadas por incontables túneles.

Tres tramos, esencialmente, debíamos recorrer para tocar la frontera de la Confederación Helvética: de Roma á Florencia, de Florencia á Milán y de Milán á Chiasso. Como disponíamos de corto tiempo, convinimos en casi seguir de frente, aun cuando nos causara fatiga la jornada.

Poco después de nuestra salida de Roma pasamos por la curiosa población de Orvieto, edificada, si mal no recuerdo, sobre las altas escarpas de las rocas: un ferrocarril funicular da acceso al pueblo, que aparece colocado como un nido de águilas.

Los campos todos se ven cultivados; los caminos, blanquísimos, serpenteando por entre lo quebrado del terreno; aldeas por todas partes; y las parejas apuestas de la Guardia Civil, tan disciplinada y digna como la de España, cuidando de la integridad de las vidas y haciendas de los habitantes.

De Roma á Orvieto fuimos constantemente costeando, digamos así, y atravesando el Tiber hasta que lo perdimos de vista; no recuerdo en cuántas estaciones nos detuvimos; ya al caer de la tarde llegamos á Arezzo, y siguió después la locomotora de frente, rumbo á la opulenta ciudad capital del gran Ducado de Toscana, de la patria del Dante y de Miguel Angel, del Giotto y de Maquiavelo. Ibamos cruzando tierra

muy histórica: á medida que nos acercábamos á Florencia, recordaba las grandes luchas de las huestes romanas, la sangre derramada al choque de las armas güelfas y de las gibelinas por espacio de cuatro centurias, y tantos otros acontecimientos sangrientos que forman cuadros tremendos en la historia voluminosa de Italia.

A las nueve de la noche entramos á la vasta estación de la en otro tiempo capital del reino italiano. Laméntome y mucho de no haber tenido el tiempo suficiente para visitar á la gran ciudad.

Nuestra resolución de no detenernos allí, por una parte, y por otra la de no ser yo el primero en pretender apartarme un punto del programa, nos hicieron transbordar luego nuestros equipajes al tren que á las pocas horas partiría para Milán. Cenamos en la buena fonda de la estación; é instalados después en nuestro tren, nos dispusimos á pasar como Dios quisiera la noche, en aquellos carros atravesados, tan incómodos y pésimos de los ferrocarriles europeos.

De Florencia á Milán el camino debe ser interesante; nosotros lo pasamos de noche; tocándose, en el trayecto, poblaciones y ciudades de importancia como Pistoya, Bolonia, Módena y Parma: cerca de Plasencia atraviésase el Pó, el río más grande y caudaloso de Italia, que muere en el Adriático.

La aurora nos sorprendió á pocas leguas de Milán. Seguimos avanzando con la mediana velocidad de aquellos trenes, y como á las seis de la mañana se distinguieron las aldeas cercanas á la grande y vieja capital del reino Lombardo-Véneto. Vida, movimiento, fábricas por todas partes, trabajo incesante se nota desde luego; no cabe duda que se acerca uno á una ciudad rica é industrial; poco antes de la media hora, desde la elevada altura del terraplén del ferrocarril, mirábamos á las anchas calles y á los soberbios edificios de esta capital: á las seis y media entramos á la vastísima estación,

magnífico edificio mejor que cualquiera de los nuestros de este género.

Descendimos al andén para transbordarnos al coche que debería conducirnos á la frontera de Suiza; pero como no partiría este último sino al cabo de las tres horas, tratamos de emplear éstas como mejor se pudiera: al efecto, en el café de la estación nos desayunamos; dejamos nuestros equipajes recomendados con el Jefe de Estación, y siguiendo un consejo que en Roma nos habían dado, sin quitarnos el polvo, la emprendimos en un coche á la plaza del *Duomo*. Fuimos atravesando elegantes calles; paró el coche en la citada plaza; en el fondo de ella se alza la gran Catedral, de estilo *gótico*, de bellas formas y de magnífico aspecto. ¡Qué lástima que las cinco puertas de la fachada principal sean barrocas! Esto es un consuelo para nosotros, pues si en la tierra del arte se cometen tales disparates, con justicia deben perdonarse nuestras frecuentes aberraciones artísticas.

Apenas vimos el exterior, penetramos al templo. ¡Soberbiamente espléndido! Un bosque de columnas gallardas; mármoles por do quiera, magnificencia hasta en los más pequeños detalles: esta fué mi impresión y no tuvimos tiempo para más. De la plaza del *Duomo* nos fuimos para la de la *Scala*, en donde se halla el célebre teatro: atravesamos entonces por la gran galería cubierta de Víctor Manuel; obra asombrosa de la ingeniería moderna, en su género tan admirable como la torre Eiffel de París y el puente de Broocklyn de Nueva York.

Suponed dos anchas avenidas perpendiculares entre sí, formando una cruz latina: la mayor tiene ciento y pico de metros, y ambas cubiertas con bóveda de cristales lujosamente exornada: en el punto de intersección se alza una cúpula, decorada con la misma espléndida elegancia. En estas avenidas bulliciosas se halla el centro del comercio y del movimiento de Milán, y son bellísimas.

Milán encanta: un par de horas estuvimos en él recorrién-

dolo en coche, y en ese pequeño espacio de tiempo tuvimos oportunidad de ver al paso hermosos edificios de la moderna y alegría por donde quiera. Tentado estuve de proponer que nos quedáramos un día; pero por desgracia nuestro cupón de Milán á Chiasso estaba ya sellado con la fecha del día y ni remedio. De grado y por fuerza dimos orden al cochero de dirigirse á la estación, y muy á mi pesar mandamos que se colocaran nuestros equipajes en el tren correspondiente. Dejóse escuchar el último silbato de la máquina y salimos de allí, perdiendo de vista á Milán á poco andar: á las diez de la mañana habíamos llegado á los límites septentrionales de Italia; nuevo transbordo, nuevas molestias, nuevo tren en el que cruzaríamos la pintoresca Suiza durante el día, nuevas costumbres que veíamos y nuevas impresiones, finalmente, que nos esperaban.

Este último punto será la materia del capítulo próximo.

SUIZA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

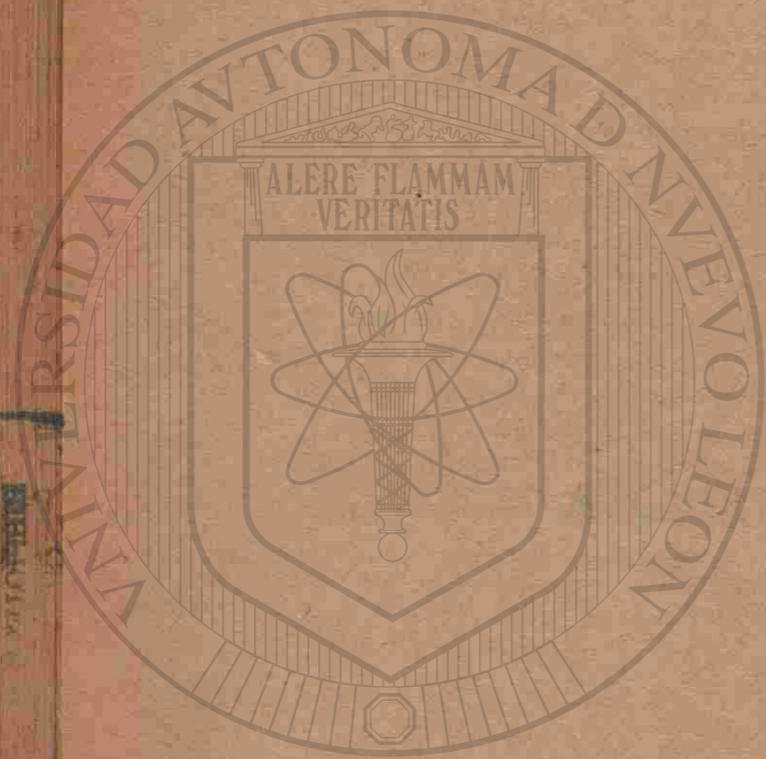
dolo en coche, y en ese pequeño espacio de tiempo tuvimos oportunidad de ver al paso hermosos edificios de la moderna y alegría por donde quiera. Tentado estuve de proponer que nos quedáramos un día; pero por desgracia nuestro cupón de Milán á Chiasso estaba ya sellado con la fecha del día y ni remedio. De grado y por fuerza dimos orden al cochero de dirigirse á la estación, y muy á mi pesar mandamos que se colocaran nuestros equipajes en el tren correspondiente. Dejóse escuchar el último silbato de la máquina y salimos de allí, perdiendo de vista á Milán á poco andar: á las diez de la mañana habíamos llegado á los límites septentrionales de Italia; nuevo transbordo, nuevas molestias, nuevo tren en el que cruzaríamos la pintoresca Suiza durante el día, nuevas costumbres que veíamos y nuevas impresiones, finalmente, que nos esperaban.

Este último punto será la materia del capítulo próximo.

SUIZA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO XLIII.

SUIZA.

SUIZA es el país de los lagos y de las montañas. Enclavado en el centro de Europa, de él parten todas las ramificaciones poderosas que constituyen el sistema orográfico de esta parte del mundo.

Grandes relieves, profundos valles, arterias fluviales caudalosas cuyo nacimiento se encuentra en las nevadas altas; lagos pintorescos é inmensos colocados en el fondo de las cuencas, alimentándose por los deshielos perennes; naturaleza eminentemente salvaje al par que grandiosa y colmada de poesía: esto es, en conjunto, aquella nación curiosa por su suelo y por su historia.

Los paisajes suizos no son comparables á los nuestros porque ambos tienen carácter enteramente distinto: los primeros son todos, poco más ó menos, semejantes en grande espacio de terreno; los segundos, por la altitud y la extensión de nuestro suelo, son más variados y como más templados por los rigores del sol de los trópicos.

Desde tres puntos de vista es interesante Suiza: el geográfico, el de las obras de ingeniería, tan brillantemente llevadas á cabo en aquel terreno escabroso, y el histórico. En cuanto al primer punto, á nadie se escapa la importancia oro-hidrográfica de Suiza: de este gran centro, como acaba en líneas

anteriores de decirse, desde el cual, por el gigante nudo de San Gotardo, se desprenden en todas direcciones enormes cadenas de montañas; por otra parte, las formaciones geológicas, los trastornos del suelo, la formación curiosa de los ventisqueros, el derrumbe de aquellos tremendos aludes que desde la altura se precipitan con furia, y otros puntos más, son diversos y variados temas de estudio para el geógrafo y para el naturalista.

Por lo que hace al segundo punto, la ciencia en Suiza ha desplegado las alas de su ingenio hasta lo sublime, permítaseme la frase, obteniendo el triunfo de la gloria y el aplauso atronador de toda la humanidad civilizada: por donde quiera tiende en Suiza sus cintas de acero: con atrevida mano, por aquí cuelga un puente de factura admirable, por allá edifica un viaducto sobre la fracción de un lago, por todas partes perfora las montañas y abre tajos y en breves horas une por medio del vapor á las naciones, salvando abismos, encumbrando alturas ó penetrando al seno mismo de las masas de basalto, en otros siglos invulnerables para el hombre. ¡A cuánto ha alcanzado la mano poderosa del rey de la Creación! Las más grandes distancias se acortan ahora por la locomotora, y los continentes se estrechan en abrazo mutuo, en un instante, por medio de la corriente eléctrica, cuya aplicación para transmitir la palabra hubiérase tomado, hace dos siglos, por travesura diabólica ó como fenómeno del todo separado del orden natural. Respecto del punto histórico, las tradiciones de Suiza por la defensa de sus fueros y de su autonomía, son muy interesantes.

No haré por cierto la ofensa al bondadoso lector de pensar que desconoce una tan conocida, y no sólo sabida, sino popular historia. Pasémosla por alto, que abundan las obras en las cuales gallardas y elocuentes plumas enarran las glorias de los bravos suizos y las de sus héroes inmortales.

Pero conduzcamos ya al lector al través de estas tierras de los clásicos paisajes: salgamos de la bellísima Italia, demos el

último adiós á la patria hermosa de Rafael, que nos esperan algunas impresiones en la de Guillermo Tell.

Nos quedamos, como dije en el capítulo anterior, tocando las fronteras de Italia y de la Confederación, en Chiasso. Allí cambiamos de tren, llevando el propósito de cruzar la Helvecia, de día, pues de esta suerte gózase de la esplendidez del panorama.

Al pasar á Suiza no se nos hizo ningún registro de equipajes, como es de usanza en las fronteras de los países. Transbordamos á unos coches especialmente destinados para este magnífico camino, que tienen corredores laterales para mayor comodidad de los viajeros. Tuvimos la fortuna de pronto entablar conversación con un caballero francés muy amable y sobre todo bastante ilustrado, que iba en el propio tren que nosotros, con su familia para Estrasburgo: este señor conocía el camino á las mil maravillas, según pude colegir; de suerte que sus indicaciones reiteradas nos hicieron gran provecho para la mejor inteligencia de nuestro corto viaje.

El silbato de la locomotora y las señales del conductor nos anunciaron la partida del tren. Aquí es curioso hacer notar que tanto en la frontera italiana como en la suiza, mézclanse las costumbres de ambos pueblos, acentuándose grandemente las italianas en la región meridional de Helvecia. Los letreros de las tiendas y de los hoteles, unas veces los veíamos escritos en italiano, otras en alemán, idioma predominante en Suiza. Los conductores de los trenes y los empleados de las estaciones, y los de las fondas, hablan casi todos ambas lenguas, pero basta el francés si no se posee ninguna de ellas, para darse uno á entender perfectamente.

No bien hubimos entrado á Suiza por el pintoresco cantón del Tesino, cuando empezamos á contemplar deliciosísimas vistas. ¡Cuántas veces las habréis visto en acuarela! ¡Qué hermoso panorama, alumbrado por el sol de la mañana, teníamos delante! A nuestra diestra el magnífico lago de Como, á nuestra izquierda el de Lugano; en el fondo, hacia el Sep-

tentrión, la perspectiva de los Alpes, cuyas líneas poderosamente se dibujaban ya. Pronto llegamos á Belinzona, ciudad de cierta importancia muy cerca al lago Mayor en el cual desagua el Tesino, á cuyas márgenes la ciudad se asienta. Por decontado que los túneles abundan y se suceden frecuentemente: lo más notable es que los hay curvos, casi formando las galerías una circunferencia.

Más allá de Belinzona los paisajes no tienen segundo (estoy por asegurar esta aserción): grandes valles cercados por altísimas cumbres, perennemente cubiertas de blanquísimo sudario: el sol refleja sus rayos sobre la nieve, dorando las albas frentes de los basálticos gigantes; los deshielos originan multitud de arroyos que bajan con ímpetu de las montañas, en cascadas pintorescas, con ese ruido tan monótono y tan grato al par, del agua, que va á regar los campos y los valles, y en éstos, y sobre las escarpas de las rocas, y por todas partes, veis alzarse esas casitas poéticas, diré mejor, románticas, que llevan el nombre francés de *chalets*, y en donde debe de pasarse una vida tranquila y deliciosa: añadid á esto los ganados trepando por las laderas de los montes nevados, el pintoresco y legendario traje de suizos y de suizas, y tendréis un cuadro cabal para un artista ó para un poeta. ¿No es verdad que este conjunto es muy hermoso? Montañas, nieve, arroyos, torrentes, cascadas, lagos, pastores, gente feliz á no dudarlo, paisajes de *nacimiento*, así es por todas partes esta Suiza en donde todo es salvaje y grande, pero al mismo tiempo bellísimo y poético.

Las horas caminaban al par de la locomotora: á cada momento consultábamos un plano que llevé conmigo é interrogábamos al caballero francés para que nos diera detalles acerca del gran túnel del San Gotardo. ¿Quién creará que ese era uno de mis mayores alborotos? ¡Atravesar el San Gotardo! ¡Uno de mis ensueños que en breve realizaría! Unas cuantas horas más de camino, y, en efecto, próximos á la magna galería nos encontramos. Poco antes de las doce, después de

caminar bastante sobre abismos y viaductos, la locomotora silbó y nos detuvimos en Airolo: es la estación más cercana al inmenso nudo y á la boca del túnel. Me encontraba yo impaciente: al fin, de nuevo nos pusimos en movimiento, y á los cuantos minutos el caballero francés exclamó:

—Señores, el gran túnel.

En aquel momento sacamos nuestros relojes para medir el tiempo que bajo la montaña colosal nos hallaríamos; las lámparas de los trenes siempre permanecen encendidas, y además, de 500 en 500 metros, si no estoy equivocado, el túnel tiene una semáfora; de suerte que se notan claramente los ademes de la ancha y asombrosa galería: el tiempo pasó y al fin salimos del túnel; consultamos nuestros relojes, ¡veinticuatro minutos nos habíamos tardado en atravesar el San Gotardo por aquel camino subterráneo, maravilla del arte moderno y honra de los ingenieros que lo llevaron á cabo! El túnel tiene cerca de 15 kilómetros de longitud, y ha venido á llenar una necesidad, facilitando las comunicaciones entre Francia, Suiza é Italia, singularmente: es de reciente construcción y se halla practicado en el gran nudo que sirve de núcleo á todo el sistema alpino.

En efecto, al Norte se desprenden los Alpes de los cuatro Cantones, los de Glarus y de Thur, con diversas ramificaciones; al Levante, extiéndense los Alpes Réticos, y al Sudeste los Alpes del Veltín; al Mediodía, aparecen los robustos Alpes de Poncia ó Lepontinos y los Peninos, advirtiéndose al Sudoeste los Alpes Berneses y los de Saboya, estos últimos en tierras extranjeras; cadenas todas que se enlazan con las demás de Alemania, de Austria, de Italia y Francia, para constituir sistemas orográficos especiales. Al mismo tiempo, de las grandes alturas de San Gotardo despréndense importantes arterias fluviales que llevan el caudal de sus aguas al Norte como el Rhin, y al Sur como el Ródano, en esencia; y otros muchos que mueren al Este y al Oeste, siguiendo la inclinación de sus respectivas vertientes.

A unos cuantos metros de la salida del gran túnel se encuentra una aldea llamada Göschenen: en ella está la estación, y otra cosa más interesante, la fonda, bastante regular, en donde comimos con grande apetito, como era natural, después de una fatiga de cuerpo y de espíritu, que desde temprano había comenzado. Desde Göschenen el paisaje de los Alpes y del San Gotardo cubiertas sus cumbres y sus flancos enteramente de nieve, es magnífico; en la estación venden fotografías muy baratas de todos los lugares importantes de esta línea espléndida.

Después de comer volvimos á instalarnos en nuestro coche; á los cuantos minutos salimos de Göschenen rumbo á Lucerna. Continuaron los mismos paisajes, las propias perspectivas. Pasamos por diversos pueblos más ó menos considerables. Sobre los principales edificios se ve flotar siempre el rojo pabellón con la cruz blanca; á lo lejos comenzó á hacerse visible el bellissimo lago de los Cuatro Cantones, y á poco andar el tren se detuvo en la histórica y pintoresca aldea de Flüelen. De acuerdo con las indicaciones y los consejos que se nos habían dado, descendimos del coche, dejando recomendados nuestros equipajes al conductor, dirigiéndonos á orillas del lago en donde esperaba un vaporecito.

Con los billetes directos tiene uno la facultad, en Flüelen, de escoger dos caminos para ir á Lucerna: por el ferrocarril costeadando el lago, ó bien por este mismo surcándolo en dicho vapor; ambas líneas están combinadas de tal suerte, que cuando llega el tren á la hermosa capital del Cantón de Lucerna, el vapor atraca en el muelle inmediato á la estación. Aquí el viajero tiene nuevamente la facultad, según el tiempo que le concede su billete de pasaje, ó de permanecer, por ejemplo, un día en la ciudad, ó de volver á tomar el tren para proseguir su camino. Transbordamos al vapor con la familia francesa; el tren se fué y nosotros nos internamos por aquel lago histórico. ¡Cuán bella era la decoración!

La masa de agua es muy extensa, rodeada de altas monta-

ñas nevadas. Al cruzarla, me vino á la memoria la leyenda toda de Guillermo Tell, cuando hecho prisionero después de la romancesca escena de la manzana, fué embarcado en este propio lago rumbo al Castillo de Kussenacht: una tempestad se levanta de improviso en medio de la travesía; Tell dirige el timón de la nave; llegan á la orilla, escápase en aquellos momentos, piérdese á la vista de todos y se dirige á dar muerte á Gesler su enemigo.

En ese gran lago todo es solemne: parece que las montañas que le cercan repercuten los ecos roncós de las trompas de caza, y que los ejércitos de conjurados bajan á reunirse todos por los flancos escarpados de las moles de basalto con crestas de blanquísima nieve. El vapor se detiene en varios puntos de la ribera; al cabo de dos horas largas llegamos á Lucerna, que desde lejos se distingue reflejando su rostro en las aguas del lago.

Como nada tiene de notable Lucerna en cuanto á sus edificios, decidimos volver á nuestro tren con rumbo á Basilea. La tarde iba lentamente agonizando: salimos de la ciudad por el túnel; atravesamos el Reuss por un largo puente, perdiendo de vista al poco tiempo á Lucerna. El camino que se sigue es casi recto. El Jura suizo va apareciendo como negro fantasma colocado entre la Confederación y las tierras francesas; á las ocho de la noche entramos por la estación central á Basilea (*Bâle* en francés, capital del Cantón de su nombre), que se asienta á ambas orillas del Rhin. La ciudad toca la frontera de Alemania: allí cenamos con toda calma, por tener que esperar más de una hora la salida del *expreso* para Paris. Al cabo de ese tiempo ocupamos nuestro coche alejándonos de Basilea.

A media noche nos detuvimos en Belfort, punto situado precisamente entre Francia y Alemania. Incomodísimo es á esta hora cargar con bultos y maletas á la aduana para el dichoso registro de equipajes. Pero en fin, puede soportarse siquiera por la urbanidad exquisita que distingue á los emplea-

dos franceses. Pasada semejante molestia, de nuevo nos instalamos, muy fatigados, en nuestro coche, para despertar al día siguiente en París. No doy razón del camino porque no lo ví.

La luz de la aurora nos sorprendió en el tren: campos dilatados, aldeas cuyas chimeneas coronábanas el humo, algunas fábricas, era lo que veíamos. Más tarde, allá muy lejos, envuelta entre los pliegues de la niebla, soñolienta, medio aparecía la bulliciosa capital. Nuestro entusiasmo y alboroto inmenso acrecentábase á medida que nos acercábamos á la gran ciudad. Dieron las 6 y media de la mañana; pocos instantes después el tren caminaba lento bajo la elegante armadura de la magnífica estación del Este. Allí nos esperaba un antiguo compañero mío de colegio; con efusión nos abrazamos: tomamos un coche y nos llevó á instalar á nuestros alojamientos, satisfechos grandemente de nuestra excursión por la bellísima Helvecia.

FRANCIA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

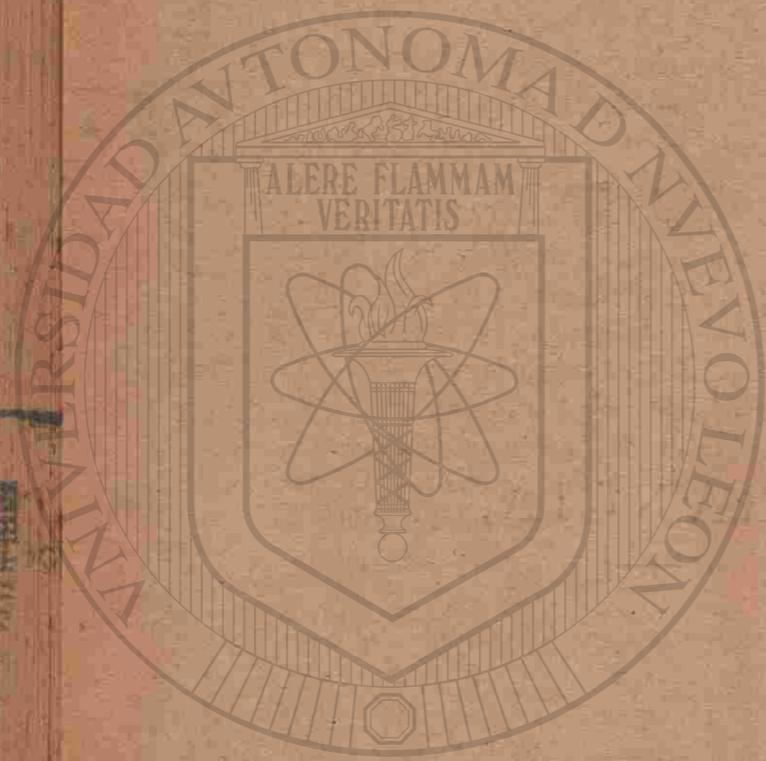
dos franceses. Pasada semejante molestia, de nuevo nos instalamos, muy fatigados, en nuestro coche, para despertar al día siguiente en París. No doy razón del camino porque no lo ví.

La luz de la aurora nos sorprendió en el tren: campos dilatados, aldeas cuyas chimeneas coronábanas el humo, algunas fábricas, era lo que veíamos. Más tarde, allá muy lejos, envuelta entre los pliegues de la niebla, soñolienta, medio aparecía la bulliciosa capital. Nuestro entusiasmo y alboroto inmenso acrecentábase á medida que nos acercábamos á la gran ciudad. Dieron las 6 y media de la mañana; pocos instantes después el tren caminaba lento bajo la elegante armadura de la magnífica estación del Este. Allí nos esperaba un antiguo compañero mío de colegio; con efusión nos abrazamos: tomamos un coche y nos llevó á instalar á nuestros alojamientos, satisfechos grandemente de nuestra excursión por la bellísima Helvecia.

FRANCIA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO XLIV.

PARIS.

CONSIDERACIONES GENERALES.

HENOS ya en la gran ciudad: en la capital de la alegría y del bullicio y del mundo que se agita sin tregua ni descanso.

Desde luego el lector justificará el entusiasmo inusitado que precedió á nuestra llegada; el alboroto inmenso que hacía presa de nuestra alma cuando nos encaminábamos por la vía férrea, ya en territorio francés, de Belfort á Paris. ¡Tanto se nos ponderaba la ciudad del Sena! ¡Tanto se nos hablaba de ella! Tan rica imaginábame la magnificencia de sus calles, la grandiosidad de sus monumentos, la belleza sin par de su conjunto, que en verdad soñaba yo encontrarne algo así semejante á una ciudad encantada, modelo de hermosura perfecta en toda la extensión de la palabra; ciudad del todo digna de ser imitada en pormenores y detalles por nosotros, en bien de nuestra buena y pacífica ciudad de los palacios. Además, el histórico pasado de la capital de Francia, interesante, trágico en grado eminente en muchos puntos: sus grandes establecimientos científicos, sus ricos museos, su atractivo general, en fin, daban pábulo á mi impaciencia por llegar como en alas del viento á la famosa Paris. Creo que un chi-

quillo no está más alborotado cuando espera con ansia la hora en que ha de dársele el juguete codiciado, como yo cuando contaba los minutos que aún nos faltaban para poner los pies en el suelo parisiense.

Al fin descubrimos á lo lejos, semienvuelta en la niebla matutina, á la reina del Sena, con sus cúpulas y agujas esbeltas, y á la verdad que, quizá por la viva ilusión cuya luz bañaba mis ojos por completo, Paris de lejos me hizo el efecto que Napoleón debe haber sentido al descubrir en lontananza las cúpulas y agujas de la imperial Moscou.

— ¡Allí está la gran capital! exclamé en un instante de arrebatado, parodiando malamente al inmortal destronado.

La locomotora fué deteniendo su raudó movimiento, y entramos, por último, á la elegante estación del Este. Como apunté en mi capítulo anterior, un excondiscípulo mío, á la sazón en Paris, y á quien de antemano había yo escrito participándole nuestra llegada, nos esperaba en el andén: gran felicidad fué ésta para nosotros; siempre es conveniente acompañarse de quienes conozcan la tierra, para evitar el mayor número de chascos que acontece pasar á los viajeros inexpertos en sitios de mucho movimiento.

Ahora bien: nos hallamos, como al principio comencé diciendo, en esta moderna Babilonia, ensalzada por millones de lenguas, aplaudida por millares de millares de hombres, levantada por sus adoradores hasta la cumbre más alta á donde puede llegar la fama y la celebridad adquirida por esta espléndida ciudad.

¿Os la describiré? Pero, ¿cómo, si se ha menester vivir en ella años y años para poder bcsquejar, siquiera sea ligeramenté su contorno? ¿Y después de tantos genios que en sus misterios y hasta en sus últimos rincones hanse ocupado en ella? ¿Os hablaré de aqueste ó de esotro monumento, con detalle; os pintaré la fisonomía propia de esta ciudad, á vuela pluma, para que os forméis idea de este Paris inmenso? No, ni lo pretendo. Voy á comunicaros mis impresiones lisa y llana-

mente, tal y cuales las sentí en aquellos días: haced de cuenta que habla, al cabo del tiempo, un fonógrafo que hubiera recogido no sólo mis palabras, sino hasta (á ser posible) los latidos de mi corazón.

Sé que voy á sufrir la excomunión mayor de la generalidad; empero, ¿no me absolverá el grupo sensato que, con conocimiento de causa, pese en la balanza del más sano criterio mis palabras? Sin embargo, tal vez persisto en un error, como hombre y como humano que soy; y como, por otra parte, cada quien en el mundo cree á pie juntillas que su juicio es el mejor y el más infalible de todos, es no sólo fácil, sino casi seguro, que á mí me acontezca una cosa semejante; de donde infiero que mi desautorizadísimo y humilde juicio acerca de Paris sea del todo equivocado. Consignaré este juicio con absoluta franqueza, con la plena conciencia de que, en mi opinión, digo la verdad, á la que deben subordinarse todos los actos de la vida; sin embozo, sin que sean fuerza para torcer la idea los respetos humanos ó las consideraciones de tradición ó de partido. Tranquilo, con la tranquilidad de mi conciencia; sereno, con la serenidad de pensamiento, encargo á mi pluma que corra y que fielmente grabe mis impresiones de entonces.

Fresco aún el recuerdo de aquellos días, fácil me es traer á la memoria ciertos detalles característicos que no deben pasar inadvertidos, pues que con el conjunto de ellos se asientan conclusiones y se fundan los conceptos.

Hechas las explicaciones anteriores, vengamos al grano.

El aspecto general de la ciudad es grandioso y bello al par que monumental, como el de todas las capitales europeas; pero en cierto modo, digamos monótono: si veis una calle de Paris, creed que conocéis ya todas; poco más, poco menos, la misma altura en los edificios, el propio número de pisos, semejante si no igual arquitectura. No cabe duda, esto no obstante y por otra parte, que el exquisito gusto francés se revela muy mucho en la generalidad de las construcciones, en su

mayor parte de estilo sencillo y elegante. El Sena, como nadie ignora, atraviesa á la capital formando en su camino algunas sinuosidades: sobre su lecho hanse colocado magníficos puentes que forman, el uno tras del otro, en perspectiva, conjunto muy hermoso.

El río contribuye en gran parte, con sus vapores que le surcan, á la animación y á la vida de la Metrópoli francesa. Paris tiene su parte vieja y su parte nueva: la vieja, pequeña y reducida porción de terreno situada en lo que aún se llama la *Cité*, confúndese casi con la fracción moderna en su aspecto; pero conserva de la antigua Paris, nada menos que el insigne monumento gótico, obra bellísima del siglo XIII y de los primeros tiempos del estilo ojival: la gran Basílica de Nuestra Señora (*Nôtre Dame*), afligranada, espléndida, con sus puertas cargadas de arquivoltas, con su ejército de santos en sus fachadas y con sus torres truncas, que en verdad caracterizan ya á este célebre santuario, uno de los modelos más puros de la época florida del estilo.

Confundida, pues, la vieja y misteriosa capital con la nueva que en su torno se ha formado, ambas toman parte en ese estruendo, en ese bullicio de la gran ciudad, en donde veis moverse por puentes y calles y plazas tres millones de individuos de distinta traza que caminan unos por un lado, otros por otro, á pie ó en carruaje ó en ómnibus, sin atropellarse, dándose todos el lugar correspondiente, y sin fijarse nadie en quién lleva el sombrero de moda ó la levita raída. Es un error el nuestro creer que en Paris todos andan vestidos á usanza de la moda corriente: cada quien se viste como puede ó como quiere; cada uno es libre de traer el pelo corto, ó románticamente largo, y de ataviarse como mejor le plazca; y puede estar seguro de que, por extravagante que se ponga un traje, pasará inadvertido en medio de aquel pueblo singular, en cuyo seno parece que nadie puede hallarse triste, sino siempre alegre y bullicioso. Hay mayores exigencias en las ciudades

cortas que en Paris: en Madrid recuerdo que sí son muy estrictas; y si se quiere, en México también.

El bullicio parisiense —hay que hacerlo notar— no se extiende precisamente por todas las calles; muchas, en plena luz del día las veréis solas; otras, colmadas de gente, animadísimas; éstas son las llamadas *grandes boulevares* (emplearé este nombre), arterias inmensas y elegantes en donde encontraréis, lo mismo que en las calles adyacentes, las tiendas más lujosas, el comercio más activo, las principales casas de banco, y el centro de los negocios y de la vida parisiense. Prometo en dos ó tres capítulos más, detallaros un tanto esta parte, que bien merece que nos fijemos en ella.

Ahora bien, ¿queréis que os diga sin empacho cuál fué, en último análisis, la impresión que sentí al hallarme en el seno de la capital francesa? ¡Por Dios que no lancéis sobre mí, sin escucharme, vuestro segurísimo anatema! ¡Por Dios que no vayáis á juzgarme de necio ó petulante al daros mi opinión! Paris no me impresionó tanto como me lo hube supuesto: en más de una vez sentí el frío del desengaño, al propio tiempo que gratísimo consuelo, al ver que no sólo en México estamos llenos de defectos, sino que lo propio acontece en todas partes.

Paris no me causó grande ilusión, por diversas circunstancias que fueron eslabonándose lenta y progresivamente: primero, porque desde España comenzamos á graduar las impresiones, almacenando, digámoslo así, los elementos principales para no ser deslumbrados de improviso ante la ponderada fastuosidad de la capital de Francia; en segundo lugar, porque ya en diversas partes había nuestra vista quedado satisfecha con lo que nuevamente mirábamos ahora en Paris; en Barcelona, en Marsella, en las ciudades del tránsito, en Roma misma, encontramos calles y ómnibus, y edificios y monumentos tan soberbios como en Paris, con la favorabilísima circunstancia para nosotros de que en Roma, por ejemplo, hubimos palpado los originales mismos como la columna Tra-

jana y el templo de la Fortuna Viril, hallándose en París las copias, cuales son la columna Vendôme y la iglesia de la Magdalena.

París deslumbra cuando de antemano ninguna otra ciudad europea de importancia ha sido conocida, ó siquiera alguna norteamericana: entonces sí que el criterio aprueba con razón el *non plus ultra*, aunque de todos modos debemos convenir en dos cosas: primera, que París á todas luces no es la ciudad más monumental del mundo; allí está Londres que le supera según el sentir de quienes conocen á fondo ambas ciudades; segunda, que en cuanto á vida y movimiento y alegría, París no tiene rival, como que es la Capital del gran mundo que se aviene muy bien con el bullente carácter francés.

Si hemos de ver las cosas desde su verdadero punto de vista, hay que decir que nuestro excesivo amor á lo francés y el afán que siempre hierve en nuestra mente por conocer á París, está perdiéndonos.

La influencia francesa en México, bajo tres aspectos, á mi modo de ver, podemos considerarla: influencia en la línea de la Ciencia, influencia en nuestra Literatura, influencia en la parte artística. En cuanto á lo científico, sabido es que todos pasamos en las aulas superiores por el estudio de los textos franceses; esto ha traído una ventaja, á no dudarlo: la práctica en el idioma, por una parte; y por la otra, la nivelación de nuestros institutos con los franceses. Es muy cierto que no contamos con todos los elementos necesarios para quedar del todo á la misma altura que los establecimientos científicos de Francia, pero no podrá negarse que tampoco carecemos de todos para quedarnos atrás.

Ahora bien: la necesidad de adecuar á nuestras escuelas determinados textos, por un lado, y por otro un benéfico estímulo patriótico, poco á poco van logrando la sustitución de los textos extranjeros por obras nacionales, muchas de las cuales honran á sus inteligentes autores.

Por lo que hace á la influencia francesa en nuestra Litera-

tura, ¿qué diré, Dios mío? ¿qué diré de esta literatura que ya perdió hace tiempo su nombre de mexicana, y que en verdad hace subir todos los colores al rostro? ¿Convertir en mal francés la armoniosa, la bella, la encantadora lengua de Cervantes!

Pero no es esto lo único: nos hemos dado tanto á la lectura de la novela francesa, que sólo se piensa en imitar el estilo y las ideas y hasta las palabras ¡vamos! de Gautier, de Ohnet, de Dumas y de qué sé yo cuántos otros literatos. ¡Cuántos hay que cuadran de contagiarse con la perniciosa escuela del autor de *Nana* y de la *Débâcle*, siguiendo con fruición su libérrimo sistema! ¡Hasta queremos dar á nuestras publicaciones literarias la forma y el aspecto franceses! Y á mayor abundamiento, hemos dado en la manía de llenar las columnas de nuestros periódicos con producciones francesas, como demostrando claramente nuestra pobreza literaria, de suerte que tenemos que acudir, como de limosna, al mercado ajeno, porque el nuestro es muy exiguo y no puede darnos lo que un recorte ó una traducción pésima sí pueden á manos llenas á diario facilitarnos. Hasta á los personajes de las novelas hemos de llamarles Mr. Poulet ó Mme. Lavigny..... ¡Qué idea! Esto es el *decadentismo* que nos invade, como invade la filoxera perniciosa á las plantas para destruirlas; además del gongorismo moderno que poco á poco van introduciendo en nuestro idioma los que han dado en la extravagancia de pensar verde y sentir azul y hablar amarillo; y poetizar con las bellezas de la tez francesa, de la epidermis china ó de la sangre del Japón. No, no y no: esto no es mexicano, ni es patriótico, ni es digno de nuestras pasadas tradiciones. Hagamos guerra sin cuartel á este sistema que nos coloca en el abismo de nuestra ruina literaria.

Leamos lo francés (y eso no todo) para ilustrarnos, pero no para copiarlo; y eso mucho después de que nos hayamos nutrido con la sana lectura de los clásicos españoles y conozcamos un tanto nuestra lengua. Quede, pues, sentado que la

influencia francesa en la literatura mexicana, digamos así, es no sólo perjudicial sino funesta.

En cuanto á la influencia en la parte artística y aun en la industrial, puede decirse que va siendo asimismo considerable; lo cual implica, especialmente para la ciudad de México, la pérdida de su carácter propio. Me explicaré: los grandes establecimientos mercantiles, recientemente construídos, y los edificios que ahora se fabrican, sobre todo por la parte nueva de la capital, son esencialmente europeos en su factura, en su aspecto y en su forma. Pregunto yo: ¿es conveniente este género de construcciones en la ciudad de México, puesto que él despoja lentamente á la capital del sello americano que debe siempre conservar, por conveniencia, y por necesidades de altitud y de clima, y de tradición también? La respuesta sería larga é inconveniente por ahora. Por lo que hace á la parte industrial, dado nuestro carácter de imitación, hasta los juguetes toscos que nos vienen de Francia los vamos copiando, y al hacerlo se abandona la manufactura de aquellos otros objetos tan nacionales, tan mexicanos, que se hacían hace apenas una veintena de años.

A entrar de lleno en todos estos considerandos, que me serían perdonados en fuerza de la intención patriótica que guía mi pluma, de seguro que habría para formar un libro. Pero basta con lo dicho para mi objeto; y pongamos por ahora punto final á este capítulo para continuar en otros estos ligerísimos apuntes.

CAPÍTULO XLV.

PARIS.

CONJUNTO GENERAL.

TAN luego como las fatigas consiguientes á la travesía de Roma á Paris nos dejaron libres, tratamos de emprender la visita á la gran capital; pero ante todo y como medida precautoria que siempre debe aconsejarse por lo que pudiera suceder, nos encaminamos hacia la calle de Maubeuge, en donde á la sazón estaba nuestro Consulado general, con el fin de que se nos revisaran nuestros pasaportes para acreditar nuestra nacionalidad en cualquiera contingencia. Después nos consideramos expeditos para trazarnos un buen itinerario, y desde ese momento tratamos de aprovechar cuantos minutos y segundos fuesen menester para meternos á escudriñar hasta los últimos confines (á sernos posible) de la opulenta ciudad europea motivo de este breve artículo.

En efecto, lo que nuestros amigos de antaño nos sirvieron allí, es indecible: sin ellos de seguro que las tres cuartas partes de cuanto vimos hubiéramos dejado de palpar, y á fe que en este caso de nada nos hubieran servido los planos y las guías y los itinerarios y ómnibus y coches.

Formémonos ahora una ligera idea de conjunto de esta soberbia capital.

influencia francesa en la literatura mexicana, digamos así, es no sólo perjudicial sino funesta.

En cuanto á la influencia en la parte artística y aun en la industrial, puede decirse que va siendo asimismo considerable; lo cual implica, especialmente para la ciudad de México, la pérdida de su carácter propio. Me explicaré: los grandes establecimientos mercantiles, recientemente construídos, y los edificios que ahora se fabrican, sobre todo por la parte nueva de la capital, son esencialmente europeos en su factura, en su aspecto y en su forma. Pregunto yo: ¿es conveniente este género de construcciones en la ciudad de México, puesto que él despoja lentamente á la capital del sello americano que debe siempre conservar, por conveniencia, y por necesidades de altitud y de clima, y de tradición también? La respuesta sería larga é inconveniente por ahora. Por lo que hace á la parte industrial, dado nuestro carácter de imitación, hasta los juguetes toscos que nos vienen de Francia los vamos copiando, y al hacerlo se abandona la manufactura de aquellos otros objetos tan nacionales, tan mexicanos, que se hacían hace apenas una veintena de años.

A entrar de lleno en todos estos considerandos, que me serían perdonados en fuerza de la intención patriótica que guía mi pluma, de seguro que habría para formar un libro. Pero basta con lo dicho para mi objeto; y pongamos por ahora punto final á este capítulo para continuar en otros estos ligerísimos apuntes.

CAPÍTULO XLV.

PARIS.

CONJUNTO GENERAL.

TAN luego como las fatigas consiguientes á la travesía de Roma á Paris nos dejaron libres, tratamos de emprender la visita á la gran capital; pero ante todo y como medida precautoria que siempre debe aconsejarse por lo que pudiera suceder, nos encaminamos hacia la calle de Maubeuge, en donde á la sazón estaba nuestro Consulado general, con el fin de que se nos revisaran nuestros pasaportes para acreditar nuestra nacionalidad en cualquiera contingencia. Después nos consideramos expeditos para trazarnos un buen itinerario, y desde ese momento tratamos de aprovechar cuantos minutos y segundos fuesen menester para meternos á escudriñar hasta los últimos confines (á sernos posible) de la opulenta ciudad europea motivo de este breve artículo.

En efecto, lo que nuestros amigos de antaño nos sirvieron allí, es indecible: sin ellos de seguro que las tres cuartas partes de cuanto vimos hubiéramos dejado de palpar, y á fe que en este caso de nada nos hubieran servido los planos y las guías y los itinerarios y ómnibus y coches.

Formémonos ahora una ligera idea de conjunto de esta soberbia capital.

Como quedó asentado en mi anterior, y sabe todo el mundo, divide á Paris el Sena en dos grandes fracciones: penetra el ancho río por el Sudeste, llega al centro y sale por el Sudoeste, formando así un imperfecto arco de círculo. Curiosa, de paso, es la observación de que casi todas las capitales de las naciones de Europa, ó son puertos marítimos ó se hallan situadas, como la que nos ocupa, á las márgenes de un río notable: así, por ejemplo, sobre el Támesis se encuentra la populosa Londres; San Petersburgo á orillas del Neva; el Danubio atraviesa á Viena y á Budapesth, y Roma asiéntase á ambas márgenes del Tiber. Estocolmo, Cristianía, Copenhague, Lisboa, todos son puertos de mar, y hasta Constantinopla, la vieja Bizancio, está dividida por el histórico Bósforo.

Atravesada la capital de Francia por el Sena, queda, como he dicho, naturalmente dividida en dos grandes fracciones: la septentrional, que corresponde á la orilla derecha, y la meridional á la izquierda. Además, el río al llegar en su curso al centro de Paris, se bifurca dos veces consecutivas para volverse de nueva cuenta á unir, prosiguiendo hasta el Océano su corriente: ambas bifurcaciones forman dos islas, la de la *Cité* ó antigua *Lutetia*, y la de San Luis; ésta infinitamente menos interesante que la primera.

En cuanto á las fracciones septentrional y meridional, como he llamado, tienen grande importancia por sus monumentos y edificios públicos, y si se quiere, la primera es superior á la segunda en bullicio y movimiento.

Imaginaos ahora ver á Paris, á vista de pájaro; y con otro esfuerzo de imaginación observad en la ribera derecha del Sena, en medio del infinito número de calles y de aquel inmenso laberinto de callejones, cómo se abren paso los llamados *grandes boulevares*, anchísimas avenidas plantadas de árboles con edificios suntuosos, cruzadas esas avenidas sin cesar por gente de toda clase y condiciones, ya en ómnibus, ya á pie; los *boulevares* ocupan ahora el sitio de las viejas murallas

mandadas derribar por Luis XIV, y tienen un golpe de vista monumental. Si de Este á Oeste las recorremos partiendo de la gran plaza de la República, iremos notando cada vez más vida, mayor animación: empezamos por el *boulevard* (les nombraré así) San Martín, proseguimos por el de San Dionisio, en seguida por el de la Bonne Nouvelle, donde está el teatro del Gimnasio: entramos al Poissonnière; el bullicio, el estruendo se hace más perceptible, como el ruido de las olas del mar agitado: allá al confín de esta avenida, empieza la gran calle de Montmartre, monumental y soberbia; pero como tengo dicho, la arquitectura de los edificios es sensiblemente la misma y todos se encuentran poco más ó menos á la propia altura.

Sigue á Montmartre el *boulevard* de los Italianos, el foco, digamos así, del Paris que vive, que se agita sin tregua, del Paris del gran mundo casquivano y alegre, del Paris que conocen muy á fondo muchos de nuestros jóvenes capitalistas que han estado por allá, y de lo único de que os darán razón, y eso si pueden darla.

Poco más adelante encontraréis la espléndida calle de los Capuchinos, continuación de la anterior; y á poco andar os halláis en la bella plaza de la Opera, donde se goza de una magnífica y elegante perspectiva; á vuestra derecha, en el fondo de la plaza, miraréis alzarse la mole artística del gran teatro de la Opera, con su pórtico monumental y sus escalinatas y estatuas; á la izquierda se extiende la avenida de la Opera, que termina en la plaza del Teatro Francés, adyacente al viejo y Real Palacio.

Siguiendo al Oeste del *boulevard* de los Capuchinos, pasamos al de la Magdalena, en cuyo término se admira el templo de este nombre, copia del de la Fortuna Viril de Roma. Aquí concluyen las grandes avenidas, porque en la plaza de la Magdalena, una calle, el *boulevard* Malesherbes, se sigue al Nordeste y la calle Royale al Sur, hasta la vasta plaza de la Concordia, célebre en los anales de Francia, especialmente por

las sangrientas escenas de la revolución de fines de la pasada centuria. Hay otras muchas grandes avenidas en esta fracción, pero menos importantes que las ya citadas.

En cuanto á plazas, las hay y muy notables: citaremos también de Este á Oeste las que recorri: la de la Nación, que conduce á la histórica de la Bastilla en donde se encontraba la fortaleza celeberrima, de cuyo perímetro quedan señales en el pavimento por medio de hileras de losas que allí se han colocado. En medio de la plaza de la Bastilla se levanta el bello monumento conmemorativo conocido por el nombre de la Columna de Julio, edificado para honrar la memoria de los franceses que sucumbieron en la revolución de 1830. De la plaza citada puede pasarse á la de la República por el *boulevard* Beaumarchais, y de aquí á las antes mencionadas de la Opera y de la Magdalena.

Notables son asimismo tres más: la espléndida y circular de la Estrella, en cuyo centro se alza majestuoso el magnífico arco de triunfo y de la cual parten divergentes doce avenidas: la monumental plaza de la Concordia, desde la que se disfruta de un buen panorama de los Campos Elíseos y de las Tullerías; y, por último, la plaza Vendôme, notable por la columna erigida por Napoleón I bajo el modelo de la Trajana, y hecha con el bronce de los cañones quitados en diversas batallas por el Gran Ejército á los austriacos y á los rusos. Esta ribera derecha del Sena contiene también al soberbio paseo del Bosque de Bolonia, algo semejante al nuestro de Chapultepec, y á donde todo el mundo parisiense concurre. Edificios notabilísimos levantan asimismo su mole en este lado de la ciudad, cuales son entre otros muchos, y tomando nombres al vuelo, en primera línea el palacio del Louvre, donde están los museos de antigüedades y de pinturas, el edificio más rico en detalles arquitectónicos de todo París; el Palacio Real, el Hotel de Ville (Ayuntamiento), el Teatro de la Grande Opera, el Conservatorio de Artes y Oficios, la espléndida y riquísima Biblioteca Nacional, el Museo Etnográ-

fico del Trocadero y otros muchos; siendo de llamar la atención los grandes mercados (*halles centrales*), á los que debe uno de acudir á cierta hora para admirar los centenares y aun millares de personas que concurren á las compras. Realmente, muchos de estos edificios tienen carácter monumental por el elevado coronamiento que tienen; el que les levanta y les hace esbeltos.

Un sencillo ejemplo lo demuestra: aquí tenemos en nuestro México al nuevo almacén de ropa *El Puerto de Veracruz*, edificio sencillo, como cualquiera de nuestras construcciones, y que, sin embargo, ha cambiado su aspecto con sólo la techumbre que se le ha colocado: es del todo un edificio europeo, como muchas de las elegantes casas que á lo largo de la calzada de Chapultepec se miran. Finalmente, no dejemos de citar en la ribera derecha del Sena al famoso cementerio del Padre Lachaise, que encierra tumbas tan curiosas como la de Abelardo y Eloisa.

Si ahora consideramos la ribera izquierda del Sena, encontraremos asimismo importantes monumentos y edificios y lugares dignos de nuestra particular atención, como el vasto Campo de Marte en donde se instaló la brillante Exposición Universal de 1889, de la cual sólo quedan la verdaderamente admirable y aun maravillosa torre Eiffel, los palacios de Artes Liberales y de Bellas Artes, y la inmensa galería de las máquinas, vacía cuando yo la visité; además, el Hotel de los Inválidos, en donde se encuentra bajo una bella cúpula la imponente y sencillísima tumba de Napoleón I, del gran genio militar del siglo XIX.

Hállanse en esta fracción de la ciudad francesa, entre otros muchísimos palacios, la Cámara de Diputados á orillas del Sena y muy cerca de la hermosa Esplanada de los Inválidos; la de Senadores en el Luxemburgo, lugar también muy bello en el que asimismo se encuentra un interesante Museo de escultura y de pintura modernas.

Y San Sulpicio, y el Museo de Cluny (arte retrospectivo),

y el Panteón ó antigua iglesia de Santa Genoveva, en donde descansan los restos de Víctor Hugo y de muchos franceses ilustres, y la Sorbona, y el Colegio de Francia, y el Jardín de plantas y el Observatorio y cien edificios más, incluyendo las grandes escuelas, todo, todo es digno de estudio y de atención y de no pocas consideraciones.

Por lo que respecta á la *Cité*, tan pequeña como es, tiene su importancia por los edificios que encierra, cuales son, en primer término la Catedral, ó sea Nuestra Señora (*Nôtre Dame*), monumento gótico famoso, del primer período del estilo, enteramente aislado para poder mejor admirar su mole afligranada, cuajada de hojarasca y de santos y de curvas, y ennegrecida por el transcurso de los siglos. Álzanse en esta isla, cerca de la Catedral, el hospital llamado Hôtel-Dieu, el Tribunal de Comercio, la Prefectura de policía, y, finalmente, el histórico Palacio de Justicia, célebre en los tiempos turbulentos y famosos de la revolución del 89. Atrás de la Catedral y á orillas del río, se encuentra un pequeño edificio circular, visitado por un gran número de curiosos: es la *Morgue*, sitio destinado á la nada edificante exposición de los cadáveres de todos los desgraciados á quienes se les encuentra muertos, y no se sabe quiénes en vida fueron.

Muchísimo es, por supuesto, lo notable que aún me queda por citar; empero baste lo anterior para formarnos muy á la ligera una vista de conjunto del Paris monumental. No pienso describiros, por ser empresa larga y fatigosa, como me lo había propuesto, tantas calles y plazas y monumentos y edificios. Emplearé la tinta más bien en consideraciones generales aplicadas, en lo aplicable, á nuestra México, y en una que otra observación acerca de lo que de bueno podemos imitar, ya que nuestro carácter, imitativo por excelencia, ha hecho que imitemos mucho de malo.

En general, creo que puede decirse de Paris, que tiene una vista de conjunto elegante y soberbia, ó mejor dicho, enteramente europea. El centro de la vida del gran mundo, radica-

se en una no muy grande extensión de la ciudad francesa: tiene grandes monumentos, espléndidas escuelas y riquísimos museos; pero en cuanto á monumentos hay que decir que tiene no pocas capitales que le son rivales; en cuanto á escuelas, nosotros creemos erróneamente, sin duda por nuestra ignorancia en otros idiomas, que fuera del suelo francés no hay nada que pueda comparársele: á esto debe asimismo hacerse notar que los institutos alemanes superan, y con mucho, á los franceses en no pocos ramos del saber humano, tales como en Matemáticas, en Medicina, en Historia Natural y en otros varios, lo cual demuestra que la Francia moderna ha dejado de ser la Francia de Buffon, de Lavoisier, de Laplace, de Pascal, de Gay-Lussac y de tanto genio insigne como tuvo. En cuanto á museos, los hay muy ricos: el Louvre es verdaderamente magnífico; pero los ingleses parecen también superar en la esplendidez de los tesoros que poseen.

Esto no obstante, Paris continúa siendo el centro de la alegría del mundo; y seguirá por muchos años ostentando su título de Capital de Europa.

CAPÍTULO XLVI.

PARIS.

ALGUNOS DETALLES.

ENTRETENDRIA, con toda evidencia, un año entero á la atención de mis lectores, si tratara yo de pormenorizar, aunque fuera á grandes rasgos, los monumentos culminantes de la gran ciudad del Sena. Cada uno de ellos ha menester cuatro y cinco y seis capítulos, porque abunda la materia y sobra el interés.

El París histórico es fecundísimo en acontecimientos: el París artístico es grandioso y tiene mucho de espléndido. Ya he dicho que el gusto francés, tan exquisito siempre, se revela por doquiera, ya en la colocación de los edificios, en la exornación de éstos, y en general, en todo lo que hacen los franceses.

Voy, pues, no á describir ni á detallar, sino á apuntar, á grandes pinceladas, todo: líneas generales nada más, agrupando, ó más bien dicho, comprendiendo en una sola ojeada lo homogéneo, para la mayor inteligencia de los puntos en que me ocuparé en seguida. Seré breve, muy breve, porque temo ser difuso y cansado, por una parte; y por otra, porque es materia tratada ya por centenares de plumas de todos tiempos y de todas categorías.

Ante todo, es de notar en la capital de Francia su famosa y vetusta Catedral de Nuestra Señora, templo afligranado, modelo en su estilo y que sensiblemente alza sus pináculos esbeltos y su mole airosa en el centro topográfico de la ciudad, aunque más cargada al Mediodía, y en la parte más vieja de ésta llamada la *Cité*. Frente á una bella plaza, *du Parvis Notre-Dame* — teniendo á nuestra derecha el Sena y á la izquierda el magnífico hospital *Hôtel-Dieu* — se admira la fachada encantadora, obra de la décimatercera centuria, de la época florida del estilo ojival: tiene tres puertas y dos torres, trucas éstas, pero como que caracterizan ya al conjunto, que es de magnífico efecto. Por fortuna han conservado en él toda la pureza del estilo, de suerte que no produce Nuestra Señora la mala impresión de algunos templos de España y aun de la misma Italia, como las Catedrales de Toledo y de Milán, en las cuales las nuevas construcciones, de estilo diferente al general, las han desvirtuado en sus detalles. Hácese notar que el esplendor de Nuestra Señora opácase por los grandes monumentos que la rodean, haciendo aparecer la fábrica un tanto pesada.

El interior de cinco naves, si bien es cierto que no tiene el coro en el centro, como en España se usa, no realza con esa grandeza de las iglesias de Roma: produce mal efecto la aglomeración de sillas en la nave central, como en casi todos los templos de París; además de que el espacio se ve circuido por una balaustrada ó barandal: sólo entran allí, para mayor comodidad, las personas que pagan cierta cantidad de dinero. Un detalle por lo que pudiese importar: se me figuró que hay más piedad y más unción en Francia, que en España (cosa notable) y que en Italia. Cuando los tremendos días de la revolución del 93, en un decreto inconcebible ordenóse la destrucción de este monumento, pero en el acto fué revocado; aún se ven, esto no obstante, las huellas que en las estatuas dejaron las manos bárbaras del desenfreno de las turbas ignorantes. En esa propia época de lucha y de cataclismo for-

midable, la Catedral quedó convertida en el templo de la diosa Razón, y se vió atrozmente profanada; hasta que el gran Napoleón I la restableció al culto católico en los comienzos de este siglo.

Atrás de la Basílica Metropolitana de París se extiende un jardín; y á orillas del Sena se advierte un pequeño edificio, visitado por gran cantidad de curiosos: es la *Morgue*, adonde ya hemos dicho que se exponen á los cadáveres de los desconocidos á quienes se les encuentra muertos ó ahogados en el río. Sujétase al cadáver á un gran abatimiento de temperatura, en una cámara frigorífera, y después, durante algunos meses, se les pone á la espectación pública tras de un muro de cristales. El espectáculo es muy poco edificante, y en México se ha tratado ya de plantear este sistema, que tiene inconvenientes y ventajas; pero que con toda evidencia es mucho mejor que el de fotografías, como aquí se estila.

Además de Nuestra Señora, ¡cuántos otros templos notables pueden citarse! Entre los setenta y tantos que tiene París, llamáronme singularmente la atención la Magdalena, San Sulpicio, el Sagrado Corazón de Jesús (*Sacré Cœur*) y San Germán l'Auxerrois.

La Magdalena, cuya mole se yergue al fin de la calle Royale, y cuya fachada es perfectamente visible desde la plaza de la Concordia; es todo un templo pagano en su conjunto y sus pormenores; tiene el estilo de los templos de Roma; planta rectangular, pórtico formado con columnas que sostienen un entablamento en cuyo friso se lee la leyenda votiva en latín, y el todo terminado por un frontón. Iba á ser destinado el edificio para templo de la Gloria, hasta que, caminando el tiempo, fué consagrado como iglesia católica. El interior es muy elegante, y es uno de los templos de lujo en París los días de fiesta.

San Sulpicio es una de las principales iglesias de la capital francesa: tiene un buen pórtico, ó mejor dicho dos, el uno sobre del otro, y un par de torres: el interior es de vastas pro-

porciones, y es muy antiguo el edificio. El *Sacré Cœur* es un templo primoroso cuya construcción bizantina, que ahora está terminándose, álzase en una colina, en Montmartre, y no debe de dejar de visitarse, primero por el interés mismo que presenta la elegante fábrica, y segundo por la magnífica vista de París que desde la altura se disfruta.

En cuanto á San Germán l'Auxerrois, es una antiquísima iglesia, situada frente á la fachada principal del Louvre: es digna de mención por tener la campana que sirvió para dar la señal en la tremenda matanza de San Bartolomé el año 1572. Además, San Germán es, sin disputa, uno de los templos más antiguos de París, y dícese que su fundación data de los tiempos de Carlomagno.

Como edificios públicos de la regia Ciudad del Sena, destácase en primer término el espléndido palacio del Louvre, importantísimo por sus detalles arquitectónicos, así como por las ricas colecciones de sus museos. Hablar acerca de este palacio, uno de los más soberbios de Europa, es empresa laboriosa y larga: ocho ó diez capítulos darían apenas idea ligera de él, y en consecuencia me limito á consideraciones generales.

El Louvre queda á orillas del Sena, en la margen derecha, y se halla ventajosamente situado. Su elegante mole se advierte desde lejos, con sus fachadas de piedra y sus altos techos inclinados. El palacio del Louvre, propiamente dicho, es de planta cuadrada y ocupa tres tantos más de lo que ocupaba en ese mismo sitio la fortaleza ó castillo del Louvre, cuyas huellas se ven en un ángulo del amplísimo patio del palacio.

Hizose gran parte de la reconstrucción en los brillantes tiempos de Luis XIV, y más tarde, diversos monarcas fueron añadiendo alas y pabellones que han hecho del todo una construcción de aspecto monumental. Tras de esta primera fábrica cuadrada se extiende un jardín: allí se ve un artístico monumento á Gambeta; y á ambos lados del observador, corren,

tocando los extremos de la fachada occidental del palacio, dos grandes y extensas alas, que ocupan: la primera, el Ministerio de Hacienda; la segunda, parte de los Museos. Entre las alas, fórmase una plaza, del Carrousel; y en el fondo se levanta un arco de triunfo; más allá, la vista se pierde en los bellos jardines de las Tullerías. Al frente del vasto edificio corre, pues, la calle del Louvre, donde está la consabida iglesia de San Germán l'Auxerrois; al Norte, la pintoresca y bella calle de Rívoli, con su hilera de portales y sus grandes almacenes; al Sur, la *Quai* del Louvre y el Sena; al Poniente, las Tullerías.

Cuando el viajero, antes de visitar á Paris, ha conocido otros museos del género del en que me ocupo, el Louvre no llama tanto la atención y sólo sirve para refrescar la memoria, y de todos modos para aprender un poco más, no cabe duda.

Después de que nosotros hubimos recorrido las suntuosas salas del Palacio Vaticano en Roma, cuajadas de mosaicos, de lapislázuli, de mármoles, de estatuas, de bronce, de artonados magníficos, la decoración interior del Louvre nos pareció, en verdad, paupérrima. En el Louvre no encontramos ya sino muy poco de notable: en Madrid nos sorprendieron por primera vez las gratas impresiones de las grandes obras pictóricas del Museo del Prado, uno de los más ricos del mundo, obras brotadas de los pinceles admirables de Murillo, de Velázquez, de Ribera, de Juan de Juanes, de Goya y de tanto ilustre genio español: además, algo al fin se nos quedó de las escuelas flamenca, florentina, alemana, boloñesa y de las demás, en las cuales se han clasificado las colecciones del Prado; en las que contemplamos tantas y tantas obras de Van Dyck, de Rembrandt, de Rubens, del Tiziano, del Corregio y de cincuenta glorias más.

Después, pasamos á Roma, la tierra clásica del arte. ¿Os acordáis de aquellas *loggias* de Rafael tan llenas de sentimiento y de poesía; de aquellos cuadros del Tintoretto, de Leo-

nardo de Vinci, de Pablo el Veronés; de aquellas salas atestadas de obras maestras con que los Papas han hecho inestimable el gran Palacio Vaticano? La Capilla Sixtina abre sus puertas para que admiremos la creación inmortal, nerviosa, grande, sublime, de Miguel Angel, titánica y terrible como él; ese fresco del Juicio Final, aquellas sibilas todavía sentadas en sus escabeles fingidos; los profetas majestuosos, de lengua barba y mirada tempestuosa; aquel todo, en fin, que me dejó encantado, contribuyó, como en mi primer capítulo acerca de Paris lo dije, á que la capital de Francia no deslumbrara tanto mi vista, como en efecto así pasó. Algo habíamos visto también en los museos del Vaticano, de egipcio, de asirio y de etrusco: en el Louvre, ampliamos un poco más nuestros escasos conocimientos en esta materia. Repito aquí lo que en otra ocasión, al referirme asimismo al Vaticano y al Louvre, dije de ambos palacios: en el primero, nada se encuentra sin que sea selecto y escogido; en el segundo admítese lo bueno y aun lo malo; de aquí que las colecciones, ó más bien dicho, ciertas colecciones del Louvre, sean más abundantes que las del gran Palacio de Roma. Ambos encierran inapreciables riquezas, ambos son espléndidos, ambos dignos de la más escrupulosa visita por parte del viajero. En escultura, en pintura, en obras de arte en general y en antigüedades, el Louvre y el Vaticano, juntamente con el Museo Británico de Londres, forman la primera línea de los museos del mundo: allí se aprende sin estudiar mucho, sin grande esfuerzo de imaginación; allí, con cierto método, el viajero nutrese de sala en sala, con conocimientos diversos, á la vista de tantos y tantos objetos expuestos delicadamente y de tal manera, que la enseñanza esté al alcance del público docto y del público vulgar; allí da gusto recorrer las galerías, porque esos son verdaderos museos en donde se atiende más al fondo, á la substancia, ó sea al aumento de las colecciones, que á las exterioridades baladíes de las cuales poco es el provecho

que se saca; reconozco en el Vaticano la grandísima ventaja, como otra vez lo dije, de que los Papas se han preocupado al mismo tiempo tanto de la exornación del Palacio como de los museos; nada allí se ha descuidado, y por eso es más admirable este suntuosísimo edificio.

Pero basta ya de considerandos, que para mi objeto es suficiente con lo dicho.

Además del Louvre, tiene Paris otros museos dignos de visita; entre los que ví, debo citar como notables el de Luxemburgo y el de Cluny. El primero, situado á orillas del bullioso *boulevard Saint-Michel*, es pequeño, en medio del precioso jardín del Luxemburgo, inmediato al palacio donde se halla el Senado. La planta del Museo es un ángulo recto, y contiene galerías de escultura y de pintura modernas. Debe visitarse porque allí, más que en ninguna parte, se forma una idea del adelanto actual de Francia en aquellas dos ramas de las Bellas Artes.

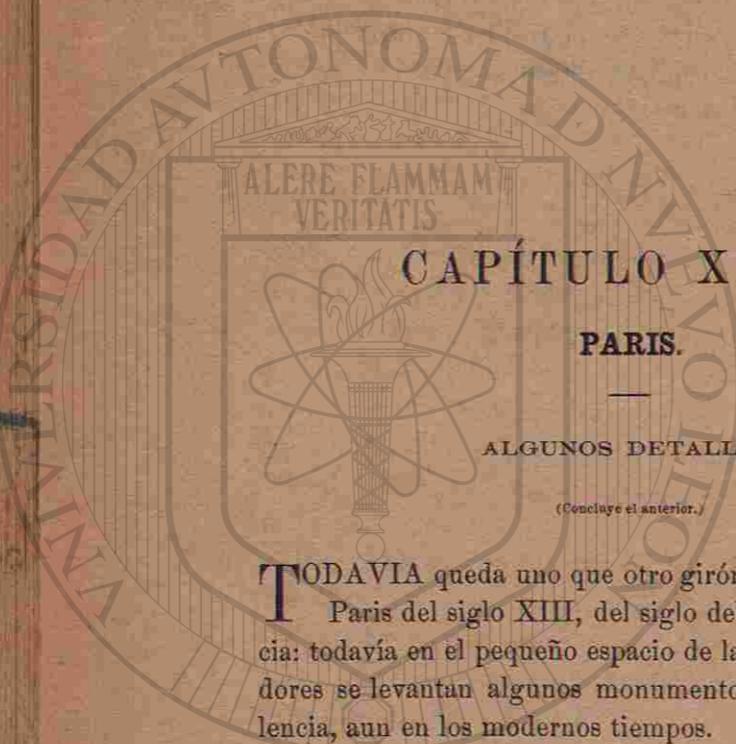
Hay obras allí de los principales artistas franceses: entre los escultores figuran Lenoir, Falguière, Delaplanche, Guillaume, Frémiet y otros muchos; entre los pintores, Bouguereau, Benjamín Constant, Detaille, Messonier, Didier y otros notabilísimos de este temple.

Dos palabras acerca del Museo de Cluny.

De género enteramente diverso al de los anteriores, es de arte retrospectivo: tampoco me llamó mucho la atención por haber visto en Madrid la Exposición histórico-europea, en donde España, Austria, la misma Francia y otras naciones pusieron objetos de arte retrospectivo, magníficos; especialmente España, cuyas catedrales enviaron tesoros en ornamentos, vasos sagrados, biblias, documentos auténticos muy apreciables, sillerías talladas, rejas de coros, estatuas, sepulcros, etc., etc.; además de las viejas casas de una parte de la nobleza, que expusieron armaduras para torneos, arcones, códices, cédulas reales, joyas de gran valor y otra multitud de objetos soberbios.

No debe tampoco dejar de verse el Museo de Cluny; es interesantísimo, y bastan tres horas para formarse una idea de cuanto encierra.

En otro capítulo, así á grandes rasgos, tocaré otros puntos notables de la opulenta capital de Francia.



CAPÍTULO XLVII.

PARIS.

ALGUNOS DETALLES.

(Concluye el anterior.)

TODAVIA queda uno que otro girón interesante de aquel Paris del siglo XIII, del siglo del Santo Rey de Francia: todavía en el pequeño espacio de la *Cité* y en sus alrededores se levantan algunos monumentos históricos por excelencia, aun en los modernos tiempos.

Allí está, entre los edificios públicos más notables de la capital francesa, el Palacio de Justicia, á cuyos pies corre el Sena, dentro de la *Cité*, con sus pesadas torres coronadas por altísimos conos, con su Santa Capilla, tesoro artístico del más puro ojival; con su Conserjería cargada de recuerdos de los tiempos borrascosos de la Revolución. Una visita, por más rápida que se haga á este inmenso edificio, es curiosa é interesante. Su fachada principal, en la que entró la mano de la reforma, cae al *boulevard* del Palacio, extendiéndose de uno y otro lado respectivamente, al Norte, el bullicioso *boulevard* de Sebastopol, y al Sur el Saint-Michel.

La fachada septentrional de este palacio, en otro tiempo mansión de reyes, conserva parte de su vetustez en sus to-

treones gruesos y pesados, uno de ellos aún coronado de almenas. Un laberinto de escaleras y de patios os encontraréis; pero no faltará allí una alma caritativa que, práctica por aquellos vericuetos, os conduzca por todas partes mediante un medio franco, si queréis. Dentro de este recinto se halla la primorosa capilla gótica que, al decir de las historias, San Luis mandó edificar: en otro patio os mostrarán una puerta que da paso á un lugar memorable y en donde tuvieron lugar muy trágicas escenas: por allí entró la desdichada Reina María Antonieta á la prisión de la Conserjería; por allí entraron, prisioneros también, muchos de los hombres más notables de aquella época de sangre y de matanza. Bastante conocidos son los más culminantes pasajes históricos de entonces, para que yo pretenda recordarlos. Cuando se visita este lugar produce en el alma tristeza profundísima: el drama de la Revolución aparece palpitante, se oyen imprecaciones, se escuchan suspiros, y el pensamiento divaga anonadado al peso de tan tremendos recuerdos.

Si vais por otro lado de este Palacio, hallaréis mucha vida y movimiento y tendréis oportunidad de ver á los abogados con sus togas, traje de uso corriente todavía en Europa. Por esta pincelada tan ligera juzgaréis de la importancia de este edificio, que es uno de los primeros que merecen en la gran capital las consideraciones del viajero.

Saliendo de la *Cité*, ¡cuántos otros se encuentran á cada paso, dignos de prolija observación! Desde luego, como me he propuesto ser brevísimo en este Paris, no os hablaré más que de los puntos culminantes; de lo que por aquí y por allá más llamó mi atención, aun cuando en realidad la lista es larga: el Palacio Real, con sus jardines y su conjunto hermoso; la Biblioteca Nacional, asombrosa por lo que encierra y admirable por su organización; el Colegio de Francia y la Sorbona y las escuelas y los hospitales, y tantos y tantos otros edificios cuya sola enunciación abrumba, son y serán siempre merecedores de considerandos prolongados. Difícil me sería, por

cierto, condensar en cortas líneas; por tanto, me reduciré á delinearos un simple y rápido bosquejo del Panteón, de los Inválidos, del Gran Teatro de la Opera, de algo del Paris monumental, y de los paseos magníficos á que concurri en mi corta estancia en la ciudad del Sena.

Ya he dicho que los franceses tienen un gusto exquisito para la colocación de sus edificios: son artistas por excelencia, y en verdad que en el arte, Francia conserva su brillo vigoroso. El edificio llamado el Panteón ó sea la antigua iglesia de Santa Genoveva, se levanta en el fondo de una hermosa calle, que parte del *boulevard* Saint-Michel, frente al Luxemburgo, y que termina en una plazoleta en cuyo centro descuella la airosa y elegante mole del Panteón; el nombre de la calle recuerda el del arquitecto Soufflot, constructor del edificio. Tiene del todo el aspecto de un templo pagano: el pórtico, con sus seis columnas corintias y su frontón, en cuyo tímpano descuella la figura de Francia coronando á sus hijos, me recordó el pórtico del Panteón de Agrippa en Roma: en el friso del entablamento, con grandes caracteres, se lee:

AUX GRANDS HOMMES. LA PATRIE. RECONNAISSANTE

Desde lejos la perspectiva no deja de ser grandiosa y de tener un golpe de vista soberbio. Levanta grandemente al edificio la admirable cúpula, que son en realidad tres superpuestas, ingeniosamente trabajadas. El interior del templo corresponde en majestad á su exterior; haced de cuenta que es un museo de pintura; se ha convertido en templo del Arte, cuyos muros se encuentran decorados por manos maestras; cuadros de asuntos diversos lo llenan todo; en un gran lienzo de pared, el pincel del ilustre Meissonnier iba á animar al muro, cuando el gran maestro murió: el hueco ha quedado. Además de que el conjunto arquitectónico del templo y de las obras de arte que lo exornan son de grande importancia, el punto ob-

jetivo de la visita al Panteón es el de conocer la extensa cripta que se halla bajo la iglesia.

En efecto, aun cuando se dice que se requiere permiso por escrito para entrar á ella, realmente no es necesario. Yo entré con mis compañeros, mediante una corta propina al encargado de la custodia de la cripta, y junto con nosotros la visitaron otras muchas personas. Recuerdo que penetramos por una puerta que se halla en el ángulo Nordeste del interior del vasto templo; bajamos después por una escalera muy bien iluminada por grandes puertas con rejas; después volteamos á la derecha y nos encontramos con el extenso subterráneo, en parte obscuro, en parte alumbrado por una semiclaridad fúnebre: como todo subterráneo, es imponente; como todo cementerio, es lúgubre é infunde en el alma un respeto inusitado; la planta de la cripta no la recuerdo con exactitud, pero sí es grande, intrincada; fórmanse como capillas en cuyos muros se miran arrimados nichos sepulcrales.

Nuestro guía, un francés de tremendo vocerrón, nos condujo desde luego al sepulcro de Víctor Hugo, quien descansa aquí hace nueve años: sobre un zócalo ó base unida á la pared, se ve el sarcófago lujoso que encierra los restos de aquel famoso bardo; multitud de coronas rodean y exornan la tumba; un silencio solemne reina en torno. Cerca de aquí se descubren las tumbas que guardaban las cenizas de Voltaire y de Rousseau.

En otros sitios míranse los sepulcros del gran matemático Lagrange, del General Carnot, del Arquitecto Soufflot y de otros personajes eminentes. Sólo entran aquí los restos de los grandes hombres. Después nuestro guía encendió un farol y dijo á los concurrentes que le siguiéramos, anunciándonos que íbamos á oír una cosa curiosa: nos condujo á un lugar de la cripta, enteramente sin luz, y con voz de trueno, el guía fué pronunciando con claridad varias palabras: todas ellas, de una manera distinta, fueron repetidas por un eco lejano: el efecto es imponente.

La cúpula de los Inválidos se descubre desde la plaza de la Concordia: desde ésta se atraviesa el Sena sobre un puente, se pasa frente á la Cámara de Diputados, y á poco andar hállase uno en la vasta y hermosa Esplanada, en cuyo fondo se levanta el grande Hotel de los Inválidos. Unas fortificaciones resguardadas por la *batería triunfal*, tras de los fosos. Después se pasa por un jardín en el que se alza la estatua en bronce del Príncipe Eugenio; toda la construcción que se tiene delante es el Palacio de los Inválidos, ocupado en parte por un rico museo de artillería interesantísimo. Una vez franqueada la entrada principal, nos encontramos en un gran patio en cuyo fondo se encuentra la iglesia de San Luis, toda ella consagrada á la memoria del genio inmortal de Napoleón I. Cuando se penetra á este Santuario colmado de banderas quitadas al enemigo, lleno de escudos conmemorativos y sobre todo se está delante de aquella tumba imponente y fría que encierra las cenizas del águila de Santa Elena, toda preocupación contra el ilustre Emperador se desvanece, y su figura aparece gigantesca, verdaderamente colosal. La tumba se encuentra bajo la cúpula de la iglesia; al entrar á la cripta, déjanse leer estas sentidas palabras tomadas del testamento de Napoleón:

Je désire que mes cendres reposent sur les bords de la Seine, au milieu de ce peuple français que j'ai tant aimé.

La cripta tiene planta circular; el pavimento es de mosaico de mármol; figúrase en él una corona de laurel, y con grandes letras incrustadas campean allí los nombres memorables de *Rivoli, Pyramides, Marengo, Austerlitz, Iena, Friedland, Wagram y Moscowa*. A raíz del pavimento y contra el muro circular, se alzan doce grandes figuras que simbolizan las glorias del grande hombre: los entrepaños van exornados con bajos relieves artísticos; en el centro del suelo se alza, sobre sencilla base, el sarcófago, que recuerda las antiguas formas de sepuleros. Tiene unos cuatro metros de largo y es de una

sola pieza, rojo; allí dentro descansa el puñado de polvo de quien fué dueño de casi toda Europa.

El conjunto, repito, es imponente, magnífico, bajo aquella cúpula, todo lleno de misterio, silencioso y fúnebre. Es una de las visitas más interesantes al París monumental, y que debe recomendarse mucho á quien no desee perder las horas en los cafés cantantes ó en los grandes *boulevares*. Cargados de recuerdos salimos de aquel lugar que nos recordó la época gloriosa de la Francia moderna; pronto estuvimos de nuevo en la Esplanada, ansiosos de respirar el aire puro y de dar rienda suelta á nuestra imaginación.

Si queréis ahora contemplar algo menos lúgubre que las tumbas de los grandes franceses, podéis dirigiros conmigo á seguir contemplando al París artístico: atravesando el puente de la Concordia y la magnífica Plaza, sigamos por la calle de Rivoli, dejémosla con su hilera de portales, teniendo á nuestra derecha el Louvre, demos vuelta á la izquierda después hasta situarnos en la plaza del Teatro Francés, donde desemboca la elegante y bulliciosa avenida de la Opera. Suponed, poco más, poco menos, á nuestra avenida del Cinco de Mayo, pero triplemente hermoseaada con grandes edificios, con almacenes por ambas aceras, y como otro tanto de larga; y suponed también que, como nuestro gran Teatro Nacional, así en el fondo se alza el gran Teatro de la Opera; pero aislado enteramente y con una espléndida fachada y un regio coronamiento, que bien pudiéramos imitar aquí, nosotros tan amantes de la imitación.

El Teatro de la Opera, así colocado en el fondo de la avenida, con su columnata y sus candelabros y sus estatuas y su soberbia cúpula, resulta espléndido. ¡Cuánto podíamos hermohear al nuestro con una poca de buena voluntad por parte de su propietario! Tal vez más tarde así se hará, y estos son mis deseos en bien de nuestra ya opulenta ciudad de los palacios.

Una de las cosas que más llaman la atención en el Teatro

de la Opera, es su lujoso y digno salón de descanso, el *foyer*, como llaman los franceses, y que en México podía hacerse muy bien, con no muy grande sacrificio. Paris tiene más de veinte teatros; y es natural: para que puedan divertirse como más quieran tres millones de almas. Entre otros, el Francés, el Teatro de la Opera Cómica, el del Odeón, el Gimnasio, etc., son dignos de mención.

Si ahora, de los teatros vamos á los paseos, ¡cuánto habría que decir! Ese magnífico bosque de Bolonia es un encanto: así podríamos poner, con ventaja, nuestro regio Chapultepec con grandes avenidas, con sus lagos, sus caídas de agua, y con cuanto contribuye el arte y la habilidad humana para formar un edén, de un sitio al que la misma Naturaleza ha dotado con sus galas poéticas.

Otro paseo, si paseo puede llamarse, es el del Campo de Marte, magnífico parque en donde frente por frente del Trocadero y á orillas del Sena, se yergue la gigantesca torre Eiffel, una de las más maravillosas obras de fierro que se han hecho en el corriente siglo. Una ascensión á la torre es pintoresca é interesante. En uno de los inmensos pilares, hay un elevador de vapor que conduce al primer piso; si uno lo desea puede ascender al segundo, en otro elevador, y así hasta el último, desde donde se disfruta de una vista soberbia, hallándose Paris entero á los pies del observador. Entiendo que el primer cuerpo tiene setenta metros de altura, y en consecuencia cabe, bajo de él, nuestra Catedral con todo y sus torres.

En cuanto al Paris de los arcos triunfales y de las columnas conmemorativas, ¿qué podrá decirse después de lo que en Roma hemos visto, en Roma, la ciudad clásica de donde otras tantas cosas han copiado? Dejemos, pues, á la capital francesa descansar á las orillas del Sena, y salgamos de ella con el afán inmenso de pronto acercarnos al Océano y surcar sus ondas para regresar á la patria ausente. Dejémosla en medio del bullicio y de la vida modernas, con sus palacios, con

sus teatros, con sus monumentos y con sus cafés y diversiones á granel.

Antes de concluir diré dos palabras acerca de un punto que no quiero pasar inadvertido.

Como las distancias en Paris son considerables, como va aconteciendo en México, los ómnibus recorren constantemente, cada uno con itinerario fijo, la mayor parte de las calles de Paris. En México abundan más los tranvías, y en éstos creo que con un esfuerzo no muy grande por parte de la Empresa, puede introducirse un sistema que da magníficos resultados, no sólo en Paris, sino en todas las ciudades europeas en donde se encuentra establecido. Hablo del número fijo de pasajeros que debe contener cada tranvía; de suerte que los coches, según sus dimensiones, tienen escritas por la parte interior estas palabras: *asiento para 16 personas*, por ejemplo; con esta advertencia nadie se molesta, y cuando el tren tiene exactamente ese número de pasajeros, más los que asimismo caben en la plataforma, el conductor pone un letrero muy visible al exterior, que dice COMPLETO. Entonces ya nadie sube ni lo dejan tampoco.

Aquí es todo lo contrario: los trenes se colman hasta reventar, se estruja la gente, hasta, si se quiere, le saquean los bolsillos cuando más descuidada está; y aquí de las apuraciones de los pobres conductores para cobrar el precio de pasaje y recoger los boletos.

En Paris, cada dos cuadras por ejemplo, hay una pequeña estación en una accesoria: allí va uno y pide un número para tal ómnibus, número que lo dan gratis; llega el ómnibus, y el conductor empieza en alta voz á gritar: 1, 2, 3, etc.; las personas que tienen estos números los van dando, y entran al ómnibus; se llena éste, pero á los dos minutos llega otro y se llena, y así sucesivamente, en media hora se despachan cuando menos trescientas personas.

Ahora bien: si en Paris, que tiene tres millones de almas, se hace esto con un orden tan admirable, ¿con cuánta más

razón no podrá hacerse en México, ciudad cuya población no llega ni á la sexta parte de la de la Capital de Francia? ¡Ojalá que en México lográramos hacerlo para el bien público!

El movimiento de ómnibus, más que el de tranvías, es incesante en París. Todo el día los veis completos; parte de la noche el movimiento sigue. Todavía á las doce, á la una ó las dos de la mañana, escucháis por todas partes ese movimiento característico de las grandes ciudades, que poco á poco va desapareciendo, para renovarse con más vigor al día siguiente.

CAPÍTULO XLVIII.

DE PARIS A CANARIAS.

A BORDO DEL "REINA MARIA CRISTINA."

NUNCA he tenido ni tanto alborozo ni tanta agitación como el día en que me despedí, quizá para siempre ó para volver más tarde á verle, cuando Dios lo determine, de ese París alegre y bullicioso.

Pensaba en el regreso á mi Patria con verdadero entusiasmo. Sentía muy mucho, en verdad, abandonar por fuerza á la vieja Europa; empero la privación de la vista de los seres ausentes causa nostalgia profunda en el corazón. Sentía apartarme tan pronto de aquellas tierras en las cuales tanto había gozado; pero la ausencia de los patrios lares enferma, enferma de una manera terrible cuando hay, sobre todo, un mar de por medio y distancias imposibles de acortarse en un momento dado.

Revisamos, pues, nuestros pasajes en la Agencia de la Compañía Transatlántica Española, y nos apercibimos á salir de París con rumbo al Hâvre, en donde nos embarcaríamos.

Una noticia inesperada nos contrarió en parte y nos alegró al propio tiempo: en el mismo vapor que nos conduciría, harían el viaje, de Santander á Nueva York, los Infantes de

razón no podrá hacerse en México, ciudad cuya población no llega ni á la sexta parte de la de la Capital de Francia? ¡Ojalá que en México lográramos hacerlo para el bien público!

El movimiento de ómnibus, más que el de tranvías, es incesante en París. Todo el día los veis completos; parte de la noche el movimiento sigue. Todavía á las doce, á la una ó las dos de la mañana, escucháis por todas partes ese movimiento característico de las grandes ciudades, que poco á poco va desapareciendo, para renovarse con más vigor al día siguiente.

CAPÍTULO XLVIII.

DE PARIS A CANARIAS.

A BORDO DEL "REINA MARIA CRISTINA."

NUNCA he tenido ni tanto alborozo ni tanta agitación como el día en que me despedí, quizá para siempre ó para volver más tarde á verle, cuando Dios lo determine, de ese París alegre y bullicioso.

Pensaba en el regreso á mi Patria con verdadero entusiasmo. Sentía muy mucho, en verdad, abandonar por fuerza á la vieja Europa; empero la privación de la vista de los seres ausentes causa nostalgia profunda en el corazón. Sentía apartarme tan pronto de aquellas tierras en las cuales tanto había gozado; pero la ausencia de los patrios lares enferma, enferma de una manera terrible cuando hay, sobre todo, un mar de por medio y distancias imposibles de acortarse en un momento dado.

Revisamos, pues, nuestros pasajes en la Agencia de la Compañía Transatlántica Española, y nos apercibimos á salir de París con rumbo al Hâvre, en donde nos embarcaríamos.

Una noticia inesperada nos contrarió en parte y nos alegró al propio tiempo: en el mismo vapor que nos conduciría, harían el viaje, de Santander á Nueva York, los Infantes de

España Doña Eulalia de Borbón y Don Antonio de Orleans, su consorte, invitados por el Gobierno de los Estados Unidos para las fiestas del Centenario del Descubrimiento de América, en Chicago.

Esto nos obligaba á no caminar del todo cómodos, puesto que todo el departamento principal de nuestro barco, el "Reina María Cristina," uno de los más hermosos de la Compañía, se destinaba para Sus Altezas Reales y su acompañamiento. La noticia nos alegró también, pues que de todos modos iríamos en buena compañía y tal vez muy divertidos. Por otra parte, embarcarse la numerosa banda española del Regimiento de Zaragoza, y si el tiempo nos era propicio, agradable aunque larga travesía nos esperaba. Y no era esto sólo con lo cual nos brindaba tan excepcionalmente la fortuna: haríamos el viaje con otros muchos mexicanos, todos conocidos nuestros, que formaríamos un grupo unido y bullicioso que no había más que pedir.

Llegó al fin la hora de dar el adiós á la capital de Francia. En la vasta y magnífica estación de San Lázaro, una de las más grandes de Paris, tomamos el Ferrocarril del Oeste dos de mis compañeros y yo. En cuatro horas llegamos al Hâvre en el *expreso*. El camino es muy pintoresco y bello. Al salir de la estación en Paris, se camina algún trecho bajo las casas, y después se recorren campos fértiles muy bien cultivados, que riega el Sena, río que constantemente va mirándose y que cruza la vía diversas ocasiones, hasta que aquella arteria rinde el tributo de sus aguas al Océano, muriendo frente al Hâvre. En el camino es de notar especialmente la antigua ciudad de Ruan, capital del departamento del Sena Inferior.

Llegamos al Hâvre con mucha anticipación, porque se nos dijo que ese día (14 de Abril de 1893) zarparía el vapor á las ocho de la noche; mas como no fuera posible tal cosa, retardóse la salida para la misma hora de la mañana del siguiente día; en consecuencia, dispusimos del tiempo necesario para

conocer á la ciudad. Después de venir de Paris aquello nos pareció un desierto: la ciudad, que es una Subprefectura del departamento citado, no es extensa, de suerte que en pocas horas puede conocerse toda; tiene buenos edificios y un magnífico puerto; los barcos fondean en grandes dársenas; cada Compañía posee las suyas, teniéndose la inmensa comodidad de no tomar bote para ir á bordo: los coches mismos dejan al pasajero en los muelles al pie de la escala de los buques. Al nuestro, el "Reina María Cristina," gran vapor de cuatro palos, lo encontramos en obras de reforma interior; al comedor estaban transformándolo en salón de recepción, y todo el buque remozándose, dispuesto para recibir á Sus Altezas. Instalados nosotros en nuestros respectivos camarotes, pasamos la noche como Dios quiso, aguardando con ansia la hora de zarpar.

Amaneció un día espléndido: á buena hora estaba todo el escaso pasaje, incluso nosotros, sobre cubierta, observando las maniobras para la salida del buque. A las ocho de la mañana comenzamos á surcar lentamente las aguas del Mar de la Mancha, para entrar después á las siempre agitadas y peligrosas del Cantábrico.

No sé por qué el mar, cerca de las costas, entusiasma: ya tempestuoso, ya sereno, cautiva, pero no en medio de sus aguas; cuando se le ve á diario, cansa, fatiga, y concluye la poesía y llega uno muchas veces á la desesperación; sobre todo, cuando en fuerza de la poca costumbre, cae uno azotado por los terribles efectos del *mareo*.

Dos días tardamos en ver tierra. La tarde del 16 (señalaré fechas) distinguimos á lo lejos las costas de España; la proa del barco dirigíase para Santander, á media máquina; cerró la noche, la luz del faro se encendió, pero nosotros, á causa de la marea, no pudimos entrar al puerto sino hasta la madrugada del siguiente día. Fondeamos de nuevo en aquel puerto, acerca del cual ya os he hablado en otra ocasión, con-

sagrándole un capítulo especial; de suerte que no nos ocupará más ahora.

El puerto estaba animado: esperábase á los Infantes con esa curiosidad propia de todos los pueblos del mundo; como si los mismos soberanos en persona hubiesen ido á honrar con su presencia á la pintoresca ciudad de la provincia montañesa.

Por fin, los ansiados huéspedes llegaron procedentes de Madrid: las autoridades civiles y eclesiásticas y numeroso concurso de gente, esperaban á los Infantes en la estación: la ciudad se engalanó como por encanto y los barcos fondeados en la bahía se empavezaron. Sus Altezas, después de ir á la Catedral recorrieron en carruajes descubiertos lo principal de la población, que es bien poco, y á buena hora se encaminaron á bordo del "María Cristina," que enarboló en el acto en el tope del palo mayor el estandarte de los Infantes del Reino, que es de color morado con las armas reales en el fondo. No obstante ser este vapor un buque mercante, por un decreto del Congreso español, si mal no recuerdo, se le habilitó de buque de guerra, desapareciendo, por tanto, la divisa C. M. de sus banderas.

Y ¿por qué en un vapor correo y de pasajeros hicieron el viaje á Nueva York los Infantes; y por qué el "María Cristina," cambiando de itinerario, vino á disposición de ellos con todo y pasajeros? Tal cosa no la responderé yo, aunque abundaron los comentarios. El caso es que á las cinco de la tarde del 20 de Abril (sigo con fechas), izadas las escalas de nuestro buque, levamos anclas con rumbo á la Coruña, dispuestos todos á pasar, como mejor se pudiera, los malos ratos que comenzaban á proporcionarnos las travesuras de las olas juguetonas de aquel encrespado mar, que balanceaban al barco lindamente. La multitud se apiñaba en la ribera saludando á la majestuosa embarcación, aún empavezada, y nos fuimos alejando de allí, perdiendo luego á la costa que cubrieron las brumas. A esa hora, las cinco de la tarde, la campana anun-

ció la comida, y todos con distintos semblantes nos sentamos á la mesa, estrechándonos desde aquel momento los mexicanos que á bordo del "María Cristina" regresábamos á nuestra cara Patria.

Ahora, dos palabras acerca de los personajes, objeto de nuestra curiosidad y de las obligadas reverencias de todos. No creo que la noticia sea vieja por más que haya transcurrido un año bien largo desde aquel entonces á la fecha, porque los recuerdos siempre son vivos y oportunos á cualquiera hora y en todo tiempo que se traigan á la memoria: además, servirán para refrescar la de quienes estuvieron al tanto de las fiestas celeberrimas de la Exposición de Chicago.

Su Alteza Real, la Infanta Doña María-Eulalia-Francisca de Asis-Margarita-Roberta-Isabel-Francisca de Paula-Cristina-María de la Piedad de Borbón y Borbón, hija de la Reina Doña Isabel II, y tía del Rey Don Alfonso XIII, es la más guapa de las hijas de aquella soberana, y la más joven de todas; cuenta ahora treinta años; es de talle esbelto (permítidme hablar de talles) y elegante; su rostro, sin ser hermoso, es expresivo y simpático; sus grandes ojos azules revelan la viveza de carácter de Doña Eulalia; su cabello es rubio; la Infanta viste generalmente con sencillez, pero con sobrado gusto y elegancia. La Infanta está casada con su primo hermano Don Antonio-Luis-Felipe-María de Orleans y de Borbón, Infante de España é hijo de los difuntos Duques de Montpensier. Es de estatura alta, delgado de cuerpo, joven también, de cabello rubio, sin ser de gallarda presencia ni mucho menos elegante. La Infanta le sobrepasa notoriamente en viveza de carácter y aun en ilustración.

Venía de Jefe de la casa de los Infantes, siendo el punto culminante en toda la excursión, un personaje de viejo abuelo, y que actualmente desempeña el cargo de Gobernador Civil de Madrid: Don José-Angel-Juan Nepomuceno Mesia del Barco, cuarto Duque de Tamames, décimo Marqués de Campollano, grande de España y Gentilhombre de Cámara

de S. M., etc., etc., esposo de la actual Duquesa de Galisteo, hija de los ilustres Duques de Alba.

Don José Mesia tiene cuarenta años: es todo un hombre de mundo, ilustrado, como que se ha educado en Inglaterra y en Francia: es de buena presencia, elegante, altivo, usa monoclo.

Como dama de la Infanta venía la Marquesa de Arco-Hermoso, señora amable y distinguida, de regular edad y de bellísimo trato. Además, formaba parte del acompañamiento *alto*, digamos así, un Sr. Jover, diplomático; y por lo que hace al acompañamiento *bajo* ó servidumbre, tenían los Infantes para su servicio varios criados que lucían las libreas del Real Palacio.

A todo esto, nuestro bareo seguía su camino casi frente á la costa de Asturias, y pronto estuvimos muy cerca de la Coruña.

Los primeros días de navegación, todos permanecemos reservados: ni los Infantes querían al principio mezclarse con el pasaje, ni éste se atrevía á estar con toda libertad; pero por fortuna esto no duró mucho tiempo, como en otro capítulo veremos.

A bordo se nos repartió á todos un itinerario impreso con la distancia en millas, y los días en que habíamos de llegar á un punto y partir de él para otro. De suerte que teníamos que tocar: la Coruña, las Palmas de Gran Canaria, Santa Cruz de Tenerife, Puerto Rico y la Habana, donde transbordaríamos nosotros para México, siguiendo el "María Cristina" para Nueva York.

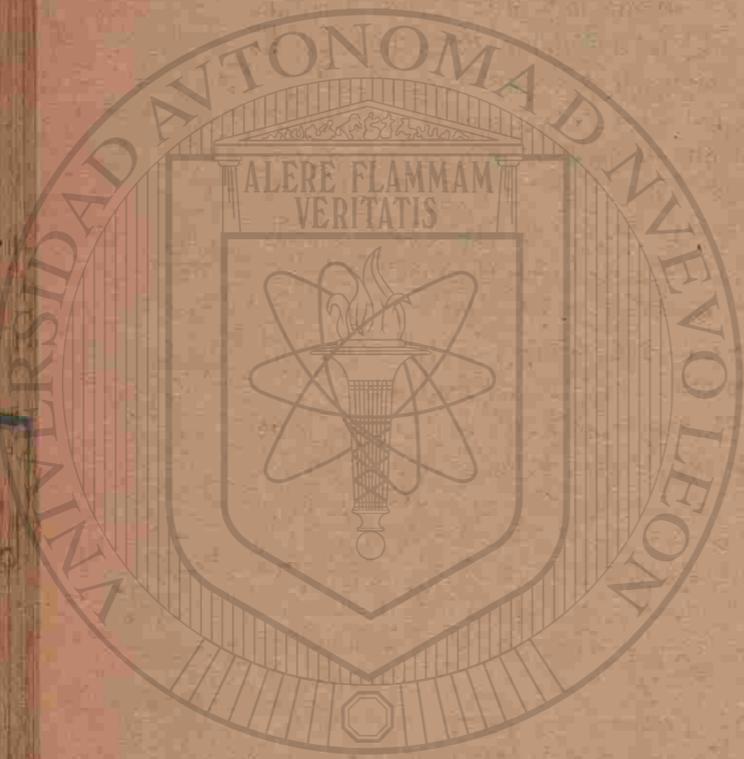
En Coruña rendimos la primera jornada. El recibimiento fué bueno: ante todo, las autoridades, de gran uniforme, se apresuraron á rendir pleito homenaje á Sus Altezas, y los gallegos hicieron cuanto pudieron por complacerles. Al fin volvimos á levar anclas: doblamos el cabo Finisterre, y henos navegando al Sur, en plenas aguas del Atlántico, rumbo á

Lisboa, con el objeto de tocar allí ligeramente para avisar á los Reyes de Portugal que los Infantes iban sin novedad.

Continuamos luego al Mediodía y pronto estuvimos á la altura de Gibraltar, cercanos al litoral africano. La temperatura iba cambiando notablemente; nuestros deseos por llegar á tierra eran grandes; todos los días veíamos la singladura, y todos subiendo sobre cubierta, ansiosos de descubrir el puerto deseado.

Yo tenía grande alboroto por visitar á las Islas Canarias, lugar histórico por haber tocado en ellas Cristóbal Colón, antes del descubrimiento de América, y porque son centro importantísimo del movimiento marítimo para la costa occidental de África y para la oriental de la América del Sur.

Al fin llegamos el 25 á las Palmas de Gran Canaria, y de esta ciudad y de las Islas hablaré también en el siguiente capítulo.

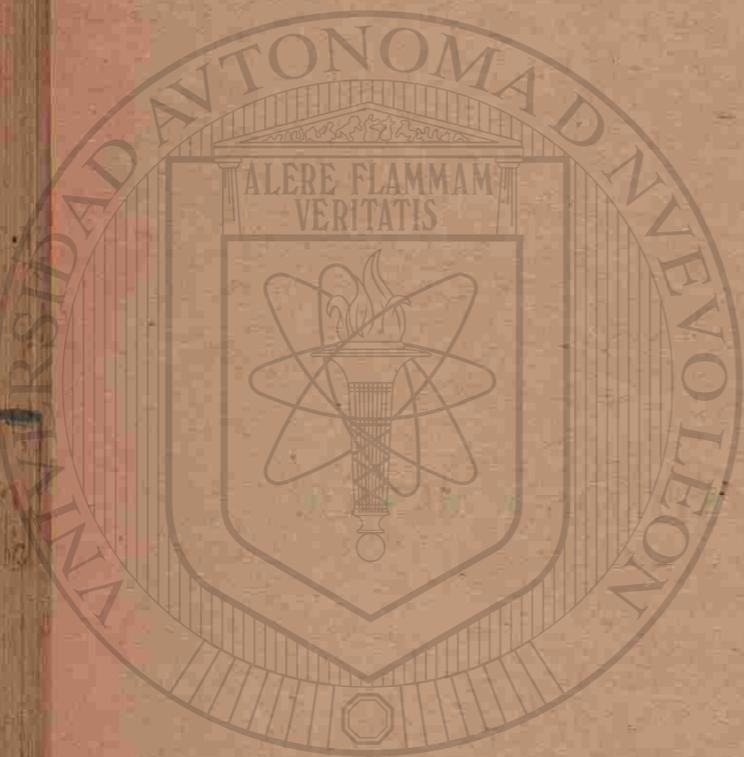


CANARIAS, ANTILLAS Y MÉXICO.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO XLIX.

CANARIAS Y ANTILLAS.

LA VISTA DE LA PATRIA.

FORMAN las Islas Canarias un archipiélago situado á unos ciento y tantos kilómetros de la costa Noroeste de África, siendo las islas principales Lanzarote, que es la más septentrional; Palma, Tenerife, Fuerteventura, la Gran Canaria y la de Hierro, que es la más austral. Interesante es este grupo llamado por los antiguos, como es bien sabido, las islas *Afortunadas*, y que hubo considerado como uno de los límites del mundo.

Corriendo los años fueron conquistadas aquellas islas que habitaban los Guanches, por los españoles, que entraron en posesión de ellas, casi al rayar el siglo décimoquinto. Sabido es también que la isla de Hierro tuvo grande importancia geográfica, por haberse hecho pasar por ella el primer meridiano. ®

En cuanto á las demás, aún flota sobre sus tierras la bandera de España; pero los ingleses hacen allí gran comercio, aprovechándose de las riquezas naturales del suelo. Hoy este archipiélago está bastante adelantado y es el centro marítimo para el movimiento del litoral africano bañado por el Atlán-

tico, así como para el de la América del Sur. Todas estas islas son montañosas, algunas de constitución volcánica, y tienen grandes alturas. Su clima, á lo que parece, es muy agradable.

Primeramente, la proa del "Reina María Cristina" se enderezó con rumbo á las Palmas de Gran Canaria, con visible descontento de los de Tenerife, por no haber sido los preferidos. El 25 de Abril, nuestro barco, empavezado, fondeó en las aguas de Las Palmas, agitadas constantemente. Los habitantes esperaban ya la llegada de los Infantes, y habían engalanado la población con arcos y cortinajes. El lugar donde fondeamos se llama el puerto de la Luz, y dista, en tranvía de vapor, una media hora escasa de la capital de la isla. Esta tiene forma sensiblemente circular; atraviésala el paralelo de los 28° N.; es montañosa, árida, aun cuando en ella crecen plantas tropicales. No obstante ser posesión española, los ingleses, como he dicho, tienen casi todo el movimiento comercial y la explotación del carbón de piedra, según entiendo.

Tan luego como se acerca uno á la isla, ve en la montaña un letrero escrito con enormes letras de madera, el cual dice así:

GRAND CANARY ENGINEERING CO

Una vez que los Infantes, acompañados de las autoridades de la isla, bajaron á tierra, casi todo el pasaje, incluso nosotros, hizo otro tanto. Subimos al tranvía de vapor con rumbo á Las Palmas, y otros muchos tomaron los carruajes que hubo disponibles. En este pequeño camino hay grandes médanos ó lomas de arena amarillenta, que lentamente ha ido acumulando las aguas del mar. La situación general de Las Palmas es pintoresca; es ciudad pequeña y simpática; tiene una bonita Catedral de estilo gótico; un jardín al frente; un teatro muy aseado; un mercado y un bien arreglado é interesante museo de antigüedades canarias, que nos apresuramos á visitar.

En cuanto á otros edificios públicos, no hay nada de notable. El resto de la población se extiende en la falda de la montaña: curioso es visitar esta parte, por habitar sus pobladores en una especie de grutas, como los antiguos guanches, tal cual los trogloditas. Las mujeres se cubren en la calle con unos mantos blancos ó negros, como se observa entre algunas de nuestras tribus aborígenes, entre otras la papanteca. El color de la piel de los canarios, es cobrizo bajo, semejante al de nuestros indios. El idioma es el castellano: se habla también el inglés.

El puerto tiene algún movimiento, por ser el punto de reunión de los buques que van al Cabo de Buena Esperanza. El porvenir de la isla es grande: sus habitantes (españoles) son, de hecho, ardientes partidarios de la Península.

Allí, en Las Palmas, nos encontramos con un señor que, al saber que éramos mexicanos, nos condujo por todos lados tratándonos á maravilla: era nada menos que nuestro Cónsul, Don José Martín Velasco; es español, pero se expresa con entusiasmo de México y tiene un trato franco y agradable.

Después de que los Infantes asistieron á las ceremonias religiosas en la Catedral, oficiando en ellas el señor Obispo, y á las recepciones de etiqueta, pasaron á bordo, dispuestos nuevamente á que zarpáramos, como se verificó en la tarde á las cinco.

Al día siguiente, á las nueve de la mañana, anclamos en Santa Cruz de Tenerife, isla que tocó Colón antes del descubrimiento de América. Es la más grande del grupo: tiene figura sensiblemente triangular; bastante montañosa y volcánica. Queda al Norte de la Gran Canaria y su capital rivaliza con Las Palmas. También hay allí mucho comercio inglés, y las costumbres y la fisonomía, en general, puede decirse que son idénticas á la isla que acabábamos de visitar. En su centro se levanta el famoso pico de Teide, cónico enteramente, y que á distancia se ve con su cumbre altísima, circuída de nieve.

Tan luego como el "María Cristina" entró al puerto, las naves se empavezaron é hizo los honores con descargas y los siete "vivas" al Rey, que manda la ordenanza, el magnífico acorazado chileno "Capitán Prat," fondeado á la sazón. Los Infantes no permanecieron en la ciudad, sino que accediendo á la invitación de las autoridades fueron á pasar el día á Orotava, pueblecillo pintoresco, de donde regresaron ya entrada la noche. La Princesa Doña Eulalia estaba fatigada; todos los acompañantes se retiraron; terminó el bullicio, el barco entró en calma, dispuesto á levar anclas al siguiente día á la madrugada, y emprender la caminata de ocho largos días, desafiando las olas, para llegar en tiempo oportuno á Puerto Rico.

¡Ocho días de navegación, después de otros ocho que llevábamos ya desde el Hâvre! ¡Cuán pausado camina el tiempo en el mar! ¡Qué días aquellos más largos, días que parecen interminables, cansados y fatigosos! No había, por tanto, más remedio que pasarla como mejor se pudiera. Así lo comprendieron igualmente los Infantes y empezaron poco á poco á salir del círculo que en un principio se habían trazado, y á conversar con uno que otro del pasaje de primera. Por de pronto, como el tiempo era excelente, y tanto que hasta luna teníamos, se determinó que todas las noches á las nueve, después del refresco, la banda del Regimiento de Zaragoza tocara á bordo conforme á un programa, el cual casi siempre lo arreglaba el Infante Don Antonio. Aquella feliz disposición nos daba aliento para resignarnos á los vaivenes de nuestra provisional morada; de suerte que teníamos serenata á diario. Los domingos aquello era de ver: entonces dos veces tocaba la música. En la mañana, sobre cubierta y en la banda de babor se colocaba una lona formando techo: alzabase en el fondo un altar, se colocaban tapetes y sendos reclinatorios para Sus Altezas, el Duque de Tamames y la Marquesa de Arco-Hermoso. Como á las nueve se empezaba á llamar á misa: los marineros vestían su traje de gala, y muy peri-

puestos y respetuosos se formaban para presenciar también la celebración del Santo Sacrificio. Durante éste la banda tocaba, y á la hora de alzar, ejecutábase la Marcha Real. ¡Qué hermoso cuadro en medio del Océano! Todos aparecían conmovidos y edificantes, si se quiere.

Por lo demás, quién jugaba al ajedrez, quién leía, quién conversaba. Una noche fué de *recepción*. Subieron los Infantes á la cámara situada arriba del comedor, y buen número de individuos tuvimos que plantarnos la indispensable casaca para cumplimentar á Sus Altezas. A bordo venía también nuestra compatriota Antonia Ochoa de Miranda, acompañada de su hijita y de su esposo, el cual murió al poco tiempo en Mérida, víctima del terrible *vómito*. Se cantó, se tocaron diversas piezas en el piano, y hasta una jovencilla que se le subió todo lo español á la cabeza, nos bailó peteneras con su correspondiente acompañamiento de castañuelas.

Así se deslizaba el tiempo: algunas veces nos entreteníamos en ver morir al sol tras nubarrones de figura imposible, y admirar el paisaje en los ortos de la luna. Pocos fueron, felizmente, aquellos días de mareo, en que los rostros aparecen cadavéricos; además, tuvimos un capitán, el Sr. Gorordo, tan fino y tan amable, que procuró hacernos el largo viaje tan ligero como se pudo.

Al fin, los días pasaron: las singladuras anunciaban que estábamos próximos á las Antillas; y sólo al considerar que pronto llegaríamos á tierra, los semblantes se mostraban alegres y reinaba el contento por doquiera.

El 5 de Mayo, muy de mañana, estábamos muchos sobre cubierta viendo la tierra que teníamos delante: era Puerto Rico, una de las grandes Antillas colocada frente á las islas Vírgenes. A las siete de la mañana entramos á la peligrosa bahía, fondeando á cierta distancia de la ciudad, que estaba engalanada. Un buque de guerra español, con su casco blanco y todo empavezado, el "Fernando el Católico," hizo los honores con las descargas de su artillería y los *vivas* de los

marineros, trepados en las vergas. Las autoridades militares, civiles y eclesiásticas se apresuraron á ir á saludar á los Príncipes, que después del almuerzo pasaron á tierra: allí hubo desfile de tropas y recepciones, como de costumbre; después pasaron á bordo, y se invitó á la mesa de los Infantes á lo más encumbrado de los personajes que en la isla tenían carácter oficial.

Estábamos todos en la creencia de que el vapor saldría para la Habana á la mañana siguiente; pero nuestra alegría fué grande cuando un aviso puesto en lugares visibles nos hizo saber que la salida se efectuaría á las diez de la noche del mismo 5 de Mayo. En efecto, poco antes de esa hora las escalas se izaron, las maniobras de salida se pusieron en práctica, el ronco silbido del vapor anunció al puerto que se levaban anclas y comenzamos á andar, siguiendo el camino que trazaban unas boyas de luz. La ciudad, toda iluminada, fué desapareciendo á nuestra vista, siendo sólo visible el faro del morro. Bajamos á nuestros camarotes con la ilusión de que en muy pocos días descubriríamos nuestra amada tierra mexicana.

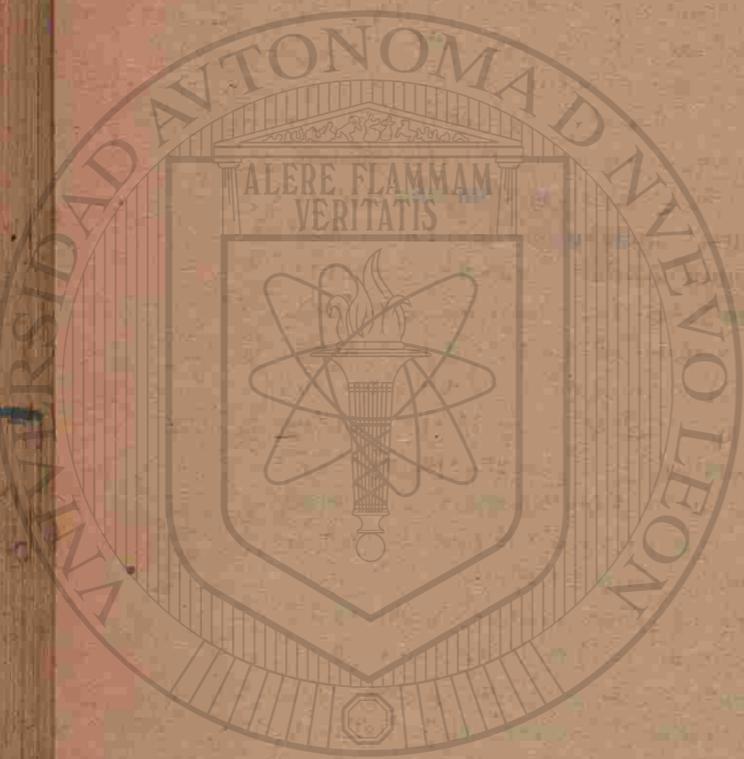
Avanzábamos bien; pronto distinguimos la costa septentrional de la República Dominicana y luego la de Puerto Príncipe: pasamos el canal de Jamaica; el 8 todo el día recorrimos el largo litoral de la isla de Cuba, y á las cuatro de la tarde entramos á la pintoresca bahía de la Habana. Todos los buques que se encontraban en el puerto salieron empavezados á la mar para recibir al "María Cristina," de suerte que simulaba el todo una escuadra triunfal.

Hermoso era el espectáculo. Fondeado estaba un navío de guerra alemán, el cual, tan luego como nuestro buque entró al puerto, saludó con las descargas de sus cañones y con siete ¡hurra! al Rey de España: inmediatamente contestó la batería de la fortaleza del Príncipe, si mal no recuerdo; la entrada fué soberbia, como en ningún otro puerto la habíamos visto. Por la noche se iluminaron todos los barcos, y la ban-

da del Regimiento de Zaragoza dió una serenata en la Plaza de Isabel II, donde se halla el Teatro de Tacón. El calor era sofocante, como que estábamos en el mes de Mayo; algún miedecillo teníamos á la *fiebre amarilla*; pero á Dios gracias salimos con bien. No nos detuvimos mucho en tierra, sino lo indispensable, por lo elevado de la temperatura, de suerte que volvimos á bordo, dispuestos para transbordarnos al siguiente día al vapor "México," de la Compañía Transatlántica, que nos conduciría hasta las playas de la Patria. Allí, pues, dejamos á los Infantes; nos despedimos de algunas personas con quienes habíamos hecho franca y buena amistad, el día 10 á las ocho de la mañana. El tiempo siguió hermoso: al fin perdimos de vista los confines de la ardiente Cuba, entrando más tarde á las aguas del Golfo de México; ningún tropiezo tuvimos en el camino; los barcos que aparecían á lo lejos, los peces voladores que constantemente surgían, eran para nosotros alguna diversión en medio de aquella inmensidad siempre agitada, siempre triste y misteriosa.

Nuestra ansiedad crecía á medida que nos acercábamos á la costa. Por último, se nos anunció el día 12, que el 13 tocaríamos el fin de la jornada: no cabíamos de regocijo. ¡Qué extrañas emociones! ¡La Patria! ¡Los seres queridos! ¡Tanto, tanto!

En efecto, el 13, el litoral veracruzano se dibujaba poderosamente ante nuestra vista, con sus montañas y la rompiente de las olas. Allí estaba Veracruz con sus torres y sus casas blancas. Fuimos acercándonos; al fin empezó el barco á detener su máquina; el práctico subió á bordo, y henos con la proa enderezada hacia el lugar donde el vapor debía fondear. Un cañonazo disparado á bordo nos indicó que el buque había echado anclas. Bajamos á tierra, abrazamos á nuestros amigos, y ese día pernoctamos en Veracruz, fatigados de una navegación de cerca de un mes, con el alborozo no menos grande de tomar á la siguiente mañana el ferrocarril con rumbo á nuestra Capital.



CONCLUSION.

HEMOS llegado al fin de la jornada y con él al término de esta serie de capítulos que, en el transcurso de cerca de un año, fueron honrados con la publicidad en las columnas de *El Nacional*.

Dos palabras breves solamente añadiré para concluir del todo, y que servirán como de síntesis á cuanto se ha dicho acerca de las pocas naciones de Europa que pude recorrer: cada una de éstas es interesante en alto grado desde el punto de vista monumental. En cuanto al estado de civilización y de progreso que hoy guardan, su conocimiento se halla al alcance de todos, al menos de la generalidad ilustrada: no añadiré, pues, palabra alguna acerca de este punto, además de que, por otra parte, toda comparación resultaría odiosa. Por lo que hace á nuestra México, despojado yo de todo patriotismo, digo con alto orgullo que si bien es cierto que en mucho nos encontramos en lamentable y grandísimo atraso, en no poco, también, estamos sobradamente adelantados.

La ciudad de México puede conceptuarse como de primera línea entre todas las de América, y como una de las más regulares del globo.

Es de reprobarse la antipatriótica costumbre nuestra de

decir que fuera de México todo es excelente y que nada de lo nuestro vale.

Por desgracia, nosotros, maniqués obligados de la imitación de todo lo malo, no hemos imitado al verdaderamente patriota pueblo francés, que dice á voz en cuello que fuera de Francia no hay nada bueno.

Creo que no tienen razón muchos de los extranjeros que vienen á nuestras tierras—la mayor parte á hacer fortuna—al criticarnos en todo, porque en todas partes se cometen dislates y en todas cuecen habas, según reza la vulgarísima expresión.

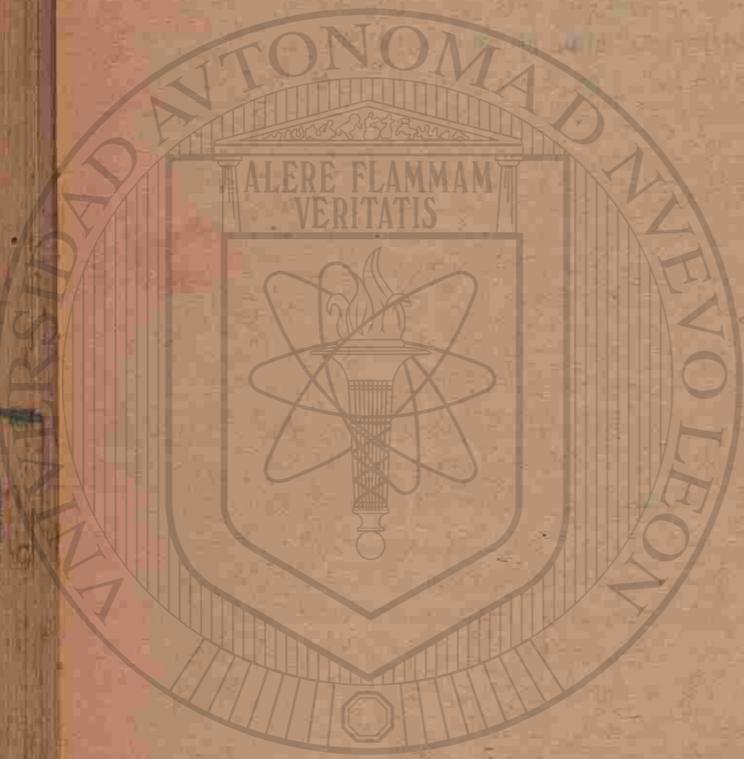
Yo sí quisiera que cuanto mexicano recorre Europa se nutriera en todo aquello que beneficiara de algún modo á nuestra México adorada. ¡Cuántos hay que regresan á la Patria peores de lo que se alejaron de ella! ¡Ojalá que todos, siquiera fuese á grandes rasgos, escribieran sus impresiones de viaje!

En las presentes páginas deben infaliblemente resaltar los errores, las opiniones y los juicios muy aventurados, observaciones quizá fuera de lugar: todo ello es hijo de la precipitación con que estas líneas han sido escritas, muchas veces al dictado de mi frágil memoria; sin embargo, si algo se encuentra que pudiera aparecer pretencioso, entiéndase que siempre mi humilde pluma ha sido guiada por la rectitud y la imparcialidad.

Finalmente, de las personas mexicanas con quienes tuve la satisfacción muy grata de hallarme al otro lado del Océano, y que regresaron á México, no podré olvidar á dos que hemos perdido: al Sr. Lic. Don Prisciliano María Díaz González, el ilustre y honradísimo abogado que mereció en España elogios calurosos, y á mi inseparable compañero de viaje Fernando del Castillo, malogrado Teniente de la Plana Mayor Facultativa de Ingenieros, cuya vida se extinguió cuando parecía más fragante y más lozana. Sirvan estas humildísimas líneas de recuerdo sincero á su memoria.

Me despido del bondadoso lector, con la confianza de que otorgará su indulgencia al más insignificante de los que tienen á orgullo el ser mexicanos, y que ambiciona por su México cuanto puede ambicionar el alma por el suelo amado en que se ha visto la primera luz, y en donde existen los seres más caros del corazón.

México, 1.º Julio 1894.



ÍNDICE.

	Páginas.
Dedicatoria.....	3
Al lector.....	7

ESPAÑA.

CAPITULO I. —Madrid.—Conjunto general.—Resabios antiguos.—El Madrid y el México viejos.—La Puerta del Sol.—La Corte y el bullicio de Madrid.—Los cafés.—Los teatros.—El Madrid subterráneo.—La ciudad en calma.....	13
CAPITULO II. —México en España.—El General Riva Palacio.—La calle de Serrano.—El edificio de la Legación de México.—Ligeros detalles.—Núñez de Arce.—Echeagaray.—Menéndez Pelayo.—La banda del 8º Regimiento mexicano.—El Himno Nacional.—Recuerdos de la Patria.—Dulces emociones.—La Legación, de gran gala.—Nuestro orgullo en aquel entonces.—El General, literato y artista.....	17
CAPITULO III. —Una noche de gala en el Palacio Real.—Fama del brillo de la Corte ibera.—Añejas prácticas, aún en boga.—México en tiempo del Gobierno colonial.—El Palacio Real de Madrid.—Su fábrica.—Napoleón I en Madrid.—Un día de recepción.—La gran escalera.—Los ugieres.—La peluca blanca y el calzón corto.—Impresiones.—Recepción del Cuerpo Diplomático.—El decano de éste.—La Reina Regente.—El salón del trono.—Personajes y uniformes.—Otros detalles.....	22
CAPITULO IV. —Los toros en Madrid.—Profesión de fe del que esto escribe.—Los toros en México y en España.—Espléndida corrida dedicada á los Reyes de Portugal.—Mazzantini, Guerrita y Lagar-	

	Páginas.
tijo.—Entusiasmo.—La plaza.—Su exterior é interior.—La corrida.—La Reina Amelia.—Conclusión.....	28
CAPITULO V.—San Francisco el Grande.—Algunos otros templos famosos de España.—Situación de la iglesia antes citada.—El viaducto de la calle de Segovia.—Detalles.—Breve reseña histórica de San Francisco.—El pórtico.—Magníficas puertas talladas.—El interior.—Su aspecto.—El altar mayor.—Las capillas.—El coro.—Conclusión.....	34
CAPITULO VI.—El Museo de Artillería.—El Monumento á los héroes del 2 de Mayo de 1808.—Aspecto general del Museo.—Detalles.—Un retrato de Don José María Morelos.—Objetos pertenecientes á este inmortal caudillo de la Independencia mexicana.—De cómo fueron á parar estos objetos á España.—Noticias proporcionadas por Don Lucas Alamán.—Lo que dice el Catálogo del Museo.—El retrato de Morelos existente en la Cámara de Diputados, de México.—Debe gestionarse la recuperación de las reliquias de Morelos.....	42
CAPITULO VII.—El Museo Pietórico del Prado.—España, nación poco conocida.—Sus viejas glorias.—Algunas reminiscencias acerca de los siglos del Renacimiento.—Las obras maestras de los grandes genios de aquel entonces.—La escuela moderna de pintura, y los mosaicos y miniaturas medioevales.—El Giotto.—Renacimiento del teatro, de las letras y las ciencias.—Ingenios más brillantes de ese gran período.—La historia del arte en esa época.—El Museo de pinturas de Madrid.—Su calidad.—Fecha de su creación.—Clasificación de sus galerías.—Las escuelas Italiana y Española.—Las Germánicas.—La escuela Francesa.—Principales lienzos que encierran las galerías del Prado.—Los tapices de Goya.—Mala colocación de los cuadros.—Debe promoverse en México un renacimiento nacional en el arte.....	49
CAPITULO VIII.—El Escorial.—Consideraciones generales.—Salida de Madrid.—Impresiones.—Fundación y objeto del edificio.—Exterior de la fábrica.—Aspecto interior: el patio de los Reyes; las estatuas de los Monarcas bíblicos.—El templo.—Descripción general.—La bóveda del coro.—Anécdota.—El sepulcro de la primera esposa de Don Alfonso XII.—El coro.—La silla de Felipe II.—El Cristo de Benvenuto Cellini.—El altar mayor.—Los enterramientos reales.—Decorado del templo.....	57
CAPITULO IX.—El Escorial (Prosigue).—El Panteón Real.—Su situación.—Comienzo de su fábrica.—Conducción de los restos de Carlos V y de la Emperatriz Doña Isabel, al Escorial.—Vacilaciones de Felipe II para fijar el sitio definitivo del regio cementerio.	

	Páginas.
—Prosiguen la obra Felipe III y Felipe IV.—Dificultades para llevarla á cabo.—Resuelve el problema Fr. Nicolás Madrid.—Conclúyese felizmente la obra.—Nuestra visita al panteón.—La entrada.—Detalles generales.—Las escaleras.—La portada y la reja de bronce.—El <i>puerario</i> .—La cripta.—Su aspecto.—Su forma.—Algunos pormenores.—El altar.—Las urnas cinerarias.—Cenizas de reyes y reinas que allí descansan.—Reflexiones é impresiones.....	67
CAPITULO X.—El Escorial (Prosigue).—El panteón de los Infantes.—Carta del Rey Don Felipe IV mandando se trasladen aquí los restos.—Fundación de este otro sitio.—Contraste con el de los reyes.—Su entrada.—El monumento para los párvulos.—Los nichos sepulcrales.—El Principe Don Carlos.—Sepulcros de algunos nobles personajes.—Tumba de Don Juan de Austria.—Detalles.—Visita á la Sacristía mayor.—Dónde se halla colocada.—Interés que presenta el Escorial desde diversos puntos de vista.—Pinturas en la Sacristía.—Tesoros que conserva.....	75
CAPITULO XI.—El Escorial (Concluye).—El Monasterio.—Los claustros.—La escalera principal.—Los religiosos agustinos.—La biblioteca.—Disposición que tienen los libros en los estantes.—Curiosidades bibliográficas.—La sala de las batallas.—Los frescos.—Las habitaciones de Felipe II.—La sala de Embajadores.—Reflexiones.—Cámara donde murió Felipe II.—El palacio.—Recuerdos históricos.—Reflexiones finales.—Última solemne visita que tuvo el Escorial en 1892.....	83
CAPITULO XII.—Toledo.—“La segunda Roma.”—Posición de la ciudad.—Los primeros pobladores.—El Cristianismo en Toledo.—El primer concilio.—Dominación árabe.—Reconquista de Don Alfonso VI.—Don Alfonso <i>el Sabio</i> .—Toledo al través de los tiempos.—Madrid, residencia de la Corona.—Nuestra llegada á la ciudad imperial.—Impresión que causa su imponente mole.—La entrada á Toledo.—Raro aspecto de ella.—Las ruinas del viejo Castillo de San Servando.—La plaza del Zocodover.—El interior de Toledo.—Las encrucijadas.—La capa y la espada.—Consideraciones generales.....	91
CAPITULO XIII.—Toledo (Prosigue).—La Catedral, I.—El estilo ojival.—Propiedad de su empleo para los monumentos religiosos.—Desarrollo de este género arquitectónico.—Algunas catedrales góticas famosas.—Principio de la fábrica de la Basílica toledana.—Sus fachadas.—La torre.—Construcciones nuevas.—Desvirtúan el estilo y pervierten el gusto.—Detalles generales del exterior.....	98
CAPITULO XIV.—Toledo (Prosigue).—La Catedral, II.—Interior del Templo Primado de España.—Impresiones.—Las iglesias de Ro-	

	Páginas.
ma.—Palabras de Gustavo Bécquer, acerca de la Catedral de Toledo.—La leyenda de la <i>Ajorca de oro</i> .—La capilla mayor.—Su conjunto.—Detalles.—El altar de esta capilla.—Los sepulcros de Don Alfonso VII y de Don Sancho IV <i>el Bravo</i> .—La huesa del Cardenal Don Pedro González de Mendoza	105
CAPITULO XV.—Toledo (Prosigue).—La Catedral, III.—Continuación del capítulo anterior.—El <i>Transparente</i> .—El Cardenal Astorga.—La obra de aquel suntuoso altar.—Su conjunto.—Género arquitectónico empleado.—Breve descripción del <i>Transparente</i> .—De cómo se dió luz al coro.—El coro.—Necesidad de que los viajeros tomen apuntes y estudien.—Conjunto del coro.—Detalles.—La sillería.—El grupo alabastrino de la Transfiguración.—Otros detalles.....	112
CAPITULO XVI.—Toledo (Prosigue).—La Catedral, IV.—Concluye la visita á este templo.—Costumbre de sepultar en las iglesias.—Interés que tienen los sepulcros antiguos para el historiador, el epigrafista y el artista.—Las tumbas de la Catedral de Toledo.—Las capillas.—El rito mozárabe.—El sepulcro del Cardenal Don Gil Carrillo de Albornoz.—Capilla del Condestable.—Las tumbas de Don Álvaro de Luna y de Doña Juana de Pimentel.—Recuerdos históricos.—Conclusión.....	119
CAPITULO XVII.—Toledo (Prosigue).—El Alcázar.—Situación de la fábrica.—Panorama desde la plataforma del Alcázar.—Fundación del palacio.—Algunos datos históricos.—Incendios que han devastado al Alcázar.—Exterior de éste.—Su interior.—Aspecto que presenta actualmente.—Estatuas de Carlos V.....	126
CAPITULO XVIII.—Toledo (Prosigue).—Otros lugares históricos.—La ex-fonda de la Caridad.—El Sr. Arzobispo Lorenzana.—Gratitud que le debemos los mexicanos.—Gratitud que le debe Toledo.—El mesón del Sevillano.—Miguel de Cervantes Saavedra.—La Puerta del Sol.—Carácter de su construcción.—Su fábrica.—Vista desde este sitio.—La Puerta de Bisagra.—El hospital de Afuera.—Las hermanas de la Caridad.—El edificio.—Su capilla.—Sepulcro del Cardenal Don Juan Pardo de Tavera.—Extraña pintura del Greco.—Vista de Toledo desde el campo.—La noche envolviendo á la imperial ciudad con su manto de tinieblas.....	132
CAPITULO XIX.—Toledo (Concluye).—Terminación del capítulo anterior.—Los <i>cicerones</i> .—El paseo del Tránsito.—El viejo palacio de Villena.—Don Enrique de Aragón.—Carlos V y el Duque de Borbón.—El barrio de la <i>Judería</i> .—La sinagoga del Tránsito.—Algunas noticias históricas.—Importancia arqueológica de aquel edificio.—Santa María la Blanca.—San Juan de los Reyes.—Generali-	

	Páginas.
dades.—El claustro.—Pérdidas que sufrió en 1808.—Breves reflexiones.—Otras obras anexas.—El museo.—Conclusión.....	138
CAPITULO XX.—Santander.—Su origen.—Don Álvaro de Bazán —Santander, elevado á la categoría de ciudad por Fernando VI.—La provincia.—La ciudad y el puerto.—El monumento á Velarde, héroe del 2 de Mayo.—La Catedral.—La capilla subterránea.—Las cabezas de San Celedonio y San Emeterio.—El <i>veraneo</i> .—Ventajas de México sobre Madrid, en este punto.—Santander como estación de baños.—El <i>Sardinero</i> .—Los baños de mar.—Menéndez Pelayo y Pereda.....	146
CAPITULO XXI.—De Madrid á Barcelona.—Los ferrocarriles europeos y los americanos.—Incomodidades y pésima calidad de los primeros.—Fama de Barcelona como gran ciudad.—La vía férrea que une á la Corte con la capital de Cataluña.—Las carreteras españolas y las de México.—El cultivo de los campos.—Contraste tristísimo que presentan los nuestros.—La Guardia civil.—Puntos notables que cruza el ferrocarril.—Alcalá de Henares.—Guadalajara.—Sigüenza y otras poblaciones.—Zaragoza.—El Santuario de Nuestra Señora del Pilar.—La torre inclinada.—Lérida.—Los Pirineos.—Manresa.—El Llobregat.—Las cumbres del Montserrat.—El Monasterio.—Tradicción.—La Virgen esculpida por San Lucas.—El ferrocarril de <i>cremallera</i> .—Llegada á Barcelona.....	153
CAPITULO XXII.—Barcelona, I.—Carácter distintivo de las provincias españolas.—Las de Cataluña.—El territorio catalán.—Escudo de armas de la Provincia.—Tradicción acerca del origen de éste.—Límites, configuración y aspecto físico del suelo.—El comercio y la industria.—Algo acerca de los primeros tiempos de Barcelona.—Ojeada histórica.—Otras noticias.....	160
CAPITULO XXIII.—Barcelona, II.—Aspecto de la ciudad.—División de ésta.—Las Ramblas.—Los teatros.—Los cafés.—Los establecimientos mercantiles.—México, Madrid y Barcelona.—La catedral.—Apuntes acerca de ella.—Exterior é interior.—La cripta de Santa Eulalia.—Otras iglesias.—El <i>ensanche</i> .—Sus calles.—El paseo de Gracia.—La Universidad.—El Parque.—El Puerto.—La plaza de la Paz.—El monumento á Colón.—Detalles descriptivos.—Los paseos de Colón, de Isabel II y de Frente á la Aduana.—Las obras del Puerto.—La matrícula de Barcelona.—La <i>Barceloneta</i>	166
CAPITULO XXIV.—De Barcelona á Marsella.—El camino á orillas del Mediterráneo.—Gerona.—Sus famosos sitios.—Figueras.—Los Pirineos.—La frontera francesa.—El registro de equipajes.—Perpiñán.—Montpellier.—Nîmes.—Arlés.—El Ródano.—El Golfo de Lyon.—Vista de Marsella desde el ferrocarril.— <i>Notre Dame de la</i>	

Garde.—La estación.—Los ómnibus.—Nuestra manía de imitación en México..... 174

MARSELLA.

CAPITULO XXV.—Marsella.—Ojeada histórica.—La *Marsellesa*.—Las epidemias.—El cólera.—Aspecto de la ciudad.— Habitantes.— División de la Capital.—Parte antigua.—La Catedral.—Otros templos.—San Vicente de Paul.—San Víctor.—El palacio de Longchamp.— Los museos de Bellas Artes y de Historia Natural.— La Bolsa de Comercio.—El Palacio de Justicia.—Teatros.—El puerto.— Límites antiguos.—Las obras.—Los fondeaderos.—La *Cannebière*.—Las calles principales.—El tranvía eléctrico.—Excursión al Santuario de Nuestra Señora de la Guardia.—La colina.—Origen del Santuario.—Colocación de la primera piedra.—Aspecto del templo.— Hermosa vista desde la altura.— Los ascensores de vapor.— Conclusión..... 183

CAPITULO XXVI.—De Marsella á Roma.—¡Italia!—Impresiones.—El suelo italiano.—La fe de Cristo y el paganismo.—Grandeza y ruina de Italia.—Recuerdos.—Camino directo para Roma.—El camino por la *Cornisa*.—Aspecto de él.— Los paisajes.—Tolón.—El buque-escuela *Zaragoza*.—Cannes.—Niza.—El Var.—Ville Franche.—Beau Lieu.—El principado de Mónaco.—Monte Carlo.—El palacio de juego.—Menton.—Vintimiglia.—La frontera italiana.—Camino para Génova.—Las horas y la longitud.—Génova.—La bahía.—Recuerdos históricos.—Pisa.—Civitta Vecchia.—Entrada á Roma..... 191

ITALIA.

CAPITULO XXVII.—Roma.—Conjunto general.—Consideraciones preliminares.—Reflexiones.—Ayer y hoy.—Grandeza de Roma.— Los tiempos de Augusto.—Las fronteras del Imperio, en aquella sazón.—Posesiones Romanas.—Caída del Imperio.—La Roma cristiana.—Extraña fisonomía de la Ciudad Eterna.—Situación de ésta.—Las colinas.—El Tiber.—Las murallas y las puertas.—Importancia de Roma.—Puntos en perspectiva para hacer la visita rápida á la ciudad..... 201

CAPITULO XXVIII.—Roma (Prosigue).—La Basílica de San Pedro, I.—Alborozo nuestro por visitarla.—Reflexiones.—La Roma de los Papas sin los Papas.—Camino para San Pedro.—Las calles de Roma.—Modernización de la ciudad.—El Mausoleo de Adriano.—

Forma y aspecto actual de la tumba.—El puente del Sant-Angelo.—El nuevo puente colgante sobre el Tiber.—Panorama desde este sitio.—La entrada á la plaza de San Pedro.—Su aspecto singular.—Las columnatas.—El obelisco.—Anécdota relativa á su colocación.—De cómo se vería grandiosa la Plaza de Armas de México.—Dimensiones de la de San Pedro.—La fachada del templo.—Su pobreza con relación al interior de la Basílica.—El Bernino.—A las puertas de San Pedro..... 208

CAPITULO XXIX.—Roma (Prosigue).—La Basílica de San Pedro, II.—Apuntes de viaje.—El vestíbulo.—Las estatuas de Constantino y de Carlomagno.—La *puerta santa*.—Interior de la Basílica.—Impresiones.—Aspecto general.—La Catedral de México.—La gran cúpula de San Pedro.—El baldaquino.—La tumba del Príncipe de los Apóstoles.—Célebre estatua de San Pedro.—Los confesionarios.—Sepulcros de algunos Papas.—El carácter arquitectónico de la Basílica.—El ojival y los órdenes greco-romanos.—Contrastes.—Son más paganas las construcciones del Renacimiento.—La primitiva iglesia de San Pedro.—Apuntes históricos.—Bramante.—Rafael.—Miguel Angel.—El Bernino.—Viñola.—Superficie aproximada en metros de las principales catedrales del mundo..... 215

CAPITULO XXX.—Roma (Prosigue).—El Palacio Vaticano, I.—Magnificencia y grandeza del edificio.—El Louvre y el Vaticano.—Breve paralelo.—La exornación y colecciones del segundo.—La Iglesia Católica y el progreso científico.—Reseña histórica del Palacio Vaticano.—Ensanche de los palacios.—La Puerta de Bronce.—La guardia suiza.—La *Scala regia*.—La *Scala pia*.—El patio de San Dámaso.—La galería lapidaria.—Reflexiones..... 222

CAPITULO XXXI.—Roma (Prosigue).—El Palacio Vaticano, II.—Los museos de escultura, pintura y de antigüedades.—Riqueza en la exornación del edificio, al par de la de sus colecciones.—Empeño de los Pontífices por el progreso.—Reflexiones.—Otra vez la galería lapidaria.—Interés de esta sección.—Epígrafes cristianos y paganos.—Los estudios epigráficos en México.—Debe de instalarse una galería semejante en nuestro Museo Nacional..... 228

CAPITULO XXXII.—Roma (Prosigue).—El Palacio Vaticano, III.—Conclusión del capítulo anterior.—Utilidad práctica de los museos.—Las galerías de escultura del Vaticano.—El museo Chiaramonti.—La sala de la Cruz Griega.—La sala Redonda.—El Hércules Mustay.—La sala de las Musas.—Galería de los animales.—Galería de las estatuas.—Sección del Belvedere.—Esculturas de Canova.—El Mercurio.—El grupo del Laocoonte.—Reminiscencia de la fábula.—Impresiones.—El Apolo.—Las colecciones pictóricas.—

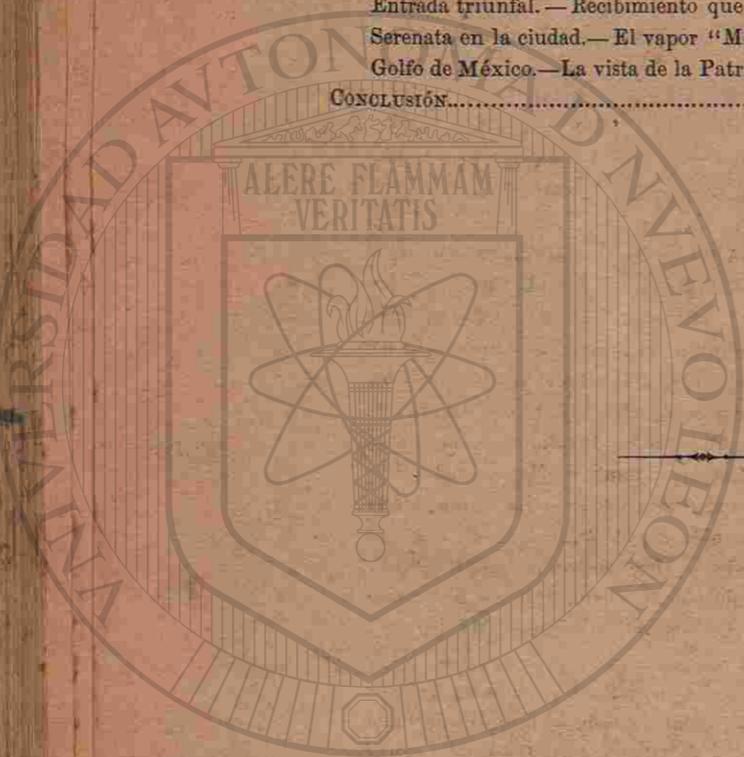
	Página.
Escuelas de pintura.—Ejemplares más culminantes.—Las <i>tapicerías</i> y las <i>logias</i> de Rafael.—El museo gregoriano-etrusco.—El museo egipcio.—Las colecciones asirias.—Incidente memorable y grato á nuestra salida del Vaticano.—Su Santidad León XIII.—Conclusión.....	234
CAPITULO XXXIII.—La Capilla Sixtina.—Consideraciones generales.—La Sala Regia.—La Capilla.—Su fábrica.—Conjunto general.—Impresiones.—Miguel Angel.—Su estilo y el de la escuela de Rafael.—Contrastes.—Los frescos de la bóveda.—Los Profetas.—Las Sibilas.—El <i>Juicio Final</i> .—Restauración de este fresco.—Recuerdo de la Sixtina.—La Semana Santa.—El Cónclave en la elección de León XIII.....	242
CAPITULO XXXIV.—Roma (Prosigue).—Algunas iglesias.—Templos históricos y templos artísticos.—Las <i>basílicas</i> .—La Vía Tiburtina.—San Lorenzo extramuros.—Su exterior.—Su interior.—Disposición general del templo.—El sepulcro de Pío IX.—El cementerio.—Dos entierros originales.—San Clemente.—Algunos datos acerca de este antiquísimo templo.—Consideraciones finales.....	249
CAPITULO XXXV.—Roma (Prosigue).—Algunas iglesias.—Concluye el capítulo anterior.—La Basílica de San Juan de Letrán.—Su exterior.—Detalles.—La <i>puerta santa</i> .—El interior.—Perspectiva del templo.—La <i>Confesión</i> .—Los cráneos de San Pedro y de San Pablo.—El bautisterio.—San Silvestre y Constantino el Grande.—La Vía Merulana.—Santa María la Mayor.—Su fachada.—Su interior.—La pintura de la Virgen atribuida á San Lucas.—Sepulcros de algunos Papas.—San Pablo extramuros.—Camino para esa iglesia.—El exterior.—Magnificencia de la parte interior.—Los mosaicos del ábside.—Algunas otras noticias.—Las vidrieras de colores.—El mosaico del arco triunfal.—El claustro.—Consideraciones generales.....	256
CAPITULO XXXVI.—Roma (Prosigue).—En los días santos.—Los tiempos cuaresmales.—Recuerdos de México.—La Semana Santa en Roma.—Piedad de los mexicanos.—Antaño y ogaño.—La ceremonia de la <i>Seña</i> .—El <i>Miserere</i> de Palestrina, en San Juan de Letrán.—Impresiones.—Los orfeones de Roma.—El orfeón de México en las <i>Bodas de oro</i> del Sr. Labastida.—La <i>Escala Santa</i> .—Detalles.—El <i>Sancta Sanctorum</i> .—El Sábado de Gloria.—Iluminación del Foro Romano, del Coliseo y de las ruinas adyacentes.—Hermoso espectáculo.....	264
CAPITULO XXXVII.—Roma (Prosigue).—Las Catacumbas de San Calixto.—Consideraciones generales.—San Sebastián <i>ad Catacumbas</i> .—Estudios que se han hecho acerca de estos subterráneos.—In-	

	Páginas.
terés que presentan.—El arte cristiano.—Origen de las Catacumbas.—El <i>cementerio</i> y el <i>panteón</i> .—Nuestra visita á las de San Calixto.—El camino hacia ellas.—La puerta de San Sebastián.—La Vía Appia.—Llegada á las Catacumbas.—El exterior.—La entrada al subterráneo.—Misa en la Cámara papal.—El cuerpo de Santa Cecilia.—Las galerías.—Restos humanos.—Criptas.—Iluminación de estas Catacumbas el 22 de Noviembre.—Excomuni6n fulminada contra todo el que saca objetos de estos sitios.—Nuestro regreso á Roma.—Banquete en el Colegio Pío Latino.—Conclusión.....	271
CAPITULO XXXVIII.—Roma (Prosigue).—Breve excursi6n por algunas calles.—Reminiscencias de Toledo.—El aspecto de Roma.—Mezcla de lo añejo y lo moderno.—La transformaci6n de Roma.—La Plaza del Pueblo.—Santa María del Monte Santo, la de los Milagros y del Popolo.—El Monte Pincio.—El Paseo.—La Strada del Corso.—Varios palacios.—La plaza Colonna.—La columna Antonina.—El Pante6n de Agrippa.—Detalles.—El sepulcro de Rafael Sanzio.—La huesa de Víctor Manuel.—Camino para otros lugares.—Al pie del Capitolio.....	279
CAPITULO XXXIX.—Roma (Prosigue).—El Foro Romano.—La colina del Capitolio.—Estatuas de Fidiás.—La plazoleta.—La estatua ecuestre de Marco Aurelio.—La nuestra de Carlos IV.—La Vía del Campidoglio.—La <i>Roma Vetus</i> .—Impresiones.—Los Papas y la Historia.—Panorama del Foro Romano.—Las ruinas.—El <i>Tabularium</i> .—Templos antiguos.—El arco de Septimio Severo.—La Vía Sacra.—La columna de Focas.—Enumeraci6n rápida de otros monumentos.—El templo de Antonino y Faustina.—La Basílica de Constantino.—El arco de Tito y el de Constantino.—Algunos detalles.—El Coliseo.—Pormenores.—Reflexiones.....	287
CAPITULO XL.—Roma (Concluye).—Algunos otros monumentos antiguos.—Consideraciones generales.—El monte Palatino.—Panorama de Roma.—Las ruinas de aquella colina.—El Circo máximo.—Importancia del Palatino.—La columna Trajana.—La Basílica Ulpia.—Varias noticias acerca de estos monumentos.—Las columnas conmemorativas.—Los romanos fueron los primeros en usarlas.—Vestigios en la Roma actual, de la Roma antigua.—El Foro de Ner6n.—El templo de la Fortuna Viril.—Las termas.—Conclusi6n.....	295
CAPITULO XLI.—México en Italia.—Don Enrique Angelini, C6nsul de México en Roma.—El carácter y el tipo de nuestro C6nsul.—Rasgos genéricos.—Una comida en la casa del Sr. Angelini.—El Consulado.—Recuerdos de México.—Algunas consideraciones.—El	

	Páginas.
Sr. D. Gonzalo A. Esteva, Ministro residente de México en Italia.	
—Consideraciones finales.....	302
CAPITULO XLII.—De Italia á Suiza.—Camino directo para Paris.	
—Elección de itinerario.—Ilusiones por visitar á Suiza.—Breves considerandos.—El viaje de Italia á Francia.—Nuestro adiós á Roma.—El camino.—Orvieto.—Los campos y la Guardia civil.—Florenza.—De este último punto á Milán.—La vieja capital del reino Lombardo-Veneto.—El <i>Duomo</i> —La gran galería cubierta de Víctor Manuel.—Salida de Milán.....	308
SUIZA.	
CAPITULO XLIII.—Suiza.—Consideraciones generales.—Los paisajes suizos y los mexicanos.—Puntos de interés que presenta Suiza.—Chiasso.—Cambio de tren en la frontera italiana.—Algunas observaciones durante el camino.—Los lagos de Como y de Lugano.—Los Alpes.—Belinzona.—Los panoramas.—Los <i>chalets</i>.—Airolo.—El gran túnel del San Gotardo.—Apunte orográfico.—Göschenen.—Flüelen.—El lago de los Cuatro Cantones.—Recuerdos históricos.—Guillermo Tell.—Lucerna.—El Jura suizo.—Basilea.—La frontera francesa.—Belfort.—Llegada á Paris.....	318
FRANCIA.	
CAPITULO XLIV.—Paris.—Consideraciones generales.—En la estación del Este.—La moderna Babilonia.—Impresiones.—Juicio rápido acerca de Paris.—Aspecto general de la ciudad.—El gusto francés.—El Sena.—La <i>Cité</i>.—La ciudad moderna.—Las modas, y error en que estamos acerca de éstas, en la Capital de Francia.—El bullicio parisiense.—Impresión que causa Paris cuando antes se han recorrido otras ciudades.—Nuestro amor á lo francés.—La influencia francesa en México, en las ciencias, en las letras y en las artes.—Influencia perjudicial de la literatura francesa en nuestra Patria.—El decadentismo.—Conclusión.....	327
CAPITULO XLV.—Paris.—Conjunto general.—Revisión del pasaporte.—División de Paris por el Sena.—Curiosa observación.—Otra vez la <i>Cité</i>.—Los grandes <i>boulevares</i>.—La plaza de la Ópera.—El teatro.—La Magdalena.—Término de los grandes <i>boulevares</i>.—Las plazas.—La de la Bastilla.—La columna de Julio.—La plaza de la Estrella.—El arco de triunfo.—Panorama de los Campos Elíseos y de las Tullerías.—La plaza Vendôme.—La columna.—El bosque	

	Páginas.
de Bolonia.—Edificios notables al Norte del Sena.—Sitios dignos de nota al Sur de aquel río.—El centro de la vida del gran mundo.—Conclusiones.....	335
CAPITULO XLVI.—Paris.—Algunos detalles.—Generalidades.—La Catedral de Nuestra Señora.—Exterior é interior.—La <i>Morgue</i>.—Otros templos notables.—La Magdalena.—San Sulpicio.—El <i>Sacré Cœur</i>.—San Germán l'Auxerrois.—El Louvre.—Rápidas consideraciones.—El Vaticano y el Louvre.—Breve paralelo entre ambos palacios, como museos.—El Luxemburgo.—El Museo de Cluny.—El arte retrospectivo.....	342
CAPITULO XLVII.—Paris.—Algunos detalles.—(Concluye el capítulo anterior).—El Palacio de Justicia.—La Santa Capilla.—La Conserjería.—El Palacio Real.—Otros edificios notables.—El Panteón (Santa Genoveva).—Ligeros pormenores.—La cripta.—El sepulcro de Víctor Hugo.—Las tumbas de Voltaire, de Rousseau, de Lagrange, del General Carnot y de Soufflot.—El eco.—Impresión que causa en esa cripta.—El Hotel de los Inválidos.—La <i>batería triunfal</i>.—La iglesia de San Luis.—La tumba de Napoleón I.—Palabras tomadas del testamento del Emperador.—La cripta donde descansan las cenizas.—La avenida y el Teatro de la grande Ópera.—El Teatro Nacional de México.—Otros teatros parisienses.—Los paseos.—El Bosque de Bolonia y el de Chapultepec.—El Campo de Marte.—La torre Eiffel.—Los ómnibus y lo que en México puede hacerse.—Conclusión.....	350
CAPITULO XLVIII.—De Paris á Canarias.—Noticia inesperada.—La estación de San Lázaro.—Partida del tren.—El camino de Paris al Havre.—Ruan.—El Havre.—El "Reina María Cristina."—Salida del vapor.—El mar.—Santander.—Los Infantes de España Don Antonio y Doña Fulalia.—Ligeras consideraciones.—Detalles generales acerca de los Infantes.—El Duque de Tamames.—La Marquesa de Arco-Hermoso.—La Coruña.—Itinerario del barco.—Llegada á las Islas Canarias.....	359
CANARIAS, ANTILLAS Y MÉXICO.	
CAPITULO XLIX.—Canarias y Antillas.—Noticias acerca de las primeras.—Las islas <i>Afortunadas</i>.—La isla de Hierro.—Importancia del archipiélago canario.—Las Palmas de Gran Canaria.—El puerto de la Luz.—El comercio inglés.—Algunos detalles acerca de las Palmas.—Santa Cruz de Tenerife.—Honosres á los Infantes.—El pico de Teide.—Con rumbo á Puerto Rico.—La travesía.—La banda del Regimiento Zaragoza.—La misa á bordo.—Una noche de recep-	

	Páginas.
<i>ción.</i> —Entrada á Puerto Rico.—Nuevos honores á los Príncipes.—	
Salida con rumbo á la Habana.—Costas antillanas.—La Habana.—	
Entrada triunfal.—Recibimiento que se les hizo á los Infantes.—	
Serenata en la ciudad.—El vapor "México."—Adiós á Cuba.—El	
Golfo de México.—La vista de la Patria.—Llegada á Veracruz.....	369
CONCLUSIÓN.....	377



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAN

DAD AUTÓNOMA DE NUE

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE